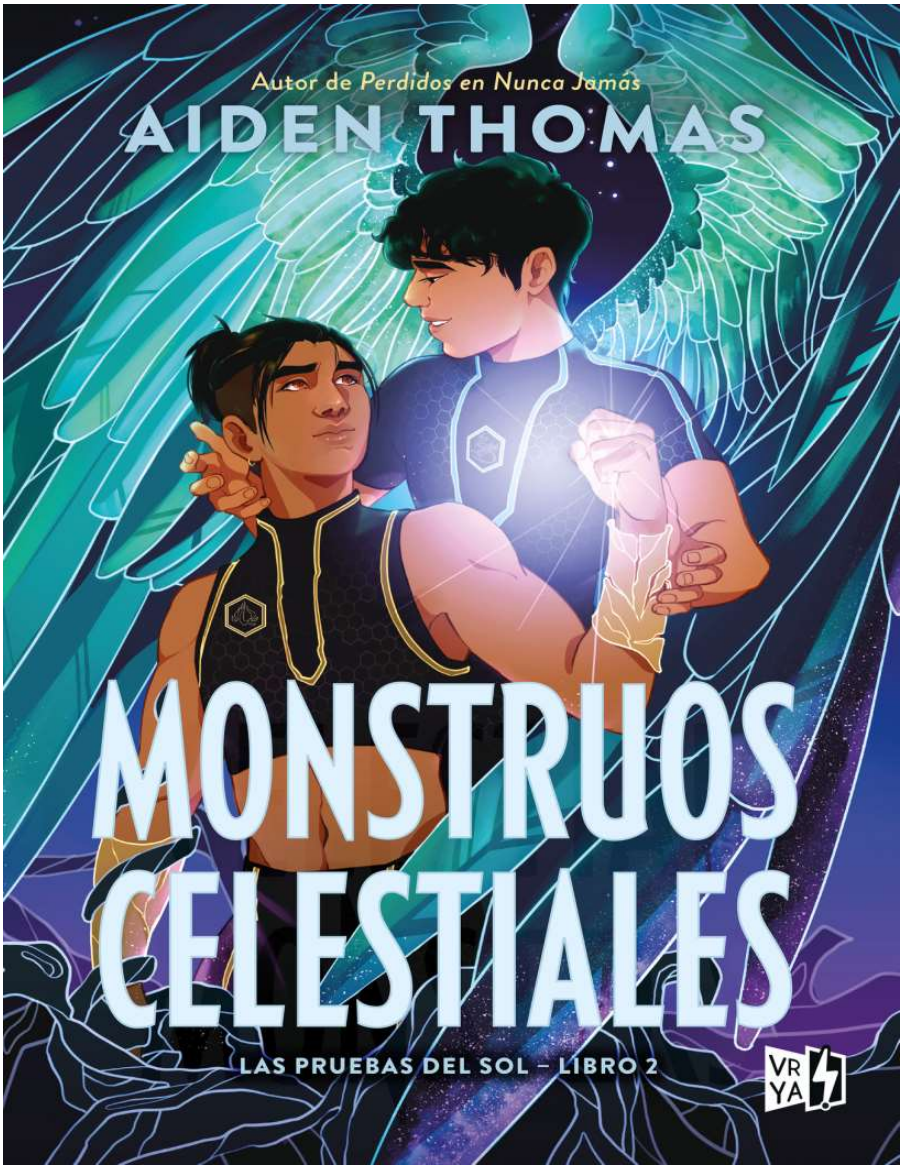
Autor de Perdidos en Nunca Jamás
AIDEN THOMAS
MONSTRUOS CELESTIALES
LAS PRUEBAS DEL SOL – LIBRO 2
VR YA



TEO JAMÁS QUISO SER UN HÉROE.

AHORA, NO TIENE OPCIÓN.

Por negarse a sacrificar a una semidiosa amiga durante las Pruebas del Sol, los Obsidianos han sido liberados de su prisión celestial y todo en el reino es caos y destrucción.

Con el mundo sumido en una noche perpetua, Teo, Aurelio y Niya viajarán al oscuro desierto de Los Restos, en una misión de rescate, y decididos a recuperar la Piedra del Sol para restaurar el orden. Sin embargo, no solo tendrán que luchar con feroces monstruos impensados. Sino que, mientras el reloj hace tic-tac, el trío deberá lidiar con la culpa, el trauma, y… un romance floreciente que no deja de distraer a dos de los miembros de este improvisado equipo.

EL DESTINO DEL MUNDO ESTÁ EN SUS MANOS.

¿PODRÁN EVITAR QUE REINE PARA SIEMPRE LA OSCURIDAD?

AIDEN THOMAS

Es un autor *best seller de The New York Times* con una maestría en Escritura Creativa del Mills College.

Como queer, trans y latino, apoya y lucha por la representación diversa en todos los medios y contenido.

Sus talentos especiales incluyen: citar a *The Office,* terminar todas las oraciones diciendo

“es mi FAVORITO” y matar arañas. Es notablemente malo para adivinar el final de libros y películas, y reconocido por ordenar por color su biblioteca.

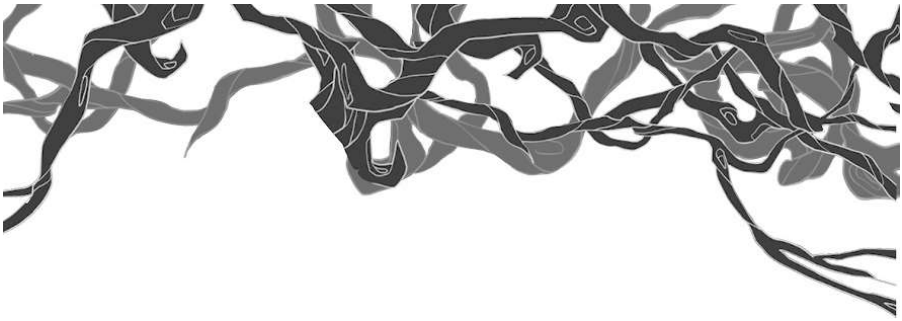
MARÍA LAURA SACCARDO

(Traductora) Traduce libros desde 2016. Mientras estudiaba traducción jurídica, una propuesta laboral hizo que se enamorara de la traducción literaria. Disfruta casi todos los géneros, pero si hay magia, ¡mucho mejor!

Cuando no está atrapada por una historia, está haciendo acrobacia en telas o probando deportes nuevos (asegura que en otra vida fue gimnasta olímpica). También le gusta cocinar, pintar y hacer manualidades. Es *team* verano y perros. Vive en Buenos Aires con su perrita adoptada.

A Alex Abraham, cuya voz, humor y genialidad están presentes en cada página. Este libro no existiría sin tu ayuda.

Y a Holly West y Emily Settle por hacer mis sueños realidad.



PRÓLOGO

Así es como empieza la historia

No todos los dioses fueron creados del mismo modo.

Primero, Sol moldeó a los Dorados, poderosos pero motivados por la vanidad.

Luego, Sol moldeó a los Jades, amables pero motivados por el deber.

En tercer lugar, Sol moldeó a los Obsidianos, astutos pero movidos por la crueldad.

Por último, Sol creó a los humanos, mortales pero capaces de sentir pasión y alegría infinitas.

Reino del Sol estaba colmado de amor y de luz.

Pero no duró.

Sol les encomendó a sus hijos celestiales cuidar de los mortales y ayudarlos a prosperar.

Y les entregó obsequios de estrellas caídas del cielo.

A un Jade en particular, digno de su confianza, le entregó el poder de la Buena Fortuna, la capacidad de alterar las mareas a su favor.

El Dios Suerte trabajó con Sol y con su amado Tierra para moldear el mundo de los humanos.

Suerte le mostró a Agua dónde poner sus ríos.

Guio a las Estaciones en el sol y la lluvia para nutrir los granos.

Ayudó a Maíz a enseñarle a los mortales a sembrar y a usar el suelo que Tierra les brindó.

Creó un paraíso para los hijos mortales de Sol y todo estuvo bien.

Pero no duró.

La amargura de los Obsidianos creció en sus templos de rocas negras, alimentada por el resentimiento hacia el favoritismo de Sol por los mortales y el desequilibrio en la repartición de obsequios celestiales.

Entonces, planearon esclavizar a los humanos a su cuidado, robar a Sol del mundo y gobernar sobre el caos resultante.

Llamaron a grandes criaturas para sembrar terror en el mundo que Suerte se había esforzado tanto por proteger.

Todo lo que había ayudado a construir quedó en ruinas.

Y así,

la Buena Fortuna

cayó.

Y un nuevo dios emergió de las cenizas.

Mala Suerte.

Una deidad hecha para defenderse,

Que luchó en batalla con los Dorados

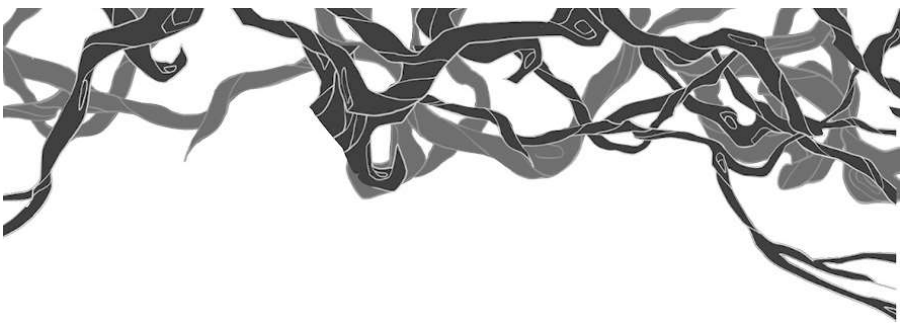
y arrasó con las ciudades Obsidianas.

Cuando Sol dio la vida para atrapar a los dioses traidores en el cielo, los Dorados y los Jades idearon un sistema para mantener encendidas las Piedras Solares.

Lo llamaron Las Pruebas del Sol.

Una oportunidad para que los hijos de los dioses demostraran su valor.

Pero no duró.



CAPÍTULO 1

XIO

–¿No lo entiendes? No necesito tu ayuda, ¡no quiero que me *salves! ¡Soy un Obsidiano y esta es nuestra venganza!*

Xio escupió sus últimas palabras antes de ser tragado por la nebulosa de oscuridad conjurada por Caos. La ráfaga de viento aullaba en sus oídos mientras descendía en una caída libre interminable. Se quedó sin aire en los pulmones y, por un momento, creyó que se sofocaría, pero luego fue como si alguien encendiera las luces. Aterrizó de espaldas en el suelo.

Tuvo un segundo para registrar el lugar –suelo de roca mojada contra la espalda de su camiseta, olor a musgo húmedo, el alivio de la frescura bajo tierra, el dolor en la mano derecha–, antes de que todo su alrededor estallara en movimientos.

Ocelo fue le primere en caer, con las garras apuntadas al rostro de Venganza. El dios alto con cabeza de cabra suspiró como si todo eso le pareciera muy aburrido y movió la muñeca para darle una bofetada de revés a le chique con tal fuerza que le mandó a volar.

Auristela gritó. A diferencia de Ocelo, ella se había tomado un momento para evaluar el entorno antes de ponerse en acción, lo que para Xio era de esperarse. Sus joyas doradas

se encendieron cuando lanzó una llamarada hacia Venganza, Caos y Chupacabra desde atrás. Xio no pasó meses estudiando todos sus trucos para caer en eso.

–¡Cuidado! –exclamó poniéndose de pie, pero no fue necesario. Caos extendió una mano azul y extinguió el fuego de Auristela, que desapareció en una nube de humo. La chica rugió, y Xio podría haber jurado escuchar el eco de una risa detrás de la mortaja en el rostro de le diose. El ruedo de su túnica oscura colgaba sobre el suelo y su piel expuesta color azul noche danzaba con constelaciones en movimiento.

Xio se agachó, preparado para ser blanco de la rabia de los Dorados, pero ni siquiera parecieron notarlo.

Los semidioses dieron batalla con sus mejores ataques contra los tres dioses. Parecían fuera de lugar con sus atavíos ceremoniales, con los que se suponía que desfilarían por el opulento y glamuroso templo del Sol. En cambio, se encontraban en la oscuridad fría y húmeda.

Las espinas de Xochi estaban listas para perforar cualquier cosa que alcanzara con sus lianas. Marino usó sus disparos de agua a alta presión, poderosos como para atravesar madera, un ataque avanzado que usaba en tan raras ocasiones que Xio solo lo había visto en un video de TúTube. Atzi lanzó rayos, que no perdieron poder en absoluto por su vestido abultado. El impacto de los disparos, que acababan en las paredes al no dar en sus blancos, llenaba el lugar de crujidos ensordecedores.

Dezi, veloz como un colibrí, esquivaba a los demás en un intento de alcanzar a alguno de los dioses, pero era inútil. Eran desorganizados y torpes, frenéticos en lugar de calculados.

Xio se relajó; no corría ningún peligro.

Por una vez, los hijos Dorados de los dioses eran superados y, cielos, sí que era agradable de ver.

Xochi arremetió otra vez y, en esa ocasión, Xio soltó una risa que liberó sus nervios.

–¿De verdad? –preguntó–. Ríndanse antes de que…

PUM.

Una descarga eléctrica abrasadora contrajo todos sus músculos e inmovilizó sus piernas. Le dolía todo, desde la cabeza hasta los pies, la espalda y el trasero. Aunque le

zumbaban los oídos y su cabeza palpitaba, tardó solo un instante en volver a mirar hacia arriba desde el suelo. Atzi, parada a su izquierda con una mirada satisfecha, le enseñó el dedo medio, justo antes de que Caos chasquera los dedos y le amarrara los brazos.

Xio, con las mejillas acaloradas, se puso de pie e intentó ignorar el cosquilleo en la piel, como si lo recorrieran cientos de hormigas. Tendría que haber mantenido la vista en Atzi, sabía de lo que era capaz. Miró a Venganza en busca de alguna señal de decepción, pero no la encontró; los Obsidianos parecían mayormente entretenidos por la defensa de los Dorados, pero él sabía que no podían bajar la guardia.

Había estudiado a los Dorados, conocía sus estrategias, sus ataques predilectos y, lo más importante, sus mejores ataques, los que reservaban para las situaciones más extremas. Por eso, al ver a Auristela, con la frente cubierta de sudor, moldear las llamas entre las manos hasta que cambiaron de anaranjado y rojo a blanco brillante, Xio advirtió a los Obsidianos.

–¡Cuidado!

La cabeza de cabra de Venganza giró para ver el ataque de Auristela con las pupilas horizontales. Logró esquivar el disparo, que voló hacia la pared y explotó con el impacto. El estallido de calor llegó a las mejillas de Xio y sacudió el suelo de piedra bajo sus pies.

–Guau –suspiró y miró con los ojos entornados el enorme agujero humeante en la roca–.

Bola de fuego explosiva –murmuró para sí mismo y agregó el ataque a su base de datos mental de Héroes Dorados. No sabía que Auristela fuera capaz de realizarlo, deseaba tener su archivador para tomar notas.

–Creo que ya fue suficiente diversión –anunció Venganza al apagar el pelo chamuscado cerca de uno de sus cuernos.

De repente, algo grande atravesó el lugar, y lo siguiente que Xio vio fue a Auristela colgando en el aire, con las muñecas atrapadas en la garra de Chupacabra. La piel de la diosa estaba cubierta de pelaje, su cabeza era la de un lobo y caminaba sobre las patas traseras.

–Ese fue un buen truco, diosita –comentó con una risa escalofriante. Sus ojos, de pupilas rojas en medio de escleróticas de un amarillo venenoso, danzaban encantados.

Auristela flexionó los dedos, pero las llamas se apagaban sin importar cuántas chispas encendiera. Xio sabía que no podría generar fuego capaz de hace daño si no podía usar ambas manos con libertad, y los Obsidianos también lo sabían porque él se los había informado.

Sin embargo, eso no detuvo a Auristela. La semidiosa siguió resistiéndose con vigor, sacudiéndose, maldiciendo y lanzando patadas al aire. Mientras tanto, Chupacabra se limitaba a reírse, hasta que la chica le asestó una parada en las costillas. Entonces, le jaló el cabello hacia atrás, con lo que Auristela soltó un grito adolorido.

Ocelo rugió y arremetió contra Chupacabra con los músculos

hinchados, los colmillos afilados y las garras desenfundadas. En un movimiento demasiado veloz para los ojos de Xio, apareció una daga de obsidiana en la mano de Chupacabra, presionada contra la garganta de Auristela.

–Tranquilo, gatito –advirtió la diosa, con una sonrisa macabra en el rostro lobuno.

Ocelo se detuvo de golpe. Auristela dejó de sacudirse. Los demás se quedaron helados.

Y el lugar se cubrió de silencio.

El rugido de Ocelo flaqueó y sus pupilas rasgadas se pasearon con temor entre Chupacabra y Auristela, mientras que el filo brillante de la daga negra presionaba el cuello de la chica.

–Un movimiento en falso y esto cortará la garganta de esta linda semidiosa como mantequilla –advirtió Chupacabra con voz cantarina–. Tu pequeño poder de sanación no servirá de mucho contra una hoja de obsidiana pura, ¿cierto? –preguntó con la mirada en Xio.

La oleada de adrenalina se despejó y, de repente, Xio recordó haberse cortado la palma con la daga ceremonial. Entonces, se miró la mano: tenía un corte limpio, del que brotaba sangre negra como lágrimas de un ojo. Aún no mostraba señales de que fuera a sanar, pero él no se recuperaba tan rápido como otros semidioses y que la hoja fuera de obsidiana tampoco ayudaba. La sangre corrió por sus dedos y goteó sobre el suelo de piedra sucio.

Los Dorados lo observaban horrorizados y confundidos.

Xio escondió la mano en su espalda por instinto.

Auristela fulminaba a Chupacabra con la mirada como si pudiera hacerla arder con el poder de su mente.

–Te convertiré en una pila de huesos quemados antes de que lo intentes –rugió entre dientes.

Chupacabra soltó otra risa feroz y aterradora, se acercó al rostro de la chica y extendió la lengua larga para lamerse la saliva del hocico.

–¿Quieres apostar? –Con la más mínima presión, la hoja hizo brotar un hilo de sangre dorada por el cuello de Auristela.

La semidiosa se quedó rígida, pero sus ojos ardían con violencia, al tiempo que sus amigos le suplicaban a Chupacabra que se detuviera.

El corazón de Xio subió a su garganta con los gritos de los otros semidioses. *¿A quién le importa lo que le pase? Es una Dorada. Es* La *Dorada, su alteza real Auristela, orgullo del Reino del Sol y todos sus dioses corruptos.* Matar Dorados siempre fue parte del plan.

"No puedes tener una rebelión sin cortar algunos pescuezos", le había dicho Venganza durante las Pruebas, a través de su medio de comunicación secreto: la piedra en el brazalete azabache de Xio. Venganza había sido su único aliado durante las Pruebas, la única persona que se había interesado por lo que le pasara a ese chico de trece años sin poder ni categoría, al que todos los demás veían como el sacrificio obvio.

Bueno, no *todos*, pero él no tenía tiempo para pensar en eso.

–De acuerdo, vamos a tranquilizarnos. No hay necesidad de todo esto.

Xio se sintió aliviado cuando Venganza intervino, pues estar cerca de Chupacabra era como ser acechado por un depredador. Debía estar siempre en guardia, temeroso de ser atacado. La diosa era violenta e impredecible, pero su padre era sensato.

–Sean obedientes y no habrá necesidad de sucesos desagradables –dijo con tranquilidad al mirar a los semidioses de a uno a la vez.

Marino lo tradujo en señas para Dezi, mientras que los demás Dorados intercambiaban miradas inquietas. A excepción de Auristela, que seguía en un duelo de miradas con Chupacabra.

Xio elevó el mentón, se acercó a su padre y extendió su mano sobre la palma enorme del dios.

–Caos, si no te importa –dijo Venganza.

Con un chasquido, apareció una tela de color violeta azulado oscuro, con trazos de estrellas plateadas ondulantes. Venganza envolvió la mano de Xio con cuidado y la cerró con un nudo. Era como tener el cielo nocturno en la mano, como si pudiera alcanzar las estrellas a través de la tela.

–Dejará una cicatriz, sin dudas, pero al menos sanará con el tiempo –dijo el dios con una sonrisa.

Xio se esforzó por corresponderlo e ignorar su pulso acelerado; ese era su padre, no alguien a quien temer. Solo tenía que acostumbrarse a Venganza, con su cabeza de cabra, dientes afilados y la energía vengativa que emanaba de él. Pero, aunque parecía tranquilo y bajo control, Xio percibía el poder que mantenía contenido bajo la superficie.

–Lo has hecho muy bien –le dijo Venganza con honestidad y una mano en el pecho, que luego llevó al hombro de Xio–. Me enorgullece llamarte hijo.

Xio soltó una exhalación temblorosa, pues las palabras de aliento fueron tan impactantes que casi le aflojan las rodillas. Miró a su padre con el pecho inflado y ni siquiera parpadeó cuando las uñas de Venganza le presionaron el hombro.

– *¿Qué?* –rugió Auristela.

Los Dorados miraron a Xio con una mezcla de confusión, traición y miedo.

Xio los miró, regocijándose en sus expresiones. Por una vez, estaban tomándolo en serio.

Por una vez, las personas le temían a *él*.

Excepto Dezi. Después de que Marino le tradujera lo que sucedía –sin apartar la vista de Xio–, Dezi se había enfocado en él, con el ceño fruncido y las facciones suaves. Lo miraba a los ojos con tristeza en la mirada, no por él mismo, sino por Xio.

Y Xio odió esa mirada.

–Tenemos que asegurar a los prisioneros antes de que intenten algo –advirtió tras apartar la mirada de la lástima de Dezi.

Auristela volvió a sacudirse en las garras de Chupacabra, con lo que se provocó otro corte, pero no pareció importarle. Toda su rabia apuntaba a Xio.

–Cuando te ponga las manos encima, derretiré tus ojos dentro de tu cráneo –rugió con llamas amenazantes en la mirada.

Xio retrocedió e impactó contra Venganza.

–Caos –dijo el dios con amabilidad sobre los rugidos de Auristela.

Con otro chasquido, la boca de la chica se cerró. Aunque movía y tensaba la mandíbula, era como si tuviera los labios pegados con pegamento.

Xio se forzó a relajar los músculos del rostro cuando Chupacabra aulló una carcajada.

No tenía miedo. Ni siquiera estaba enfadado como esa princesita inflamable, estaba más allá de eso. Tampoco pondría excusas, eso era lo mejor que podía hacer. Era tranquilo; poderoso. Estaba en su elemento. Estaba en casa.

Cuando abrió los ojos, se encontró con la mirada intensa de Atzi y sus lindos labios fruncidos con disgusto. Él también la fulminó con la mirada.

–Creo que es suficiente por ahora –anunció Venganza hacia Caos y Chupacabra.

Chupacabra bajó la daga, con lo que todos parecieron relajarse un poco.

–Junior tiene razón –murmuró Chupacabra y arrastró a Auristela consigo para darle una palmada condescendiente a Xio en la cabeza. El chico resistió el impulso de morderle la mano y tuvo que esquivar una patada de Auristela. Luego, Chupacabra la alejó.

–Dejemos que nuestros invitados se pongan un poco más cómodos –le dijo Venganza a Caos.

Le diose chasqueó los dedos, y los brazaletes dorados, mangas y anillos cayeron de los trajes de los semidioses, apilados en el suelo. El propio pectoral jade y dorado de Xio colgó pesado de su cuello.

–¡Oye! –Atzi intentó recuperar el gran colgante de Tormentoso que cayó de su cuello, pero fue demasiado lenta. Todas las joyas cayeron a los pies de Caos, incluso el colgante de dientes de jaguar de Ocelo y las conchas pulidas de Marino.

Unas manos invisibles arrancaron las flores del vestido de Xochi y la dejaron aferrando la falda negra harapienta con lágrimas en los ojos. Y luego estaba Auristela, que se veía extrañamente sencilla sin todas las joyas brillantes que siempre la adornaban.

–¡Suéltame! –rugió.

–¿Puedes hacer algo con esto? –Chupacabra se dirigió a Caos y levantó a Auristela de las muñecas, mientras ella seguía sacudiéndose.

Un chasquido y Auristela languideció.

–¡NO! –lamentó Ocelo, mientras que los demás miraban horrorizados el cuerpo inmóvil que colgaba de las manos de Chupacabra.

–¡ALTO! –exigió la voz de Venganza, que resonó por las paredes y reverberó por la columna de Xio. Los Dorados se quedaron atónitos. Venganza carraspeó y exhibió una sonrisa agradable–. Su amiga está bien, solo está dormida –les aseguró a los semidioses.

Eso era verdad. Xio podía ver el movimiento en el pecho de la chica.

Todos los Dorados comenzaron a lanzar preguntas a la vez, con gestos descontrolados.

–¿Qué han hecho? –exigió Xochi en un intento por parecer audaz.

–¿Qué está pasando ahí afuera? –preguntó Atzi.

–¿Qué quieren de nosotros? –La desesperación era evidente en la voz de Marino.

Dezi estaba en guardia, mirando todo con atención, y Xio podía ver cómo los engranajes de su cabeza giraban para idear un plan, que no era bueno.

–¿Qué eran esas cosas que cayeron del cielo?

–¿Dónde están nuestros padres?

–¿Dónde estamos *nosotros*?

–¿ *Qué* son ustedes? –exigió Ocelo disgustade, con la mirada en la sangre negra en la mano de Xio.

El chico se tensó y lo fulminó con la mirada, pero fue incapaz de alzar la voz.

Venganza levantó la mano, y los semidioses dejaron de hablar de inmediato; en esa ocasión, no fue uno de los trucos de Caos. Venganza sonrió ante su obediencia.

–Solo hemos hecho lo que Sol nos ha forzado a hacer. Estábamos aquí durante la creación del mundo. Pertenecemos a Reino del Sol, igual

que todos los dioses, semidioses y humanos –explicó–. Pero no podíamos regresar con la mirada vigilante de Sol. Para que pudiéramos volver a casa, teníamos que extinguir la luz, así que hemos tenido que poner fin a ese ritual irritante que celebraban.

»En lugar de ese suculento sacrificio dorado que debía recargar las Piedras Solares y mantenernos encarcelados durante otra década, alimentamos a la tierra con la rica sangre obsidiana de mi hijo. –Giró para dedicarle una sonrisa al chico–. Sin Sol de por medio, Xio pudo convocarnos para que volviéramos a casa. Esas *cosas* –agregó enfatizando la palabra con disgusto–, eran Celestiales.

Los Dorados comenzaron a murmurar entre sí.

–No tienen nada que temer –rio Venganza–. Son nuestras creaciones –explicó, señalándose a sí mismo, a Caos y a Chupacabra–. Estoy seguro de que sus padres les han dicho que eran monstruos, pero son más como mascotas. Son *muy* obedientes.

Xio sonrió con suficiencia, porque Venganza estaba minimizando lo peligrosos que eran los Celestiales en realidad. Y, al parecer, los semidioses estaban tan desesperados como para creérselo.

–El cosmos es un lugar oscuro, frío y terrible –continuó Venganza–. Ellos fueron exiliados junto con nosotros, no podíamos abandonarlos allí. –Señaló alrededor con la mano sin elegancia–. Por fin tienen el tiempo necesario para estirar las piernas.

–¿En verdad creen que nuestros padres los dejarán salirse con la suya? –preguntó Atzi con sarcasmo mientras lo miraba con odio. Xio no podía decidir si era audaz o tonta. De cualquier manera, lo seguro era que buscaba la muerte.

Los labios de cabra de Venganza se estiraron en una sonrisa.

–No, por eso les robamos a sus hijos favoritos como garantía.

Chupacabra aulló una risotada.

–Vamos, ¿las *Pruebas del Sol*? ¿De verdad? ¿Por qué no poner a sus niños más especiales y talentosos en un campo abierto con un letrero que diga "¡Secuéstrennos!"? Los Dorados siempre han sido tan arrogantes. –Volvió a reír, pero Xio percibió la rabia apenas contenida que desfiguraba su rostro de loba.

–No todos éramos Dorados –arriesgó Marino.

–Obviamente. –Venganza miró a Xio.

–No me refería a él –repuso Marino, luego tomó aire e hinchó el pecho con actitud desafiante–. El Portador del Sol de este año es un Jade.

Xio sintió una punzada en el pecho, pero tuvo el efecto contrario para los Dorados.

–¡Teo! –Exclamó Xochi como si acabara de percatarse de que él no estaba allí.

–Es verdad, y nadie lo vio venir –agregó Atzi, como si fuera alguna clase de amenaza.

–Ni siquiera los dioses –gruñó Ocelo, y Dezi asintió con fervor.

–Eso es verdad, tampoco nosotros lo vimos venir –admitió Venganza–. Pero no es una complicación. De hecho, ha facilitado mucho las cosas para nuestro querido Xio.

Hubiera sido mucho más difícil arruinar la ceremonia de cierre siendo apenas un espectador –agregó y se echó a reír–. Sol no solo lo puso en las Pruebas, sino que el hijo de Quetzal hizo el trabajo duro de evitar el sacrificio. Fue demasiado fácil.

Luego, levantó la Piedra Solar. Sin luz, el cráneo dorado de Sol era apenas visible a través del cristal opaco.

–Los dioses y Héroes estarán muy ocupados con los Celestiales, y las Piedras Solares que protegen las ciudades se apagarán en cuestión de días –continuó–. Sin esto, será imposible que los Dorados nos detengan –afirmó girando la Piedra entre los dedos–.

Reconstruiremos Reino del Sol como se suponía que fuera: sin dioses que sirvan a los humanos, sino humanos que sirvan a los dioses. Solo tenemos que esperar –concluyó con una sonrisa.

Xio no se sorprendió cuando los Dorados entraron en pánico y comenzaron a discutir, pero sí fue vergonzoso de ver.

–Como ya les he dicho –siguió Venganza en un tono pausado que resonó sobre las voces de los demás–. Si cooperan y hacen lo que se les dice, no saldrán lastimados.

Todos giraron a Dezi, que comenzó a hablar en señas. Mala Suerte siempre le había dado importancia a aprender lenguajes inclusivos, así

que Xio comprendió “ave” y

“hermano” antes de que Venganza interrumpiera, su estómago se sacudió.

–No, no –dijo el dios, agitando un dedo frente a Dezi–. Nada de eso.

Dezi dio un salto cuando unas cuerdas le amarraron las muñecas y miró a Venganza con incredulidad.

–¡No hagas eso! –exclamó Marino, con más agallas de las que Xio había visto desde su llegada a Los Restos, y dijo palabras de aliento para Dezi con movimientos frenéticos de las manos.

Venganza alzó una ceja al verlo y, luego, las muñecas de todos los Dorados fueron restringidas.

–¡No podemos comunicarnos con él sin las manos! –Xochi estaba pasmada.

–¿Tienes idea de lo difícil que es leer labios, bastardo? –rugió Ocelo, al tiempo que sacudía todo el cuerpo para intentar liberarse.

–Aaah –murmuró Chupacabra–. ¡Ve que listos que son, Venganza!

–Conozco muy bien los trucos de los que son capaces los retoños de Amor –coincidió Venganza–. Creo que lo mejor para todos es eliminar cualquier posibilidad de *problemas*.

Xio tuvo que apartar la vista de los ojos suplicantes de Dezi; sí, eso era cruel, pero confiaba en que Venganza tenía sus razones. Nunca le había mentido, nunca le había hecho creer que debía ser alguien que *nunca podría ser*.

De repente, un escalofrío le recorrió la espalda cuando una risa incorpórea llenó el lugar, seguida por la aparición de Caos en una ráfaga de humo color índigo entre los otros dos Obsidianos.

–¿Sigues dolido por ese asuntito con Amor, Venganza? –preguntó en su forma extraña de hablar, como si muchas voces hablaran a la vez e hicieran eco por un corredor extenso–. ¿Cuánto tiempo pasó, unos miles de años?

Chupacabra se sacudió de la risa, pero una sola mirada de Venganza la silenció. Xio no pasó por alto la forma en la que ella y Caos se alejaban de su padre; los tres eran aterradores a su manera, pero

Chupacabra y Caos sabían quién era su líder. Venganza inspiraba respeto y una cuota saludable de miedo.

Eso era lo que Xio quería.

Miró hacia atrás, a los Dorados de manos amarradas. Xochi tenía los ojos llenos de lágrimas de rabia, y Marino se encontraba entre Dezi y los Obsidianos, a pesar de la tensión notoria en los músculos de su cuello. Atzi y Ocelo por poco echaban humo por las orejas.

–Caos, ¿puedes alistar el alojamiento para nuestros invitados? –preguntó Venganza.

La piel sin facciones de Caos se movió y se extendió para formar algo que debió ser una sonrisa. Luego, unos tentáculos de humo color índigo brotaron de su túnica y desaparecieron por el suelo.

–Vamos –ordenó Venganza y avanzó por el corredor.

Los Dorados intercambiaron miradas, como si no supieran qué hacer. Xio se preguntó si tendría que ver con el hecho de que Auristela no estaba allí para liderarlos, ya que estaba inconsciente en las garras de Chupacabra. La diosa entró en acción y comenzó a rodear a los semidioses como un perro pastor de ovejas. O, mejor dicho, como un lobo que acecha a su presa. Si alguien se quedaba atrás, estaba ahí para mostrar los dientes hasta que se uniera a los demás, y todo con Auristela colgando inerte sobre sus hombros.

–Mira lo que fue de tu templo, Venganza –rugió Chupacabra, con la nariz arrugada y los labios retraídos con disgusto–. Es una desgracia.

El templo en ruinas era un laberinto de rocas partidas, de vegetación en descomposición, interrumpida por escombros de estructuras colapsadas. Los suelos estaban rajados, irregulares y penetrados por raíces de árboles audaces. Goteaba agua desde el follaje de los helechos sobrecrecidos en los agujeros del techo. Los muros con tallados intrincados estaban raídos, cubiertos de musgo y de moho.

–Ha estado abandonado apenas unos cuantos miles de años –le recordó Venganza.

El sonido de sus pasos sobre la roca fría y mojada resonaba por el espacio vacío.

Colgaban telarañas –y cosas peores que Xio intentaba no ver– de los marcos de las

puertas, y una capa de mugre teñía todo el templo en una gama de grises sosos y apagados.

Xio recordaba la primera vez que había encontrado ese lugar, el día en el que todo había cambiado, en el que había conocido la *verdad* sobre su origen, una muy diferente a las mentiras que le había dicho Mala Suerte.

No recordaba la primera vez que había huido –lo había hecho demasiadas veces–. Lo que sí recordaba era que, para cuando se había sentido lo suficientemente culpable como para volver, nadie había notado su ausencia aún. El templo de Mala Suerte estaba demasiado lleno y activo como para que notaran a un solo niño desaparecido. Entonces, escapar se había convertido en el pasatiempo predilecto de Xio; durante unas horas o incluso un par de días, se alejaba de las personas para no sentir las miradas ni estar siempre en alerta.

En principio, los sacerdotes entraban en pánico y llamaban a su padre –quien siempre podía encontrarlo–, pero luego comenzó a suceder con tanta frecuencia que lo etiquetaron como algo esperable, que tarde o temprano volvería, y lo dejaron correr.

Con cada aventura, se acercaba más y más a los límites de la ciudad, donde se encontraba Los Restos. Un día, llegó hasta una jungla que, cada vez que se acercaba, hacía que su piel zumbara con electricidad.

Todos advertían de los peligros de Los Restos, territorio de Obsidianos que, según decían, estaba maldito y lleno de monstruos sedientos de sangre. A veces escuchaba movimiento y veía ojos brillantes en las sombras, pero ninguna de las criaturas de Los Restos se metía con él.

Quizás eso debió haber sido un indicio.

Aún entonces, un año después, sentía el horror que había experimentado cuando le bajó su primer período y vio ríos de sangre negra corriendo por sus piernas hacia el desagüe de la ducha. En pánico, había intentado limpiarla y hacer que se detuviera rápido, antes de que alguien la viera, pero por supuesto que Renata lo había escuchado llorar del otro lado de la puerta y había corrido a buscar a su padre de inmediato. Cuando Mala Suerte se percató de lo que estaba pasando, le ordenó al grupo de hermanos y sacerdotes curiosos que se largaran y cerró la puerta tras él. Xio, tembloroso, aferraba la toalla, mientras que corrían lágrimas por su rostro. Mala Suerte ya no podía mentirle, pues la verdad estaba derramada sobre las cerámicas blancas del baño.

El dios que creía su padre lo llevó al observatorio en la cima del templo y, mientras caminaban lento por la habitación, le reveló la verdadera historia de la guerra entre dioses: después de que Sol desterrara a los Obsidianos, Dorados y Jades se aseguraron de que ningún Obsidiano pudiera volver a amenazar Reino del Sol. Pero no había sido suficiente con desterrar a los dioses, también tenían que eliminar a su descendencia.

La madre de Xio había muerto poco después de darlo a luz, pero no había sido por mala suerte, sino que había sido masacrada por los dioses que habían reducido las ciudades Obsidiana a cenizas en busca de hijos de Venganza, Caos y Chupacabra. Mala Suerte había sido parte de eso, ni siquiera intentó negarlo.

Miles de años después, relató su padre, algo seguía atrayéndolo hacia Los Restos. Justo después de las últimas Pruebas, cuando debía estar preparándose para que llegara el nuevo Portador a recargar la Piedra Solar de Ciudad Afortunada, había ido a Los Restos. Allí, había encontrado los restos del templo de Venganza, reducido a una pila de escombros, pero también se había topado con algo extraño. Entre las ruinas, había encontrado un gran orbe de obsidiana, cubierto por siglos de polvo, mugre y musgo.

Cuando lo había tocado, el orbe se había abierto y revelado a un niñito que dormía envuelto en mantas suaves, ileso. Fue entonces cuando comenzaron las mentiras.

Mala Suerte intentó explicarlo, pero Xio no podía escucharlo.

–¿Por qué estoy aquí? ¿Cómo es posible que exista? –exigió.

–Sol así lo quiso –fue todo lo que dijo Suerte.

Xio aún creía que había sido una respuesta estúpida.

Esa noche en la cena, sus hermanos fueron amables con él, porque creían que estaba sufriendo disforia por haber tenido su primer período –había cambiado sus pronombres hacía pocos meses y ellos querían ayudar–, pero su empatía solo lo hacía sentirse peor.

Tal vez, si fuera quién siempre creyó que era, la disforia hubiera sido el mayor de sus problemas. En cambio, estaba procesando el hecho de que toda su vida había sido una mentira. Que él era uno de los monstruos que protagonizaban las historias de campamento para niños.

Siempre había sentido que había algo mal en él.

Mala Suerte siempre lo había sabido.

El dios le había hecho jurar que no le diría a nadie la verdad sobre su origen, pues los Dorados lo matarían, sin dudas. Y Xio solo había podido mirar a su supuesto padre sin decir nada.

Esa noche, cuando escapó, no tenía intenciones de volver. Fue a Los Restos, en busca del templo de Venganza. Parecía haber una voz llamándolo a través de la jungla, que lo llevó hasta las ruinas de su ciudad natal, donde el templo de Venganza esperaba, y allí encontró el glifo gigante destruido sobre el altar.

Fue entonces cuando Venganza lo encontró.

Habló con él a través del glifo, le contó lo que había pasado con su pueblo, que había sido atacado y cazado solo por el color de su sangre. Le advirtió sobre los Dorados y le prometió un futuro en el que tendría una familia, a su *verdadera* familia.

Solo se necesitaba un poco de mala suerte.

Xio se quedó atrás por estar perdido en sus pensamientos, hasta que se encontró caminando junto a los semidioses capturados. No tenía el valor de mirarlos, pero cuando una rata se les cruzó por el camino y escuchó a Ocelo rugir disgustade, no pudo evitar sonreír con desprecio.

A Niya le hubiera encantado burlarse del felino cabeza de chorlito por eso. *Basta*, de advirtió en su mente. No debía pensar en Niya ni en Teo ni en todo el tiempo que habían compartido durante las Pruebas. Su amistad había sido una farsa, parte del plan de Xio, y si la había disfrutado, estaba en el pasado.

Además, Niya, Teo y Aurelio habían logrado escapar de la trampa, de seguro ya estaban trabajando con los Dorados para organizar un ataque a los Obsidianos. Esa era una guerra, y ellos estaban del bando equivocado. Xio no podía perder el tiempo pensando en los insignificantes Dorados y Jade.

El grupo llegó a una arcada que daba paso al descanso de una larga escalera en espiral, que subía más allá de la vista y descendía hasta desaparecer en la oscuridad.

Chupacabra por poco saltó hacia la mazmorra, con el cuerpo de

Auristela colgado en el hombro.

Al pie de la escalera desvencijada, los esperaba una arcada de piedras, abierta como la boca de una bestia. Y, más allá, todo era oscuridad. Xio entornó los ojos para intentar distinguir algo, pero era imposible.

–Ah, por fin. Aquí estamos –celebró Venganza, y su voz reverberó en el vacío cavernario–. Caos, ¿te importa?

Xio vio cómo los Dorados palidecían. Dezi los miraba a todos con desesperación, pero no podían mover las manos para hacerle señas.

Zaz.

Un chasquido, y los seis desaparecieron en nubes de humo.

–¿A dónde fueron? –preguntó Xio, mirando alrededor.

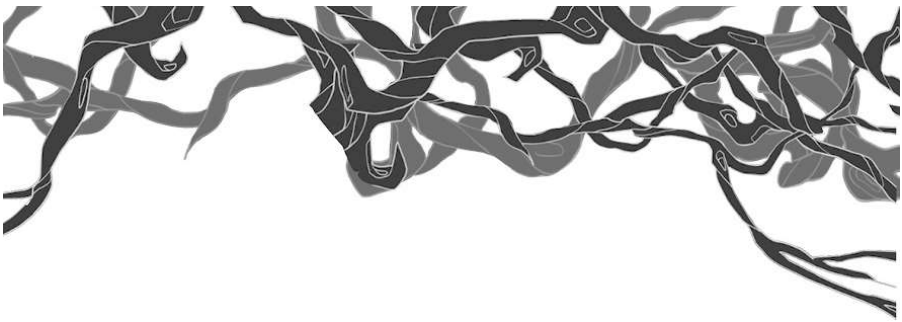
Venganza soltó una risotada y le apoyó una mano enorme en la espalda.

–Ven, déjame mostrarte –le dijo con empujón alentador.

Xio volvió a mirar la arcada; no había bajado tanto durante sus excursiones. Allí abajo, el aire frío y mohoso le acariciaba la piel y cargaba el hedor a humedad y podredumbre.

Y sonidos extraños hacían eco por la oscuridad.

Xio se forzó a seguir adelante.



CAPÍTULO 2

TEO

En la larga lista de metidas de pata de Teo, haber desatado el apocalipsis por accidente debía estar a la cabeza.

La Piedra Solar estaba destruida, Luna estaba muerta, y el sol – *el sol del cielo*– había desaparecido. La había cagado tanto que los jóvenes Dorados más fuertes del Reino del Sol habían caído en manos de los Obsidianos que, hasta entonces, habían estado encerrados en las estrellas. Y todo porque él no podía seguir las reglas.

A pesar de todo, Teo sabía que, si pudiera volver atrás y hacerlo todo de nuevo, volvería a rehusarse a matar a Auristela. Cielos, incluso había intentado salvar a Xio de caer.

A Xio, hijo de Venganza.

En su interior se libraba una batalla entre vergüenza, traición y jaqueca, que le colmaban el pecho. ¿Cómo no lo había visto? Todos los momentos que había pasado con Niya y con Xio –hablando de que eran los relegados que debían mantenerse unidos, riendo en el desayuno, revisando la colección ñoña de tarjetas de Xio para memorizar las estadísticas de los competidores– se reprodujeron en su mente. Había notado que

algo andaba mal antes del final de las Pruebas, pero nunca había imaginado que *Xio* estaba detrás de todo eso.

Había visto a Niya y a Auristela luchando en la arena de la jungla. A Ocelo intentando descolocarlo a cada instante. Y a Auristela, justo antes de que arruinara la prueba final que le había costado la vida. Los ojos de todos se habían puesto negros en esos momentos. Todos habían actuado muy *furiosos*, muy… vengativos.

Teo pensó en la historia que Xio le había contado sobre las niñas de su clase que habían contraído piojos después de haberse burlado de él por su cabello. “Mala suerte”, había dicho.

No. Venganza. Todo este tiempo, Xio estuvo planeando la venganza de los

Obsidianos, razonó.

¿Cómo no lo había visto?

Y todo Reino del Sol estaba pagando por sus errores.

Pero todavía tenían una oportunidad. Lo único que tenía que hacer era escabullirse en Los Restos, colarse en el templo de Venganza, recuperar la Piedra Solar y reunir a los dioses para revivir a Sol.

¿Qué podía salir mal?

Teo se cambió el traje ceremonial, sucio y harapiento, y abandonó la capa emplumada y la corona de Portador del Sol en su habitación. Cuando volvió a ponerse el uniforme diseñado por la Academia, no pudo evitar sentir que estaba por empezar las Pruebas otra vez.

Huemac y los sacerdotes Sol les llevaron mochilas cargadas con los suministros esenciales a Teo, a Niya y a Aurelio. Teo envolvió la vela usada de Fantasma con cuidado en la manga de una chaqueta, pero no se le ocurría un lugar seguro para la pluma iridiscente que su madre se había arrancado del cabello. Convocar a los dioses cuando hubieran terminado era una parte vital para el éxito de la misión, así que debía tenerla cerca, al alcance.

Al verlo en ese dilema, Niya fue al rescate: usó un poco de oro de su brazalete para para crear un arete añadiendo una pequeña cadena de oro al cálamo. La pluma le hizo cosquillas a Teo en el cuello cuando se puso el arete.

Aurelio tenía el vial del Elixir de Encanto colgando del cuello con un cordel de cuero y el Decantador de Agua Infinita en un bolsillo lateral, pero Teo notó que había guardado

la Diadema de Fuego en las profundidades de su bolso mientras empacaba. Por su parte, Niya seguía usando el Anillo Escudo y la Espada Inquebrantable en la mano. Teo supo que estaba procesando la situación cuando no hizo ni una broma al empacar la Bolsa de Vientos de Tormentoso y la Gema de Regeneración de Primavera.

Él se esforzó por colgarse su mochila, mientras que Niya y Aurelio levantaron las suyas como si no pesaran nada. Cuando iba a la escuela, siempre tenía las alas fajadas y podía usar mochilas normales, aunque con algo de incomodidad, pero al tenerlas libres, necesitaba una mochila especial. Por fortuna, los sacerdotes Sol le habían hecho una para las Pruebas que no había usado. Tenía forma de pera, que se

acomodaba por debajo de sus omóplatos y alas y, además de las correas para los hombros, tenía una extra que cruzaba el pecho para asegurarla mientras volara, y todas tenían hebillas de apertura rápida.

Teo, Niya y Aurelio siguieron a Huemac por los escalones rotos del Templo del Sol, con antorchas para iluminar la noche perpetua.

–Tienen dos semanas antes de que las Piedras Solares se apaguen y dejen a las ciudades totalmente indefensas –dijo el sacerdote mientras los guiaba por las calles de Ciudad del Sol con una agilidad sorprendente–. Sin las Piedras Solares, no tendremos cómo resucitar a Sol y devolver a los Obsidianos a las estrellas –explicó, como si Teo pudiera olvidarlo.

–O lo logramos o Reino del Sol será consumido por Monstruos Celestiales y convertido en escombros junto con todos sus habitantes –enfatizó Niya en un intento fallido de sonar confiada.

En otras circunstancias, Teo tendría que haber estado reteniendo a Niya para que no fuera detrás de los Obsidianos en busca de venganza, pero la chica no dejaba de mirar el cielo nocturno como si estuviera… perdida.

–Sin presiones ni nada –comentó Teo al acelerar para seguirle el ritmo a Huemac, desesperado por descifrar lo que estaba pensando. No podía ver a través de él; desde la ceremonia, el sacerdote había entrado en modo de emergencia: concentrado, apresurado y con una expresión sombría difícil de interpretar. Su intensidad cortés estaba inquietando a Teo, pues no sabía si Huemac estaba enfadado con él, si lo culpaba por haber arruinado todo.

Si pensaba que Teo había tomado la peor decisión.

Aurelio estaba más callado de lo habitual, lo cual era decir demasiado para él. No le había dicho ni una palabra a Teo desde que los habían enviado de prisa a sus habitaciones para cambiarse. El ceño en su rostro apuesto había adoptado una arruga permanente, que también tensaba su mandíbula mientras repiqueteaba los dedos contra uno de sus brazaletes de oro.

–Tomen la trajinera –indicó Huemac cuando llegaron al muelle. Todas las demás embarcaciones se habían ido hacía tiempo, y solo quedaba una trajinera de Ciudad del Sol de color blanco y dorado, que ondeaba silenciosa en las aguas oscuras. Desde más allá de la protección de los círculos montañosos que rodeaban al Templo de Sol, resonaban gritos y sirenas distantes.

Los dioses habían entrado en acción de inmediato y habían vuelto a sus ciudades para proteger a su gente, seguidos por sus hijos y sacerdotes. Todos parecían saber bien lo que debían hacer, pero Teo se sentía como un niño perdido en un festival callejero.

–Solo tardamos alrededor de medio día en llegar a Los Restos para la quinta prueba –

comentó Niya antes de mirar a Teo con ojos amplios y esperanzados–. Así que debería ser fácil, ¿no?

A Teo le impactó descubrir que ella esperaba su respuesta. Esa era su misión.

–Más –dijo Aurelio por fin, con voz tensa, como si cada palabra requiriera un gran esfuerzo–. La quinta prueba fue en las afueras de Los Restos, pero el templo de Venganza está en el centro de la ciudad.

–Tiene razón –afirmó Huemac–. Será un viaje más largo, y las trajineras no son famosas por su velocidad, en especial sin un hijo de Agua en la proa. Tendrán que usar los ríos y canales menores para llegar. No será fácil navegarlos.

De repente, Teo tuvo una idea.

–Primero tenemos que encontrar a Mala Suerte.

Huemac, Niya y Aurelio lo miraron a la vez. Él intentó tragar, pero su garganta estaba seca.

–Tenemos que saber qué demonios pasó con Xio –explicó–. Es imposible que Suerte haya criado a Xio sin conocer su verdadera identidad, pero escapó en cuanto aparecieron los Obsidianos. Si queremos detenerlos y recuperarlos a todos, Mala Suerte tiene que responder algunas preguntas.

–El cobarde de seguro corrió a casa con la cola entre las patas –sentenció Niya.

Se oyó un estallido distante y el suelo se agitó bajo sus pies.

–No hay tiempo que perder –advirtió Huemac–. Dense prisa.

Era hora de despedirse, pero Teo no estaba listo. Niya y Aurelio se adelantaron, él permaneció en el muelle, con el corazón agitado.

Cuando Huemac lo vio, lo miró a los ojos con expresión intrigada.

–¡Lo siento! –soltó el chico, agitando las manos y las alas con nerviosismo–. Por… por…

–Señaló alrededor. Por lo que fuera. *Por todo*.

Pero una risa repentina brotó del pecho de Huemac y lo tomó por sorpresa. Luego, el anciano suspiró, dejó caer los hombros y negó con la cabeza.

–Teo, Hijo de Quetzal –anunció con las manos cálidas y callosas en los brazos de Teo–.

Nunca había estado más orgulloso de ti. –Sonrió, con lo que las arrugas rodearon sus ojos oscuros brillantes.

Teo se quedó helado mientras él lo envolvía en un abrazo; tardó un momento en recuperarse de la conmoción y corresponder a Huemac, con brazos y alas. El alivio de que el hombre no estuviera enfadado con él –de que estuviera *orgulloso*– le aflojó las rodillas.

–Ahora, ve a terminar lo que empezaste –agregó Huemac tras aclararse la garganta–.

Estaré aquí cuando regreses.

–No te decepcionaré. –Teo asintió con fervor y los ojos rojos.

–Lo sé. –Huemac sonrió y, con eso, el sumo sacerdote de Quetzal volvió hacia el Templo del Sol y desapareció entre las sombras.

Después de controlar sus emociones y secarse la nariz, Teo volteó hacia sus amigos que lo esperaban.

–Así que, será en bote.

–No me importa cómo lleguemos, ¡solo quiero llegar! –exclamó Niya–. Patearé el diminuto trasero de Xio.

–Tenemos que tener cuidado en el camino –señaló Aurelio–. Cuanto más nos acerquemos a las ciudades, más monstruos encontraremos.

–No puedo esperar para ponerle las manos encima a ese maldito idiota –rugió Niya para sí misma, blandiendo la espada con ambas manos.

–Y también cuanto más nos acerquemos a Los Restos –sugirió Teo.

–Lo *tomaré de*…

–Si evitamos las zonas más pobladas, tendremos menos obstáculos y podremos avanzar más rápido –confirmó Aurelio, aunque no sonaba feliz al respecto. Obviamente, no le gustaba la idea de evitar a las personas que necesitaban ayuda.

–Lo *sacudiré*… –Niya seguía representando sus planes en segundo plano.

–Podemos tomar los canales hasta acercarnos lo más posible a Afortunada, encontrar a Mala Suerte y luego dirigirnos a Los Restos –sugirió Aurelio y miró a Teo en busca de su confirmación.

–Hasta *arrancarle* su estúpida cabeza…

–¿Y qué hay de dormir, de descansar un poco? –le preguntó Teo, desesperado.

–¡Yo estoy bien! –afirmó Niya–. Puedo aguantar un día más, al menos.

–¿Qué? –Teo estaba azorado.

–Solo han pasado… –Aurelio miró el reloj, pero dejó de hablar y miró a Teo con curiosidad–. ¿Estás cansado?

–¿Tú no? –replicó él.

–La Academia nos entrena para permanecer despiertos por períodos largos –explicó el chico–. En emergencias, podemos estar despiertos durante setenta y dos horas…

–¡Yo aguanto ochenta! –intervino Niya con orgullo.

–Genial. –Teo intentó tragarse el orgullo.

Estaba agotado, pero si ni Aurelio ni Niya estaban cansados para continuar, él tampoco lo estaría. Ya había hecho suficiente metiéndolos en eso en primer lugar, no pensaba retrasarlos porque era un Jade sin la energía ni el entrenamiento de los Dorados.

Estaba decidido a seguirles el ritmo.

–¿Alguno sabe cómo navegar una trajinera? –preguntó cuando los tres se encontraron en el muelle frente al bote de suelo plano.

–Yo –suspiró Aurelio y subió a bordo con cuidado. Teo estaba seguro de que lo último que quería el chico en ese momento era estar rodeado de agua, pero no se quejó. En cambio, giró hacia él y le

extendió una mano–. ¿Listo? –le preguntó, con los ojos ardientes y tranquilizadores fijos en él.

El gesto repentino estrujó el corazón de Teo y lo hizo sentir como si flotara, y una sonrisa se desplegó en su rostro al ver el rubor en las mejillas de Aurelio.

–¡Gracias!

Aurelio se sorprendió cuando Niya le tomó la mano y subió al bote.

–¡Vamos, Teo! –Ella giró, lo aferró de la camiseta sin rodeos y lo arrastró a bordo–.

¡Cuánto antes nos movamos, antes podrás dormir una siesta! –agregó con afecto.

–Gracias, Niya –respondió con sarcasmo mientras se equilibraba. Luego miró a Aurelio y puso los ojos en blanco, con lo que el otro rio por lo bajo.

Quizás, esa misión no sería del todo horrible.

Aurelio se apostó en el timón al fondo de la trajinera y navegó con pericia desde el muelle hasta las cascadas encantadas para salir del Templo del Sol.

Teo y Niya se sentaron frente a la mesa larga, donde las sillas vacías eran una presencia inquietante. En general, abordar las trajineras incluía fanfarria y extravagancia, pero en esa ocasión estaban solos los tres.

Se refugiaron juntos debajo del techo curvo para atravesar la primera cascada hacia la cueva oscura y, con un chasquido de sus guantes de sílex, Aurelio encendió una llama que los cubrió de un brillo cálido.

La cascada se abrió al final de la cueva y, sin el reparo del zumbido del agua y del eco de la cueva, el aire se llenó de gritos y del sonido de *algo* distante. Reino del Sol se extendía frente a ellos, con llamas en calles lejanas, que se reflejaban en el agua oscura y emanaban remolinos de humo hacia el cielo apagado.

–Vaya –jadeó Niya con los ojos desorbitados.

–Es el caos. –Incluso a Aurelio le falló la voz, que apenas superó un murmullo.

–Es el fin del mundo. –Teo tragó el pánico que ascendía por su garganta. El bote se sacudió cuando Aurelio corrió a la proa, y Teo perdió el equilibrio.

–¡¿Qué ocurre?! –preguntó Teo, mientras tropezaba con sus propios pies para alcanzarlo.

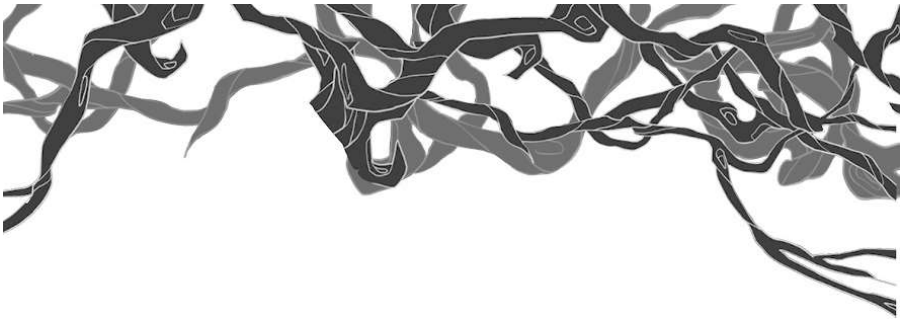
Aurelio estaba rígido, con los puños apretados a los lados, los ojos cobrizos en llamas y la boca abierta. Su expresión era entre conmocionada y horrorizada.

–¡¿Qué?! –insistió Teo y le jaló la manga, pero el chico no reaccionaba.

–Ay, no. –Niya apareció a su lado, con la mano sobre la boca–. Es San Fuego.

Teo siguió sus miradas: en la costa este, una ciudad Dorada se elevaba hacia el cielo nocturno, y lenguas de fuego rodeaban los edificios vidriados, asomaban por las ventanas rotas y ardían en las calles, llenando todo de humo. El agua cargaba un concierto de gritos, derrumbes y chillidos monstruosos.

San Fuego, el hogar de Aurelio, estaba bajo ataque.



CAPÍTULO 3

TEO

Un escalofrío recorrió la espalda de Teo mientras observaba arder San Fuego. Si los Obsidianos podían hacerle eso a una de las ciudades más poderosas de Reino del Sol, ¿qué destino les aguardaba en Los Restos?

Teo se precipitó hacia la popa sin dudarlo, tropezando con algunas sillas en el camino, tomó el único remo largo y comenzó a agitarlo de forma azarosa en un intento de dirigirlos hacia San Fuego.

–¿Cómo diablos se supone que funciona esto? –gruñó frustrado. Cuando levantó la mirada, vio que Niya y Aurelio lo observaban desde la proa.

–¿Qué haces? –preguntó Aurelio, con una arruga profunda en el ceño. Teo soltó una risa nerviosa. Tenía miedo de tomar una decisión equivocada, pero esa era una elección obvia.

–No nos quedaremos aquí mirando, ¿verdad?

–¡Tienes toda la razón! –La boca de Niya se curvó en una sonrisa.

Aurelio parpadeó, casi boquiabierto y, un segundo después, su rostro pálido se encendió. Algo ardía en sus ojos duros, lo que hizo que el estómago de Teo se agitara.

–Tienes razón –dijo, aunque casi sin aliento.

Niya los miró a los dos con una sonrisa divertida antes de volver su atención a San Fuego.

–¡Vamos a darles una paliza a esos monstruos! –exclamó mientras tomaba un remo de la bodega para comenzar a remar hacia su destino.

Teo se apresuró a posicionarse junto a ella –pasó por delante de Aurelio para tomar el control del timón– y, juntos, remaron con todas sus fuerzas. Tanta fuerza, de hecho, que Teo tuvo que pedirle a su

amiga que aflojara antes de que sus brazadas potentes los hicieran dar vueltas.

Los incendios en San Fuego se intensificaban con cada momento que avanzaban por la corriente agitada.

La luz titilante de antorchas delineaba las calles inclinadas bajo edificios imponentes envueltos en llamas. Los sonidos de destrucción y devastación llegaban hacia ellos en la oscuridad, cada vez más fuertes; las sirenas ululaban y el humo acre quemaba la nariz de Teo.

–No puedo distinguir qué se supone que está ardiendo y qué no –jadeó, con los músculos de los brazos agotados.

El templo de Lumbre se elevaba en el centro de la ciudad, de oro brillante y adornado con braseros ardientes. Pequeñas fogatas surcaban los escalones descomunales que llevaban al altar de la cima, donde ardía una caldera. Teo apenas podía distinguir la Piedra Solar que flotaba sobre ella con un brillo casi imperceptible. Señaló las torres de guardia de cristal alrededor de la ciudad con el mentón; en cada una de ellas ardía una llama grande y coloreada, brillaban en la noche con humo pigmentado de mismo color.

–¿Qué son esas?

–San Fuego usa señales de humo para emergencias –le explicó Niya.

–¿Qué significan los colores?

–El rojo significa peligro; el azul, que es un lugar seguro para refugiarse –explicó Aurelio. Las luces lejanas se reflejaban en sus ojos grandes, con los que recorría frenéticamente las calles de su ciudad natal. Teo pensó que era capaz de lanzarse al agua y nadar hacia allí antes de que llegaran a la orilla.

El horizonte estaba cubierto de humo rojo y muy poco azul, pero las columnas de humo blanco dominaban el cielo. Incluso, mientras Teo lo observaba, el rojo y el azul se tornaban marfil.

–¿Y el blanco? –preguntó.

Aurelio tragó saliva.

–Ayuda.

Teo remó con más fuerza.

Enfrentaron su primer problema antes de llegar a tierra firme. A medida que se acercaban, la verdadera magnitud del caos comenzó a hacerse visible: los muelles estaban llenos de personas que intentaban escapar. Pasaron junto a embarcaciones pequeñas, grandes barcos pesqueros e incluso algunos yates, cargados hasta el tope de refugiados que no tenían a dónde ir, excepto al lago que rodeaba el Templo del Sol, y no podían hacer nada más que observar horrorizados cómo su ciudad era destruida por *cosas* que Teo, Niya y Aurelio ni siquiera podían ver aún. Había demasiadas personas y no suficientes botes.

Los habitantes de San Fuego vestían trajes de lino fino y estaban completamente cubiertos de joyas, con las que formaban un mar de brazaletes dorados, adornos de cabello de cobre, gargantillas de perlas y tapones para los oídos de ámbar. El tintineo melódico de los metales pulidos y piedras preciosas formaba una combinación inquietante con el sonido de voces que gritaban, rezaban y suplicaban desde la ciudad en llamas detrás de ellos.

El coro frenético se elevaba hasta ahogar los pensamientos de Teo. Esa era una ciudad Dorada, esas personas estaban acostumbradas al lujo y la comodidad y nunca habían tenido que lidiar con una incomodidad, mucho menos con monstruos. Pero el sol se había ido y los dioses estaban ocupados.

Mientras las embarcaciones se alejaban, algunas personas desesperadas intentaban saltar a bordo y muchas caían al agua oscura por el peso por sus joyas. Cuando se acercaron lo suficiente, Niya y Teo abandonaron sus remos para ayudar. Niya sujetaba

a la gente por la ropa y la sacaba del agua con facilidad para arrojarla a bordo de la trajinera. Teo utilizó su remo para alcanzar a otros y subirlos también, pero una vez que se acercaron al muelle y más personas vieron lugar en su bote, todo fue cuesta abajo enseguida.

Teo y Niya se apresuraron a ayudar, pero antes de que pudieran hacer algo, quedaron sumergidos bajo una ola de cuerpos. Era una marea de pánico, una nebulosa de brazos y piernas que empujaban, jalaban, agarraban y arañaban. Teo maldijo entre dientes e intentó no perder de vista a Niya mientras lo empujaban y sacudían.

–¡Son demasiados! –gritó Aurelio, que aseguraba el remo mientras la trajinera se balanceaba peligrosamente de un lado a otro.

–¡ESTAMOS INTENTANDO AYUDARLOS! –gritó Niya, pero fue inútil.

No había forma de controlar la situación.

–¡Dejémosles el bote! –gritó Aurelio.

Teo no necesitó que se lo dijeran dos veces, se apresuró a ponerse su mochila y luchó para abrirse paso entre la multitud hasta Niya.

–¡Nada a la orilla! –le dijo, al tiempo que le entregaba su mochila.

–¿De verdad? –Niya vaciló.

–¡Sí!

Niya echó la cabeza hacia atrás y soltó un gruñido frustrado, pero se puso la mochila y saltó. Aurelio le lanzó una mirada sorprendida desde el timón.

–¡Vamos! –le dijo Teo y lo jaló del brazo para usar una silla volcada y trepar al techo curvado de la trajinera. Aurelio parecía dudoso, pero obedeció.

–¿Qué estamos haciendo? –preguntó al subir tras él.

–¡Necesito espacio! –Teo sabía que no podía dejar que el Hijo de Lumbre cayera en un cuerpo de agua, y si no nadarían, tendrían que volar.

Aurelio se alejó de un salto, justo a tiempo para evitar ser derribado por las alas desplegadas de Teo. Con un aleteo poderoso, Teo se elevó en el aire, desde donde alcanzó a ver la extensión y magnitud de la devastación, pero tenía otros problemas que

atender primero. Giró en el aire, descendió y tomó los brazos extendidos de Aurelio por los brazaletes metálicos, mientras que las manos del chico se aferraban a las suyas con todas sus fuerzas. Las piernas de Aurelio bailaron sobre la multitud hasta la costa, donde aterrizó de pie con elegancia. Por su parte, Teo cayó con fuerza sobre el trasero, en un embrollo de plumas y extremidades.

–Auch –se lamentó, y Aurelio estuvo a su lado en un instante para ayudarlo a levantarse–. Gracias –balbuceó y sacudió las alas.

–Yo debería agradecerte –respondió el otro con una mueca cohibida.

–¡AH, DE ACUERDO! ¡Ya veo cómo son las cosas! –Niya, empapada, se acercó dando pisotones por el muelle–. ¡¿Aurelio tiene aventón aéreo y yo tengo que nadar?! –exigió mientras sacudía sus trenzas.

–¡Tenemos problemas más importantes, Niya! –replicó Teo.

Aurelio permanecía en silencio, con una expresión apenada iluminada por los incendios de San Fuego. Teo miró hacia atrás: su trajinera, el método más rápido para llegar a Los Restos, ya era historia.

–¿Ahora qué hacemos?

–Lo que podamos. –Aurelio enderezó los hombros.

–¡A la carga, chicos! –Niya aplaudió y se frotó las manos.

Al ingresar a las calles de la ciudad, se enfrentaron a la multitud que escapaba en busca de un lugar seguro. San Fuego no se parecía a ningún sitio en el que Teo hubiera estado; a diferencia de Quetzlan, donde la naturaleza recuperaba el dominio de la ciudad poco a poco, San Fuego era de metal brillante y cristal espejado, iluminada por las fogatas encendidas. La arquitectura era moderna, elegante, lineal y geométrica: un verdadero despliegue industrial. Había estandartes con rayos de sol y el glifo de fuego de Lumbre colgando sobre las entradas, alrededor de las ventanas y de los techos. Las aceras estaban revestidas de oro y cristales de cuarzo brillante. Los puestos abandonados de dibujantes callejeros habían sido derribados, y sus retratos borrosos en carbonilla estaban desparramados por las calles. Un tranvía a vapor había descarrilado y yacía volteado en una esquina.

Todavía había carteles de Aurelio y Auristela pegados por todas partes y parecía haber una estatua de oro de un Hijo de Lumbre Portador del Sol calle por medio. Las noticias

se proyectaban en pantallas grandes integradas en las fachadas de los rascacielos; alternaban entre tomas temblorosas de la ceremonia del Portador del Sol fallida, el regreso de los Obsidianos y la destrucción que siguió por todo Reino del Sol. Verdad, con su traje imponente, y Chisme, aún vestido de dorado, estaban en el recuadro superpuesto en una esquina, relatando las noticias, pero era imposible escucharlos. Las marquesinas instruían a la población a refugiarse allí o buscar refugio en otro sitio.

Algunas personas se escondieron, mientras otras buscaban a sus seres queridos que habían perdido durante el caos. Teo notó que muchos tenían heridas que necesitaban atención médica, pero no había nadie para ofrecerla, pues lo que fuera que estuviera ocurriendo en el resto de la ciudad mantenía ocupados a los servicios de emergencia.

–¿Qué diablos es *eso*? –señaló Niya.

En las colinas, en la base del Templo de Lumbre, las enormes lenguas de fuego se extinguían, tan fácil como si alguien soplara una vela.

–Mi mamá –dijo Aurelio entre dientes.

–Por el amor de Sol –exclamó Teo, asombrado. Nunca antes había visto a Diosa Lumbre en acción, y aún desde esa distancia, estaba claro que la consideraban una de las diosas más poderosas por una razón. Él solo había visto el control de Aurelio para apagar fuego y había sido dentro de una habitación. En cambio, Lumbre estaba apagando bloques enteros de la ciudad y, aunque estaba demasiado lejos para verla, era fácil de seguir, en especial cuando las bolas de fuego se encendían rápido, seguidas de gritos inhumanos que resonaban a lo lejos.

–¡ *No* iremos allí! –dijo Niya.

Si lo decía para evitar a Lumbre o a lo que ella estuviera combatiendo, Teo nunca lo supo, porque al dar vuelta a la esquina, se encontraron de frente con una serpiente gigante que se deslizaba hacia un grupo de personas.

Teo no pensó.

–¡Muévanse! –Empujó a una pareja fuera del camino justo cuando la serpiente se lanzó hacia ellos, así que los dientes del animal impactaron contra el costado de un automóvil, su cuerpo se enredó en la carrocería y la estrujó como a un papel. Luego se sacudió enloquecida, arrancó la puerta de las bisagras y la lanzó por el aire al otro lado de la acera. Acto seguido, giró hacia Teo con los colmillos cargados de veneno, y él se quedó helado por un momento. El cuerpo alargado del animal era de remolinos de azul

medianoche y ciruela, con estrellas brillantes; la cabeza estaba enmarcada por una melena de plumas color carmesí. Con los ojos de ácido verde fijos en Teo, siseó… no siseó, *chilló*, mientras agitaba las plumas.

¡Corre, corre, corre! gritaba una voz en la cabeza de Teo. Salió corriendo en la dirección opuesta en la que las personas se refugiaban en una biblioteca, saltó sobre vidrios rotos y pasó por debajo de un poste de teléfono derribado, mientras sentía que la serpiente reptaba detrás de él, escuchaba cómo deslizaba el cuerpo por el asfalto y percibía la respiración caliente en la nuca. El terror hizo que se

moviera más rápido de lo que creía posible, saltó sobre el capó de un vehículo y reptó sobre el techo, pero al voltear, la serpiente estaba pisándole los talones. Cuando le lanzó un ataque, él saltó al aire agitando las alas, pero no fue suficiente, el animal se enroscó en forma de S, con los ojos fijos en él, listo para atacar.

A Teo se le revolvió el estómago y se le helaron las venas. Intentó volar más alto, agitando las alas con frenesí, pero la serpiente se extendió y extendió para lanzar un mordisco al aire, con la mandíbula desencajada para comérselo entero. Teo pudo oler el hedor en su aliento cuando desenvolvió la lengua bífida, soltó un grito estrangulado y, en vano, intentó protegerse con los brazos.

De repente, una llamarada ardió entre Teo y la criatura. Cuando las llamas retrocedieron, Aurelio estaba frente a él, protegiéndolo con las manos extendidas a los lados, de las que emanaban llamas desde los brazaletes dorados. Teo podía sentir el calor que irradiaba de él, no solo del fuego, sino de *él*. Tenía la piel expuesta cubierta de sudor, con una línea corriendo por la espalda baja, y todos los músculos tensos y alertas a la espera de que la serpiente se moviera.

–¿Aurelio?

–¡Es Aurelio!

El aire se llenó de aplausos.

–¡Gracias a Sol!

–¡Él nos salvará!

La gente, que debía estar corriendo por su vida, se detuvo a mirar, con sonrisas aliviadas en las mejillas sucias y regadas de lágrimas. El miedo y el pánico fueron reemplazados momentáneamente por una chispa de esperanzas. A pesar de que la ciudad estaba siendo destruida a su alrededor, la presencia de Aurelio –su Chico

Dorado, su Héroe– les dio algo de consuelo. Era el sol asomando por el horizonte después de una noche interminable.

Teo entendía muy bien el sentimiento.

–¡Ayúdalos! –Aurelio le hizo señas con la cabeza, sin apartar los ojos llameantes del monstruo. La serpiente apretó los colmillos, con lo que voló veneno como si fuerza saliva, pero el chico no le dio lugar. En cambio, sacudió las manos para expandir las llamas, y el monstruo

retrocedió.

Teo no necesitaba que se lo dijera dos veces.

–¡Entren! ¡Resguárdense! –gritó al ponerse de pie y guiar a las personas hacia las tiendas y edificios de departamentos, en las que ya había gente agolpada en recibidores o debajo de aparadores.

Guio a una familia de tres hacia las puertas abiertas de una clínica, pero justo cuando llegaron al umbral, una porción de la fachada se desmoronó. Teo abrió las alas por instinto para protegerlos a los tres de los escombros y empujarlos hacia adentro.

Maldijo por lo bajo entre jadeos; eso dejaría algunos magullones, pero podría haber sido peor. Sacudió el polvo de las alas y se dirigió a la familia.

–¿Se encuentran bien?

Los tres integrantes de la familia lo miraban con expresiones en blanco, pero él se percató de que no estaban fijándose en sus ojos, sino en sus alas. Al principio, no llegó a escuchar los murmullos, hasta que las voces subieron de volumen.

–¿Es él?

–¿Es el Portador del Sol?

–¡Mira sus alas!

Teo giró con las manos en alto como para decir, “Está bien, estoy aquí para ayudar”, pero las voces se elevaron más y atrajeron a una multitud.

–¿Qué haces aquí? ¿No has hecho suficiente?

–¡Esto es tu culpa!

–¡¿Dónde se esconde Xio?!

–No lo sé, yo… –intentó explicar, con pánico revolviéndole el estómago, pero la multitud se estaba cerrando sobre él y parecía muy enfadada–. Por favor, no es seguro aquí, deben ir hacia el río…

–¡Teo! –Niya apareció entre el gentío enardecido, hizo a todos a un lado y tomó a Teo–.

¡¿Estás bien?! –exigió, analizando su rostro con ojos avellana frenéticos, tan brillantes que él hubiera jurado que estaban en llamas. Tenían los músculos hinchados bajo la piel sucia y cubierta de sudor, las trenzas enmarañadas y un corte en la sien, del que brotaba una línea de sangre dorada.

A Teo no le gustaba recordar que ni siquiera los Dorados –ni siquiera Niya– eran invencibles. Existían limitaciones, como monstruos y dagas de sacrificio de obsidiana.

–Sí –logró chillar con debilidad mientras se aferraba a la cintura de Niya, que lo tenía casi en el aire.

Ella arqueó las cejas con incredulidad, pero el gesto duró poco antes de que se fijara en los espectadores enfurecidos.

–¡Escuchen! –exclamó sobre la multitud. Algunas personas se apartaron para dejarla pasar–. Déjenlo en paz, ¡está *ayudándolos*, tontos! ¡Vayan a buscar un lugar seguro donde refugiarse!

–¡Por supuesto, la mocosa de tierra está de su lado! –gritó alguien.

–¡Ellos apenas son Dorados! ¡Debió ser parte de todo este plan!

–La vi en televisión durante las Pruebas, ¡también era amiga del niño Obsidiano!

Por una vez, Niya se quedó sin palabras, con una mezcla de sorpresa y dolor en el rostro. Miró a Teo confundida, preguntándole con la mirada: "¿Qué hacemos ahora?".

Pero él no sabía qué decir, estaba inmovilizado en el lugar, así que ella se adelantó, lo tomó por la espalda de la camiseta para saltar hacia atrás con él y transformar uno de sus brazaletes en un escudo ovalado. Teo estaba arriesgando su vida para ayudar a esas personas, pero estaban tan furiosas que Niya tenía que usar un escudo para protegerlo de ellas.

–¡Retrocedan y vayan hacia los botes, idiotas! –gritó ella–. ¡Pueden seguir gritándonos después!

Eso pareció surtir efecto. Mientras Niya se abría paso entre el gentío, el público comenzó a dispersarse, y sus expresiones de rabia fueron reemplazadas por temor al observar la gravedad de la situación.

–¡Sigan adelante! –indicó la semidiosa, luego miró a Teo sobre su

hombro–. ¡Yo me encargo de esto! Ve a ver si alguien más necesita ayuda. ¡Y ten cuidado, por el amor de Sol!

Como si les hubieran dado una señal, tres niños aparecieron corriendo por la calle, perseguidos por un…

Un gallo, común y silvestre.

Teo soltó una risita; tal vez no fuera del todo inútil después de todo.

–¡Oye, déjalos en paz! –le gritó a la criatura.

El gallo se detuvo, giró a mirarlo con los ojos negros y agitó las plumas negras iridiscentes y regadas de estrellas. Cuando abrió el pico brillante, chilló con la voz más demoníaca que Teo hubiera escuchado jamás.

– *¿TE ATREVES A DESAFIARME, DIOSUCHO?*

–Por todos los…

– *TIEMBLA ANTE MI PODER.* –La criatura aterradora desplegó las alas, con los ojos encendidos de rojo violento, echó la cabeza hacia atrás y escupió llamas furiosas al aire.

Teo miró alrededor, en busca de algo que confirmara que eso era real–. *SOY EL CAOS, LA DESTRUCCIÓN, LA VENGANZA. SOY SU VERDUGO.*

Con un cacareo rabioso, el gallo encendió una bola de fuego en el pico y la lanzó hacia Teo. Unas manos fuertes lo apartaron del camino y lo lanzaron al suelo, mientras que Aurelio redirigió el ataque hacia un puesto de diarios abandonado.

– *PÓNGANSE A PRUEBA Y SEAN ANIQUILADOS POR MI…*

De repente, el gallo se ahogó y la bola de fuego se apagó como si la hubiera succionado.

–¡Cielos, Teo, no intentes ser amigo de gallos demoníacos! –le advirtió Niya.

– *No intentaba hacerlo, ¡era un monólogo!*

Aurelio apareció en medio de la calle con las palmas extendidas, y la criatura enfurecida sopló una pequeña nube de humo antes de chillar. Teo levantó las alas para protegerse, Aurelio se paró firme, el gallo

volvió a encender fuego en el pico y…

Y Aurelio se quedó quieto.

Teo no comprendía lo que hacía, pero antes de que pudiera moverse, una bota impactó contra el gallo y lo hizo volar entre una nube de plumas. El cacareo furioso se perdió a la distancia.

Luego, la mujer volteó hacia ellos con una expresión perpleja y sorprendida.

–¿Qué hacen aquí? –preguntó con una mano en la cintura.

Teo la miró boquiabierto desde el suelo. Era Brilla, Hija de Lumbre, la anterior Portadora del Sol y hermana mayor de Aurelio. Vestía un uniforme similar al de camiseta sin mangas y pantalones ajustados que usaban Aurelio y Auristela, pero en lugar del negro de la Academia, era casi todo dorado con detalles rojos. También usaba el mismo corte de cabello que sus hermanos –rapado alrededor y recogido en un rodete sobre la cabeza– y tenía la nariz ancha como Aurelio.

–¿Estás bien? –Aurelio le ofreció una mano a Teo.

–Sí –respondió él a regañadientes y dejó que el otro lo ayudara a levantarse. La mano de Aurelio era cálida y callosa–. ¿ *Tú* estás bien? –replicó mirando las manos irritadas del chico.

–Estoy bien –respondió él con sequedad y alejó las manos.

Aunque Teo estaba confundido, decidió no insistir. Aurelio no era ignífugo, pero conocía sus límites, y él no lo mencionaría frente a Niya y a su hermana.

–¿Ustedes tres no deberían estar a mitad de camino hacia Los Restos? –les preguntó Brilla.

–En eso *estábamos* –respondió Teo.

–Nos desviamos un poco –agregó Aurelio con tensión.

–Sí, ¡nos *robaron el bote*! –lamentó Niya, haciendo gestos salvajes con las manos–. Y Teo me hizo nadar, tuvimos que enfrentarnos a una serpiente y a ese *gallo* demoníaco.

–Intentábamos ayudar –explicó Teo.

Bueno, Niya y Aurelio habían ayudado. Teo no creía haber

contribuido mucho; los habitantes de San Fuego *no* lo querían allí, y eso lo hacía preguntarse si el resto de Reino del Sol pensaría lo mismo. Había hecho lo que él creía correcto, pero ¿era lo correcto para todos los demás? ¿Había salvado la vida de una persona para poner en riesgo la del resto del mundo?

Sintió calor en la nuca y frustración por debajo de la piel. Él era el Portador del Sol, pero

¿para qué servía eso? Se había esforzado al máximo para probarse a sí mismo, solo para ser coronado y desatar el apocalipsis inmediatamente después. Las tradiciones, sacrificios y la voluntad de los dioses los habían mantenido a salvo durante miles de años, para que él llegara y arruinara todo en cuestión de minutos.

Brilla se rio.

–Siempre al rescate, ¿no, Relio? –Le acarició la cabeza a su hermano con cariño, con lo que hizo que algunos mechones se soltaran del rodete.

Aurelio frunció el ceño, y Teo contuvo una sonrisa.

–¿Por qué hay tantos de esos monstruos? –preguntó para cambiar de tema.

–¿Y por qué son mucho más aterradores? –exigió Niya, molesta, mientras observaba la calle destrozada–. ¡Luchamos contra monstruos todo el tiempo, pero estos son mucho más fuertes! ¡Y brillantes!

–Estos no son monstruos normales, son Celestiales –explicó Aurelio–. Son los monstruos originales que crearon los Obsidianos, los que originaron a todos los otros monstruos que ahora vagan por Los Restos. Son más poderosos y más difíciles de vencer, y tienen ese brillo estrellado.

–Ah, claro. –Niya dejó caer los hombros.

–Por eso mismo deberían evitarlos, ¡no perseguirlos! –los regañó Brilla, pero sin malicia–. Apreciamos la ayuda, pero… –Giró y cortó el aire con los brazos para apagar no solo el puesto de diarios, sino también los incendios en el resto de la calle. Luego les lanzó una sonrisa por encima del hombro–. Creo que podemos manejarlo.

Teo soltó una carcajada. Pensaba que Niya y Aurelio eran tan fuertes como cualquier Dorado, pero no era cierto. Todavía eran adolescentes,

ni siquiera eran Héroes oficiales como Brilla.

–Ustedes tres concéntrense en conseguir la Piedra Solar para que podamos detener esto de una vez por todas –continuó la joven, con los ojos danzando a la luz del fuego–.

Nosotros, los Héroes, salvaremos las ciudades, ustedes salven el mundo.

Tenía razón. Ellos tres no podían detenerse a rescatar a todos en cada ciudad que encontraran, pues no tenían las habilidades ni la experiencia, en especial Teo.

La tensión en su pecho se aflojó. El instinto le decía que se lanzara de cabeza a ayudar a las personas necesitadas, incluso a costa de su propia seguridad, pero no estaban solos en eso. No eran solo él, Niya y Aurelio contra los Obsidianos, tenían a todos los dioses y semidioses de su lado.

Si Brilla confiaba en que él hiciera su parte, entonces él debía confiar en que ella y los otros Héroes hicieran la suya.

–Deberíamos atravesar San Fuego Oeste y dirigirnos al sur hacia Afortunada –dijo Aurelio, listo para continuar con su misión.

Brilla caminó hacia Aurelio y lo atrajo hacia su lado. Incluso con su metro noventa, la cabeza de Aurelio apenas le llegaba al hombro.

–Ve a traer de vuelta a nuestra hermana, ¿de acuerdo? –le dijo ella con un pequeño apretón.

Él asintió, con la mandíbula tensa. Parecía dudoso, pero, en un movimiento repentino que sorprendió a todos, en especial a Brilla, extendió los brazos para darle un fuerte abrazo. Una risa sorprendida brotó en el pecho de ella cuando correspondió al abrazo.

–Nosotros nos encargaremos de las cosas aquí hasta que regreses –le aseguró.

Tan rápido como la abrazó, Aurelio la soltó y se dirigió hacia el sur sin decir otra palabra. Cuando Teo se movió para seguirlo, Brilla lo detuvo.

–Oye –le dijo al interponerse en su camino. Cuando Teo la miró, se sintió bastante insignificante junto a la poderosa Hija de Lumbre. La expresión de Brilla se suavizó un poco–. Entiendo por lo que has

pasado y sé que estás asustado –le aseguró en un tono que hizo arder la garganta de Teo–. Pero también eres increíblemente valiente, más

valiente que cualquier otro Portador del Sol que haya venido antes que tú, incluyéndome a mí. –Teo parpadeó. No sabía qué esperaba que le dijera, pero no era eso–. Estuviste bajo una enorme presión para completar el sacrificio, pero te mantuviste fiel a tus principios.

–También desencadené el apocalipsis –señaló él con debilidad.

–Sí lo hiciste –rio Brilla–. Pero aún tenemos tiempo para detenerlo. –Se enderezó y llevó los puños cerrados a sus caderas–. Eres el Portador del Sol, ¿verdad? –preguntó.

–Sí –respondió él, inseguro, y el rostro de ella se iluminó con una sonrisa encantadora.

–¡Entonces, ve y trae al sol de vuelta!

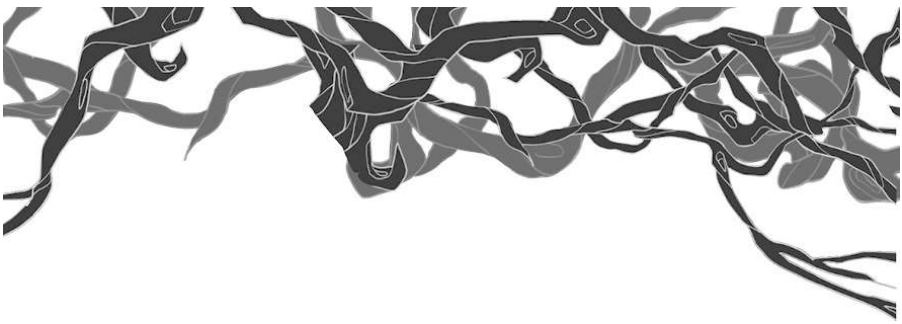
Una risa sorprendida alivió la tensión en el pecho de Teo.

–Gracias por tu ayuda –dijo mientras salía corriendo tras Aurelio.

–¡Adiós, Brilla! –Niya la saludó con alegría–. No le envíes nuestros saludos a tu madre.

¡No me agrada!

Brilla se rio y les devolvió el saludo antes de alejarse por la calle llena de humo.



CAPÍTULO 4

XIO

En Reino del Sol, los templos no solían tener nada debajo; algunos, como el de Diosa Agua, habían sido construidos sobre cuevas naturales y cenotes, pero la red de túneles que corría bajo el templo de Venganza no era natural. Alguien –tal vez Caos, tal vez trabajadores humanos– había excavado ese espacio bajo la tierra. Mientras Xio caminaba, sentía que el espectro de una civilización muerta hacía mucho tiempo llenaba el vacío a su alrededor.

Al igual que Mala Suerte, Venganza una vez había gobernado sobre una ciudad entera.

¿Los sacerdotes habían usado esos túneles? ¿Cómo era la vida en Los Restos todos esos años atrás?

En la periferia de la mente de Xio, como una imagen que aún no podía ver con claridad, sabía que –si las cosas hubieran sido diferentes– hubiera crecido en ese lugar.

Varias antorchas a lo largo de las paredes de piedra desgastadas se encendieron de golpe. Cuando sus ojos se ajustaron a la luz cálida, vio celdas a ambos lados del pasillo, cada una ocupada por uno de los Dorados, detrás de muros de cristal encantados con campos de fuerza que ondulaban con suavidad como olas de calor.

–Caos hizo algunas renovaciones en los túneles –explicó Venganza–. Siguiendo tus consejos, por supuesto –agregó con una sonrisa torcida.

El suelo irregular estaba cubierto de tierra y rocas que crujían bajo los zapatos de Xio mientras pasaba por las celdas.

–Vaya –jadeó al contemplarlo todo. Él había usado su archivo de cartas coleccionables, estadísticas y noticias para conocer las debilidades de los Dorados. Luego, había pasado horas haciendo notas y dibujando diseños para las celdas de prisión, cada una planeada al detalle para neutralizar los poderes de un semidiós. Parecía estar funcionando.

Xochi estaba en la primera celda a la izquierda. Aunque estaban bajo tierra, las tres paredes de piedra, el techo y el suelo estaban recubiertos de cemento gris, lo que le imposibilitaba hacer crecer algo. Además, no había sol para darle energía, así que era solo cuestión de tiempo antes de que se debilitara lo suficiente como para no poder hacer nada. Por la forma en que exploraba su celda, con lágrimas dibujando líneas en su expresión feroz, estaba claro que ella también lo sabía.

Junto a Xochi se encontraba Marino. El chico musculoso estaba de pie en el centro de una habitación hecha de metal, con paredes revestidas de elementos calefactores que funcionaban como radiadores gigantes. En el techo zumbaban ventiladores metálicos que circulaban el aire y eliminaban la humedad. El plan de Xio no era asarlo, sino deshidratarlo poco a poco hasta debilitarlo.

–¡No pueden mantenernos aquí! –exclamó Marino, incrédulo, mientras se limpiaba el sudor que ya le perlaba la frente.

Xio puso los ojos en blanco y lo ignoró. Sí podían, y lo harían. Mientras que siguiera sudando, Marino era peligroso, pues con suficiente sudor, podría usarlo como arma, pero una vez que se le acabara, sería fácil mantenerlo contenido. Aun así, Xio se había asegurado de que Caos supiera hacer las paredes de metal varios centímetros más gruesas para que llevara tiempo y esfuerzo usar la presión del agua para atravesarlas.

Frente a Marino estaba Ocelo. Su celda era la más pequeña, en especial cuando Ocelo crecía como en ese momento. Apenas era lo suficientemente ancha como para que se recostara, lo que significaba que no había espacio para que obtuviera el impulso necesario para golpear las paredes. Ocelo saltaba contra el cristal una y otra vez, pero el campo de fuerza no hacía más que ondular donde golpeaba. Gritaba de rabia, con los músculos abultados y los colmillos alargados, luego cambió de táctica y comenzó a arañar las paredes, dejando grandes cortes en la piedra.

–Mmm.

Xio se sobresaltó cuando Caos apareció a su lado.

–Es irritante –dijo con su voz extraña. Con un chasquido de los dedos, las paredes se repararon a sí mismas, sin dejar rastro de daños.

Ocelo rugió con furia, y una sensación cálida y deliciosa de satisfacción se instaló en el estómago de Xio.

Al otro lado del pasillo, la celda de Atzi era la más cercana a la entrada. Ella estaba de pie sobre diez centímetros de agua y rodeada de postes de cobre que sobresalían del suelo. Cuando Xio apareció a la vista, Atzi le lanzó un rayo de inmediato, que rebotó contra la barrera con un crujido, luego golpeó los pararrayos y se dispersó por la superficie del agua en todas direcciones.

El diseño de la celda de Atzi era el que más problemas le había ocasionado a Xio, por lo que había pasado demasiado tiempo investigando conductores, pero estaba satisfecho con su trabajo. Los postes atraían los rayos y los dispersaban bajo tierra, donde eran inofensivos, y hacían imposible que Atzi apuntara. Como joven semidiosa, con solo trece años, aún tenía mucho tiempo para explotar su potencial a pleno. Hasta entonces, la energía limitada siempre haría que quedara agotada enseguida, en especial si intentaba movimientos grandes.

Junto a Atzi, Dezi se encontraba en una habitación vacía, de paredes simples y grises sin juntas ni grietas. A diferencia de las otras celdas, el campo de fuerza ondulaba con humo azul marino, que le ocultaba la vista del exterior casi por completo. Dezi giraba en círculos lentos, con el ceño fruncido mientras miraba a su alrededor. Justo frente a él, Marino saltaba en su lugar y agitaba los brazos para llamarle la atención, pero la mirada de Dezi seguía de largo.

–No puede verte –le dijo Xio.

–¿Qué? –respondió Marino.

–No puede verte –repitió el chico, pero como Marino seguía sin entender, continuó–: Desde adentro, solo se ve como una habitación cerrada. Tú puedes verlo… –Xio miró hacia atrás. Dezi se acercó al cristal y se cubrió los ojos con las manos, intentando mirar a través de la barrera, y Xio se volvió hacia Marino–. Pero él no puede verte.

Marino por fin lo entendió. Su mandíbula se tensó y su rostro sudoroso se retorció de rabia. Lo peor que le podían hacer a un Hijo de Amor era encerrarlo en una habitación solitaria, sin que supiera dónde estaban sus amigos ni qué estaba sucediendo. Y lo segundo peor era hacer que el chico que lo amaba lo observara.

Chupacabra corrió hacia la celda de Dezi.

–¡Iuuujuuu! –canturreó, agitando las manos hacia el chico, quien permanecía ajeno al exterior. Chupacabra rio y presionó su rostro contra el cristal, con la mandíbula abierta para revelar encías negras,

dientes afilados y una lengua carmesí, de la que goteaba saliva. Luego tocó el cristal con un dedo garrudo, y el humo azul encantado desapareció, haciendo que el muro se volviera translúcido.

Dezi saltó hacia atrás tan rápido que tropezó con sus propios pies y cayó al suelo, y Chupacabra se rio a carcajadas cuando él se arrastró lejos de ella, mirándola asustado y con respiraciones agitadas. Luego miró más allá de ella en busca de sus amigos.

Chupacabra comenzó a golpetear el cristal.

–¡Ahí están tus amigos! –canturreó y, con otro golpe, bloqueó la vista de Dezi otra vez–.

¡Ups, ahora no están! ¡Ahí están de nuevo! Ahora los ves, ¡ahora no los ves!

–¡Déjalo en paz! –gritó Marino.

Xio sintió una punzada de algo profundo en el pecho. ¿Era... culpa? No. Por supuesto que no. Eso era lo que los Dorados merecían. Le habían arrebatado *todo*, habían encarcelado a su verdadero padre y lo habían dejado a morir. Y los Jades, Mala Suerte…

eran tan malos como ellos: complacientes con la violencia y la tiranía de la clase alta.

Xio recordaba las miradas en los rostros de todos cuando su sangre negra había caído sobre la piedra esa mañana. Los gritos todavía resonaban en sus oídos. *Bien.*

Mala suerte, así era como siempre lo habían llamado. Bueno, les mostraría lo malo que podía ser.

Un grito repentino lo despertó de sus pensamientos.

–¡Pequeño demonio monstruoso!

Auristela estaba despierta.

Estaba más adelante, a la derecha, atrapada en una caja de hielo gigantesca. Las paredes estaban cubiertas de escarcha, y la chica se encontraba en el centro, envuelta en una esfera de hielo hasta el cuello.

–¿Es este tu sótano de fanfic enfermizo de tortura? –rugió. Sus palabras salían en nubes de vapor que emanaba su piel, caía en gotas

de agua por los lados de la prisión de hielo y formaba charcos en el suelo–. ¿Cuánto tiempo fantaseaste con encerrarnos aquí durante las Pruebas, enfermo?

Xio sintió que una ola de furia lo atravesaba – *estúpida Auristela, siempre tiene algo desagradable que decir, nunca puede admitir la derrota y ya*–, pero su padre estaba mirando, y Venganza siempre era ecuánime frente a la adversidad. Así que canalizó algo de esa energía para torcer la boca en lo más parecido a una mueca.

–Ah, Auristela, es lindo ver que, incluso de ese lado de la celda, aún puedas pensar que eres mejor que nosotros.

–Eso es porque *somos* mejores que tú, Xio –bufó ella.

–Sin embargo, no soy yo el que está atrapado en hielo. –Xio encogió los hombros.

Chupacabra estalló en carcajadas.

– *¡Ah!* Tengan cuidado, Junior es pura maldad.

Él se ruborizó, aunque no sabía si era por vergüenza o por orgullo. ¿Quizás una extraña mezcla de ambos? Había logrado hacer reír a alguien tan aterrador y despiadado como Chupacabra, debía ser una buena señal. A fin de cuentas, estaban en el mismo equipo.

–¿Cómo prepararon estas celdas tan rápido? –preguntó.

–La creación surge del caos –dijo Diose Caos, con palabras que temblaron y resonaron en voces múltiples–. Para crear discordia, debo entender el orden.

Xio entornó los ojos, eso no respondía la pregunta, pero bueno.

–Es uno de sus muchos talentos –aportó Venganza.

–Tengo algunas ideas para mejorarlas –le dijo Xio a su padre–. Deberíamos…

–Se agradece tu pasión –interrumpió Venganza con una sonrisa–. Pero es innecesaria.

Caos tiene cierto… *talento* para este tipo de trabajo. Estos niños no serán un problema.

Xio no estaba seguro. Los había visto a los seis en acción en persona, y no eran los mejores estudiantes de la Academia por nada. Pero quizás Venganza tuviera razón; solo eran *semidioses*, no tenían oportunidad contra tres dioses Obsidianos.

–Estarán bien solos hasta que bajes a controlarlos…

–¿Yo? –Xio se sorprendió–. ¿Por qué tengo que hacerlo yo? –Era el Hijo de Venganza,

¿por qué tenía que cuidar a un montón de prisioneros?

–¡Yo podría hacerlo! –ofreció Chupacabra, con sus horribles ojos bien abiertos y la boca llena de saliva.

Xio se detuvo. Había miles de destinos terribles que podría desearles a los Dorados, pero ni siquiera él soltaría a Chupacabra sobre ellos.

–Lo haré –murmuró, para decepción de la diosa.

–Entonces, ¿podemos irnos? –dijo Venganza señalando hacia la puerta.

Los semidioses cautivos fulminaron con la mirada a los Obsidianos mientras pasaban.

Todos menos Atzi, cuyos ojos estaban fijos y firmes en Xio.

Por un momento, sus miradas se encontraron, pero Xio desvió la vista de inmediato y luego se maldijo por su cobardía. ¿Quién era Atzi para juzgarlo? Otra perdedora Dorada, hija de los seres que habían subyugado y encarcelado a sus ancestros de sangre Obsidiana. ¿Qué derecho tenía ella de hacer sentir avergonzado a Xio?

Ninguno. En absoluto.

El camino hacia el altar en la cima del Templo de Venganza fue largo, pero Xio preferiría el ardor en las pantorrillas a la teletransportación nauseabunda de Caos.

Venganza iba al frente, con Chupacabra a su lado, Caos flotando detrás y Xio cerrando la procesión.

Xio ya conocía el estado del altar de Venganza desde su primera visita

a Los Restos. La antigua piedra gris estaba pulida por siglos de lluvia, y la estructura era diferente a cualquier otra que hubiera visto en Reino del Sol. Desde afuera, el altar parecía una corona rodeada de contrafuertes voladores, con picos afilados de obsidiana coronando sus agujas, como lanzas apuntadas al cielo.

A diferencia de los observatorios Dorados y Jade, no había ninguna abertura para recibir al sol. La estructura estaba completamente cerrada al exterior, excepto por la entrada principal y secciones del edificio que habían sido destruidas durante la guerra con los dioses. Se elevaba como una montaña escarpada entre el follaje espeso de la jungla inferior. El interior del altar estaba en peor estado. El techo era tan alto que Xio ni siquiera alcanzaba a ver dónde terminaba en la oscuridad. Por los agujeros en muros y techos se filtraban raíces como garras y, entre los charcos de agua estancada, había trozos de obsidiana y huesos de criaturas pequeñas mezclados con los escombros arrastrados desde el exterior. A Xio le costaba imaginar cómo habría sido antes.

Lo que *sí* le gustaba era la abundancia de obsidiana natural que sobresalía de las paredes escarpadas y venas onduladas en el suelo. Le recordaba al templo de Tierra, aunque sin los colores vertiginosos. En el centro de la habitación, en el estrado en el que Xio había hecho contacto con su padre por primera vez, yacían el trono derrumbado y el glifo roto de Venganza. Xio aún llevaba consigo el trozo de obsidiana que había intercambiado por la piedra azabache de su brazalete.

Venganza observaba los restos de su altar destruido con el rostro fruncido por disgusto o decepción –a Xio aún le resultaba difícil leerlo–. Después de todos los discursos apasionados que Venganza le había dado, estaba sorprendido de verlo tan relajado en ese momento. Desde que había conseguido la Piedra Solar, el rostro del dios vengativo estaba dominado por una extraña paz, pero Xio no podía evitar sentir que era la calma antes de la tormenta. En especial porque así era como funcionaba su rabia también; su temperamento era otro misterio de su infancia sobre el que descubrir la verdad de su origen había echado luz. Muchas veces sentía que la ira estaba al límite, a punto de consumirlo por completo, y debía reprimirla en su interior, donde fermentaba y se revolvía, lista para estallar y escapar de su piel.

Venganza pateó las velas rodeadas de gotas de cera que estaban en el suelo. Desde algún lugar arriba, se oyó el chillido de un murciélago agitado, y el dios chasqueó la lengua con desaprobación.

–Bueno, primero lo primero. –Extendió dedos nudosos y torcidos, y las paredes crujieron a su alrededor. Xio tuvo que mantenerse firme mientras el suelo del templo temblaba bajo sus pies.

Dos losas extensas de obsidiana se despendieron de las paredes, Venganza las guio hasta el suelo y, con los dedos entrelazados y sin pestañear, hizo que se desprendieran trozos de la primera, como si un escultor invisible estuviera trabajando sobre ella.

Grandes estatuas de los tres dioses Obsidianos se erigieron alrededor de la habitación, y el enorme glifo cuadrado de Venganza, con su cabeza de cabra, renació en el centro.

Xio lo miraba incrédulo, con una corriente de emoción corriendo por la columna. ¿ *Él* podía hacer eso?

Detrás del glifo, el segundo trozo de obsidiana creó un trono, ornamentado con figuras tridimensionales: humanos de rodillas alrededor de la base, con las manos en cuenco hacia arriba. Xio no estaba seguro de si estaban haciendo ofrendas o suplicando clemencia. Y, sobre ellos, posados en la base y los brazos del trono, los Monstruos Celestiales se retorcían entre estrellas y nubes angulosas. La cabeza de Venganza se encontraba en el respaldo alto del trono, rodeada de rayos que eclipsaban el sol detrás de él.

Chupacabra tomó un viejo junco tejido y lo colocó en el asiento del trono.

–¡Casi como nuevo!

–Casi –declaró Venganza y subió la escalinata del estrado para tomar asiento.

Chupacabra soltó una risa perturbadora antes de posarse a su izquierda como un sabueso obediente–. ¿Te importaría? –le preguntó Venganza a Caos, que aún rondaba por el centro de la sala del trono.

Las manos de Caos se movieron y el templo volvió a temblar para repararse a sí mismo; las piedras se levantaban en el aire y volvían a encajar en las paredes. Era como ver la destrucción de la habitación en reversa. Los cristales volaban por el aire y se reensamblaban en las ventanas arqueadas; las enredaderas y ramas retrocedían; los arcos decorativos y molduras intrincadas regresaban a su lugar. Incluso las velas se levantaban y se encendían solas alrededor del trono y el glifo de Venganza.

Xio subió las escaleras, de a dos peldaños por vez.

–Pa… padre –comenzó, retorciendo las manos con ansiedad.

–¿Sí? –Venganza se volvió hacia él mientras tamborileaba las uñas en el reposabrazos.

–¿Qué…? –Xio vaciló por temor a formular una pregunta equivocada–. Eh, quiero decir, eres el Dios de la Venganza.

Su padre hizo una pausa antes de responder.

–Astuto, hijo mío.

Chupacabra se rio entre dientes, pero Xio la ignoró. A ella y al ardor en sus mejillas.

–Pero ¿puedes controlar la obsidiana?

–Ah. –Venganza se enderezó un poco más, con una mirada complacida–. Estás interesado en tu herencia divina, ¿verdad?

–Es solo que, con Mala Suerte, siempre pensé… –Xio volvió a titubear. Odiaba hablar de Suerte frente a los Obsidianos. Se sentía avergonzado–. Él dijo que mis poderes causaban *mala suerte*. Pero eso no era verdad.

Venganza asintió.

–Los dioses deben haberte ocultado muchas cosas sobre la naturaleza de la sangre obsidiana y los poderes que concede a nuestra descendencia. Creo que sería adecuado ofrecerte algo de entrenamiento en estos asuntos. ¿Estás de acuerdo, Chupacabra?

Ella, que había estado arreglándose las uñas, se puso alerta.

–¿Eh? ¡Ah, claro! Podría servirnos tener soldados bien entrenados en nuestro nuevo ejército. *Mis* hijos alguna vez fueron considerados rivales de los de Guerrero en combate

–dijo con orgullo.

Xio intentó imaginar cómo lucirían los hijos medio mortales de Chupacabra. ¿Se transformarían, como Ocelo? ¿También tendrían cabezas de lobo espeluznantes? Pero él no tenía cabeza de cabra ni cuernos después de todo. Ah, por los dioses, ¿le crecerían cuernos?

–Sería un honor –le dijo a su padre. La mirada de aprobación de Venganza llenó de calidez los escalofríos de Xio.

–Creo que te has ganado el título de Hijo de Venganza –anunció el dios y le hizo señas para que se acercara. Los fragmentos de obsidiana en el suelo volaron a su mano abierta, se fusionaron en un enredo afilado y formaron una corona.

Xio contuvo la respiración mientras Venganza se la colocaba en la cabeza. Quería tocarla, pero los bordes afilados podían cortarle los dedos si no era cuidadoso. Aunque la corona era pesada, se resistió a mostrar cualquier incomodidad. En cambio, se paró erguido, pensando en irradiar confianza y fuerza.

–Serás conocido como Xio, Hijo de Venganza, el Portador de la Noche –declaró Venganza y le indicó que diera un paso atrás–. Y, con tu entrenamiento, te convertirás en un activo valioso para nuestra familia y nuestra causa.

El corazón de Xio se hinchó de orgullo, y un sentido de propósito se encendió dentro de él. Ese era su destino, su camino. Por primera vez en su vida, sintió que pertenecía a algún lugar.

–Gracias, padre –dijo e inclinó la cabeza con respeto–. Acepto mi nuevo rol –afirmó con voz firme y decidida.

–¡Pero qué niño adorable! –Chupacabra se rio a carcajadas.

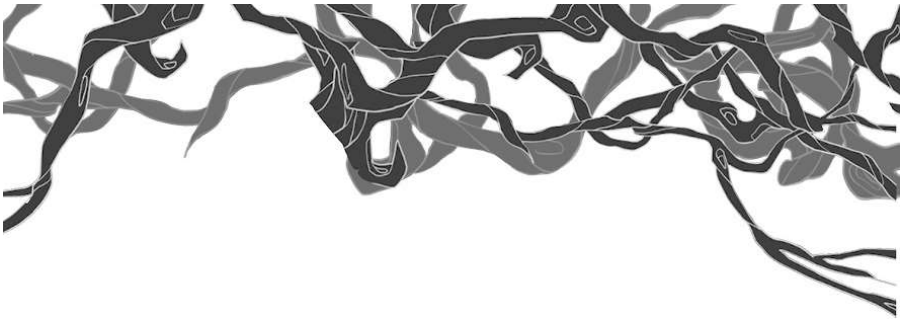
–Bien –continuó Venganza con una sonrisa maliciosa en su rostro–. Juntos, nos vengaremos de los dioses.

Una resolución feroz invadió a Xio. Había pasado toda su vida escondiéndose de los dioses, ocultando su verdadera naturaleza, dejando que el miedo condicionara todas sus decisiones. Pero él era un Obsidiano y ya no se acobardaría en las sombras.

Los dioses habían derramado la sangre de sus familiares, y Xio los haría pagar.

–Enséñame –urgió a su padre, dominado por el fuego interior–. Enséñame cómo hacerlos temblar.

–Paciencia, hijo mío –respondió Venganza en un ronroneo bajo de aprobación–. Con el tiempo, aprenderás a dominar tu poder y a cobrar venganza, lo que merecemos por derecho.



CAPÍTULO 5

TEO

Las llamas ardientes de San Fuego se desvanecían a sus espaldas, hasta ser apenas una débil mancha anaranjada a lo lejos. A medida que Teo, Niya y Aurelio se dirigían hacia el sur, los vecindarios daban paso a colinas rocosas y onduladas. El terreno descendía hacia el desierto Casa de Corazón, donde agaves espinosos, rocas escarpadas y piedras afiladas salpicaban el paisaje desolado como las plumas de un búho moteado. El suelo era suelto y pedregoso bajo los zapatos de Teo, por lo que le preocupaba torcerse un tobillo.

Para Teo, era como estar en un planeta totalmente diferente. A diferencia de la implacable humedad de Quetzlan, la sequedad de ese lugar parecía absorber la humedad de sus labios, dejándolos agrietados y resecos. El calor se negaba a disminuir, incluso en ausencia del sol. Mientras que en Quetzlan, una ciudad consumida poco a poco por la jungla, la ropa de Teo siempre se sentía húmeda por su propio sudor, en ese lugar extraño, sentía como si su piel estuviera cubierta por una capa de sal.

Teo estaba acostumbrado a las luces de la ciudad y al zumbido constante del tráfico, a estar rodeado de grandes edificios y de árboles aún más grandes, pero más allá de los límites de la ciudad de San Fuego, la nada se extendía a su alrededor, silenciosa como los muertos y más oscura de lo que creía posible. Las estrellas y el resplandor de los trajes iluminaban el camino del trío mientras pasaban por minas de carbón

abandonadas, cuyas entradas parecían bocas torcidas que se adentraban en las oscuras profundidades de la tierra.

Era demasiado oscuro, demasiado silencioso, demasiado escalofriante.

–¿Viven animales peligrosos por aquí? –preguntó Teo mientras revisaba el pequeño círculo iluminado por sus trajes.

–¡Nada demasiado aterrador! –respondió Niya desde atrás, antes de enumerar animales al pasar–: Solo serpientes, escorpiones, monstruos

de Gila venenosos, linces…

Todo el cuerpo de Teo se tensó.

– *¿¡Linces!?* –tartamudeó.

–No te preocupes, pesan apenas entre diez y quince kilos –ofreció Aurelio.

Si eso se suponía que consolara a Teo, no lo hizo.

–Al menos no hay jaguares –murmuró. Pensó en esforzarse para aumentar el paso para salir de esta zona espeluznante, pero no era que algo mejor los esperara más adelante, solo más oscuridad–. ¿Podemos parar en algún sitio pronto? –preguntó. Le *ardían* los hombros, alas y piernas por el agotamiento.

Aurelio miró hacia atrás. Sus ojos cobrizos evaluaron a Teo de arriba abajo, y luego frunció el ceño.

–¿Estás bien?

"No", quería decir, pero su ego ya estaba demasiado frágil en ese momento.

–Me caería bien un poco de descanso y de comida –dijo, intentando no sonar agitado.

Aurelio consultó su reloj de la Academia–. ¿Ustedes no están cansados? –consultó Teo, mirando a Niya.

–¡Estoy bien! –Ella solo sonrió y se encogió los hombros.

–¿En serio? –Incrédulo, dejó caer los hombros.

–Encontraré un lugar para que pasemos esta noche –anunció Aurelio, quien marcaba el camino.

Después de pasar por un rebaño de burros curiosos, los guio hacia una cabaña de piedra abandonada, elevada contra la ladera de una colina. El suelo de madera estaba podrido y cubierto de escombros, pero había una mesa resistente y una chimenea que Aurelio despejó para encender una fogata. Sobre la repisa habían montado un pequeño altar, con un nicho pintado de blanco y amarillo y rayos solares y estrellas irradiaban desde una silueta dorada de Sol, que tenía las manos unidas en el centro del pecho.

Teo abrió los broches de su mochila para descolgársela, y sus alas se sacudieron tan pronto como cayó al suelo. Le costó mucho cargarla hasta la mesa, pero Niya lanzó la suya junto a la de él con facilidad, sujetando la correa apenas con dos dedos.

–Actúas como si esa cosa no pesara nada –gruñó Teo, y su voz resonó en el edificio vacío. El aire era frío y tenía un leve olor a piedra mojada.

–Bueno, soy más fuerte que tú –comentó Niya, no en tono desagradable, simplemente como un hecho–. Y ya que un tercio de esta cosa está lleno de Takis, es bastante ligera desde un principio –añadió, dándole una palmada a la mochila llena.

–¿Tienes suficientes suministros de emergencia?

–Eh, *sí*, Teo –respondió molesta–. ¿Para qué crees que son los Takis?

–Yo tengo suficientes barras nutritivas para un par de días. Espero. –Teo palmeó su propia mochila.

–Yo tengo equipo de acampar para que podamos cocinar nuestra propia comida –

añadió Aurelio, siempre el más práctico–. Con esto, nuestros sacos de dormir y el Decantador de Agua Infinita de Diosa Agua, deberíamos estar preparados para lo peor.

Al menos uno de ellos tenía todo bajo control. Teo ni siquiera había hecho una caminata antes de que lo lanzaran a las Pruebas del Sol. Mientras Aurelio sacaba una olla pequeña, llena de bolsitas de ingredientes, y Niya acechaba sobre su hombro, hablando a toda velocidad sobre nada en particular, Teo decidió ver qué había empacado Huemac por él.

Había varios conjuntos de ropa, una linterna y suministros de primeros auxilios adecuados para un semidiós. Huemac incluso había pensado en empacar un cepillo de dientes, gracias a Sol, así que Teo no tenía que preocuparse por que su aliento apestara durante el viaje. Cuando desenrolló su saco de dormir, algo rodó sobre su regazo.

Respiró hondo al verlo: era Tuki, su peluche de tucán, que Huemac le había dado cuando era solo un bebé.

El peluche tenía las marcas de todo el amor recibido. Su pelaje blanco y anaranjado estaba manchado y desgastado en lugares donde Teo lo

había abrazado de niño; los ojos eran cuentas de formas diferentes, ya que la madre de Teo había tenido que reemplazar uno después de que él se lo tragara por accidente el primer año de escuela. Le faltaba una pata amarilla y el ala derecha estaba demasiado rellena por todas las veces que Huemac había tenido que repararla.

Teo lo había escondido en las profundidades de su mochila antes de ir a las Pruebas del Sol. Huemac debía haberlo encontrado y empacado con sus cosas. Las lágrimas ardieron en sus ojos mientras acariciaba el pico del tucán y deseaba más que todo estar de vuelta en el Templo Quetzal con Huemac y con su madre.

–¿Qué está haciendo?

Teo se sobresaltó y metió a Tuki de nuevo en su saco de dormir antes de darse la vuelta.

Niya estaba en la ventana, con las manos alrededor de los ojos para mirar a través del vidrio sucio y agrietado.

–¿Quién? –preguntó Teo. De repente, tenía el corazón en la garganta.

–¡Aurelio, obviamente! –Niya resopló.

–Claro –suspiró Teo.

–¡Iré a investigar! –anunció ella, y sus pies descalzos resonaron de camino a la puerta.

Teo la siguió. No se quedaría solo en una cabaña abandonada en medio de la nada sin sus amigos fuertes y valientes. Afuera, Aurelio estaba de pie contemplando algo que se alzaba más allá de la luz.

–¿Qué es *eso*? –preguntó Teo mientras se acercaban.

–¡Es un cactus! –explicó Niya, como si lo estuviera reprendiendo–. ¿Nunca has visto uno antes?

–¡Claro que sí! –respondió Teo con aspereza–. ¡Pero nunca uno tan grande!

El cactus tenía más de quince metros de altura, por lo que Teo debía inclinar la cabeza hacia atrás para verlo completo, era más ancho que Aurelio, con varios brazos gruesos y extendidos, y, en los extremos, crecían racimos espesos de flores blancas y regordetas, como si fueran ramos. La luz de la cabaña hacía que su sombra se extendiera hacia la

oscuridad. Espinas cubrían su carne verde en filas verticales gruesas, que le recordaron a Teo las cercas de alambre de púas que rodeaban la Escuela Secundaria Quetzlan, en las que más de una vez se había rasgado la ropa.

–Es un cactus saguaro –explicó Aurelio–. Son los más grandes de Reino del Sol, y las flores solo florecen al atardecer y permanecen abiertas menos de un día. –Inclinó la cabeza en un ángulo curioso–. Supongo que la falta de sol los ha confundido.

–Huele a melón –comentó Teo cuando se acercó y el aroma dulce le llenó la nariz.

–¿Qué tiene de interesante un cactus tan grande? –preguntó Niya al observarlo con detenimiento.

–Frutas. –Aurelio señaló hacia arriba.

De hecho, un racimo de frutas rojas como rubí, del tamaño de un aguacate, pendía de la parte superior del tallo más grueso del cactus.

–Gracias a Diosa Guanabana –dijo Teo en agradecimiento a la diosa Jade de las frutas.

Niya jadeó sorprendida.

–¡Postre! –exclamó, animada y con brillo en sus ojos color avellana–. ¡Vuela allá arriba y agarra algunas, Teo! –dijo dándole un empujón alentador.

–No haré eso –sentenció Teo–. Todavía no tengo tanta coordinación –admitió–. Un movimiento en falso y mi trasero quedaría ensartado en esas espinas y ustedes tendrían que sacarme de ahí.

–Si puedo encontrar una rama larga… –Aurelio buscó en el suelo.

Antes de que terminara la frase, Niya levantó una roca enorme.

–¡Yo me encargo! –anunció antes de arrojar la roca, que voló en el aire y golpeó el costado del cactus con un estruendo.

– *¡Oye!* –chilló una voz aguda, y un ave de cuerpo compacto, cola de plumas largas y alas cortas apareció desde el racimo de frutas–. *¡Tengo un nido ahí arriba!* –exclamó enfadada–. *¡Estas son mis frutas! Si las quieren, tendrán que subir y pelear por ellas.*

–Mierda –murmuró Niya con una risita–. ¡Perdón, avecita!

Teo se estremeció y dio un paso al frente para traducir.

–Lo siento, ¡no vimos que estabas ahí arriba! –le dijo al cuicacoche pico curvo. Eran aves conocidas por ser muy territoriales y agresivas, así que intentó ser lo más respetuoso posible–. No queríamos arruinar tu nido ni robar tus frutas, solo…

El ave saltó hacia una de las frutas del saguaro y miró hacia abajo con un ojo dorado.

– *¿Quién eres?*

–¿Qué está diciendo? –susurró Niya, mientras que la mirada de Aurelio iba y venía entre Teo y el ave, pero él la ignoró por el momento.

–Teo… –alcanzó a decir antes de que el cuicacoche jadeara.

– *¡Hijo de Quetzal!* –concluyó por él–. *¡¿Qué demonios haces aquí?! ¿Diosa Quetzal sabe dónde estás? ¡Este no es lugar para un hijo de la selva!*

–Es una larga historia –rio Teo–. Pero estamos en una misión importante y solo pasábamos por aquí.

– *Ay, cielos, cielos* –canturreó el ave dando picotazos–. *¡Estás aquí solo!*

–Esperábamos conseguir algunas frutas –continuó Teo–, pero podemos buscar otro cactus…

– *¡No es necesario!* –le dijo el ave mientras agitaba las plumas–. *Creí que era una serpiente o alguien que intentaba robarse mis huevos. Será un honor compartir mi cactus con el Hijo de Quetzal.*

Sin más, saltó a una de las ramas más bajas y usó el pico curvo para cortar el tallo de las frutas. Aurelio logró atajar tres en el aire, y Niya alcanzó la cuarta.

– *¡Eres el único que ha tenido la amabilidad de preguntar!* –explicó el ave, mientras cortaba más frutas–. *Si no son serpientes queriendo comerse mis huevos, ¡son tortugas, murciélagos y pecaríes que se comen todas mis frutas!*

Teo se agachó para recoger la fruta que había caído al suelo a sus pies, que estaban rodeados de los restos aplastados y podridos de frutas viejas.

–Gracias por compartir con nosotros –dijo aliviado.

El cuicacoche pio con alegría.

– *¡Lo que sea por el Hijo de Quetzal!* –afirmó y prometió estar atento para advertirle si veía algo peligroso. Luego instó a Teo y a sus "amigos desplumados" a volver adentro.

–Mmm, huelen *muy bien* –dijo Niya al llevarse la fruta a la nariz. Por su parte, Aurelio se dispuso a instalar una cocina improvisada.

–¿Puedo ayudar? –preguntó Teo al sentarse junto a él.

–No, gracias. –Aurelio, que ya estaba inmerso en sus pensamientos, le lanzó una mirada precavida.

–De acuerdo, entonces solo miraré. –Teo se rio de la sequedad.

Aurelio usó uno de los sépalos afilados de la fruta para abrirla y cortó unas rodajas para que Niya y Teo las probaran. Teo pensó que la consistencia era similar a la de los higos, pero era más jugosa y tenía un rastro de sabor a fresa que sació su sed.

La pulpa que Aurelio raspó de la fruta era de un tono rubí más oscuro y estaba repleta de semillas grandes, que le recordaron a Teo a las de una sandía. Los dedos del chico se tiñeron de rojo cuando separó las semillas de la pulpa carnosa y, después de un poco de insistencia y con muchas instrucciones, por fin dejó que Teo lo ayudara con eso. Al terminar, colocó la fruta en una olla con un poco de azúcar sobre el fuego y, mientras eso se cocinaba a fuego lento, enjuagó las semillas y las colocó sobre una roca plana para tostarlas. Una vez que estuvieron bien secas, Niya las molió con una piedra pesada.

Teo estaba hipnotizado viendo cómo Aurelio combinaba las semillas molidas y la flor del cactus con agua, aceite y sal hasta formar una pasta húmeda, luego la amasaba con sus manos grandes y dedos largos y ágiles para formar una masa. En lo que pareció poco tiempo, los tres se sentaron a comer.

Las barras de proteína quedaron olvidadas, reemplazadas por trozos de pan de semillas de cactus remojados en la compota oscura y rojiza, aún tibia. El pan era oscuro y bastante duro, pero tenía un agradable sabor a nuez, y la jalea de frutas era lo mejor que Teo había probado en días.

–Está *delicioso* –gimió Niya antes de meterse otro trozo en la boca ya

llena.

–Es increíble, en serio –coincidió Teo antes de dirigirse a Aurelio–. ¿Cómo aprendiste a hacer esto? ¿En TúTube? –bromeó.

–Con Dezi –respondió Aurelio al servirse otro trozo–. Tuvimos un campamento de entrenamiento en el desierto y, al final, Diosa Amor nos invitó a cenar a su templo. Ella, Dezi y su madre mortal cocinaron todo a mano. La jalea de frutas de cactus y el pan de semillas son básicos en Casa de Corazón.

–¡Lo había olvidado! –exclamó Niya, seguido por un golpe a la mesa con la palma de la mano–. Ah, Teo, ¡fue muy divertido! La comida estaba deliciosa y Diosa Amor es muy amable. Nos quedamos despiertos hasta muy tarde solo hablando, comiendo y pasándola genial.

Una sonrisa cansada curvó los labios de Aurelio mientras miraba su banquete.

–Dezi me enseñó cómo hacerlo y lo anoté en mi teléfono para recordarlo.

–Suena muy agradable –comentó Teo, también sonriente. Le gustaba la imagen mental de Niya, Aurelio y todos los demás (Auristela, Ocelo, Marino, Dezi, Xochi y Atzi) sentados alrededor de Diosa Amor, comiendo y hablando. Se lo imaginaba como un momento pacífico, algo de lo que los Dorados no gozaban mucho entre sus horarios agotadores en la Academia y, claro, salvar a la gente de Reino del Sol.

–¡Por los Dioses, *sí*! ¡Te hubiera encantado, Teo! –gritó Niya–. ¡Tienen canteras llenas de una arenisca rosa especial que convierten en adobe para construir sus edificios! ¡Así que toda la ciudad es rosada!

–No estoy seguro de poder soportar tanto calor –confesó Teo–. No he pasado mucho tiempo en el desierto, por si no era obvio.

–El adobe mantiene las casas sorprendentemente frescas –explicó Aurelio–. Las paredes son gruesas y absorben el calor durante el día y lo liberan durante la noche, cuando está más fresco. Prácticamente todo, excepto el templo de Diosa Amor, está en un solo nivel.

Los techos son planos y tienen bordes redondeados, y hay reservorios para recolectar agua de lluvia. –Sonaba impresionado al relatarlo–. Es tecnología básica, pero funcional.

Bastante brillante en su simplicidad.

Teo sonrió. Le encantaba escuchar a Aurelio hablar sobre algo que encontraba interesante. Siempre usaba muchas palabras.

–¡Y todos visten ropa bonita también! –agregó Niya con nostalgia, gesticulando con las manos–. Es todo *suelto* y *bonito.*

–Las capas ayudan a proteger la piel del sol.

–Y tan *suave*.

–Lino y algodón, así que todo es transpirable y mantiene el cuerpo fresco.

–Suena genial –afirmó Teo. Su sueño de ver todo Reino del Sol bullía dentro de él. Aún le quedaba mucho mundo por conocer, y una ciudad rosa sonaba mágica, aunque estuviera en medio del desierto.

–¡Deberíamos ir! –enfatizó Niya con un golpe de puños a la mesa.

Aunque Teo no estaba listo para planificar cuándo, *si* es que lograban evitar el fin del mundo, no quería matar la ilusión de Niya.

–Claro, quizás después de detener a los Obsidianos…

–No, *¡ahora!* –intervino ella.

– *¿Ahora?* –preguntó Aurelio con el ceño fruncido.

–Bueno, no *ya*, ¡luego! –resopló frustrada.

Teo y Aurelio se miraron dudosos. ¿En qué estaba pensando?

–¿Qué quieres decir? –inquirió Teo.

–¡Casa de Corazón es grande! No tienen edificios altos y enormes, así que todo es muy extenso. Podríamos ir a ayudar a Diosa Amor, patear algunos traseros Celestiales ¡y luego seguir hacia Laberinto!

– *¿Laberinto?* –exclamó Teo–. Pero está en la costa este…

Niya siguió hablando emocionada, como si él no hubiera dicho nada.

–Casa de Corazón, Laberinto, Lago Relámpago –enumeró–. ¡Si seguimos los caminos principales, podremos recorrer todas las grandes ciudades y los pueblos más pequeños de camino a Afortunada!

¡Podemos ayudar a rescatar personas y a combatir monstruos!

–Eso está fuera de nuestro camino por completo –dijo Aurelio en tono firme–.

Afortunada esta al suroeste de aquí, por el Río Serpiente. Casa de Corazón y Laberinto están al este. El viaje en sí tomaría días, además de todo el tiempo que perderíamos en cada ciudad.

–Ayudar a las personas *no* es una pérdida del tiempo –rugió Niya.

–Tenemos que mantenernos lejos de las grandes ciudades para evitar toparnos con Celestiales –explicó Aurelio mientras giraba sus brazaletes.

–¡Solo Sol sabe cuántos monstruos hay atacando las ciudades y a nuestra gente! Se supone que seamos los Héroes de Reino del Sol –les recordó ella–. ¡Tendríamos que estar combatiendo Celestiales, no huyendo de ellos!

–Si tenemos que detenernos a combatir con un monstruo en cada esquina, nunca llegaremos a tiempo –insistió Aurelio.

Luego, ambos miraron a Teo, y su estómago dio un vuelco. Él nunca había sido los músculos en esa misión, pues como Jade, no era tan fuerte, rápido o resistente como los semidioses Dorados, pero *podía* ser el cerebro. Toda una vida de hacer bromas y causar problemas lo habían convertido en un planificador hábil.

Al menos, eso solía creer.

Pero como no respondió, Aurelio intervino.

–Debemos seguir el camino más rápido y eficiente –afirmó y trazó una línea por debajo de San Fuego hasta Afortunada–. Si seguimos por aquí, cruzaremos el Río Serpiente, evitaremos Lago Relámpago, y Afortunada estará justo al otro lado.

–¡Pero tú viste el estado de tu ciudad! –argumentó Niya, y el chico se tensó–. ¡Estaba atestada de monstruos, y los humanos no podían defenderse! ¡Las personas necesitan ayuda!

Giraron hacia Teo otra vez, a la espera de que dijera algo. Su boca se secó, no confiaba mucho en su capacidad de hacer planes, dado que su fracaso más reciente y catastrófico aún estaba fresco.

–Los dos tienen razón –dijo después de un momento–. Pero no podemos detener a los Obsidianos sin la Piedra Solar, esa debe ser la prioridad. –Cuando Niya abrió la boca para protestar, él se apresuró a continuar–. No podemos ayudarlos a *todos*, pero sí a

quienes lo necesiten en nuestro camino. Dejaremos el trabajo más grande para los dioses y Héroes profesionales, como Brilla y tus hermanos. –Aurelio asintió, pero Niya tenía el ceño fruncido y batallaba consigo misma–. ¿De acuerdo? –la instó Teo.

–Sí, eso *creo* –concedió de brazos cruzados.

–¿En verdad quieres atravesar el desierto para llegar a Casa de Corazón? –inquirió Aurelio.

– *Sí* –insistió Niya.

–¿En la oscuridad? –continuó él, con una ceja en alto, y ella se quedó inmóvil, sin parpadear–. ¿Sin luz de sol? –agregó Aurelio.

–Buen punto. –Teo vio cómo un escalofrío la recorría–. Cambié de opinión –resolló.

Confundido por el cambio repentino, Teo los miró a ambos.

–¿Eso es todo? ¿Problema resuelto?

–¿Alguna vez has estado en el desierto de noche, Teo? –preguntó Niya, mientras mojaba otro trozo de pan en la compota.

–No… –respondió él, inseguro.

–Sugiero que siga así –dijo Aurelio, al untar fruta con cuidado en su pan.

–¿Qué hay en el desierto? –insistió él, porque no podía evitarlo.

–Cosas, Teo –le dijo Niya, con una voz vacía y lejana–. *Cosas.*

No era que Teo estuviera habituado a una vida de lujos, pero su saco de dormir aportaba poco aislamiento entre sus alas y el suelo frío y duro. Y, sin almohada, ya tenía el cuello duro. Él estaba entre la pared y Niya, y Aurelio estaba al otro lado de ella. Los dos se durmieron enseguida, por lo que dejaron a Teo solo, jugando con la pluma de su madre que le colgaba de una oreja y contemplando los agujeros en el techo fino.

Aunque los ronquidos de Niya llenaban el lugar, Teo no dejaba de sobresaltarse ante cualquier sonido. El viento aullaba desde las montañas y se filtraba a través de las rocas de las paredes. Correteaban criaturas por el techo dilapidado, que hacían que la piel de Teo se erizara al pensar en todos los insectos que ya se debían haber metido en su saco de dormir.

Algo crujió afuera. Teo se sentó de golpe y encendió su linterna.

–¿Qué fue eso?

Niya permanecía dormida, pero Aurelio se despertó.

–¿Qué pasa? –preguntó adormecido, con los ojos entornados para protegerse de la luz.

–Escuché algo –susurró Teo, que temblaba tanto que le castañeaban los dientes.

Aurelio observó la linterna temblorosa en su mano, luego al tucán de peluche que tenía en el hueco del brazo. Teo se preparó para que se burlara de él o al menos se molestara, pero, en cambio, Aurelio se movió en su saco de dormir e hizo espacio entre Niya y él.

Teo aceptó la invitación silenciosa. Aún envuelto en su saco, se arrastró y se acurrucó entre los dos.

En silencio, Aurelio sacó su teléfono y abrió TúTube.

–Creí que habías dicho que aquí no había recepción –comentó Teo.

–No hay –murmuró Aurelio somnoliento mientras navegaba por una lista de reproducción–. Descargué algunos vídeos antes de salir de la Academia. –Se recostó de nuevo y equilibró su teléfono en el pecho para que Teo pudiera ver.

Comenzó a reproducir un vídeo de alguien preparando un pastel, en el que se veía solo un par de manos que medían ingredientes y los vertían en recipientes, con música clásica de fondo.

Teo sonrió, con la mejilla apoyada en el pelaje suave de Tuki.

–Videos de repostería, por supuesto.

–Ella es mi favorita –dijo Aurelio entre un bostezo y metió la mano libre debajo de su cabeza, con los párpados ya pesados.

Teo aprovechó la oportunidad para acercarse más. El calor que irradiaba del Hijo de Lumbre calmaba sus nervios y calentaba sus huesos helados, así que se acurrucó junto a él, con la sien contra el pecho de Aurelio. El aroma leve y familiar a fogata y canela le acariciaba la nariz. Cómodo, cálido y seguro, se quedó dormido con el sonido de los ronquidos de Niya, el suave zumbido de la batidora y el ligero tintineo de las teclas de piano.

A la mañana siguiente, descubrió que Aurelio ya había empacado y tenía barras de proteína listas antes de que Niya siquiera despertara. Luego, cuando Teo fue a levantar su mochila, por poco sale volando por encima de su cabeza: estaba completamente llena, pero mucho más ligera que el día anterior.

–¿Qué le pasó a mi mochila? –preguntó con el ceño fruncido.

–Las reorganicé para que los suministros más pesados estén en nuestras mochilas y los más ligeros en la tuya –dijo Aurelio. Teo quiso protestar, pero el chico se adelantó–.

Cargamos lo mismo, solo que la tuya pesa menos.

Teo cerró la boca y exhaló por la nariz. Quería discutir, pero Aurelio ya tenía una respuesta lista. Y, para ser honesto, sería agradable darle un descanso a su espalda.

–Gracias –murmuró, y Aurelio sonrió, satisfecho.

Pasaron algunas horas caminando hacia el sur antes de que el terreno se volviera menos rocoso y seco. El aire se volvió más cargado de humedad, mientras que los cactus y los arbustos secos daban paso a hierba alta y palmeras frondosas. Finalmente, subieron una colina para enfrentar su próximo desafío: el Río Serpiente.

El río se extendía hacia el este y el oeste, y la luz de las estrellas se reflejaba en la superficie del agua que serpenteaba de un lado a otro como el cuerpo de una serpiente negra y brillante.

–En verdad desearía que aún tuviéramos ese bote –dijo Teo mientras se frotaba los hombros adoloridos.

Aurelio miraba el río en silencio, con los labios apretados en una mueca.

–Entonces, ¿tendremos que nadar? –preguntó Niya.

Aurelio no podía hacerlo, y Teo dudaba que le fuera mucho mejor con sus alas.

–No –suspiró, pues ya odiaba la alternativa–. Si encontramos una sección estrecha del río, podría llevarlos volando, de a uno por vez.

–¿Estás seguro? –Aurelio se volvió hacia él.

–Sí. –Teo puso los ojos en blanco–. Y no me mires así o te dejaré caer al agua.

Con la ayuda del mapa de Aurelio, encontraron una sección cercana que Teo pensó que podría cruzar cargando a una persona del tamaño de un semidiós. Rocas de gran tamaño bloqueaban el flujo del río lo suficiente como para que pudieran saltar de una a otra, hasta dejar apenas unos ciento cincuenta metros de agua abierta por atravesar.

Teo llevó primero a Aurelio, quien le indicó que la manera más segura de sostenerse era agarrándose los antebrazos uno al otro, justo debajo de las muñecas. Teo hizo eso y, unos segundos después, estaban en el aire.

Las manos cálidas de Aurelio estaban sudorosas, pero se aferraba con tanto terror que eran como dos prensas. Teo intentó volar lo más rápido posible, pero no era el más coordinado en el aire. Sentía lo mucho que temblaba Aurelio, con los ojos bien abiertos fijos en el oscuro río por debajo. Después de dejar al chico seguro en la orilla opuesta del río, regresó por Niya.

Su tamaño y masa muscular hacían que fuera mucho más difícil de llevar.

–Los vi anoche.

–¿De qué estás hablando?

–¡A ti y Aurelio!

–Cállate.

–Tuve que ir al baño en medio de la noche, y ustedes dos estaban acurrucados, roncando juntos y muy adorables.

–Niya –le advirtió Teo.

Ella se rio a carcajadas demasiado fuertes, que resonaban sobre el agua, de modo que Aurelio probablemente podía escucharla.

–¿Estuvieron juntos?

–¡No!

–¿Se besaron? ¿Se dieron piquitos?

–Te dejaré caer al río.

–¿Se pusieron un poco cariñosos debajo de los sacos de dormir, tal vez?

–¡Cierra la boca!

Fue inútil, ella era una cinta sin pausa.

–Ah, Aurelio, eres tan fuerte y guapo –expresó con una voz nasal que a Teo le resultó tanto grosera como inexacta–. Teo, siempre me haces sonreír, aunque sea un gruñón con traumas maternos.

– *¡Niya!* –Teo se echó a reír. Intentó advertirle, pero fue demasiado tarde.

Tuvieron que detenerse al otro lado del río para que Niya pudiera escurrir sus trenzas y ponerse ropa seca. Cuando Aurelio preguntó qué había pasado, Teo solo dijo que ella había perdido el agarre.

Ese fue el comienzo de los que resultarían ser varios días de viaje a pie por el campo entre el Río Serpiente y el Lago Relámpago. A medida que avanzaban hacia el sur, el clima se hacía más húmedo, y había largos tramos de campos vacíos y de bosques de robles.

Sin nada por ver, la única fuente de entretenimiento de Teo eran las historias de Niya sobre sus diversas aventuras como heroína. Por su parte, Aurelio estaba en su propio mundo, revisando constantemente el mapa y verificando el contenido de su mochila cada vez que se detenían.

Por fin Lago Relámpago apareció a lo lejos; la ciudad de Tormentoso llevaba el nombre del gran lago en el lado oeste, el más grande y antiguo del Reino del Sol, conocido por sus tormentas diarias, con rayos que podían caer más de doscientas veces por hora.

Los habitantes de Lago Relámpago llamaban cariñosamente a la tormenta perpetua y giratoria el “Ojo de Sol”. Era una maravilla de ver, incluso a la distancia. Los relámpagos iluminaban la masa de nubes oscuras de tormenta a través de cortinas de lluvia, y el sonido

de los truenos recorría las colinas. Los destellos brillantes ocurrían con suficiente frecuencia como para facilitar la vista del entorno. Teo estaba emocionado por el cambio de paisaje.

Hasta que los azotó la lluvia.

La tormenta rugía con la rabia y el dolor con los que Dios Tormentoso protegía a su pueblo. Los rayos atravesaban el cielo con estruendos que penetraban los oídos de Teo

y hacían eco por el campo. El viento aullaba y hacía volar las gotas de agua con tal violencia que impactaban como agujas en la piel de Teo, y él tenía que mantener las alas replegadas por temor a que una ráfaga lo hiciera volar a Sol sabía dónde.

Era una situación desoladora. Los tres se pusieron la ropa impermeable, pero no ayudó mucho, pues la tierra empapada se había convertido en lodo resbaladizo. Teo perdió la cuenta de cuántas veces cayó al suelo.

Aurelio parecía el más abatido, tapado de pies a cabeza, desesperado por resguardarse de la lluvia. Durante dos días completos, lo máximo que Teo vio de él fue la nariz fuerte y los labios apretados que asomaban por la capucha mientras avanzaba encorvado, con los hombros retraídos contra la lluvia.

Dormir era peor. Tenían que usar las hamacas para evitar el suelo lodoso, y las tiendas y mosquiteros no servían de mucho contra el frío intenso.

Al menos Niya parecía estar disfrutándolo. Amaba la tierra resbaladiza bajo sus pies y jadeaba impresionada siempre que veía un rayo peculiar. Ni siquiera parecía importarle estar mojada.

Después de varios días sin señales de la civilización, la ciudad de Dios Tormentoso por fin apareció a la vista.

Lago Relámpago se encontraba sobre las colinas en la orilla oriental. Los edificios se elevaban en grupos de columnas blancas de concreto con techos geodésicos. La forma redondeada permitía que los vientos fuertes como huracanes pasaran a través de ellos sin derribarlos o despegarlos de sus cimientos.

El templo de Dios Tormentoso estaba ubicado entre el lago y la extensa ciudad. Giraban nubes de tormenta alrededor del observatorio, desde donde brotaban rayos y truenos que el dios

lanzaba para defender a su gente. Los pisos del templo eran redondos, hechos del mismo concreto resistente e incrustados con diseños de plata y oro. Teo no podía distinguir qué eran desde tan lejos, pero brillaban con cada rayo.

Parecía que Tormentoso y sus Héroes tenían todo bajo control, así que Aurelio los guio por un camino alrededor del borde exterior de la ciudad para evitar cualquier enfrentamiento. Llegar al límite sur de Lago Relámpago les tomó un día entero y, al dejar la tormenta atrás, la lluvia fue convirtiéndose en una llovizna ligera.

Teo había tenido los dedos de las manos y los pies mojados y arrugados durante tanto rato que pensó que solo era cuestión de tiempo antes de que la piel se desprendiera por

completo. El frío había calado hasta sus huesos y se había alojado en su médula. Él fue el primero en quebrarse y preguntar si podían encontrar algún lugar para detenerse y recuperarse un poco.

Esperaba que Aurelio se resistiera, pero después de un momento de mirar a la distancia, refunfuñó.

–Busquemos un lugar para secarnos y preparar café.

– *¡GENIALLLL!* –exclamó Niya, alargando la palabra con entusiasmo y dando brincos, con los que chocaba el hombro de Aurelio–. ¡Iré a echar un vistazo! –anunció con su enorme sonrisa bobalicona característica. Era su mejor defensa contra una situación social tensa. La expresión de Aurelio ni siquiera se movió cuando dejó caer su mochila, con la mandíbula tensa y la mirada hacia la noche.

Sin Auristela, parecía que Aurelio era una planta desarraigada, marchitándose al sol. Se estaba replegando en sí mismo, volviendo a ser el Aurelio silencioso e inalcanzable que había sido al comienzo de las Pruebas.

Y Teo no sabía cómo ayudar.

Tomó aire para darse ánimo, se acercó a Aurelio y dejó que sus manos se rozaran. *No* se tomó personal que él no captara la indirecta de entrelazar sus dedos. Su amigo no parecía estar bien, el color de su piel era diferente, más pálido, y resollaba como si tuviera un resfriado.

–Oye –le dijo Teo, con cuidado de mantener la voz lo suficientemente baja para que Niya no escuchara–. ¿Estás bien?

Aurelio lo miró sorprendido, como si no hubiera notado a Teo y de repente lo devolvieran a la realidad.

–¿Qué? Sí, digo, *no*. –Al menos estaba siendo honesto–. ¿ *Tú* estás bien?

Teo soltó un pequeño resoplido que, con un poco de imaginación, podría haber sido una risa.

–No, supongo que no. Lo siento

–¿Por qué te disculpas? –Aurelio lo miró confundido.

Teo no supo cómo responder a eso, así que, en cambio, se detuvo y abrió las correas de su mochila.

–Ten –le dijo y le dio una sudadera térmica–. Póntela.

–¿Tú no la necesitas? –preguntó Aurelio, sin mover las manos de sus costados. Teo negó con la cabeza.

–Mis alas son como un edredón de plumas atado a mi espalda –dijo–. Tenla. –Le lanzó la sudadera a Aurelio y lo obligó a atraparla.

El chico parecía querer discutir, pero murmuró con timidez:

–Gracias. –Luego se quitó la chaqueta impermeable y se pasó la sudadera sobre la cabeza.

Teo estalló en una carcajada: era demasiado pequeña. La tela se adhería al torso de Aurelio y apenas le cubría el ombligo, y las mangas ni siquiera llegaban a sus brazaletes dorados.

–No me queda –dijo disgustado.

–Obviamente –coincidió Teo entre risas–. Pero te mantendrá caliente, y nadie la verá debajo de tu chaqueta de todas formas.

Aurelio gruñó algo ininteligible y metió la nariz en el cuello de la sudadera de Teo antes de ponerse su chaqueta encima.

– *¡OIGAN, ENCONTRÉ UN BUEN LUGAR POR AQUÍ!* –La voz de Niya atravesó el aire e hizo que varias *cosas* escaparan de la maleza cercana.

Teo escuchó a un búho moteado particularmente descontento emitir un grito estridente.

“¡AAAH!”.

–¡Niya! –siseó y fue tras ella–. No hables tan alto, estás asustando a los pájaros.

Cortaron camino a través de una línea de árboles para encontrar a Niya en un grupo de robles blancos, cuyo follaje espeso de hojas verde oscuro proporcionaba una cobertura decente contra la lluvia.

Niya volteó para enfrentarlos, con expresión confundida.

–¿Qué?

–¡Te dije que *bajaras la voz*! –Teo se pellizcó el puente de la nariz–. Quién sabe qué podría estar al acecho ahí afuera que nos pueda escuchar. Intentamos mantener un perfil bajo, ¿recuerdas?

– *¡Y algunos de nosotros estamos tratando de dormir!* –chilló otro pájaro desde el límite del bosque.

– *¡Lo siento!* – respondió Teo en voz baja e hizo una mueca. Niya y Aurelio lo miraron–.

¿Qué pasa?

–Nada –dijo Niya, sacudiendo la cabeza mientras dejaba caer su mochila al suelo–. Solo que siempre olvido que puedes hacer eso.

–¿Hablar con las aves?

–Sí. ¿Las de aquí hablan el mismo idioma que las de casa?

–Eh… –Teo se movió incómodo. Nunca le había prestado mucha atención a *cómo* funcionaban sus habilidades para hablar con las aves–. Supongo que sí. Las diferentes especies tienen sus propios acentos, pero más que nada… hacen sonidos de pájaros.

–Pero ¿cómo es? ¿Cómo sonaría para nosotros?

–Como aves, Niya.

–¡Sabes a lo que me refiero! –bufó ella, dando pisotones. Luego se volvió hacia Aurelio–.

¿Tú qué piensas?

Aurelio no podría haber estado menos preparado para que lo

arrastraran a ese debate.

Le lanzó una mirada suplicante a Teo, como si preguntara: "¿será así todo el tiempo?".

Teo le dio una palmada en el hombro como diciendo, "lamentablemente sí".

Un piar agudo atravesó el aire y, un segundo después, *algo* pequeño apareció de entre los árboles por encima de ellos.

– *¡Hijo de Quetzal!*

El ave voló por el aire con entusiasmo, más como un borrón que otra cosa, hasta que se detuvo frente a Teo. Los colibríes de pico ancho eran fáciles de identificar por sus picos rojos brillantes, sus alas verde metálico, colas de plumas blancas y gargantas de azul brillante.

– *¡Aquí estás!*

–Hola –saludó Teo mientras el colibrí revoloteaba alrededor de sus cabezas con curiosidad. No estaba seguro de cómo la avecilla podía reconocerlo, ya que tenía las alas escondidas debajo de la ropa.

– *¡Oí que venías volando hacia aquí!*

–¿Sabías que vendríamos? –preguntó Teo con el ceño fruncido y proporcionó suficiente contexto para que Niya y Aurelio entendieran la conversación unilateral.

– *¡Ah sí, las noticias vuelan rápido entre las bandadas!* –dijo el colibrí, piando rápido. Sus alas eran una nebulosa verde y emitían un trino metálico parecido al de un insecto–.

¡Diosa Quetzal nos pidió que te mantuviéramos vigilado!

Teo soltó una risa, mezclada con dolor en el pecho. Su madre aún hacía todo lo posible por cuidarlos, incluso desde tan lejos. Le envió un agradecimiento silencioso.

– *¡Hay un pequeño vecindario cerca por si necesitan refugio!* – dijo el colibrí, que por poco tropezaba consigo mismo para poder ayudar–. *A menos que les guste estar bajo la lluvia* –

agregó, con la cabeza ladeada por la incertidumbre.

–¡No! –gritó Teo, con lo que asustó tanto al colibrí como a sus

amigos–. Quiero decir… –

se aclaró la garganta–, creo que a todos nos gustaría mucho encontrar un refugio –se corrigió, mirando fijo a Niya y Aurelio.

–¡SÍ, POR LOS DIOSES! –gimió Niya con dramatismo.

Aurelio asintió con un movimiento brusco de la cabeza.

–Si no te importa mostrarnos –agregó Teo.

– *¡Por supuesto!* –pio el colibrí con alegría–. *¡Síganme, por favor!*

Su nuevo amigo los guio, mientras iba expresando a toda velocidad lo emocionado que estaba por conocer a Teo y lo aterradora que se había vuelto su pequeña casa en los

robles blancos desde que se había apagado el sol. Cuando los condujo a una calle, el estómago de Teo dio un vuelco incómodo.

–¿Qué pasa? –preguntó Niya, con choque de hombros–. Te ves estresado y asustado.

Teo presionó las correas de su mochila.

–La última vez que estuvimos en una ciudad no salió muy bien –dijo, pensando en todas las acusaciones que le había hecho la gente de San Fuego–. Preferiría que no me echaran a patadas.

–¡Pft! –Niya lo desestimó con la mano–. ¡Todo estará bien! La gente de Aurelio son un montón de bebés engreídos y presumidos –dijo, antes de agregar hacia Aurelio–: Con todo respeto, amigo.

–Lo entiendo –fue la respuesta a secas del chico

–¡Apuesto a que la gente de Lago Relámpago es mucho más relajada! –continuó Niya.

Las nubes de lluvia se fueron despejando mientras el colibrí los llevaba a una carretera principal que conducía al pueblo antes de despedirse del trío. A diferencia de los edificios altos que habían visto desde lejos, ese parecía ser un vecindario más suburbano, con casas bajas y en forma de domo. Por las calles corrían filas de canales, con alcantarillas aquí y allá para drenar toda la lluvia.

Después de dos cuadras, Teo se percató de que, aunque había muchas casas y tiendas a lo largo de las calles, no había ni un alma a la vista.

Las compuertas contra tormentas cubrían cada ventana y puerta que pasaban.

–¡Hola! –llamó Niya haciendo un megáfono con las manos–. ¿Hay alguien en casa? –Su voz resonó por la calle, pero no hubo respuesta.

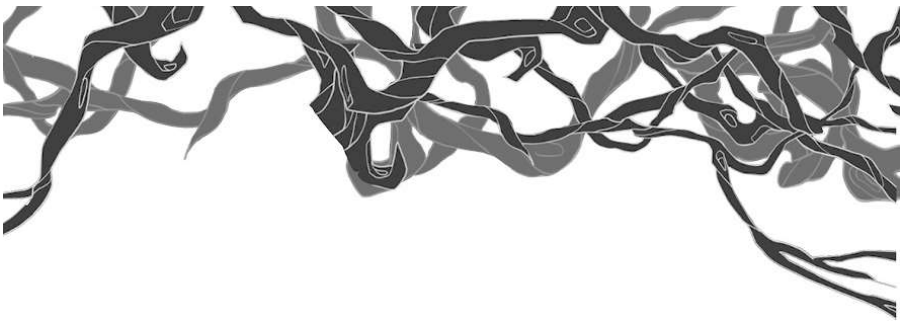
–Qué extraño –comentó Teo, intentando ignorar los escalofríos que le recorrían los brazos.

Él y Aurelio siguieron a Niya más adentro del pueblo, alertas, mientras que ella iba chapoteando con alegría. La calle se abrió hacia una pequeña plaza del pueblo, iluminada por la luz plateada de las estrellas.

Una fuente con una estatua dorada gigante de Dios Tormentoso –los dioses sí que amaban tener estatuas de sí mismos– se alzaba en una colina cubierta de césped, con

algunos árboles y rocas que Teo supuso que eran para que la gente se sentara. Había carritos de comida, camiones cargados con productos en descomposición y puestos que exhibían artesanías hechas a mano.

Todo estaba abandonado.



CAPÍTULO 6

TEO

–¿Dónde está todo el mundo? –preguntó Teo, asomándose por la puerta abierta de un coche abandonado. El bolso de alguien seguía en el asiento del acompañante–. Es como si todos hubieran desaparecido.

–¿Durmiendo? –Niya se encogió de hombros.

–Probablemente se hayan refugiado en el templo de Tormentoso, donde él y sus Héroes podrían protegerlos mejor –murmuró Aurelio, que observaba los alrededores con cuidado.

Teo pensó que era un buen punto. No había señales de Héroes –mucho menos del dios de la tormenta– en esta parte del pueblo, pero tampoco había monstruos.

–¿Qué demonios es todo esto?

Teo levantó la vista para ver que Niya señalaba uno de los edificios tapiados: había hendiduras profundas en una puerta de madera. Él retrocedió y miró a su alrededor.

No lo había notado antes, pero había marcas similares en los costados de los edificios, que revelaban rocas blancas bajo una capa de pintura. También estaban en el pavimento.

–Marcas de garras –explicó Aurelio, con lo que puso en palabras el temor que se había acumulado en la garganta de Teo.

–¿Qué pasó aquí? –se preguntó él en voz alta.

–No tengo idea –dijo Aurelio, con profundas arrugas marcadas en la frente–. Pero sea lo que sea, probablemente haya sido la razón por la que toda la gente abandonó el pueblo.

Niya se acercó de inmediato al lado de Teo y giró la cabeza de un lado al otro para explorar la plaza.

–¿Crees que se haya ido? –preguntó, principalmente para Aurelio.

–Parece que sí, pero no estoy seguro –respondió él, casi a regañadientes.

–Tal vez sea mejor hacer una parada rápida –sugirió Teo. Sus alas se estremecieron en protesta–. Solo para comer algo y beber más café –agregó–. Luego podemos encontrar algún lugar menos espeluznante para dormir.

Aurelio aún parecía inseguro, pero Niya al parecer se sintió reconfortada por las palabras de Teo.

–¡Genial! –Extendió los brazos y se dejó caer sobre una de las grandes rocas frente a la fuente–. ¡Estas rocas son perfectas para descansar! ¿No son agradables?

–Eso creo. –Teo frunció la nariz. Solo Sol sabía qué tipo de bichos estarían esperando para invadir su espacio personal en cuanto se sentara, pero supuso que era mejor que las hamacas. Llevó la mano a la piedra húmeda y se sorprendió al sentir lo cálida que estaba.

Recogió algunas revistas mojadas de un puesto para hacer fuego y se las llevó a Aurelio.

Por su parte, Niya fue a cortar tablones descartados para usarlos como leña; el sonido sordo de su Espada Inquebrantable la seguía a la distancia.

Aurelio, agachado junto a una de las rocas, intentó encender un fuego, pero no tenía suerte. Seguía chasqueando los dedos, haciendo que las chispas volaran de sus guantes con punta de sílex, pero el papel húmedo se negaba a encenderse. Frunció aún más el ceño, concentrado para intentarlo una y otra vez, pero la leña mojada solo chisporroteaba y siseaba.

–¿Necesitas ayuda? –preguntó Teo, pero ¿qué podía ofrecerle a un Hijo de Lumbre cuando se trataba de hacer fuego?

–No puedo hacer que encienda –murmuró Aurelio, con un brillo de sudor perlado en la frente.

Teo quería golpearse a sí mismo. *¿Por qué le traje papel mojado?* Miró a su alrededor con desesperación en busca de una alternativa, pero todo había quedado expuesto a la tormenta y no podía buscar dentro de ningún edificio, porque estaban tapiados.

Aurelio dejó caer el papel inútil y sacudió las manos.

–Cuando hacíamos los simulacros en la Academia y nos dejaban en la jungla, Auristela hacía el fuego y yo cocinaba –explicó. La frustración en su voz se convirtió rápidamente en derrota. Recogió otra revista, pero cuando intentó cortarla por la mitad, se convirtió en una pulpa empapada en sus manos. Aurelio resopló–. ¿Qué se supone que haga con esto? ¿Cómo lo hacía Stela?

Abrió y cerró la boca, como si tuviera más que decir, pero las palabras nunca salieron.

Teo moría por decir o hacer lo correcto, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

¿Por qué todo era tan *difícil*?

–¡Conseguí madera! –anunció Niya con una risita mientras regresaba al claro dando pisotones, con un montón de tablones de manera desordenada en los brazos–. Eso es lo que…

–Esta vez no habrá fuego –la interrumpió Teo–. Todo está demasiado mojado para encenderse.

Niya arrugó el rostro, confundida, y miró a Aurelio con la cabeza de lado.

–Entonces, ¿para qué sirve este tipo?

Aurelio desvió la mirada y encogió los hombros hasta las orejas.

–Lo resolveremos más tarde –replicó Teo, con los nervios desgastados por el agotamiento–. De todas formas, esto solo es una parada rápida.

–Pero yo…

–¡No hay fuego!

–¡UFF, BIEN! –Niya gimió en tono dramático y dejó caer sus cinco minutos de trabajo arduo en el suelo.

Teo abrió su mochila con brusquedad y sacó unos bollos que Diosa Pan Dulce les había horneado.

–Siéntate a comer algo de pan.

Se ubicaron en un grupo de tres rocas y Teo desempacó los frascos pequeños de jalea y mantequilla que Pan Dulce había envuelto cuidadosamente en papel misionero y atado con cuerda. Cuando abrió

las tapas, el aroma a guayaba y mantequilla cosquilleó en su nariz de una manera que lo hizo sentir nostálgico.

–Déjame ver esos –dijo Niya, con la mano extendida hacia Teo hasta que él le entregó los bollos. Usando la roca como mesa, los cortó con la hoja de su espada–. ¿Puedes tostarlos? –le preguntó a Aurelio.

–¿Cómo quieres que haga eso? –Él frunció el ceño.

–¿Cómo se enciende esta cosa? –Niya lo tomó de la muñeca y la sacudió sobre el pan cortado.

Aurelio captó la mirada de Teo y puso los ojos en blanco, pero hizo surgir una pequeña llama en su palma. Niya vitoreó y procedió a tostar los bollos.

Teo le entregó el frasco de mantequilla, pero en lugar de usar una de las navajas multiuso, ella conjuró de nuevo la espada.

–La arruinarás si sigues usándola para todo –le advirtió Teo.

–Es una Espada *Inquebrantable*, Teo –se burló Niya, mientras la punta de la espada gigante golpeteaba contra la boca pequeña del frasco.

Cuando ella terminó con los preparativos, los tres comenzaron a comer.

Teo dio un mordisco, y sus dientes se hundieron en la corteza tostada del pan tibio. La jalea de guayaba era dulce y floral, con un toque ligero de lima. Al probarla, lo recorrió una ola de satisfacción, que solo podía causarla la comida preparada con amor. Él, Niya

e incluso Aurelio soltaron suspiros colectivos de satisfacción. Era como si Pan Dulce estuviera allí, envolviéndolos en un abrazo cálido.

Cuando terminaron de merendar, Teo guardó los frascos de nuevo en su mochila, Niya se estiró sobre una roca y Aurelio se acercó a la fuente. Teo miró de reojo cómo se quitaba los guantes y enjuagaba sus manos manchadas de hollín en el agua que caía, lo que debía ser una buena idea. Los tres lucían desaliñados. Niya tenía al menos tres tipos diferentes de follaje atrapado en sus trenzas, y Teo casi podía sentir el sudor y la suciedad acumulados en su propio rostro.

Aurelio levantó la mano y desató la tira de cuero rojo para dejar caer su cabello.

Y a Teo se le atoró el corazón en la garganta.

El cabello sedoso y liso le llegaba hasta los hombros y suavizaba su apariencia, de un modo que le recordó a Teo que no era solo un Dorado, nacido y criado para ser un famoso Héroe de Reino del Sol, sino un adolescente como él.

Se decepcionó cuando Aurelio volvió a recogerse el cabello, lo retorció y enrolló en su mano como si fuera una cuerda antes de volver a sujetarlo.

Niya le chocó el hombro y alzó una ceja en dirección a Aurelio.

Él se ruborizó e intentó parecer ocupado reorganizando su mochila para hacer un cojín improvisado. Ella se rio entre dientes, pero lo hizo lo suficientemente suave como para que Aurelio no escuchara.

Parte de Teo quería llamar a Aurelio y sugerirle que colocara su mochila junto a la suya para que pudieran descansar uno al lado del otro por un rato. Y, por supuesto, la idea de descansar lo llevó a pensar en dormir, y pensar en dormir dio paso a ideas de… otras actividades horizontales.

Eso era lo que los adolescentes promedio hacían en los campamentos, ¿no? ¿Se acurrucaban para darse "calor" y pasaban la noche en un embrollo asqueroso y adorable de extremidades?

Pero Aurelio nunca había sido un adolescente "promedio", y ese no era un simple campamento –era una excursión para *terminar la misión o todos mueren*–, lo que arruinaba el clima. Pero, a pesar de todo lo que estaba en juego, Teo no podía contener el nudo de ansiedad y frustración en su estómago.

Abrió la boca para decir algo antes de que le ganaran los nervios, pero justo en ese momento, Aurelio arrojó sus cosas junto a Niya y se tumbó junto a ella.

–Quince minutos más de descanso y deberíamos seguir –dijo antes de ponerse cómodo.

Niya miró la espalda de Aurelio, luego a Teo, y frunció el ceño por la confusión. "¿Qué fue eso?", preguntó moviendo los labios.

Teo intentó responder del mismo modo: "creo que extraña a Auristela", pero resultaron ser demasiadas palabras para que Niya las leyera en sus labios. Ella parpadeó despacio y esperó una mejor

respuesta, así que Teo suspiró y optó por algo sencillo: “no te preocupes”.

Había aprendido a las malas que hacer suposiciones sobre el comportamiento de Aurelio solía conducir a malentendidos innecesarios. Aurelio había sido educado para poner su misión antes que sus sentimientos, le costaba abrirse, en especial cuando se trataba de asuntos familiares. Pero Teo estaba seguro de que podría derribar esas barreras otra vez; solo requeriría paciencia y suavidad.

Se recostó otra vez en su almohada improvisada, mirando fijo las miles y miles de estrellas en el cielo de Sol, y maldijo al universo por haberle dado la habilidad de hablar con aves, pero no con chicos.

Aurelio se sentó de repente.

–¿Qué pasa? –preguntó Teo y se puso de pie de un salto.

–Vi algo –respondió él en voz baja. Tenía los ojos fijos en una casa cercana.

–¡¿Dónde?! –exigió Niya, mirando alrededor.

–Hay alguien adentro. –Él señaló una de las ventanas delante de ellos.

El tiempo se hizo eterno mientras Teo contenía la respiración, con los ojos irritados por mirar fijo la ventana, demasiado asustado para parpadear.

Entonces, se oyó un susurro.

Teo volteó: un par de ojos lo miraban a través de una puerta entreabierta.

Al principio, un grito ascendió por su garganta, pero luego notó que eran ojos desorbitados, con las escleróticas blancas visibles alrededor de las pupilas oscuras.

Conocía esa mirada… era de terror.

–¿Te encuentras bien? –preguntó, intentando sonar tranquilizador, aunque sus rodillas y alas temblaban.

Niya y Aurelio se formaron a su lado. La persona volvió a hablar, pero Teo aún no podía escuchar, así que dio un paso aprensivo más cerca.

–No puedo escucharte –dijo con suavidad, intentando ser discreto.

El sonido de pies arrastrándose lo distrajo, luego el codo de Niya se clavó en su costado.

–Mira –susurró Aurelio.

Teo siguió su mirada intensa. Le tomó un segundo notar que varios pares de ojos los observaban a través de puertas entreabiertas y asomaban por las ventanas.

No estaban solos. Estaban rodeados.

–¿Qué está pasando? –preguntó, intentando mantener la voz baja mientras los latidos de su corazón acelerado retumbaban en sus oídos.

La puerta crujió cuando una joven la abrió apenas un poco más. Se humedeció los labios carnosos y temblorosos y susurró con voz quebrada:

–Ayúdennos, por favor. –Las lágrimas se acumulaban en su mirada suplicante.

A Teo se le heló la sangre. Y, de repente, el suelo tembló bajo sus pies.

Detrás de él, algo rugió.

Niya y Aurelio se pusieron en alerta de inmediato para sondear el área en busca de amenazas como les habían enseñado durante todas sus vidas.

–¿Un terremoto? –aventuró Aurelio.

–De ninguna manera, imposible. –Niya negó con la cabeza–. Sé cómo se siente un terremoto, y no es así –dijo, moviendo los pies descalzos sobre el pavimento.

Sobre ellos, las nubes ocultaron el resto del cielo, escondieron las estrellas y los sumieron en la oscuridad. Pero Teo aún pudo ver cómo se movían las rocas junto a la fuente.

–¡Chicos! –exclamó.

Aurelio encendió llamas en sus manos, lo suficientemente grandes para que pudieran ver las piedras moverse y estirarse. Unas patas grandes se extendieron de las rocas, que se agrietaron y crujieron hasta convertirse en criaturas gigantes. Sus pelajes pétreos estaban salpicados de rosetas, que brillaban como polvo estelar entre manchas de musgo. Luego, en las figuras corpulentas crecieron colas gruesas y

pesadas cabezas cuadradas. Ojos felinos hechos de piedras lunares se abrieron y centellearon a la luz del fuego, y sus gruñidos resonantes reverberaron en el pecho de Teo.

Sus movimientos sonaban como un molcajete –piedra frotándose contra piedra–

mientras se acercaban hacia el trío con sigilo. Iban con las cabezas bajas, observando a los semidioses con gran curiosidad y hambre, rascando el pavimento con sus garras enormes y emitiendo gruñidos bajos como ecos en una cueva.

–Lindo gatito –dijo Teo, al tiempo que retrocedía a tropezones.

Niya y Aurelio se interpusieron de inmediato para colocarse entre Teo y los jaguares.

–Son jaguares de piedra –explicó Aurelio, con los músculos tensos y el cuerpo listo para pelear. Sus ojos se movían entre las tres bestias con velocidad–. La luz de las estrellas evita que se transformen en jaguares, pero cuando se nubla…

–Reviven –adivinó Teo, y descubrirlo cayó como una piedra en su estómago.

–¡¿Qué quieren?! –exigió Niya, con la Espada Inquebrantable en ambas manos, los nudillos blancos por la tensión.

–¡Probablemente, la cena! –chilló Teo mientras el animal lo miraba con esos grandes ojos vacíos. Sus alas se estremecieron nerviosas cuando el jaguar se pasó la lengua por los labios. Teo casi podía ver pequeños pollos asados de caricatura danzando alrededor de su cabeza.

Niya blandió la espada con fuerza contra la retaguardia del jaguar, pero rebotó con una chispa y el impacto reverberó en sus brazos.

–¡Ah, bien! ¡¿Cuál es el plan?!

–¿Por qué yo siempre tengo que tener un plan? –replicó Teo.

–¡Porque eres el Chico Plan!

El jaguar dio otro paso hacia Teo y, antes de poder pensar, él saltó y se lanzó al aire justo cuando el animal atacó.

El ruido fuerte a piedra resonó debajo de él cuando la criatura se

estrelló contra el edificio en el que él sabía que la gente se escondía. Detrás de la puerta se oyeron gritos de pánico.

Niya apareció sosteniendo un escudo. El jaguar saltó e impactó contra él, y la chica luchó contra el peso. Teo casi había olvidado el Anillo Escudo de Guerrero.

–¡Cuidado, Teo! –gritó e intentó empujar al jaguar hacia atrás, mientras el animal le daba zarpazos–. ¡Estas cosas aplastarán tus pequeños huesos huecos de pájaro.

Teo no necesitó que se lo dijeran dos veces, voló lejos de inmediato. El jaguar saltó tras él, pero Niya usó todo su peso corporal contra el escudo y desvió el curso del salto.

Teo voló alrededor de la plaza, a una distancia segura. Abajo, la lucha era un caos absoluto. Niya luchaba sin descanso, golpeando a su oponente con espada y escudo, y el impacto agudo entre el metal y la roca hacía que a Teo le dolieran los dientes.

Aurelio luchaba contra las otras dos criaturas con mucho menos confianza, con el rostro arrugado por la concentración mientras lanzaba bolas de fuego a diestra y siniestra. No era el Aurelio que Teo había visto en las Pruebas: retrocedía hacia los edificios mientras los Celestiales avanzaban en busca de fallas en sus defensas. Cada vez que uno saltaba hacia él, se movía y usaba el fuego para bloquearlo, pero el segundo jaguar avanzaba por el otro lado.

Aurelio no podía mantener el ritmo; sus movimientos eran descuidados, distraídos.

Aunque siempre estuviera reprimido, eso nunca le había impedido luchar como una máquina. Teo solía pensar que la habilidad de Aurelio para mantener la calma durante una pelea era irritante, pero, en ese momento, el temor en su rostro era notorio cuando los jaguares se acercaban poco a poco.

Mientras intentaba pensar en algo, el pánico le cerraba la garganta, pero con otro potente aleteo, se elevó más alto en el aire. Las estrellas no estaban para ayudar, pero el brillo dorado de los trajes de Aurelio y Niya, junto con los destellos de fuego, eran suficientes para que siguiera la acción. Justo a tiempo para presenciar cómo Niya

tropezaba con una alcantarilla. Cayó de frente al suelo, con lo que su espada voló fuera de su alcance.

El jaguar retrocedió, listo para lanzarse hacia ella.

–¡Niya, TU ESCUDO! –gritó Teo.

En un movimiento rápido, Niya se levantó, asentó los pies en el suelo y se protegió detrás del escudo un instante antes de que el jaguar de piedra impactara contra ella. El terror intenso que invadió a Teo fue suficiente para que sus alas se contrajeran y lo hicieran caer varios metros antes de que se recuperara.

El jaguar recalculó y volvió a derribar a Niya. Entonces, ella encogió las piernas hacia su pecho, apoyó los pies descalzos en el estómago del jaguar y, luego, usó el impulso para rodar hacia atrás y empujar al animal con los pies y el escudo. Hizo volar al monstruo a través de la plaza, al tiempo que hacía una voltereta hacia atrás.

El jaguar salió volando y su cuerpo pesado atravesó un carrito de comida. Niya se puso de pie de inmediato, con manchas de barro en las mejillas y los ojos encendidos. El jaguar se sacudió y se volvió hacia ella, un poco aturdido, pero muy enfadado, tanto que su rugido atravesó los oídos de Teo. Niya respondió con otro rugido, cambió el agarre del escudo y, con un giro, lo lanzó como un disco que impactó contra el costado del jaguar y lo hizo chocar contra un árbol con un crujido.

–¡Ven aquí, gatito! –gritó y recogió la espada y escudo del suelo mientras avanzaba hacia el jaguar de piedra.

Una vez más, Teo quedó asombrado por lo valiente que era su mejor amiga. Aunque se encontrara con el peligro de frente, nunca retrocedía. Mientras que ella se defendía, él vio que Aurelio estaba acorralado, presionado contra la línea de árboles, con los jaguares de piedra acercándose a él, flanqueándolo por ambos lados. El chico lanzaba bolas de fuego, una tras otra en rápida sucesión.

Los jaguares rugieron enojados, con brillo en los ojos de piedra lunar y las orejas pegadas. Retrocedieron ante las llamas, dando zancadas con sus patas gigantes, pero tan pronto como el fuego se extinguió, avanzaron otra vez, con sus pelajes rocosos apenas chamuscados.

De repente, Teo tuvo una idea.

–¡Aurelio! –gritó y se inclinó hacia adelante–. ¡Necesitamos luz!

–Puedo proporcionar luz o pelear, ¡pero tienes que elegir uno! –gruñó el chico entre dientes.

–¡Si puedes hacer las llamas más grandes y brillantes, los ahuyentarás! ¡Eres un Dorado,

¿verdad? –respondió Teo desde arriba. Aurelio asintió, despacio y tembloroso–.

¡Entonces actúa como uno! ¡Haz crecer ese maldito fuego!

Aurelio enderezó los hombros, levantó la barbilla y, con cada músculo de su cuerpo tenso, lanzó una bola de fuego al suelo entre los dos jaguares. Pero la llama chisporroteó y crepitó, incapaz de encender el suelo húmedo y las hojas podridas. Sin embargo, antes de que se apagara, Aurelio extendió las manos con las palmas hacia afuera frente a su pecho, con los pulgares e índices unidos, presionó los dientes, inhaló profundo y llevó las manos hacia adelante.

¡Zoom!

La llama pequeña se convirtió en una fogata que arrojó chispas al aire, que Teo tuvo que esquivar. Por un momento, pudo ver todo claro como el día. Aurelio, sudoroso pero decidido, mientras los dos jaguares se apartaban de la luz ardiente a toda prisa.

–¡SÍ! –exclamó Teo, pero el triunfo fue efímero.

Tan pronto como el fuego se apagó, uno de los jaguares saltó hacia Aurelio, que giró hacia él y le lanzó una bola de fuego a la cara. El jaguar rugió y retrocedió, sacudiéndose las chispas de los ojos. Distraído, Aurelio dejó su espalda desprotegida.

Por la forma en que se movió hacia un lado, parecía que esperaba que alguien apareciera y lo cubriera.

Pero no había nadie allí para defender a Aurelio del segundo jaguar.

Un miedo ardiente recorrió las venas de Teo al ver cómo el jaguar se abalanzaba hacia la espalda del Dorado. Por impulso, se zambulló y giró, para patear al jaguar en el costado y desviarlo de su trayectoria. El impacto sacudió las espinillas de Teo e hizo temblar sus rodillas. Cayó al suelo de espaldas con fuerza, raspándose las alas contra el cemento. Pero Aurelio no era un montón de tripas doradas, y eso era todo lo que importaba.

–¡TEO! ¡VUELVE A SUBIR AL AIRE! –gritó Niya–. ¡EL SUELO ES MUY PELIGROSO!

–¡Sí, puedo verlo! –respondió él.

Aurelio encendió un anillo de fuego, que formó una barrera entre ellos y los jaguares.

Luego se puso de pie con los brazos extendidos y las manos temblorosas mientras luchaba por controlar el muro de llamas que le llegaba hasta la cintura.

–No puedo mantenerlos alejados por mucho tiempo –dijo con voz tensa.

Al otro lado de las llamas danzantes, los tres jaguares caminaban impacientes de un lado a otro. Teo maldijo en voz alta. Nada parecía funcionar contra los Celestiales, y Niya y Aurelio también se estaban agotando. Necesitaban una solución definitiva.

–El fuego no les está haciendo ningún daño, y la espada de Niya tampoco –dijo y exprimió su mente en busca de *alguna* idea.

–Bueno, ¡ESTOY INTENTÁNDOLO! –dijo ella, al tiempo que blandía su espada y escudo con rabia–. ¡Pero siguen *rebotando*! ¡Estos bastardos son duros como rocas! –El corazón de Teo dio un vuelco. Él y Aurelio voltearon para mirarla al mismo tiempo.

Ella parpadeó–. ¿Qué?

–¡ *Rocas*, Niya! ¡Están hechos de *roca*! –Teo la tomó por los hombros y la sacudió.

–¿Y qué?

–¡Entonces están hechos de tierra! –enfatizó él–. ¡Deberías poder acabar con ellos con tus propias manos, no necesitas armas elegantes!

–Pero… –Niya lo miró confundida. Las pulseras en sus muñecas tintinearon cuando levantó su espada y escudo–. ¡Nunca hice algo así antes!

–¡Literalmente te he visto partir un peñasco por la mitad! –presionó Teo con frenesí, porque los jaguares se acercaban de nuevo y ponían a prueba la fuerza de Aurelio.

–Pero la Espada Inquebrantable… –Niya frunció el ceño y negó con la cabeza.

–¡No está funcionando! –replicó Teo–. No necesitamos armas elegantes

de Dorados, te necesitamos a *ti*, ¡Hija de Tierra! –Los ojos de Niya se movían de un lado a otro entre Teo y los jaguares que avanzaban; su boca se movía, pero no salían palabras–. ¡Niya, tienes que intentarlo! –le suplicó Teo y le apretó el brazo.

– *Mierda*… de acuerdo, ¡ *está bien*! –Niya soltó un gruñido frustrado y dio pisotones.

La tierra tembló.

Con un movimiento de la muñeca, el escudo se transformó de nuevo en el anillo de Guerrero, y la Espada Inquebrantable volvió a ser un brazalete de metal oscuro.

Niya dio un paso adelante para posicionarse con firmeza entre Teo y el fuego. Excitados por el movimiento repentino, los jaguares cerraron filas y comenzaron a caminar de un lado al otro tropezando uno con el otro. Sus ojos de piedra lunar brillaban hambrientos.

–¡Apaga el fuego, Aurelio! –dijo Niya. Apoyó los pies separados y levantó los puños para proteger su rostro como una boxeadora–. ¡Es mi turno!

Agotado, Aurelio dejó caer las manos a sus costados y el fuego se extinguió.

El primer jaguar saltó a la carga y soltó un rugido sordo.

Teo retrocedió contra Aurelio, quien lo sostuvo con las manos que por poco le quemaban la piel a través de la ropa.

Niya cambió la postura y llevó el puño izquierdo hacia atrás. Concentrada e imperturbable, mantuvo sus ojos en el jaguar y, un instante antes de que chocaran, rotó las caderas y lo golpeó en la cara con la fuerza de una montaña. La roca estalló bajo su puño y el jaguar salió volando con el rostro desfigurado. Volaron fragmentos de escombros en todas direcciones y contra los edificios.

Teo levantó las alas para protegerse y se encogió al ser impactado por los fragmentos de piedra.

–¡Ah, por los dioses! –jadeó Niya, antes de cubrirse la boca con ambas manos por la conmoción.

El jaguar de roca sin cabeza se desmoronó y quedó inmóvil por un momento antes de desaparecer en una nube de polvo estelar.

–¡Eso fue aterrador! –chilló la semidiosa.

–¡Fue *increíble*! –celebró Teo.

–¡Cuidado! –Aurelio jaló a Teo hacia atrás con fuerza cuando el otro jaguar saltó hacia él.

Teo aterrizó a una distancia segura y se levantó lo más rápido posible, seguro de que estaba a un instante de convertirse en comida para gatos, pero la situación había cambiado.

Niya estaba desenfrenada. Había derribado al primer jaguar y había continuado golpeando y pateando todo lo que se cruzara en su camino. A esas alturas, a la otra criatura le faltaba la mandíbula, la cola y una pata, y Niya parecía estar disfrutándolo.

–¡De acuerdo, esto *es* increíble! –exclamó con una sonrisa triunfal mientras inmovilizaba al jaguar en el suelo con un pie. Luego levantó la rodilla y le dio una patada, con la que el animal estalló en mil pedazos antes de hacerse polvo.

Teo celebró con un puño triunfal al aire. Por una vez, las cosas estaban funcionando para ellos y, no solo eso, sino que las nubes comenzaban a despejarse. La luz de las estrellas permitió que Teo viera toda la situación sin tener que entornar los ojos. Si podían resistir un poco hasta que las nubes terminaran de abrirse y el resto de los jaguares se convirtieran en piedra…

–¡TEO! –gritó Aurelio, en tono agudo y temeroso, y el corazón de Teo se detuvo.

Cuando giró, el tercer jaguar estaba a corta distancia, con las garras extendidas y ojos de piedra solar amplios y frenéticos.

Teo saltó al aire, agitando las alas lo más rápido posible para alejarse. Subió y subió, pero no fue lo suficientemente rápido. Las garras alcanzaron su pantorrilla y lanzaron una punzada de dolor por su pierna. Entonces, cayó de cara al suelo, y el jaguar saltó sobre su espalda y lo dejó sin aire. Con un gruñido, el animal exhaló su aliento caliente, con hedor a hojas podridas y a tierra en el cuello de Teo.

¿De verdad así será mi muerte?, pensó. *Ni siquiera llegamos a la jungla, es como morir en el primer nivel de un videojuego.*

Gritó de dolor cuando el jaguar le clavó las garras en las alas y le provocó un dolor atroz. Sintió una oleada repentina de calor y un

destello de luz anaranjada. Aunque el jaguar soltó un aullido temible, las llamas de Aurelio no funcionaron. El Celestial levantó una pata, y Teo estuvo seguro de que le aplastaría la cabeza como a una uva en cuestión de segundos. Niya gritó.

Pero la pata del jaguar se detuvo en el aire. El tiempo se congeló durante un momento aterrador antes de que el cuerpo del animal temblara y crujiera al convertirse de vuelta en piedra, justo antes de desmoronarse. Teo quedó ahogado por arenilla y tierra en la

nariz y en la boca. Se sacudió, desperado por liberarse, pero sus pulmones se quedaron sin aire.

–¡TEO!

El grito de Niya sonó ahogado, ya fuera porque Teo estaba enterrado vivo o porque estaba por desmayarse. De repente, el peso de los restos del jaguar desapareció, seguidos por una serie de estruendos y crujidos de madera.

Teo jadeó, y el aire volvió a llenar sus pulmones.

Antes de que entendiera lo que estaba pasando, un par de manos fuertes lo sujetaron y lo levantaron del suelo de repente, por lo que su visión se nubló. El rostro de Aurelio apareció a la vista, iluminado por las luces del traje; tenía los ojos cobrizos cargados de pánico y una línea de sangre dorada brotando de un corte en el pómulo.

–¿Estás bien? –exigió, como una orden.

Teo pudo disfrutar de contemplar la hermosa arruga en su rostro y de la mandíbula cincelada durante cinco segundos, antes de que Niya lo abrazara.

–¿ESTÁS HERIDO? –gritó y lo abrazó con tanta fuerza que le tronó varias vértebras–.

¿TE GOLPEASTE LA CABEZA? ¿SABES QUIÉN SOY?

–Niya, me estás aplastando… –Teo usó la poca fuerza que le quedaba para apartarse del pecho de su amiga y mirar alrededor, desorientado. No quedaban jaguares a la vista, solo rastros de fuego y brasas encendidas. Pero lo que más impactó a Teo fueron los fragmentos de roca clavados al suelo y en los laterales de los edificios y vehículos cercanos.

Era como si el jaguar hubiera *explotado*.

–Por los *dioses*, Niya, ¿tú hiciste esto? –preguntó.

–¡Creí que habías muerto aplastado! ¡¿Tienes todas las extremidades?! –Su amiga le tocó el brazo y lo revisó con detenimiento–. ¡TU PIERNA!

El jaguar le había hecho harapos la pierna del pantalón y le había dejado arañazos profundos en la piel, de los que brotaba sangre jade.

–Estoy bien –afirmó, aunque se estremeció–. Gracias a Sol salieron las estrellas o hubiéramos estado en problemas. –Le dolía como el demonio y se veía desagradable, pero el dolor agudo ya estaba menguando. De no haber sido un semidiós, la situación hubiera sido mucho peor. Intentó cargar el peso en esa pierna, pero la rodilla cedió.

– *¡Te machacaron!* –Niya volvió a sujetarlo. Su pecho se movía con respiraciones superficiales y rápidas, y los tendones de su cuello se tensaron. Estaba tan preocupada por Teo que no parecía haber notado el polvo y los cortes que tenía en sus propios brazos, pecho y estómago. Brillaban dorados bajo la luz de las estrellas.

–Estoy bien –intentó Teo, esta vez con voz más suave.

–¡¿Y si está infectado?!

–No lo está.

–¡¿Y si tenemos que amputarla?!

– *No tendremos que hacerlo.*

–¿Dónde están nuestras cosas? –intervino Aurelio con brusquedad. Teo y Niya desviaron la vista hacia él y luego miraron alrededor. En medio de todo el caos, habían perdido de vista sus cosas–. Tenemos que encontrar nuestras cosas –insistió Aurelio, como si ese fuera el mayor problema al que se enfrentaban. Entornó los ojos para analizar en el suelo–. Si no encuentro mi mochila…

–¡Lo que necesitamos es *usar* los obsequios que nos dieron los dioses! –interrumpió Niya, con los puños temblorosos apretados–. No somos lo suficientemente fuertes para luchar contra estos monstruos solos. ¡Teo podría haber muerto!

Aurelio retrocedió, sorprendido.

–Niya –siseó Teo, desconcertado por la ira de su amiga.

Ella lo ignoró, se acercó más a Aurelio y apuntó un dedo tembloroso a su pecho.

–¿Dónde está la Diadema de Fuego que te dio tu madre? –exigió–. ¿Por qué no la tienes puesta?

Aurelio no se echó atrás, pero su expresión se cerró ante la mención de su madre.

–Está en mi mochila –dijo sin emoción.

–¡Entonces úsala! –exclamó Niya–. Yo no he dejado la espada de mi padre ni un segundo. La diadema es *tu* responsabilidad. Tu madre te dio ese poder para que lo *uses*.

¡Para que protejas a tus amigos!

–Mi madre me dio esa diadema para salvar a mi hermana, porque no cree que… –

Aurelio parpadeó, como si estuviera sorprendido por las palabras que casi salen de su boca. Después de un momento de silencio atónito, cruzó los brazos sobre el pecho–. No importa.

–¡Sí que importa! –exigió Niya–. ¡Mira lo que le pasó a…!

– *¡Niya!* –exclamó Teo cuando ya no aguantó más–. ¡No soy de cristal! Y, a pesar de lo que pareces pensar, soy capaz de defenderme en una pelea. Fue un error estúpido y me dolió, pero estoy bien. No es culpa de Aurelio.

La expresión de Niya se desmoronó; sus ojos se nublaron con dolor y confusión.

Cuando habló, su voz fue más suave de lo que Teo recordaba haberla escuchado antes.

–No quise decirlo así, es solo que… –Se quedó callada, mordiéndose el labio. Luego carraspeó–. Buscaré nuestras mochilas.

Se alejó a toda prisa, con la cabeza baja como un cachorro regañado.

Teo se sintió como un idiota. No había querido reprenderla así; pero todo estaba escalando demasiado rápido. Aunque conocía lo suficiente a Niya como para saber que algo más la estaba afectando. Algo la

hacía estar tan reactiva. Sin mencionar lo que estaba molestando a Aurelio…

–Aurelio –intentó, pero el otro chico no quiso mirarlo a los ojos. Solo se quedó allí, con el ceño fruncido hacia el suelo y aspecto miserable.

Teo no sabía qué hacer. Aurelio estaba actuando de forma extraña, Niya estaba muy enfadada, el mundo se estaba acabando, sus amigos estaban en peligro, y él no sabía cómo resolver nada de eso. Solo quería gritar.

Niya regresó con las mochilas colgadas sobre su hombro y mirada avergonzada.

–Las encontré.

–Gracias a Sol –suspiró Teo.

–Perdón por haberte gritado –soltó Niya y le entregó la mochila a Aurelio con actitud devastada.

Él la tomó enseguida, pero logró responder en voz baja.

–Está bien. Entiendo.

Teo estaba impresionado. En general, él o Huemac tenían que decirle a Niya cuándo le debía una disculpa a alguien.

Niya abrió su propia mochila, revolvió el interior e hizo volar algunas bolsas de Takis.

Aurelio la observaba con curiosidad y la cabeza apenas inclinada.

–Pensé que estabas bromeando acerca de los Takis.

–No bromeo sobre los Takis –respondió Niya con seriedad.

Aurelio miró a Teo, él le devolvió la mirada y se encogió de hombros, agotado.

–¡Aquí está! –Niya sacó una piedra verde brillante: la Gema de Regeneración de Diosa Primavera–. ¡La pierna, Teo!

Teo obedeció y se sentó en el borde de la acera. Luego ella se agachó frente a él.

–¿Cómo funciona esta cosa? –preguntó, agitando la piedra sobre la

herida.

–Yo me encargo –dijo Aurelio. Se descolgó la mochila, sacó el Decantador de Agua Infinita de Diosa Agua y desplegó una taza plegable que llevaba en un bolsillo lateral.

Después de verter un poco de agua en la taza, extendió la mano hacia Niya, que le entregó la gema a regañadientes.

Aurelio dejó caer la gema en la taza, la removió, y una luz verde brilló en el agua e iluminó las líneas de su expresión concentrada. Luego se arrodilló y apoyó el pie de Teo en su rodilla con un contacto tan suave y delicado que hizo que el estómago de Teo se revolviera.

Con cuidado, inclinó la taza y dejó que el agua goteara sobre la herida. Teo inhaló entre dientes, pero la punzada de dolor se calmó enseguida en los cortes calientes e irritados.

–¿Está funcionando? –preguntó Niya mientras retorcía su brazalete con ansiedad.

–Sí –respondió Aurelio. La sangre jade desapareció y dejó atrás los cortes irritados en la piel de Teo. Mientras el chico seguía vertiendo agua, Teo observaba con asombro cómo su piel empezaba a sanarse sola.

–Asqueroso. –Niya arrugó la nariz.

–Muy asqueroso –coincidió Teo, y una risa aliviada brotó en su garganta–. Pero definitivamente está funcionando. –Tomó la taza de las manos de Aurelio y vació lo que quedaba. Para cuando la taza estuvo vacía, solo quedaban cicatrices de color jade–.

¡Casi como nuevo! –dijo al mostrarle la pierna a Niya.

–Gracias a Sol –dijo ella con un suspiro pesado y dejó caer los hombros.

–Espera –dijo Teo y levantó la taza–. ¿Ustedes no la necesitan?

Cuando Aurelio lo miró confundido, le señaló el corte en la mejilla. Entonces, el chico se llevó la mano allí y limpió la línea de sangre dorada para revelar la piel intacta. Niya sacó lo que Teo estaba bastante seguro de que era ropa interior de su bolso y se limpió las marcas sangrientas de los brazos y estómago, que también habían sanado.

–Ah, claro. –El corazón de Teo se desplomó. Cuando se puso de pie, Niya lo tomó del brazo de inmediato.

–¡Déjame ayudarte!

–Puedo levantarme solo –dijo él con una sonrisa cansada–. Pero gracias por preocuparte por mí –añadió para no lastimar sus sentimientos.

Niya lo soltó con una mirada tímida, pero se mantuvo cerca.

–¿Es seguro?

El alma de Teo casi escapa de su cuerpo.

Las persianas se abrían y la gente asomaba por las ventanas y puertas para observar la escena.

–¿Se fueron? –preguntó alguien.

Teo miró alrededor de la plaza. Las paredes y aceras estaban llenas de hoyos causados por las esquirlas, que incluso se habían clavado en el puñado de árboles del pequeño parque. A la estatua de Dios Tormentoso le faltaba un brazo.

–¡Sí! –respondió Teo–. ¡Ya pueden salir!

Poco a poco, la gente fue saliendo de sus hogares. Todos estaban desaliñados, con ropa arrugada, cabello alborotado y miradas distantes y asustadas. Varias personas tenían rasguños y moretones. Al parecer, los jaguares de piedra habían causado bastante daño antes de que Teo, Niya y Aurelio aparecieran.

–¿Están todos bien? –preguntó Aurelio con su voz autoritaria de Héroe.

–¡Hemos estado encerrados durante días! –exclamó un hombre, con un niño pequeño aferrado a su pierna.

Niya se quedó junto a Teo mientras Aurelio usaba el decantador y la gema para sanar las heridas más graves.

–Nadie ha venido a salvarnos –lamentó una mujer mayor a la que Aurelio le limpiaba un corte en la frente.

Teo miró alrededor, perplejo. Los habitantes de Lago Relámpago parecían perdidos y completamente desprotegidos. Al menos, la

impermeabilización de sus casas les había proporcionado un lugar donde esconderse.

–¿No tienen nada para protegerse? –les preguntó.

¿Qué habría pasado si ellos no hubieran llegado?

–¡Se supone que los Héroes nos protejan! –respondió un hombre alto con brusquedad.

Teo se sobresaltó.

–¡Esto es culpa tuya! –gritó otra persona que lo apuntaba con el dedo–. ¡Tú eres el que causó todo esto al liberar a los Obsidianos!

A Teo se le cerró el pecho y se le aceleró el corazón al escuchar cómo los demás coincidían y se cerraban a su alrededor. Era como San Fuego otra vez.

–¡Ahora nuestra ciudad está en ruinas!

–¡No tenemos forma de defendernos!

–¡No ha venido ningún Héroe!

Teo intentó retroceder, pero chocó contra Niya, y ella se puso delante de él.

–¡Nos vamos! –anunció al tomarlo del brazo de Teo.

La multitud comenzó a entrar en pánico.

–¡No!

–¡Tienen que quedarse!

–¡Tú y Aurelio tienen que protegernos!

–¡Los necesitamos!

Niya estaba furiosa y parecía a punto de maldecirlos a todos.

Aurelio dio un paso adelante.

–No podemos quedarnos, estamos en una misión –anunció intentando ser razonable.

–Arreglaremos todo –se apresuró a agregar Teo–. Tenemos un plan,

podemos…

La multitud no lo dejó terminar.

–¡Ya es demasiado tarde!

–¡Tienen que salvarnos! –les suplicaron a Niya y a Aurelio.

Teo no sabía qué hacer.

Niya, por otro lado, estaba harta.

–¡DAME ESO! –Recuperó la Gema de Regeneración, se acercó a la fuente dando pisotones, sumergió la mano en el agua y la movió hasta que brilló con luz verde–.

¡Aquí tienen! –exclamó antes de volver al lado de Teo–. ¡Cúrense ustedes mismos o no lo hagan y mueran! ¡No me importa! –añadió y, enfadada, se colgó la mochila al hombro–. Vamos, Teo –dijo y lo jaló del brazo–. APRESÚRATE, AURELIO –añadió cuando el chico no la siguió de inmediato.

Teo estaba más que feliz de ir con ella, pero Aurelio vaciló.

–Deberían refugiarse en el templo –le dijo a la multitud–. Dios Tormentoso puede protegerlos…

–¿Y abandonar nuestros hogares? –replicó alguien.

–¡Tienen que quedarse!

–¡Los necesitamos!

La culpa revolvía el estómago de Teo mientras él y Aurelio seguían a Niya fuera de la plaza, perseguidos por gritos e insultos enojados. Sabía que tenían que seguir adelante, y sí, los habitantes del pueblo estaban siendo groseros, pero carecían de autonomía.

Claramente, el sistema de Héroes de Reino del Sol tenía sus limitaciones. Estaba a la vista que no había suficientes dioses y héroes para mantener a todos a salvo frente a desastres a gran escala.

Por eso tenían que irse. Cuanto antes detuvieran a los Obsidianos, mejor.

–Quiero poner la mayor distancia posible entre nosotros y este lugar –dijo Aurelio y lideró el camino–. Si hay más de esos jaguares de piedra

por aquí, no quiero descubrirlo.

–He cambiado de opinión respecto a ayudar a la gente –gruñó Niya mientras empezaban a caminar por la carretera hacia el sur–. Ya no me agradan.

Aurelio se excusó para ir al baño, dejando a Teo y Niya al lado de la carretera. Teo lo vio alejarse, mientras Niya caminaba de un lado a otro. El comportamiento de Aurelio comenzaba a molestarle. Estaba actuando de manera tan cambiante que no sabía qué pensar. Después de todo lo que habían pasado juntos durante las Pruebas, esperaba…

bueno, no sabía qué esperaba, pero no eso.

–¿Soy yo o él está actuando extraño? –preguntó. Cuando volteó hacia Niya, la encontró rígida, con el rostro enrojecido, mirándolo con expresión adolorida y lágrimas brotando de sus ojos. Cualquier pensamiento sobre Aurelio quedó atrás de inmediato–. ¿ *Tú* estás bien? –preguntó Teo y se acercó a ella. En cuanto le tocó el codo con suavidad, Niya estalló en lágrimas–. ¡Niya! –exclamó, preso de la preocupación–. ¿Qué pasa?

–¡Pensé que habías muerto! –sollozó ella, con lágrimas corriendo por sus mejillas sucias.

–Oye, estoy bien, estoy bien –le aseguró él mientras le frotaba la espalda–. ¡Mi pierna ya está mejor!

–¡Todo es culpa mía!

–¿De qué estás hablando?

Niya sacudió la cabeza con violencia y se secó las lágrimas.

–¡No soy lo suficientemente fuerte! ¡El maldito Xio escapó! ¡No pude salvar a nadie!

Apenas pude mantenerme en pie, ¡casi te pierdo a ti! –lamentó con palabras interrumpidas por sollozos–. ¡No soy lo suficientemente fuerte! –repitió.

Una risa sorprendida brotó en la garganta de Teo.

–Niya, ¡eres la persona más fuerte que he conocido!

–He estado entrenando en la Academia desde que era pequeña, pero esta es la vida real.

¡Es mucho más difícil! ¡Y aterradora! –tartamudeó ella. Teo no sabía qué decir, pues nunca la había visto así. ¿Desde cuándo Niya le tenía miedo a algo? En general, se despertaba, bebía agua, creía en sí misma y podía enfrentarse al mundo. Pero parecía haber perdido la confianza.

–¡No quiero ir a Los Restos! –dijo en un nuevo ataque de sollozos–. No fui lo suficientemente fuerte para salvar a los demás. ¿Y si algo pasa? ¿Y si no tengo la fuerza para protegerte a ti?

–Niya, eso es… –Teo se detuvo, porque no estaba del todo seguro de qué decir. *Es ridículo, no es tu responsabilidad, y es más de lo que merezco después de habernos metido aquí en primer lugar.* Se conformó con apoyarle una mano en el hombro y apretar con fuerza–.

Está bien. Todo está bien.

–¡ *Nada* de esto está bien! –Niya lo miró incrédula.

–Sí, tienes razón. –Teo suspiró y asintió–. Pero estamos bien y seguiremos así.

Estaremos juntos, tú y yo, pase lo que pase, ¿de acuerdo?

Niya no parecía convencida, pero al menos las lágrimas se detuvieron por el momento.

–Sí, pero…

–Sin *peros*, amiga. Lo digo en serio –interrumpió él con firmeza–. No importa lo que pase, haremos lo que sea necesario para arreglar esto. Este fue *mi* error. Yo era quien debía hacer el sacrificio, yo fui el que permitió que Xio me engañara para…

–Xio nos engañó *a ambos* –lo corrigió Niya, con un poco de fuego de vuelta en su voz–.

Ese mocoso. Cuando lo agarre… –Hizo un gesto de estrangulamiento con las manos y gruñó.

A pesar del agotamiento que le hacía doler hasta los huesos y de la pérdida de sangre, Teo logró esbozar una sonrisa.

–Así se habla. Y mira, no intento decir que tus miedos no sean válidos. Entiendo cómo es tener miedo, en especial después de todo lo que pasó. Pero tenemos que seguir adelante. Y, de verdad, eres la persona

más fuerte que conozco.

–Ah, cállate. –Niya apartó la mirada con modestia.

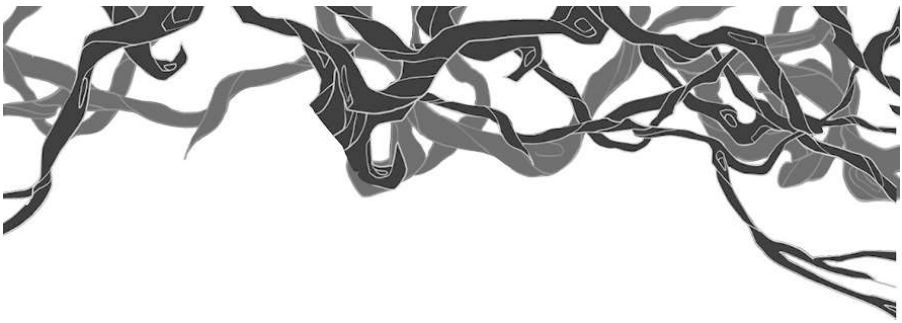
–¿Has visto cómo destrozaste a esos jaguares?

–Ya, Teo…

–¿Y cómo manejas esa espada?

–Está bien, entendí, muchas gracias.…

–Y, chica, esos *bíceps*… –silbó él, y Niya le dio un golpecito en el brazo, acompañado por una risita. En ese momento, fue el mejor sonido del mundo.



CAPÍTULO 7

XIO

Estar en el templo en ruinas estaba empezando a afectar la mente de Xio. Era tan oscuro, enorme y *vacío*, un contraste impactante con Afortunada o cualquier otro lugar en Reino del Sol.

Pasó horas vagando, acompañado por el goteo lento y rítmico del agua, el gemido solitario del viento en los pasillos y el eco de sus propios pasos, como si alguien lo estuviera siguiendo.

Al final, decidió ir a ver a los prisioneros. No porque le importara su bienestar, sino porque estaba aburrido y no tenía nada mejor que hacer.

Y tal vez porque quería restregarles la victoria un poco en el rostro.

Para Xio, capturarlos había sido la jugada final. Había estado tan concentrado en la ceremonia de clausura de las Pruebas del Sol que no había pensado mucho en lo que sucedería después.

Y, bueno, quizás se había sentido un poco mal por ellos, pero no había durado mucho.

Mientras bajaba por las escaleras, voces amortiguadas flotaban hacia él.

–¿Oíste eso? –susurró alguien.

–Shh, alguien viene.

Se callaron cuando él se acercaba al túnel y, cuando entró, pudo sentirlo: el deseo de venganza que emanaba de los cautivos. Era como una niebla que volaba hacia él, buscándolo. Odio, ira y desesperación.

La satisfacción calentó su piel. Bien. Eso era lo que él quería.

Mantuvo la cabeza en alto al detenerse frente a las primeras dos celdas y observar a sus prisioneros.

Pequeñas chispas danzaban sobre la piel de Atzi antes de deslizarse inofensivas por el agua a sus pies mientras ella fulminaba a Xio con la mirada. Marino lo observaba con el ceño fruncido proyectando sombras sobre sus ojos. Al no estar hidratado y brillante, su piel oscura se estaba volviendo gris alrededor de la nariz, labios y codos.

A la derecha, Xochi estaba congelada, mirando fijo a Xio con las manos apoyadas contra la pared de cemento. Al otro lado, Dezi seguía acurrucado de lado, de espaldas al cristal.

Xio frunció el ceño. ¿Qué estaba haciendo?

Desconfiado, se acercó a la celda de Dezi y golpeó el cristal encantado para hacerlo translúcido. El chico alzó la cabeza y se sorprendió al verlo, pero luego se mostró aliviado.

Xio lo ignoró y, en cambio, escudriñó la pequeña habitación en busca de algo fuera de lugar…

–Oye.

Xio giró para enfrentar a Marino, que comenzó a hablar con señas antes de hacerlo en voz alta, lo que le recordó a Xio que Dezi podía ver. Pero antes de que pudiera volver a golpear el cristal para ocultarlo de la vista de Dezi, la pregunta de Marino lo distrajo.

–¿Qué tienes en la cabeza? –preguntó, señalando la corona de obsidiana con el mentón.

–Un regalo de Venganza –respondió Xio con el pecho hinchado.

–Pero ¿por qué? –Marino frunció el ceño con disgusto.

Junto a él, Ocelo se pegó al cristal para ver mejor.

–Porque soy el Portador de la Noche –anunció el chico, en su mayor esfuerzo por imitar la voz profunda de su padre y su aire de grandeza.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire durante un momento de silencio reverente, en el que Xio se regocijó. Hasta que el resoplido de Xochi rompió el hechizo.

– *¿Portador de la Noche?* –preguntó, al tiempo que traducía en lengua de señas.

–¡Buuuuu! –gritó Ocelo desde el final del pasillo.

La burbuja de confianza de Xio estalló, reemplazada por ira.

–¡¿Qué tiene puesto?! –exigió Auristela desde su celda–. ¡No puedo ver! ¡Xochi!

¡Descríbelo para mí! ¡Quiero imaginar lo estúpido que se ve!

–Bueno, desde este ángulo, parece una tiara –explicó Xochi.

–No es una tiara –interrumpió Xio.

– *Sí* que lo es –insistió ella con desdén antes de continuar–. Con unos fragmentos de obsidiana en un abanico alrededor de su rostro. Son cónicas y pulidas, pero los bordes son *totalmente* toscos…

–Eso es porque…

Xochi lo ignoró.

–Se parece a la del Portador del Sol, pero mucho más fea…

–¡BASTA! –La voz atronadora de Xio resonó por el pasillo. Xochi, Marino, Ocelo y Atzi lo observaron desde sus celdas, hasta que Auristela rompió el silencio.

–Bueno, suena *ridículo* –dijo.

Xio movió los dedos con nerviosismo, tentado a arrancarse la corona de la cabeza.

–Cuidado, Stela –murmuró Ocelo y se apoyó contra el cristal para observar a Xio con ojos de jaguar hambriento–. Herirás los sentimientos del niño de octavo año. –Las

paredes de piedra a su alrededor estaban cubiertas de arañazos y teñidas de dorado por las heridas en sus dedos.

Un escalofrío recorrió la espalda de Xio, pero se recordó a sí mismo que *ellos* eran los que estaban encerrados en celdas. Ellos no eran la amenaza, *él* lo era.

Cuando miró a Atzi, la chica dio vuelta el rostro con la nariz en alto, una actitud que lo irritó por razones que se negaba a procesar.

Auristela negó con la cabeza y parpadeó rápido.

–¡No puedo *creer* que me haya capturado un enano! –dijo con una risa

delirante que burbujeó en su garganta.

–¿Cómo nos engañaste para que creyéramos que eras un Jade? –exigió Marino.

–Fue fácil –le dijo Xio–. Ustedes ni siquiera miran a nadie que no sea Dorado. La única razón por la que siquiera me prestaron atención fue porque fui elegido para las Pruebas.

Hemos estado asistiendo a los mismos eventos, las mismas ceremonias, durante trece años. ¿Alguno de ustedes sabía mi nombre antes? –preguntó, girando para mirar a cada uno de ellos–. ¿O me reconocieron cuando apareció esa corona en mi cabeza?

Todos se miraron unos a otros con incomodidad, excepto Auristela, quien mantenía la vista fija en él.

–Exactamente. –Xio soltó una risa aguda y amarga.

¿Cómo había idolatrado a esas personas durante tanto tiempo? Había pasado años coleccionando sus tarjetas, viendo especiales de noticias sobre ellos, incluso siguiéndolos en redes sociales para poder ver un atisbo de cómo era ser uno de los elegidos. Xio los había tenido en un pedestal, solo para descubrir que eran los insulsos hijos de dioses violentos y narcisistas.

Era patético. *Él* era patético. Pero había aprendido.

–Incluso durante las Pruebas, se burlaron de mí porque no podían soportar la idea de que un Jade se convirtiera en Portador del Sol –rabió.

–¡Yo no me burlé de ti! –exclamó Xochi, ofendida.

–Es verdad, fueron Ocelo y Auristela más que nada –coincidió Marino.

–¡Y LO HARÍA OTRA VEZ! –bramó Ocelo.

–Sin dudarlo –siseó Auristela entre dientes.

–¿Cómo podemos estar seguros de que no fuiste *tú* el que nos puso contra *ti*? –insistió Ocelo, enredado en su propia lógica–. Teo dijo que estabas jugando con nuestros ojos y… y… ¡haciéndonos estar enfadados y ser malos el uno con el otro!

La mención de Teo hizo que la piel de Xio se estremeciera. El recuerdo de esa cena estaba grabado en su mente; la desesperación frenética de

Teo; el miedo nauseabundo que llenó su garganta. Esa noche, pensó que lo había descubierto. Que los dioses lo agarrarían y lo abrirían allí mismo en la mesa para ver de qué color eran sus entrañas.

–¡Dijo que era un chantaje! –añadió Ocelo.

–Sabotaje –lo corrigió Xochi.

–¡Un sabotaje! –repitió Ocelo.

Xio se mofó de él.

–No puedo amplificar la venganza si no está ahí ya –explicó–. El odio tiene que estar en el corazón de alguien. –Esa era una distinción importante–. Cualquiera que fuera el motivo, por fama, gloria o revancha, todos estaban listos para destruirse mutuamente desde el primer día. ¡Apenas tuve que darles un empujón para que se lanzaran unos sobre otros!

–¡Eso no es verdad! –Xochi resopló.

–Ocelo intentó aplastarme con una roca, Atzi rostizó a Teo en el cielo –enumeró Xio–.

Tú, Xochi, casi estrangulas a Marino hasta la muerte. –Ella hizo una mueca de disgusto–

. Auristela con el nido, Auristela en la prueba de atrapadas, Auristela varias veces, pero en especial cuando casi destroza el cráneo de Teo con la falsa Piedra Solar. –Xio inhaló profundo–. ¡Yo no hice nada de eso!

–Oye, ¿por qué *intentabas* matarlo? –Marino giró el cuello hacia Auristela.

–Hizo que mi hermano estuviera triste. –La rabia desfiguraba el rostro bonito de la chica.

–¿Hablas en serio? ¿Está hablando en serio? –Marino frunció el ceño.

Dezi, que había estado observando la interpretación de Xochi, asintió con solemnidad.

–Cuando llegara el momento –dijo Xio en voz alta para recuperar la atención–, todos se hubieran vuelto unos contra otros sin que yo hiciera nada. –Hizo una pausa y respiró hondo; el olor a cuero, tabaco y brea caliente le hacía picar la nariz–. Incluso ahora, todos apestan a

ira y venganza –agregó con una risa. Eso no era del todo cierto–.

Excepto Dezi –añadió, mirando otra vez al semidiós solo en su celda. Siempre había sido imposible de descifrar.

–¿Cómo pudo suceder esto? –preguntó Marino con una nueva descarga de frustración–.

¿Cómo puedes ser hijo de Venganza si los Obsidianos llevan miles de años desaparecidos?

–¿Y qué pasa con Mala Suerte? –agregó Xochi–. ¿Él también estaba involucrado en esto?

–Mala Suerte quería que mi secreto muriera conmigo. –La rabia de Xio se encendió.

–Entonces, ¿cómo has estado trabajando con Venganza todo este tiempo? –gruñó Auristela.

–Sustituí el azabache por una pieza de obsidiana del glifo de mi padre –explicó Xio y levantó la muñeca de la que aún colgaba la piedra vítrea.

Mala Suerte le había dado un brazalete de azabache cuando era solo un bebé y, cuando niño, le había advertido que nunca se lo quitara, porque el azabache y el coral lo mantendrían a salvo. Resultó que eran los demás los que necesitaban ser protegidos de él.

–Fue como un teléfono móvil cósmico. Venganza y yo podíamos comunicarnos a través de él. Elaboramos un plan y lo llevé a cabo –concluyó.

Cuando regresó a Afortunada, su visión del mundo entero había cambiado. En la escuela, tenía que soportar lecciones de historia sobre los Obsidianos, sobre lo malvados que eran. Traidores, los llamaban. Monstruos. La gente hablaba de erradicar el mal Obsidiano del mundo, pero los libros de historia nunca mencionaban cómo los dioses habían masacrado a su gente. A su familia. Ciudades enteras. ¿Qué había de ellos?

Había visto los escombros. Había revivido sus muertes en sus sueños. Sabía lo que sucedía cuando la clase dominante decidía que alguien era peligroso.

–¿Cómo manipulaste las Pruebas? –preguntó Marino.

–Todo lo que tenía que hacer era apagar el sol y liberar a los Obsidianos –respondió Xio–. Todos estaban tan ocupados peleando con uñas y dientes para convertirse en el Portador del Sol, que debería haber sido fácil quedar en último lugar. Saboteé cada prueba, actué como si fuera indefenso en el Tepetl, fingí perder mi alebrije, no completé el templo a tiempo… Se suponía que yo me convertiría en el sacrificio. Pero Auristela me ganó.

–Estaría encantada de matarte yo misma si tu deseo de morir está pendiente –ofreció ella.

Xio no pudo evitar reír.

–Teo incluso sospechó que algo andaba mal todo el tiempo, ¡pero no lo escucharon!

¡Casi me cago en los pantalones cuando lo explicó durante el banquete! ¡Pero se negaron a escucharlo porque él era un Jade!

–Tal vez –respondió Marino–. Pero tú fuiste quien los traicionó a él y a Niya. ¿Cómo eres mejor que nosotros?

Xio hizo una pausa. No se había esperado que aparecieran Teo y Niya. No había querido hacer amigos durante las Pruebas, pero no le habían dado mucha opción. No esperaba que se interpusieran en su camino y, definitivamente, no esperaba que arriesgaran sus vidas para mantenerlo a salvo. Lo confundían cada vez que se ponían de su lado e intentaban protegerlo.

Era una basura. Xio había anhelado conectar con alguien, tener un amigo que lo entendiera. Había crecido aislado, acostumbrado a ocultar quién era y a evitar la atención. No había lugar para él, un Obsidiano, en el mundo de los Dorados y los Jade.

Estaba solo. Un extraño que observaba desde afuera.

Hasta que Teo y Niya le habían abierto las puertas.

De repente, él no era el único que se sentía como un paria. Era como si por fin hubiera encontrado personas con las que encajaba, pero siempre hubiera estado destinado al desastre. No podían detener lo que se avecinaba, y Xio tampoco. Era demasiado tarde para cambiar de opinión.

La mirada de Teo cuando intentó salvarlo, *incluso* después de que hubiera liberado a los Obsidianos, lo atormentaba. El grito

aterrorizado de Niya, que lo siguió después de atravesar el portal de Caos, resonaba en su cabeza…

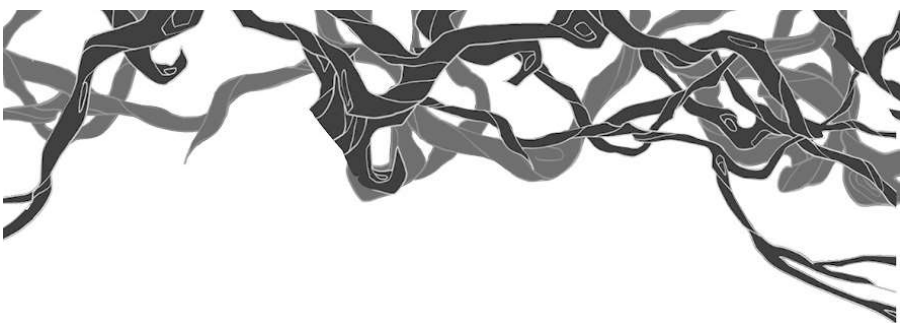
–Venganza es el nombre del juego –dijo después de encerrar la culpa detrás de una fachada bien construida. Cruzó hacia la celda de Dezi y golpeó el vidrio para ocultar la expresión consternada del chico–. Haremos que ustedes y sus padres paguen por lo que nos hicieron a mí y a mi gente. –Con eso, Xio se dio la vuelta para irse.

–¡¿Cómo manipulaste la ceremonia de selección?! –gritó Auristela detrás de él–.

¡¿CÓMO LOGRASTE ENGAÑAR A SOL PARA QUE TE ESCOGIERA A TI?!

Xio no miró hacia atrás.

–No lo hice.



CAPÍTULO 8

TEO

Aurelio llegó primero a la cima de la colina y se detuvo de pronto, por lo que Niya chocó contra él.

–Gracias a Sol –suspiró Teo en voz baja y trotó los últimos pasos. Pero cuando la ciudad apareció a la vista, su corazón se desplomó. Afortunada se encontraba acunada en el valle debajo de ellos.

Y su estado era peor de lo que podría haber imaginado.

Teo no estaba seguro de cómo esperaba que fuera, pero si no hubiera estado tan distraído por todo el asunto del regreso de los Obsidianos –sin mencionar las hordas de bestias celestiales o el chico lindo que estaba a su lado con actitud sombría–

probablemente lo hubiera imaginado como una versión gótica de Quetzlan.

Lo que *no* esperaba era encontrar una absoluta catástrofe.

Afortunada era una zona de desastre. Edificios que alguna vez debieron ser altos y orgullosos, parecían estar a punto de colapsar sobre sí mismos. Las calles estaban retorcidas y agrietadas, las ventanas de los edificios estaban encintadas en forma de X, y la gente corría por las calles, gritando por encima de la cacofonía de sirenas y alarmas de automóviles. Las farolas no llegaban a penetrar la noche interminable, así que todo

estaba envuelto en una penumbra sombría. Era como si el apocalipsis hubiera pasado a toda velocidad por allí de camino a cualquier otro lugar.

–Por el *amor* de Sol –maldijo Niya mientras descendían por las calles. Los dos Dorados habían reducido el paso para igualar el de Teo y avanzaban empujados y sacudidos por la gente que pasaba a toda prisa y que ni siquiera parecía notarlos–. ¿Qué *pasó* aquí?

–Imagino que tiene algo que ver con el *apocalipsis* –respondió Teo

mientras observaba el desastre.

–No, así es como suele ser –dijo Aurelio, que escaneaba el entorno mientras avanzaban.

El ojo azabache y coral del glifo de Mala Suerte los observaba desde casi todas las puertas por las que pasaban.

–¿Por lo general está *cayéndose a pedazos*? –Teo negó con la cabeza.

–Bueno, no *tanto* –razonó el otro–. Pero sí.

Teo miró alrededor. Los edificios de ladrillo con escaleras de incendio oxidadas estaban cubiertos de andamios. Las pasarelas de madera rodeaban edificios medio derrumbados, acordonados con cinta amarilla de precaución. Gran parte de la destrucción llevaba allí más que unas pocas horas, antes de que los Obsidianos liberaran a los Celestiales.

–Esta es una ciudad fronteriza –explicó Aurelio–. Los Restos está justo al otro lado del río, así que recibían una buena cantidad de monstruos desde un principio. Sin mencionar que Afortunada tiene la mayor cantidad de desastres naturales en todo Reino del Sol. Los temblores son…. –Frunció el ceño, intentando encontrar la palabra adecuada.

–¿ *Desafortunados*? –arriesgó Teo.

–Bueno, se llama *Afortunada* –coincidió Niya.

Pero Aurelio negó con la cabeza.

–No, no es eso lo que quiero decir. Stela y yo casi nunca venimos aquí. De hecho, Stela se niega a hacerlo, se negaba, se niega… –Aurelio respiró hondo–. Pero la gente de Afortunada rara vez nos llama para pedir ayuda.

–¿Por qué? –preguntó Teo, aún confundido. Miró a Niya y encontró su propia expresión reflejada en ella.

–Porque… Espera –dijo Aurelio, que esquivó una camioneta llena de barriles de agua en el último segundo. Niya y Teo chillaron de sorpresa, chocaron entre sí y casi caen de bruces en la acera. Por fortuna, Niya fue lo suficientemente fuerte como para estabilizarlos antes de que ocurriera algo demasiado vergonzoso.

La camioneta abollada se detuvo frente a uno de los incendios más

grandes. Tres mortales con ropa ignífuga bajaron de la cabina, desenrollaron una manguera del maletero y corrieron hacia una boca de incendios. Sin pensarlo, Teo corrió para ayudar.

–¿Hay alguien dentro del edificio? –preguntó y dejó caer su pesada mochila al suelo.

–¡Cielos, es el Portador del Sol! –gritó alguien desde la multitud.

–¿ *El Portador del Sol?*

–¡Es Teo, Hijo de Quetzal!

Para ser honesto, Teo se sorprendió al ver sonrisas y miradas asombradas.

Fue entonces cuando lo notó: los afiches desgarrados que colgaban en las paredes de ladrillo manchadas eran de él y de Xio. Estaban las fotografías incómodas de estudio en las que había posado para Chisme, tomas de acción de las Pruebas e incluso algunas de Teo y Xio juntos con las palabras "¡Héroes del Reino del Sol!" sobre ellos. Xio sonreía como si estuviera sufriendo, desde un quiosco de periódicos abandonado. La culpa revolvió el estómago de Teo.

Por fin dos Jades habían competido, y uno de ellos había sido nombrado Portador del Sol. El pueblo de Afortunada había estado celebrando las Pruebas del Sol, celebrando a Xio y a Teo, cuando los Celestiales atacaron. Una brisa barrió los carteles y trozos de papel de seda verdes y morados para amontonarlos en las esquinas y desagües. Vidrios rotos y bengalas descartadas bañaban las calles y aceras como confeti después de un desfile.

–¿Estás bien? –preguntó una mujer que lo miraba con detenimiento.

–¿No deberías estar en Ciudad del Sol? –preguntó un hombre, confundido.

–¿Qué sucedió después de que se cortó la transmisión? –preguntó un chico como de su edad.

–¿Xio se encuentra bien? –Un hombre joven con bolsas debajo de los ojos presionó el brazo de Teo.

El semidiós se sintió ahogado por su corazón acelerado. Había asumido que todos lo odiaban, seguro de que lo sucedido había sido transmitido en vivo por todo Reino del Sol, de allí las multitudes

furibundas que había enfrentado en San Fuego y en Lago Relámpago.

Pero la gente de Afortunada no solo estaba feliz de verlo, sino que estaba aliviada de saber que se encontraba bien.

Y seguían preocupados por Xio.

–¡Oigan, oigan! –intervino Niya–. ¡Concéntrense! Hay un edificio en llamas, ¿aún hay alguien adentro?

–Intentaba decirles… –comenzó Aurelio mientras avanzaba detrás del hombro de Teo, pero antes de que pudiera terminar, una mujer mayor se adelantó entre la multitud.

–Nos honras, Portador del Sol, pero no te molestes –anunció al sacudir la mano para restarle importancia–. Ya hemos evacuado las oficinas y los voluntarios están aquí para apagar el fuego. Deja que nos encarguemos de esto, no quisiéramos importunarte.

A pesar de que la mujer estaba sonriendo y parecía amigable, para Teo era muy claro que estaba echándolo.

–Eh, de acuerdo… –dijo sin saber cómo reaccionar. Luego recogió su mochila y guio a Niya y a Aurelio en dirección a la esquina, lejos de los oídos de los voluntarios de Afortunada que se aseguraban de extinguir el fuego–. Eso fue extraño –susurró para sus amigos.

–Eso era lo que intentaba decirles –coincidió Aurelio.

–Pero ¡somos los Héroes! ¡Todos nos necesitan! –dijo Niya, confundida.

–Afortunada es conocida como un paraíso para los mortales. Mala Suerte acoge a los humanos desafortunados y les brinda protección, apoyo y recursos hasta que puedan

volver a ponerse en pie –explicó Aurelio–. La mayoría de las personas se van, pero muchas se quedan.

Eso era muy diferente a lo que Teo imaginaba. Creía que, dado que Dios Mala Suerte era lo que su nombre indicaba, nadie querría vivir en Afortunada. Había imaginado que la ciudad estaría hecha pedazos y agitada –lo estaba, en realidad–, pero no estaba envuelta en caos.

Las calles, aunque agrietadas y llenas de baches, habían sido rellenadas con gravilla o tierra. Y Teo notó que las X de cinta en las

ventanas eran para evitar que los cristales estallaran y lastimaran a los transeúntes. Y las personas no andaban corriendo y gritando por las calles como en San Fuego, sino que estaban colaborando unas con otras.

El olor a fuego extinguido quemaba su nariz; camiones destrozados y automóviles con sirenas pasaban llenos de gente. Los líderes con chalecos anaranjados reflectantes les indicaban a los demás que fueran de edificio en edificio, reforzando puertas y ventanas con madera contrachapada y repartiendo tanques de agua de emergencia de veinticinco litros. Los zapatos resonaban sobre la acera mientras la gente corría a sus posiciones.

No eran Héroes con trajes relucientes, sino civiles en ropa de todos los días, que salvaban su ciudad junto con sacerdotes de Mala Suerte en túnicas púrpuras. Le recordaba un poco a su hogar. Quetzlan no era la ciudad más reluciente ni la más elegante en Reino del Sol, pero la gente la amaba y la cuidaba.

–Si lo piensas, la gente de Mala Suerte está mejor equipada para enfrentar el fin del mundo que cualquier otra –comentó Aurelio, observando cómo el pequeño grupo apagaba el fuego con sorprendente eficiencia.

–Bueno, bien por ellos –replicó Niya con brusquedad–. Pero ¿qué hay de nosotros?

¿Qué estamos haciendo aquí si ellos no necesitan ser salvados?

–Estamos buscando a Mala Suerte –le recordó Teo con suavidad.

–¡Ah, sí! –exclamó ella con una risa burbujeante antes de ponerse seria de nuevo–.

¿Dónde está? ¡Tengo unas cuantas palabras para ese costal de grasa traidor!

–¿Costal de grasa? –repitió Teo.

–¿Has visto su cabello?

–Sí, a mí me gusta su cabello… –Teo se encogió de hombros.

–¿¡Te gusta su cabello?! –exclamó ella.

–Chicos –suspiró Aurelio.

–Perdón, tienes razón. –Teo se forzó a concentrarse–. Primero lo primero, tenemos que encontrar a Mala Suerte y averiguar qué demonios hizo Xio para que el sol se apagara.

Probablemente deberíamos encontrar su… ¿templo? –Aurelio asintió animado, así que Teo continuó–. Y, eh, eso está… ¿en el centro de la ciudad?

–¿Por qué debería estar en el centro de la ciudad?

–¡Porque ahí están los templos, Niya!

–¿Según quién? ¡El templo de mi papá no está en el centro de La Cumbre, eso sería peligroso! ¡El centro de La Cumbre es un volcán!

Aurelio se pellizcó el puente de la nariz.

–¿Podríamos encontrar a un sacerdote? ¿Pedir indicaciones? –Teo lo intentó de nuevo.

–¡Gran idea, Teo! –lo elogió Niya–. ¿Dónde encontramos a un sacerdote?

Los tres giraron sus cabezas en todas direcciones. Uno de los beneficios de los múltiples incendios que consumían la ciudad era que proporcionaban una iluminación excepcional en medio de la oscuridad absoluta del mundo sin Sol.

De repente, Niya chilló.

– *¡Ahí, ahí!* ¡Chica mortal con túnica púrpura! –Agitó el dedo índice hacia donde una sacerdotisa de Mala Suerte estaba entablillando a un hombre mayor que, por lo demás, parecía estar ileso.

Teo cruzó la calle a la cabeza.

–Disculpa, ¿podrías ayudarnos?

La sacerdotisa alzó la mirada, los analizó a los tres y luego se levantó de prisa de donde había estado arrodillada en la acera de enfrente.

–¡Por los dioses! –exclamó. Se volvió hacia el hombre, quien alzó el pulgar antes de alejarse–. ¡Es el Portador del Sol! ¿Y Aurelio y Niya? –Confundida, intentó alisar su enmarañado cabello corto–. ¿Qué hacen aquí?

–¡Estamos aquí para salvarlos! –anunció Niya, con su espada orgullosa

en alto para enfatizar las palabras.

–¡Vaya! –Los ojos de la chica se abrieron de par en par–. Eso es muy amable de su parte

–dijo un poco avergonzada–. Pero aquí tenemos las cosas bajo control.

Los hombros de Niya se encogieron, y la Espada Inquebrantable cayó a su lado.

–¿En serio?

–Pero ¿qué hay de los monstruos? –Teo se sorprendió.

–Ah, hubo dos, pero nos encargamos de ellos.

–¿Solo dos? –preguntó Aurelio con el ceño fruncido.

–Hubo una iguana que intentaba tragarse los automóviles. –La sacerdotisa frunció el ceño–. Creo que estaba confundida, debió haber pensado que eran ganado o algo así. El otro era un ajolote cubierto de llamas que no dejaba de provocar pequeños incendios por todas partes, como pueden ver. –Señaló las marcas de quemaduras y los parches húmedos que humeaban en las aceras y edificios–. Fue difícil atraparla porque era muy pequeña, pero alguien le lanzó un balde de agua y, después de eso, fue fácil llevarla a la jungla y dejarla ir. Logramos expulsarlos de la ciudad y parecieron felices de huir a Los Restos. Nuestra ciudad colinda con la jungla de los Obsidianos –explicó–. Así que, cuando vimos que las cosas se ponían feas en la televisión… –sus ojos se centraron en Teo por un momento–, nos pusimos en acción.

–¿Cómo lograron que se fueran? –preguntó Teo.

–¡Resulta que odian la luz! –rio ella–. Los faros de los automóviles hicieron su magia. Se arrastraron hacia Los Restos y desaparecieron. Tenemos gente patrullando la frontera y vigilando, pero hasta ahora ninguno ha intentado regresar.

–Debería haber matado a más de esos malditos en Lago Relámpago cuando tuve la oportunidad –gruñó Niya entre dientes y pateó un trozo de concreto roto.

–Pero vimos al menos a diez en nuestro camino hasta aquí –dijo Teo, sin entender cómo Afortunada solo había tenido a *dos* monstruos, mientras que Lago Relámpago estaba infestado.

–¡Supongo que tuvimos suerte! –Ella se encogió de hombros con una sonrisa agradable.

Teo miró a Aurelio en busca de alguna explicación.

–Tal vez sea porque esta es una ciudad Jade –aventuró el chico.

–Entonces, ¿qué? ¿Ni siquiera los Obsidianos pensaron que las ciudades de Jade eran lo suficientemente importantes como para atacarlas con todo su poder? –Teo se irritó de inmediato.

Aurelio se frotó la barbilla, pensativo.

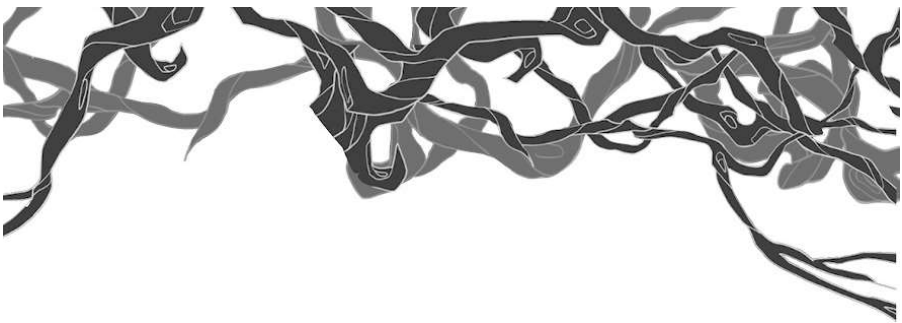
–Es posible que les guarden un rencor especial a los Dorados.

Incluso frente al fin del mundo, los Jades seguían siendo ignorados y subestimados. Lo único positivo, supuso Teo, era que si los Obsidianos no consideraban que los Jades fueran amenaza suficiente como para enviar a sus monstruos más grandes y aterradores a sus ciudades, tal vez Quetzlan podría mantenerse en pie hasta que él y sus amigos pusieran fin a eso.

–Estoy seguro de que hay muchas otras ciudades que necesitan su ayuda. –La sacerdotisa le dio un empujoncito amigable a Teo.

–Necesitamos hablar con Mala Suerte –le dijo él–. ¿Sabes dónde está?

–¡Por supuesto! –respondió ella, con la sonrisa de nuevo en su lugar–. Está en el templo, puedo llevarlos allí.



CAPÍTULO 9

TEO

La sacerdotisa, que resultó llamarse Ana, los guio por las calles de Afortunada hasta llegar al imponente templo de Mala Suerte. La fachada era negra, un tono más profundo incluso que la noche perpetua, rodeada de fuegos humeantes. Cuando se acercaron, Teo vio que todo el edificio estaba cubierto de grandes piezas de azabache, con mosaicos de coral rojo pulido y de amatista en forma de ojos grandes, que miraban hacia la ciudad debajo del templo.

Al llegar, se encontraron con tiendas blancas improvisadas, en las que brindaban primeros auxilios a quienes lo necesitaban. El zumbido de las radios interrumpía el bullicio de los autobuses de emergencia que dejaban a los habitantes de Afortunada que requerían ayuda. Incluso había una fila de carros de comida que habían llegado para donar provisiones.

Cuando comenzaron a subir la escalera principal, el suelo crujió y tembló bajo ellos. Teo tropezó y Aurelio lo sostuvo del brazo, así que se aferró a él.

–¿Qué fue eso?!

Ana se detuvo y miró hacia atrás.

–¿Qué cosa? –preguntó. El suelo volvió a temblar.

– *¡Eso!* –chilló Teo y separó los pies en un intento de estabilizarse. Niya no pareció inmutarse.

–¡Un terremoto! –anunció, sonriendo al mirar sus pies desnudos y sucios.

–¡Ah, eso! No te preocupes, ocurre todo el tiempo –rio Ana, con una mano aliviada en el pecho–. Para ser honesta, ya ni siquiera los noto.

–Cosquillea. –Niya sacudió los dedos de los pies y rio.

Teo no se sintió tranquilo. En especial cuando se escuchó un crujido, y

tanto él como Aurelio tuvieron que saltar porque un escalón de azabache se astilló bajo sus pies.

–¿Esto es seguro? –preguntó Teo al mirar el largo camino de escaleras que tenían por delante.

–¡Muy! –fue la respuesta despreocupada de Ana mientras pasaba por encima de otro trozo de azabache roto–. El templo está haciendo su trabajo. El azabache aleja la mala suerte y el mal –aseguró y acarició la piedra frágil y suave de forma afectuosa.

Aurelio tocó el mismo lugar. Cuando retiró la mano, tenía una mancha negra en la palma.

–¡Es como carbón! –exclamó Niya.

–Se rompe cuando está bajo ataque, física y metafóricamente, así que le agradecemos por protegernos y reemplazamos las piezas rotas. Aunque… –Ana encogió los hombros, avergonzada–. Debido a… los *eventos recientes*, nos hemos retrasado un poco con el mantenimiento.

En la cima de las escaleras se encontraba el observatorio, al menos eso supuso Teo. A diferencia del de Quetzlan, que era al aire libre para que los pájaros pudieran entrar y salir, el de Mala Suerte era una cúpula sólida, cubierta de azabache, con otro ojo de coral y amatista observándolos sobre las puertas.

–Mala Suerte no se ha alejado mucho de la Piedra Solar desde su regreso –explicó Ana, que iba levantando el ruedo de su túnica mientras subía los escalones de prisa. Al llegar, les indicó que entraran por la puerta delante de ella, con la cabeza inclinada en señal de reverencia.

Entrar al observatorio era como entrar a una habitación hecha de sombras. Una oscuridad suave los envolvió. Cuando Teo alzó la vista hacia el techo abovedado, un escalofrío gélido recorrió su piel: más coral rojo y amatista formaban un gran ojo que los miraba desde arriba. Había un espacio en el que debía estar la pupila, de seguro donde debería brillar la Piedra Solar de Afortunada. En su lugar, el cielo nocturno los observaba, con estrellas parpadeando como si supieran algo que Teo desconocía.

En el centro de la habitación, sobre un estrado elevado, había un trono hecho de azabache con cojines de terciopelo morado. Junto a él había un cuenco de jade pulido, lleno de pequeños amuletos de azabache en forma de puños, círculos y cuadrados, cada uno

acompañado por un trozo de coral rojo y un lazo dorado. Al igual que su madre repartía plumas de sus adorados quetzales, Teo asumió que los azabaches eran la forma en que Mala Suerte daba sus bendiciones.

Verlos hizo que le doliera el pecho. No podía apartar de su mente los recuerdos de Xio, jugueteando con su pulsera de azabache, sonriendo a través de sus rizos descuidados en la mesa del desayuno.

Te traicionó, se recordó a sí mismo. *Se lanzó junto con los semidioses Dorados a un gran abismo.*

Detrás del trono, el glifo del ojo de Mala Suerte estaba tallado en un enorme trozo de jade, rodeado de velas y objetos dejados por los visitantes humanos. Flotando sobre él, la Piedra Solar de Afortunada brillaba con debilidad. Sin el sacrificio del Portador del Sol para recargarlas, todas las Piedras Solares seguirían desvaneciéndose hasta que la luz se apagara por completo. Teo apartó la mirada.

A lo largo de las paredes había un mosaico que le recordó a los murales en la oficina de Luna. Pero en lugar de contar la historia de Sol y la creación de Reino del Sol, sus dioses y su gente, este mostraba la batalla entre Jades y Dorados contra los Obsidianos. Era diferente a cualquier arte de la era revolucionaria que Teo hubiera visto. En lugar de la iconografía habitual de Lumbre y Guerrero guiando a los Dorados hacia la victoria contra los Obsidianos, el mural de allí comenzaba con un hombre solitario vestido de blanco, tejiendo listones dorados y anaranjados juntos. Sus manos estaban posicionadas con las palmas hacia afuera a la altura de la cintura, los labios torcidos en una sonrisa, como si estuviera dándole la bienvenida al observador. De sus manos brotaban obsequios que lo rodeaban. De fondo, los granos crecían gruesos y exuberantes y, en el horizonte, se veía el contorno de un pueblo.

A medida que Teo contemplaba la pared de derecha a izquierda, el campo floreciente se fue transformando en oscuridad. Nubes negras salpicadas de estrellas cubrieron el campo, el pueblo y al hombre.

Durante toda una sección de la pared, solo había oscuridad.

Hasta que una figura se levantó de las ruinas. La ropa blanca del hombre estaba manchada de negro por el avance de los Obsidianos. Dos piezas de coral pulido representaban sus ojos, dos puntos rojos intensos en el paisaje sin color. La mano del hombre estaba levantada, y las fuerzas Obsidianas retrocedían, alejándose por la pared.

Al final, el hombre, que ya era reconocible como Mala Suerte, estaba

solo sobre un campo ennegrecido. A lo lejos, figuras Doradas y Jade celebraban en el cielo, pero la mirada de Mala Suerte estaba dirigida hacia el horizonte, donde una vez había estado el pueblo.

Algo pesado se hundió en las entrañas de Teo, acompañado por una ligera picazón en la palma de la mano.

–Odio mi nariz ahí –dijo una voz familiar desde atrás, que hizo que las almas de Niya, Teo y Aurelio por poco se les salieran del cuerpo.

Teo giró para encontrar al propio Mala Suerte mirándolos. Tenía un hombro apoyado en el marco de la puerta y las manos metidas en los bolsillos de los pantalones en actitud casual.

–Pero por lo demás, no es una mala representación –agregó señalando el mosaico final–.

¿Qué los trae a mi templo, niños?

–Perdón por la intromisión, Dios Mala Suerte. –Ana hizo una leve reverencia–. Estaban buscándolo en la ciudad. Este fue el primer lugar en el que pensé en buscarlo.

Mala Suerte negó con la cabeza, sus oscuros ojos fijos en Teo.

–No tienes por qué disculparte, Ana. ¿Podrías ser tan amable de ir a ver a mis hijos? Les dije que se quedaran en sus habitaciones hasta que las cosas se calmaran, pero no confío en que obedezcan esas órdenes sin chistar –dijo el dios con una sonrisa cansada.

–Por supuesto –estuvo de acuerdo Ana–. Muy sabio, señor. Iré con ellos ahora mismo.

Con eso, Ana volvió a bajar las escaleras con el mismo frenesí con el que había guiado al trío hacia el templo.

Una vez que se fue, el rostro de Mala Suerte se endureció, frío como la piedra.

–Supongo que esto se trata de mi hijo –dijo.

Aurelio miró a Teo. Por la forma en que estaba parado, con la espalda rígida y los puños apretados, Teo se dio cuenta de que Aurelio no estaba seguro si Mala Suerte era amigo o enemigo. A esas alturas, él tampoco estaba del todo seguro. Abrió la boca para responder, pero Niya fue más rápida.

–¿Quieres decir el hijo de *Venganza*? –exigió con ceño fruncido–. ¿Quieres explicarnos *cómo* sucedió eso, señor "adopté a mil niños, pero nunca me molesté en decirles que uno de ellos es un OBSIDIANO"?

Mala Suerte hizo una mueca, aunque Teo no sabía si era por las palabras de Niya o por su volumen.

Con cuidado de usar un tono moderado, Teo agregó:

–En verdad nos ayudaría tener algunas respuestas.

Mala Suerte pasó una mano por su cabello (algo grasiento, a decir verdad) y suspiró.

–¿Estás trabajando para los Obsidianos? –preguntó Aurelio en un tono que Teo nunca antes había escuchado en él: firme, agudo. Demasiado parecido al de su madre. Pero Mala Suerte solo rio, amargo e implacable.

–Qué mal deben pensar de mí, Hijo de Lumbre –dijo el dios mientras se acercaba a la Piedra Solar en el centro de la habitación.

–Me sorprendí tanto como ustedes cuando Xio tomó ese cuchillo. Nunca lo imaginé, ni en un millón de años… –Mala Suerte se frotó el rostro antes de respirar para tranquilizarse–. Mi mayor temor durante las Pruebas era que Xio fuera descubierto, ya sea porque otro competidor lo lastimara o por ser el sacrificio al final. Nunca imaginé que esto sucedería.

Con gran fuerza de voluntad, Teo se tragó todos sus comentarios sarcásticos y llevó la conversación de nuevo hacia donde necesitaban que fuera.

–Pero ¿por qué? ¿Por qué criaste a Xio en primer lugar? ¿De dónde vino? ¿Cómo puede ser un Obsidiano? ¡Fueron desterrados hace miles de años! –exigió.

Mala Suerte se acercó al comienzo de la historia del mosaico y señaló el campo de trigo.

–¿Sabías que trabajaba con Maíz en aquel entonces? Él se llevó todo el crédito, por supuesto, pero no inventó la agricultura solo.

–¿Y esto qué tiene que ver con Xio? –lo interrumpió Aurelio.

A Teo le sorprendió lo enojado que sonaba. Algo burbujeaba bajo la superficie de la calma exterior de Aurelio, y él temía por la cantidad de fuerza que debía haberle requerido el guardar la compostura.

–Ya llegaré a ese punto –les aseguró Mala Suerte.

Niya dejó escapar un sonido exasperado y comenzó a caminar por el interior del observatorio. *Sentarse quieta* nunca había sido uno de sus puntos fuertes. Tampoco *escuchar*, y Mala Suerte parecía estar preparándose para un largo monólogo.

Teo simpatizaba con la situación de Niya. Sin dudas no era el mayor admirador del dios en ese momento, pero parte de él sentía curiosidad. ¿Por qué esa era la versión de la guerra que Mala Suerte había decidido representar en sus paredes? Y ¿por qué Teo nunca la había escuchado antes?

–No todos los dioses fueron creados igual –comenzó el dios–. Todos conocen las historias. Primero, Sol creó a los Dorados…

–EN REALIDAD –interrumpió Niya desde el otro lado de la habitación, mientras se inclinaba sobre el cuenco de azabaches–, *primero*, Sol creó a mi *papi* –dijo con el mentón orgulloso en alto, antes de hundir la mano en los amuletos.

– *Niya* –susurró Teo.

–¿Qué? ¡Esto se siente *increíble*! –exclamó y levantó puñados de azabaches, que dejó caer poco a poco entre los dedos.

Aurelio, sorprendido, le lanzó una mirada nerviosa a Mala Suerte, pero el dios parecía más entretenido que otra cosa.

Teo suspiró con fuerza.

–Sé que ha sido un día largo, pero tienes que tranquilizarte. Son amuletos de buena suerte, no un recipiente sensorial.

Niya hizo una mueca, con los dedos hundidos en los azabaches.

–¿Por qué el dios de la mala suerte entregaría amuletos de *buena* suerte?

Ese fue el turno de Mala Suerte de lucir perplejo.

–¿Por qué entregaría amuletos de *mala suerte*? ¿Quién querría eso?

Aurelio asintió como si eso tuviera perfecto sentido. Niya solo se encogió de hombros y siguió jugando con las piedras.

–¡Niya! –suplicó Teo.

–Está bien, está bien, lo siento –se disculpó ella. Se limpió las manos en sus pantalones cortos y luego se volvió hacia el grupo–. Adelante, Mala Suerte –dijo, agitando la mano hacia él.

Con las cejas todavía fruncidas, Mala Suerte retomó la historia donde lo habían interrumpido.

–Como dije, Sol decretó que sería deber de los dioses proteger a sus hijos humanos. Fue entonces cuando asumimos los aspectos que todavía llevamos hasta el día de hoy, cuando nos convertimos en Dorados y Jades como nos conocen.

Con su actitud habitual de leve falta de respeto, Teo lo interrumpió:

–Sí, sí, sí, y los Obsidianos estaban celosos y crearon sus propios monstruos divinos para destruir a los humanos y subyugarlos a todos para que fueran máquinas de adoración. Lo sabemos, lo sabemos…

–No, *no saben* –sentenció Mala Suerte. Su voz resonó lo suficiente como para que reverberara en las paredes negras de la cúpula.

Teo observó cómo Niya y Aurelio se quedaban quietos, con los ojos abiertos. Pero en lugar de reprenderlos, Mala Suerte solo negó con la cabeza y tomó una respiración profunda y tranquilizadora antes de seguir.

–Sol me nombró su Dios de la Fortuna, un guardián para transmitir sus bendiciones a los mortales. Trabajé con Sol y Tierra para crear un hogar para la humanidad aquí, y los Obsidianos lo destruyeron. Esos fueron tiempos oscuros. Con los Obsidianos y sus monstruos sueltos, parecía casi seguro que nuestro mundo y todos los que vivían en él, serían destruidos. Me había encariñado con los mortales tanto como Sol o Tierra, pero ver a los Monstruos Celestiales causar estragos rompió algo dentro de mí. Comprendí que Sol, con toda su sabiduría, había cometido un gran error. Yo era el dios de la fortuna, pero la fortuna por sí sola no puede proteger a los vulnerables. No había un dios de la justicia, de la equidad. Ya no podía centrarme en las bendiciones de la vida, no cuando nuestro mundo estaba siendo desgarrado. La buena fortuna no era suficiente para proteger a los humanos. Si quería poner fin a la guerra y salvar cualquier brillo que aún quedara en nuestro mundo, tenía que renunciar a lo que era y a lo

que representaba. Tenía que luchar.

Mala Suerte siguió hablando con los puños cerrados a los costados.

–Los Obsidianos una vez tuvieron templos, sacerdotes, patronos, súbditos mortales, como cualquier otro dios. Lo que ustedes conocen como Los Restos, ruinas abandonadas en una jungla, eran ciudades florecientes devotas al dios Obsidiano.

Mala Suerte se detuvo de golpe, con los ojos fijos en algún lugar a la distancia. El aire era pesado bajo la vasta cúpula del observatorio. Teo no pudo evitar mirar el mural en la pared otra vez, el campo vacío, el pueblo ausente.

–¿Qué les pasó a ellos? –preguntó para romper el silencio–. A los humanos, quiero decir.

Una sonrisa sin alegría curvó los labios de Mala Suerte.

–La marea de la fortuna se volvió contra ellos. Para luchar contra los Obsidianos, tuve que convertirme en un dios que pudiera luchar contra los Celestiales junto a dioses más poderosos y orientados al combate como Guerrero y Lumbre. En lugar de traer buena suerte y prosperidad a los humanos, me transformé en un dios de la ira, no mejor que los Obsidianos contra los que estábamos luchando. –El dios hizo una mueca–. Nunca quise arrasar las ciudades Obsidianas, pero comprometí mis principios porque creía que era la única manera. Y me odié a mí mismo por ello, lo lamento cada segundo de mi existencia inmortal.

El estómago de Teo se retorció con incomodidad.

En cada rincón de Reino del Sol, desde La Cumbre hasta Quetzlan, la guerra contra los Obsidianos era celebrada como un triunfo del bien sobre el mal. Lo aprendían en la escuela. Lo relataban en cada ceremonia de apertura de las Pruebas. En cualquier oportunidad que tenían, cantaban alabanzas a los dioses por derrotar a los Obsidianos.

A Teo le habían enseñado que Sol se había sacrificado por el bien del mundo. ¿Pero en verdad había sido por el bien del mundo o solo por el bien de los dioses?

–¿Y dónde encaja Xio en todo esto? –preguntó Aurelio, redirigiendo la conversación.

–Hace trece años, me aventuré en Los Restos y regresé a las ruinas del

templo de Venganza. Algo me atrajo de vuelta, no sé qué ni por qué. Fue extraño, tuve la sensación de que algo había… *cambiado*. Encontré a Xio entre todos los huesos y piedras rotas, dentro de un orbe de obsidiana que se abrió cuando me acerqué. Estaba dentro, envuelto en un poncho y profundamente dormido.

–Espera –lo interrumpió Teo con las manos en alto–. ¿Eso significa que Xio es, qué, *del pasado*?

–Hasta el día de hoy, no sé cómo Venganza lo logró. –Mala Suerte asintió con seriedad–.

Pero Xio sobrevivió a la masacre de su pueblo, congelado en el tiempo hasta que lo encontré.

–Espera, ¿eso significa que tiene como, como… –Niya entrecerró un ojo mientras intentaba calcular–, *quichicientos* mil millones de años?

–Eso no es un número real. –Aurelio arrugó las cejas.

–Puede que no sea real, pero es real en *sentimiento* –agregó Niya con un gesto de desaprobación hacia él. Teo pensó que era un punto muy válido.

–Me alegra mucho que el destino del mundo esté en sus manos –dijo Mala Suerte con ironía–. Inspiran mucha confianza.

–Pero ¿por qué lo criaste? –preguntó Niya, con el ceño fruncido hacia el dios–. Los Obsidianos te hicieron daño, destruyeron todo lo que te importaba…

–Pero Xio no lo hizo –afirmó Mala Suerte–. No pude cambiar el pasado o lo que había hecho, pero pude acoger a ese niño, un inocente que no había hecho nada malo más que nacer con la sangre de Venganza. Creía que Sol me había llevado a él por alguna razón.

Pero sabía que, si los otros dioses se enteraban de que vivía, no pensarían como yo.

Frente a una pobre criatura olvidada y perdida en el tiempo no verían más que un arma. Quería darle a Xio una oportunidad. Quería que tuviera su propia vida.

–Entonces, ¿te volviste todo siniestro y malvado para proteger a un bebé desconocido? –

Niya inclinó la cabeza hacia un lado.

–No soy… –Mala Suerte se detuvo, con la atención fija en ella–. ¿Creen que soy malvado?

Teo y Niya se intercambiaron miradas.

–Bueno, sí, más o menos –admitió ella encogiéndose de hombros.

–Tu nombre es *Mala* Suerte –señaló Teo.

–Tu ciudad es literalmente la capital de los *oprimidos*…

–No están oprimidos por *vivir* aquí, idiotas –replicó el dios–. ¿Escucharon algo de lo que dije? No maldije a mi gente con mala suerte, mantengo la mala suerte alejada. Viven aquí porque fueron marginados en todas partes. Aquí hacen sus vidas. Aquí son tratados con compasión otra vez.

»Cuando Sol me creó, solo era Suerte. Después de que terminó la lucha, cambié. No quería tener nada que ver con los Dorados, ni siquiera con los otros Jades. No podía volver a ser el mismo Suerte. Con el tiempo, me hice una reputación. Acepté la imagen del malo que estaban pintando de mí…

–¿Es por eso que siempre vistes de negro? –preguntó Niya–. ¿Porque quieres parecer duro y aterrador?

–Visto de negro porque *me queda bien.* –Mala Suerte respiró profundo y desvió la cabeza de Niya y sus tonterías–. *Ellos* me llamaban Mala Suerte. Era el Mal Augurio y dejé que esa fuera mi reputación. Si dejaba que todos pensaran lo peor de mí, entonces se mantendrían alejados de mi hogar, de mi gente y de aquellos a quienes quería.

Así que alejaste a todos, pensó Teo y, de repente, cientos de pequeños momentos a lo largo de los años comenzaron a encajar. El extraño mal humor del dios en las reuniones de dioses, la manera en que parecía empeñado en hacer sentir incómodos a los demás, incluso a sus compañeros Jades, por qué había adoptado a tantos niños solo para mantenerlos encerrados en su extraña ciudad olvidada, donde la mayor amenaza de la que tenía que preocuparse era él mismo.

A Teo le impactó que, de todos los dioses que había conocido, Mala Suerte fuera el más humano.

El dios dejó escapar un suspiro triste.

–Xio merecía una oportunidad en la vida, como cualquier otro, fuera Obsidiano o no.

–Sí, buen trabajo con eso –murmuró Niya entre dientes.

Mala Suerte dirigió su atención a Teo.

–Xio nunca estuvo destinado a escapar de la ira de los Dorados por empezar –dijo mirando el mosaico–. Destruyeron tres ciudades en un intento de eliminar todo rastro de los Obsidianos, sin pensar en los humanos que vivían allí.

–¿Y lo que hace el resto de los dioses? –replicó Teo–. Cada diez años permiten que uno de sus propios hijos sea sacrificado. ¿Cómo es que eso les parece bien?

Mala Suerte se quedó callado por un momento mientras lo miraba pensativo.

–Todavía se requiere un sacrificio, es verdad –admitió–. Hace mucho tiempo, la Diosa Quetzal me dijo una vez que, si la vida humana era efímera, ella haría todo por llenar las cortas vidas de sus hijos con todo el amor y alegría posibles.

A Teo le dolió el corazón. Pensó en su infancia, en todo el tiempo que su madre había pasado con él y Huemac en el Templo Quetzal. En la primera vez que ella lo había llevado a volar sobre la costa, envuelto seguro en sus brazos. En cómo jugaba juegos tontos con él y Aurelio en Ciudad del Sol. En cómo lo había protegido de presenciar el sacrificio en su primera ceremonia de Portador del Sol. Pensó en su hermana, Paloma, y en cómo debió haber roto el corazón de su madre que la vida de su hija fuera tan corta.

Teo tuvo suerte de tenerla como madre y, en ese momento, deseaba más que nunca estar envuelto en sus alas.

–Cuando los Dorados aparezcan para dar el golpe final, no tendrán misericordia con Xio –agregó Mala Suerte–. Ya se ha derramado suficiente sangre inocente para mantener seguro nuestro mundo. Tú eres el Portador del Sol, y todavía se necesita un sacrificio para resucitar a Sol. –Los miró a cada uno de ellos antes de posar la mirada en Teo–. Cuando llegue el momento, ¿perdonarás a Xio?

Una risa delirante brotó del pecho de Teo.

–¡No mataré a Xio! –casi gritó–. ¡No mataré a nadie! No pude hacerlo

la primera vez,

¿recuerdas? ¡Así fue como llegamos aquí para empezar!

Miró a Aurelio y a Niya, desesperado por confirmación.

–Para detener el apocalipsis –dijo Aurelio en tono pausado–, aún debe haber un sacrificio.

El corazón de Teo se hundió. Se volvió hacia Niya.

Ella se mantuvo apartada, enfadada y con los brazos cruzados.

–Escucha, ¡no quiero que el mocoso muera! –exclamó–. Pero Sol murió, y necesitamos un sacrificio para devolverle a la vida.

–Los dioses no *mueren*, y menos Sol –afirmó Mala Suerte–. Renunció a sus lazos físicos con el mundo mortal para mantenernos a salvo, pero eso no significa que se haya ido.

Todavía está aquí. Todavía puedes sentir su presencia a nuestro alrededor.

Podría haber sido la voz de Mala Suerte, pero fueron las palabras de Luna las que Teo escuchó.

–Pero ya no podemos sentirla –replicó Aurelio, y Teo se sorprendió de que le hablara con tanto descaro a un dios.

–¡Pero podemos traerle de vuelta! –La urgencia y la desesperación impulsaron a Teo hacia adelante.

–Tu padre parece pensar eso –dijo Mala Suerte, con la mirada en Niya.

–¡Y él nunca se equivoca! –Ella asintió con energía.

Eso hizo que el dios sonriera.

–Pasarán la noche aquí –dijo y no permitió argumentos, pues los guio fuera del observatorio–. Haré que Ana los lleve a la cocina. Nos aseguraremos de que coman un plato de comida caliente y les prepararemos camas. Y una cosa más –dijo al detener a Teo con una mano en el hombro. Su mirada se suavizó cuando bajó la vista para mirarlo a los ojos–. Xio no debería tener que pagar las consecuencias de mi fracaso en protegerlo. Mis acciones lo enviaron por un camino peligroso, pero aún hay bondad en él. Solo está perdido. Tráiganlo a casa. –Era tan sincero que para Teo fue difícil no

apartar la mirada–. Por favor. Si alguien más en esas Pruebas podría entender el resentimiento de Xio hacia los Dorados…

Es el otro Jade al que todos los demás consideraban perdedor desde el principio, terminó Teo en su mente. Odiaba el dolor que le causaba en el pecho, sobre todo porque Mala Suerte tenía toda la razón. Había entrado en las Pruebas con puro resentimiento hacia los Dorados, sobre todo hacia Aurelio. Y resultó estar muy equivocado.

Teo también podía sentir la angustia en la voz de Mala Suerte. Entendía el dolor por lo que Xio había hecho y también se culpaba a sí mismo por gran parte de ello. Si él estaba tan destrozado por eso, ni siquiera podía imaginar por lo que estaba pasando el dios.

Quería creer que el Xio que conoció una vez –y en el que Mala Suerte aún creía– no había desaparecido por completo. Le alegraba que al menos uno de los dioses estuviera pensando de forma racional.

–Lo intentaré –respondió al recuperar la voz–. Pero no puedo obligarlo, él tiene que querer hacerlo.

Mala Suerte sonrió, con un destello de esperanza en los ojos.

–Siempre me agradaste –dijo.

–¿Aunque sea un revoltoso? –Teo soltó una risa amarga.

– *Porque* eres un revoltoso. –La sonrisa de Mala Suerte se transformó en una mueca traviesa–. Ana está esperándolos abajo. –Lideró el camino fuera del observatorio–. Les dará comida y alojamiento –dijo en la entrada–. Descansen. Aún les espera un largo viaje.

–Gracias –dijo Aurelio e inclinó la cabeza con respeto.

–¡Nos vemos después! –agregó Niya y saludó al dios con pereza antes de comenzar a bajar los escalones de piedra, con Aurelio justo detrás de ella.

Pero Teo vaciló.

–Espera un segundo –dijo cuando Mala Suerte se volvió para entrar al observatorio otra vez.

Niya y Aurelio se quedaron quietos. Mala Suerte se detuvo y miró hacia atrás.

–¿Cómo quieres que te llamemos? –preguntó Teo. El dios arqueó una

ceja–. ¿Suerte o Mala Suerte? –aclaró Teo.

El dios hizo una pausa por un momento, antes de dedicarle a Teo una mirada penetrante.

–No me preocupa cómo los dioses o mortales me llamen, Hijo de Quetzal.

–¡Pues no me gustaría que la gente me llamara *Mala Niya*! –resopló la chica.

–Tenemos que llamarte de *alguna* manera –insistió Teo.

–Hace mucho tiempo que dejé de preocuparme por ser comprendido por los demás –

sentenció el dios.

Teo asintió, pues sabía cómo se sentía eso.

–No te decepcionaremos, Suerte –dijo.

Suerte puso los ojos en blanco ante la franqueza.

–Asegúrate de no hacerlo –respondió antes de alejarse, pero Teo captó la sonrisa en su rostro antes de que desapareciera de nuevo en el observatorio.

Una vez que comenzaron a bajar por las escaleras, Niya se volvió hacia Teo y Aurelio con una sonrisa satisfecha.

–Bueno, bueno, bueno –dijo–. Eso fue *buena* suerte, ¿no?

Estaba mirando fijamente a Aurelio en particular, esperando alguna clase de respuesta.

Aurelio le respondió con una mirada de sufrimiento antes de darse la vuelta y continuar bajando los escalones de piedra.

Teo arqueó una ceja hacia su mejor amiga. Los juegos de palabras malos no estaban exactamente fuera de su carácter, pero el repentino interés en la reacción de Aurelio era una novedad.

–Pensé que no te agradaba –comentó con una sonrisa.

–No me agradaba –afirmó Niya mientras igualaba su paso–. Pero ahora que ustedes dos están saliendo…

Teo se atragantó con su propio aliento.

–No estamos…

–¡Aurelio ha sido ascendido a segundo mejor amigo! –continuó ella como si no lo hubiera escuchado. El instinto de Teo era resistirse, pero ¿cuál era el punto de negar lo que sentía por Aurelio? Si el mundo en verdad se estaba acabando, ¿por qué no arriesgarse? Era un pensamiento sorprendentemente liberador.

–Así que, así funciona, ¿eh?

–¡Sí! –Niya asintió y lo abrazó por los hombros, luego le dio un choque de cabezas cariñoso–. ¡Le guste o no!

–¿Vienen? –Aurelio se detuvo para girar desde varios escalones más abajo.

–¡POR LOS DIOSES, AURELIO! ¡ESTAMOS TENIENDO UN MOMENTO, NO

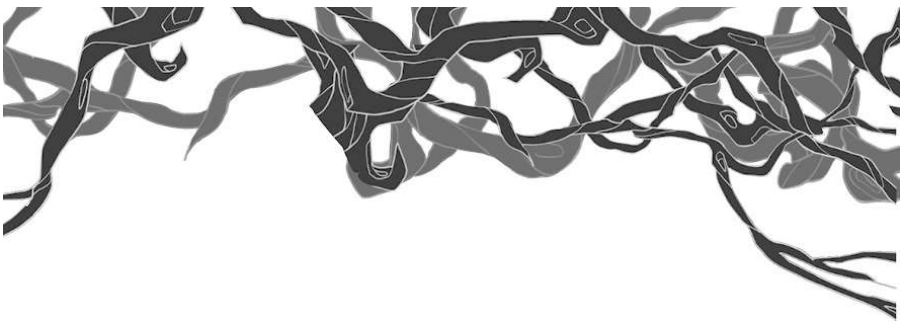
INTERRUMPAS! –gritó Niya, por lo que el chico se sobresaltó.

Aurelio le lanzó una mirada desconcertada, pero Teo se rio. Una risa abierta y desinhibida que aligeró su pecho y liberó la tensión por un momento. Aurelio puso los ojos en blanco, pero antes de que volteara, Teo alcanzó a ver cómo sus labios se curvaban en una sonrisa.

Niya se cruzó de brazos con una sonrisa satisfecha mientras observaba la espalda del chico.

–Se sentirá bien cuando finalmente se abra a mí.

Teo no podía pensar en dos personas con las que preferiría pasar el fin del mundo.



CAPÍTULO 10

XIO

Xio se encontraba solo en la cima del Templo de Venganza, intentando reunir el valor para entrar.

Sé valiente y confiado, se dijo a sí mismo. Con la cabeza en alto y la espalda erguida, entró en la sala donde Venganza estaba sentado en su trono, conversando con Caos y Chupacabra. Cuando se acercó al altar, los tres dejaron de hablar.

–Xio, hijo mío –dijo Venganza con una sonrisa reservada.

Xio lo saludó con torpeza y se arrepintió de inmediato. Cualquier plan de ser valiente o confiado desapareció de inmediato.

–Eeeh… –comenzó con incomodidad. Intentó añadir "papá", pero su lengua se negó a cooperar.

–¿Necesitas algo? –Venganza alzó las cejas.

–¿El bebé tuvo una pesadilla? –dijo Chupacabra con tono meloso–. ¿Quieres que revisemos se hay monstruos debajo de tu cama? –Estalló en carcajadas por su propia broma.

La extraña risa de Caos sonó como una sierra sobre las cuerdas de un violín.

–Eh, no… –Chupacabra era insoportable como el demonio y aún más condescendiente, pero también era impredecible y sanguinaria. Xio valoraba demasiado su vida como para ser sarcástico con ella–. Solo me preguntaba si podrías o si estarías interesado, supongo, en enseñarme cómo funcionan mis poderes –dijo por fin y, con el rostro enrojecido, le dedicó una sonrisa esperanzada a Venganza.

–¿Cómo funcionan tus poderes? –repitió el dios sin entusiasmo.

Esa era una idea terrible.

–Sí, bueno, sé cómo *funcionan* –se corrigió Xio–. Pero solo puedo hacer

Manipulación Emocional básica, especializada en venganza, por supuesto. Me preguntaba si tú, o *nosotros*, podríamos hacer Manipulación de Energía Emocional también. ¿Puedes manipular la energía emocional para manifestarla en forma física? ¿Cómo en olas, explosiones o rayos de Energía Emocional? ¿Quizás absorción de Energía Emocional?

La expresión de Venganza por fin cambió para reflejar un ápice de diversión.

–Vaya, vaya, qué *clínico* se ha vuelto el lenguaje.

Xio siguió hablando a toda velocidad, tropezando con sus propias palabras.

–Bueno, es que nunca había conocido a otra persona con influencia sobre la venganza, aparte de ti, por supuesto. Así que, eh… supongo que solo quería aprender –dijo con los dedos entrelazados–. Pensé que sería útil si me necesitaran alguna vez.

–¿Qué te hace pensar que necesitaríamos *tu* ayuda? –Chupacabra soltó una risa burlona.

Xio se sobresaltó; no estaba seguro de qué esperaba. Venganza sin dudas no era el tipo de padre que jugaba con su hijo después de la cena, era como si esperara que Xio ya supiera todo. Y no era que Xio esperara lecciones personales, pero al menos un pequeño consejo hubiera sido útil.

La buena fortuna abundaba para los hijos de Suerte. Si le contaba a su hermana Renata sobre una pesadilla, ella podía evitar que se hiciera realidad. Si le daba una moneda a Dani, ella podía apretarla en su palma y darle buena suerte durante treinta minutos.

Pero Xio no era como ellos. Nunca había sido dotado con *buena* suerte.

Cuando era más pequeño, les había suplicado a sus hermanas que lo ayudaran a aprender a controlar su poder, pero incluso ellas se habían desconcertado. Las cosas

siempre salían *mal* a su alrededor, como para las niñas que se habían burlado de su cabello y habían contraído una infección de piojos tan grave que habían tenido que raparse la cabeza. O el niño que había intentado dejar caer una araña dentro de la camiseta de Xio, solo para que la araña se diera la vuelta, lo mordiera a él y lo enviara al hospital. Había pasado incontables tardes en la oficina del director,

llorando e insistiendo en que no había hecho nada. Fuera cual fuera la magia de Xio, no funcionaba igual a la de sus hermanos.

“La fortuna es como lanzar una moneda”, diría Suerte. “Tus hermanas representan solo un lado de mi poder, tú eres el otro. Así son las cosas”.

Así son las cosas y una mierda, pensó Xio con amargura, como si el recuerdo pudiera oírlo.

¿Qué otras mentiras le había contado Suerte a lo largo de los años?

Suerte siempre le había dicho que su madre había muerto poco después de que él naciera. “Lugar equivocado, momento equivocado”, había dicho *Mala* Suerte. Más adelante, Xio había descubierto que eso tenía parte de verdad. Su madre mortal *sí* había muerto como resultado de una muy mala suerte: tener a Xio como hijo.

Xio había oído hablar de semidioses criados en mayor medida por sus progenitores mortales, pero Mala Suerte actuaba como el principal cuidador para todos sus hijos, incluidos los mortales a los que adoptaba, al menos, hasta donde Xio sabía. Él solía pasar mucho tiempo observando a sus hermanos semidioses, buscando algún rastro de semejanza que los uniera. Un puñado de ellos había heredado la mandíbula fuerte de Suerte, otros sus dientes perfectos. Incluso los niños sin sangre divina parecían tener más similitudes con Suerte que Xio.

“Tienes los ojos de tu padre”, le había dicho una sacerdotisa una vez, y él había flotado de la felicidad. Pero ya solo podía reírse del recuerdo, con una punzada helada en el pecho.

Resultó que Xio era solo uno de los muchos desamparados que el dios de la mala suerte había acogido a lo largo de los años. Suerte había criado a muchos mortales huérfanos que habían sido abandonados en los escalones del templo, pero Xio no podría haber pasado por mortal, con su resistencia mejorada de semidiós y sus reflejos sobrehumanos.

Se sentía perdido. Por sangre, era un Obsidiano, pero solo le habían enseñado la versión de su historia aprobada por los Dorados, y aún no tenía idea de dónde encajaba en el relato.

“No te preocupes si aún no tienes todo resuelto”, le había dicho Teo una vez. Tuvo que contenerse para no retroceder al escuchar esa voz indeseada en su cabeza. ¿Por qué demonios estaba pensando en Teo en un momento como ese?

Probablemente porque Teo y Niya fueron los primeros amigos reales que tuviste, dijo la vocecita irritante. *Fueron las primeras personas que te escucharon de verdad.*

Venganza siempre lo llamaba "hijo mío", pero ¿y si no era un hijo en absoluto? ¿Y si nunca encajaba en la palabra que creía que llenaría algún día?

Contrólate, se recordó. Ese no era el momento para una crisis de identidad de género.

–Pensé que debería aprender a usar mi derecho de nacimiento –dijo por fin.

Eso hizo que los labios de Venganza se curvaran en una perturbadora aproximación de una sonrisa.

–Es una idea maravillosa.

–¿De verdad? –Xio parpadeó.

–¡Por supuesto! –Venganza se levantó del trono para unirse a él en la base del estrado–.

Eres mi hijo. Debería impartirte mi sabiduría paternal –afirmó y le dio una palmadita en la espalda con su mano fornida.

Hijo, hijo, hijo, la palabra hizo eco a través del cuerpo de Xio. Por fin estaba consiguiendo lo que quería, así que una enorme sonrisa se extendió en su rostro. Ignoró cómo Chupacabra ponía los ojos en blanco detrás de Venganza.

–¿Por qué no comenzamos con algo simple, como conjuración? –Las cejas de Venganza se alzaron expectantes.

Xio asintió, con la esperanza de que el gesto ocultara que no sabía nada al respecto.

–Nuestro primer paso es invocar el poder desde dentro de nuestro cuerpo –explicó Venganza.

La boca de Xio se torció.

–Sí, esa es la parte que no sé cómo hacer –confesó y no pudo soportar la mirada decepcionada en el rostro de Venganza. Sentía que los muros de su cuerpo se derrumbaban.

–¿Ni siquiera con tus manos? –preguntó Venganza, con una incredulidad despectiva.

Xio sostuvo las manos frente a su pecho, con los dedos curvados para generar un espacio redondo y vacío, e intentó extraer todo lo que había dentro de él hacia ese vacío, o al menos evitar que sus manos temblaran. Apretó los dientes y creyó haber visto que al menos una bruma grisácea comenzaba a formarse, pero se desvaneció cuando el sudor apareció en su frente.

–Así no. –Venganza suspiró.

El corazón de Xio latía con rapidez, comprimido dentro de su pecho. Estaba entrenando con los Obsidianos, lo que siempre había querido, *tenía* que hacerlo bien.

–Más bien *así* –agregó el dios.

Un halo negro insondable emanó de Venganza y crepitó a su alrededor. La oscuridad difusa se agitó y creció, cada espiral se engrosó para formar tentáculos, cuyos extremos se extendían hacia afuera desde su cuerpo. La esfera de sombra retorcida creció en el centro de su pecho y luego: ¡PUM!

Salió disparada a través de la sala, creó un agujero perfecto en la pared, hizo temblar la habitación y desprendió fragmentos de piedra. Xio sonrió, encantado.

–¡Sí, eso! ¿Cómo lo hago? –Con un movimiento característico como ese, sería rival para los semidioses más fuertes, incluida a Auristela.

–No podemos apresurarnos –dijo Venganza con una risa–. Lo más probable es que te golpees a ti mismo hasta dejarte inconsciente. Demos otro paso atrás: descubrir el poder antes de invocarlo. ¿Por qué no me dices cómo te sientes cuando intentas invocar a esa oscuridad dentro de ti?

Era difícil ocultar la decepción en su rostro, pero Xio estaba ahí para aprender, y al igual que cada prodigio y mentor que había visto en la televisión, tenía que comenzar con lo básico antes de una epifanía épica. Ese era el comienzo de su camino de entrenamiento.

–Bueno, puedo sentir energía vengativa –comenzó Xio, eligiendo sus palabras con cuidado–. Es como un peso o fuerza en el aire a mi alrededor. Algo así como estar en el agua y sentir la corriente. Y también tiene un pulso.

La verdad era que siempre podía sentir el poder de la venganza agitándose dentro de él. Cuando era más pequeño, pensaba que lo que percibía era la mala fortuna, una habilidad heredada de Mala Suerte.

Las descargas de su poder siempre lo metían en problemas en la escuela, los sacerdotes de Suerte iban a recogerlo de la oficina del director y mantenían la distancia, como si eso fuera a protegerlos de recibir algo de su mala suerte. Y, aunque Xio nunca había querido hacerle daño a nadie, rara vez se arrepentía de las consecuencias. Esos chicos se lo merecían.

Cuando se lo había dicho a su padre, Suerte había estado más que enojado. Se había mostrado disgustado. Bueno, al menos Xio ya sabía por qué.

Si no prestaba atención, los niveles bajos de venganza de los demás podían pasar desapercibidos, pero cuanto mayor fuera el sentimiento, más notorio se volvía. Si se concentraba y ponía en sintonía con la emoción, podía sentirla por completo. Era similar a escuchar música mientras estudiaba, si no le prestaba atención, ni siquiera la notaba.

Pero si escuchaba con oído atento, podía oír la música y entender la letra.

–¿Cómo se han manifestado tus dones en el pasado? –preguntó Venganza, con una mano contemplativa en su barbilla peluda.

Xio tuvo un recuerdo: cuarto año, en un pasamanos. Un niño mayor lo empujó de la cima, él aterrizó de espaldas, lo que expulsó el aire de sus pulmones. Desde el suelo, miró al niño, cuyo rostro se retorcía de risa, mientras que él luchaba por recuperar el aliento. La ira ardió en su estómago y, a través de su visión borrosa, vio cómo sucedía: fue como si una mano invisible empujara al niño hacia atrás, su columna se arqueó y sus ojos se ampliaron, un segundo antes de que se estrellara contra el suelo con más fuerza de la que su masa corporal hubiera generado. Gracias a su resistencia de semidiós, Xio salió sin un rasguño, pero el antebrazo del otro niño se rompió por la mitad. El chasquido agudo del hueso, que reverberó a través del patio de recreo, todavía atormentaba los sueños de Xio algunas noches. Esa había sido la primera vez que había *lastimado* a alguien de verdad. Y se había sentido… bien. Correcto.

–Las personas… los abusivos se lastimaban cuando yo estaba cerca. Todos pensaban que era solo cuestión de mala suerte.

"¡Tú tienes la culpa de que sea así!", le había gritado a Mala Suerte,

más veces de las que podía recordar. “¡Es *tu* poder con el que estoy maldecido!”.

Por supuesto, Suerte ya sabía lo que Xio aún no había descubierto: su poder no tenía nada que ver con la suerte.

Su verdadero padre sonrió.

–Bien. Eso significa que ya estás muy en sintonía con tu propia sed de venganza.

¿Puedes sentirla en los demás?

Xio asintió. Lo que había aprendido a reconocer como energía vengativa tenía diferentes características, dependiendo de la persona, pero dos cosas eran consistentes: un cambio en la presión del aire y un pulso. A veces era solo un cambio en el aire, como al sentir a alguien acercarse por detrás. Cuando era intenso, hacía que le dolieran los huesos y que su presión arterial se disparara.

El pulso de venganza que sentía podía variar desde un latido débil hasta una vibración sutil. Los sentimientos intensos de ira, venganza y hambre de justicia lo empujaban físicamente. La mala actitud de Ocelo era como un empujón constante.

Cuando era más joven, eso lo había hecho temperamental y malhumorado. Otros niños en la escuela lo evitaban como a una mariposa de la muerte, un mal augurio. En la secundaria, decidió aceptarlo: si todos querían insistir en que era un problemático, entonces bien podría actuar como tal.

Durante las Pruebas, Xio perfeccionó sus habilidades de manipulación emocional.

Cuando sentía sed de venganza en otra persona, podía intensificarla, como si avivara un fuego hasta que lo dominara todo. Una vez que los ojos de los semidioses se volvían negros y eran consumidos por su necesidad de buscar venganza, no había forma de detenerlos. Una fuerza mayor tenía que interrumpirla o simplemente tenía que agotarse por sí misma.

–Ahora, concéntrate en sentir la energía vengativa en esta sala –lo instruyó Venganza.

Xio asintió y cerró los ojos. La sed de venganza de los Obsidianos lo embestía como un camión. Se tambaleó hacia atrás, jadeando, con un

dolor de cabeza que le comprimía el cerebro como una prensa. Le zumbaban los oídos, le dolían todas las articulaciones del cuerpo; nunca había experimentado algo así.

Los pulsos de los Obsidianos lo abatieron. El de Chupacabra crepitaba y saltaba como un perro rabioso, apenas contenido. El de Caos era muy extraño, se sentía… juguetón.

En lugar de ser estocadas poderosas, pasaba sobre Xio como olas en el océano.

La de Venganza era la peor: era aguda y constante, como si cientos de clavos penetraran su piel con cada pulso.

Xio se agachó, con las palmas presionadas contra sus sienes palpitantes.

–Excelente. –El rostro de Venganza se retorció en una sonrisa.

Tan rápido como había iniciado, el pulso desapareció y liberó a Xio, que se desplomó hacia adelante sobre el suelo frío, jadeando y cubierto de sudor. El dolor de cabeza aplastante se redujo a un dolor pulsante.

–¿C-cómo hiciste eso? –logró preguntar entre jadeos y levantar la vista hacia a su padre.

–Soy Venganza, Dios de la Venganza –respondió su padre, como si fuera algo de lo más simple–. Puedo hacer muchas cosas que tú nunca podrías manejar. Pero pareces tener bastante experiencia manipulando la venganza en los demás –continuó mientras Xio intentaba recuperar el aliento. Luego extendió una mano, y una esfera de energía negra chispeante floreció en su palma–. Pero para ser un verdadero portador de la venganza, necesitas perfeccionar el arte de canalizarla dentro de *ti* para convertirla en un arma.

Xio se animó y se esforzó por ponerse de pie con piernas inestables.

–¡He visto a otros semidioses hacer eso! –dijo, ansioso por demostrar su conocimiento.

–Por supuesto –respondió Venganza. Aunque no fue del todo despectivo, fue suficiente para darle a Xio un golpe de decepción–. Pero la venganza opera de forma diferente.

Las emociones positivas no son tan fuertes como las negativas. La

venganza es mucho más poderosa. ¿Qué era lo que querías aprender? –preguntó. La esfera de energía en su mano se encogió y desapareció–. ¿Una ola de energía, eso dijiste?

–¡Sí! –Xio asintió con vigor.

El aura de Venganza crepitó alrededor de él y, con un solo gesto, fragmentos de obsidiana –cada uno de tamaño y forma similares a los de un humano mortal–, se desprendieron de las paredes y formaron un círculo alrededor del dios. Una nueva esfera de energía se formó entre sus manos, y sus dedos nudosos se flexionaron. Una fuerza poderosa golpeó a Xio cuando el orbe estalló para lanzar una onda de choque

chispeante. Los maniquíes improvisados explotaron con el impacto, y sus pedazos se dispersaron por el suelo.

Xio tuvo que moverse rápido para evitar ser golpeado por los fragmentos.

–Vaya –suspiró.

Venganza miró a Caos por encima del hombro. Con un chasquido de sus dedos, los fragmentos de los maniquíes flotaron en el aire y volvieron a unirse.

–Gracias, Caos –dijo Venganza, y Caos respondió con una pequeña reverencia.

–Querías ver el poder de tu padre, pero ¿solo te importa romper rocas? –bufó Chupacabra.

–Una hoja de obsidiana es lo único lo suficientemente afilado como para cortar la piel de un semidiós. Incluso puede dañar a los dioses si no tenemos cuidado –explicó Venganza con una voz lenta y suave, un tono irritante que a Xio le recordó a Mala Suerte.

–Lo sé –dijo, más a la defensiva de la que pretendía–. Pero ¿eso no lo hace un arma aún más poderosa?

–Claro, Junior. Lleva una piedra a una lucha entre poderes divinos –dijo Chupacabra–.

Veamos cómo resulta.

Caos se echó a reír.

–Creo que lanzar obsidiana sería un excelente juego para una fiesta.

Consistiría en lanzar un trozo de un lado a otro, quien pierda un dedo queda fuera.

Incluso Chupacabra hizo una mueca ante el comentario.

–Tú estás por encima de eso, hijo. Cualquier tonto o mortal puede blandir una piedra afilada. Tú posees un don que resulta inimaginable para tus enemigos. –Venganza colocó una mano pesada en el hombro de Xio–. Ahora, conjura tu poder.

Xio se concentró en la energía que fluía por sus venas. Sintió el cosquilleo familiar en la piel alrededor de los ojos.

–Empieza por concentrar tus emociones –indicó Venganza.

Con los ojos cerrados, Xio buscó en su interior la energía que alimentaba sus poderes.

Emergieron momentos de ira y traición, recuerdos de sentirse como un paria. Luchó por controlarlos con las manos temblorosas.

–Canalízalas –agregó Venganza–. Dales forma.

Un destello tenue de oscuridad se formó alrededor de las yemas de los dedos de Xio, luego se disipó tan rápido como había aparecido. La frustración lo atormentaba, pero se negó a rendirse.

–Otra vez –ordenó Venganza.

Respira. Concéntrate. Xio ahondó más en sus emociones, dispuesto a hacer que las sombras bailaran siguiendo sus órdenes. Entonces, la oscuridad se agitó y creció para hacerse más fuerte y más tangible.

–Bien, Xio –reconoció Venganza, con un rastro de satisfacción en la voz. El chico no pudo evitar sonreír cuando una oleada de orgullo lo invadió. Necesitaba eso. Tenía que demostrar que pertenecía allí–. Recuerda –agregó Venganza–, el control llega con la práctica. Con el tiempo, lo dominarás.

En ese momento, Xio decidió confiar en él. Los Obsidianos eran todo lo que tenía.

Quizás por fin pudiera encontrar un sentido de pertenencia entre esos dioses incomprendidos.

–Otra vez –repitió Venganza–. Ahora, condénsalo en una esfera.

Con el ceño fruncido, Xio intentó reunir la energía que pulsaba, zumbaba y crecía como una presión en su pecho. Pero cuanto más grande se hacía, más difícil era de contener.

El sudor cosquilleaba sobre su labio superior. Cuando intentó concentrar la energía en una esfera compacta, siseó.

–Concéntrate –lo animó Venganza–. Utilízate a ti mismo como un conducto.

Xio respiró hondo. Nunca había sido mala suerte lo que lo acompañaba, sino el poder de venganza que lo protegía. Por eso las personas se mantenían lejos de él, como si pudieran olerla en él, como podredumbre.

Pero lo había mantenido a salvo cuando nadie más lo hubiera hecho, lo había defendido cuando nadie más hubiera levantado la voz por él. Lo recorría y atacaba cuando alguien

con malas intenciones se le acercaba demasiado, pero ya tenía edad suficiente para controlarlo, solo necesitaba práctica.

Contener la energía requería de toda su concentración.

–Y libérala…

Xio no tenía idea de lo que eso significaba, pero la energía temblorosa se volvía más persistente e intentaba escapar. Si no hacía algo, perdería el control, así que hizo lo único que se le ocurrió y extendió las manos hacia adelante, como si estuviera lanzando un balón de fútbol. La energía vengativa se disipó y, cuando Xio abrió los ojos, encontró los objetivos de piedra intactos y a su padre observándolo.

–¿Qué fue eso? –preguntó Venganza después de una larga pausa.

Chupacabra estalló en carcajadas como una hiena.

–Eh, intenté lanzarla… –La humillación quemaba las mejillas de Xio.

–Dije *liberar* –replicó Venganza–, no lanzar. Inténtalo otra vez.

Xio sacudió los brazos y suspiró entre los labios fruncidos. *Liberar*, repitió en su mente.

No lanzar.

La vez siguiente, mantuvo los ojos abiertos mientras conjuraba otra

esfera de energía.

Estuvo a punto de perderla al instante, distraído por el aura que irradiaba de él que, como la de Venganza, era de un negro aterciopelado. Pero, a diferencia de la de Venganza, también centelleaba con energía púrpura neón.

– *Concéntrate* –le recordó el dios.

Decidido, Xio reunió la energía entre sus manos, concentrada en una esfera. La oscuridad se intensificó a medida que se condensaba. La energía púrpura fulgía entre sus dedos, luchando por escapar. Cuando sintió que era lo suficientemente fuerte y pensó que no podría contenerla más, hizo lo que su padre le dijo y liberó la esfera.

La esfera estalló y lanzó una onda de choque que, en lugar de desintegrar los fragmentos de obsidiana, los derribó.

– *Sí*. –No pudo evitar festejar por lo bajo y apretar los puños.

–Mucho mejor. –Venganza asintió en señal de aprobación.

–¡Ah, qué rápido aprendes! –dijo Chupacabra con una mirada hambrienta en los ojos.

Xio hinchó el pecho, incapaz de ocultar la sonrisa. No fue tan impresionante como Venganza, pero era un comienzo. Se preguntó si así hubiera sido entrenar en la Academia. Se imaginó a sí mismo de pie en un gimnasio elegante, entrenando entre los Dorados, convirtiéndose en un Héroe de Reino del Sol.

Pero la venganza no era exactamente un acto heroico, ¿no?

Lo intentó unas cuantas veces más; la fuerza de la explosión fue creciendo hasta que los objetivos se convirtieron en escombros.

–¿Sabes cómo convertirlo en un rayo? –preguntó después. Estaba demasiado emocionado para preocuparse por el dolor de cabeza creciente o la molestia en las articulaciones.

–Por supuesto. –Venganza resopló.

–¿Me lo mostrarías? –Xio lo miró con ojos ansiosos.

–A diferencia de una onda, para la que la fuerza física de la energía emocional se expande rápido, como una explosión, un rayo es una concentración de esa energía disparada en una dirección específica.

Cuando concentres la energía, en lugar de liberarla, apúntala –explicó Venganza.

–Entiendo –respondió Xio, una verdad a medias. La terminología tenía sentido. Siempre se le había dado bien la física, y los poderes de semidioses eran un tema con el que estaba familiarizado, pero la teoría y la práctica eran muy diferentes.

Con máxima concentración, reunió la esfera chisporroteante entre las manos. Pero no sabía *cómo* dispararla y, cuanto más dudaba, menos control tenía. Así que hizo lo primero que le pareció lógico y extendió los brazos hacia uno de los objetivos con todas sus fuerzas.

La esfera desapareció en una chispa púrpura. Xio se enderezó y miró sus manos. ¿Qué había pasado?

Al otro lado de la sala, Venganza se presionó del puente de la nariz. Caos sacudía la cabeza de un lado a otro.

–¿Eso fue un tiro de práctica o algo así? –preguntó Chupacabra, mientras se rascaba el costado del cuello.

–Impúlsalo –le recordó Venganza con el ceño fruncido–. No lo lances.

Xio presionó los dientes. ¿Cómo demonios iba a saber la diferencia? La terquedad no le permitía rendirse, así que lo intentó de nuevo.

La segunda vez, Xio mantuvo las manos cerca del pecho y se enfocó en impulsar. El rayo negro y púrpura salió disparado de su pecho como de una manguera de incendios.

El rebote lo impactó y lo hizo caer de espaldas.

En esa oportunidad, Venganza no dijo nada. Se quedó sentado en su trono, una pierna cruzada sobre la otra, esperando a ver qué hacía Xio a continuación. A su lado, Chupacabra saltaba de un pie al otro y aplaudía, con la boca estirada en una sonrisa torcida.

A pesar del temblor en los músculos de los brazos, Xio apartó sus rizos transpirados de su rostro y lo intentó de nuevo. Se esforzó por ignorar su respiración agitada mientras se concentraba en condensar la energía una vez más, pero cambió la postura para imitar lo que había visto en los TicTacs de semidioses que mostraban sus movimientos especiales. Giró los hombros hacia atrás para involucrar el pecho, plantó los pies en el suelo con firmeza, tensó el abdomen para estabilizar su núcleo y se aseguró de flexionar los brazos a sus

costados. Antes de que la energía pudiera liberarse, se preparó y empujó el poder hacia adelante.

Un haz negro y morado constante brotó de su pecho, y se sintió tan aliviado al ver que atravesaba la piedra sólida que tardó unos segundos en darse cuenta de que no estaba apuntando bien. Intentó dirigirlo lejos de la pared y hacia uno de los objetivos de obsidiana, pero se pasó y perdió tres de ellos antes de quedarse sin energía.

–Mejor –fue el único comentario de Venganza.

Xio se tomó un segundo para recuperar el aliento. No le quedaba mucha energía, estaba fatigado, con los músculos débiles e inestables, lo que le resultaba irritante, porque quería seguir intentándolo. Quería perfeccionar sus habilidades para demostrarles a los Obsidianos, en especial a su padre, que era un activo para su causa, no solo un niño débil que iba tras ellos. Estaba desesperado por obtener su aprobación, pero ellos no tenían por qué saberlo.

Enderezó los hombros para acceder a su poder otra vez, pero su reserva de energía estaba casi vacía. No creía siquiera poder concentrarla en una forma física, y mucho menos crear un rayo enfocado.

Entonces, ¿qué opciones tenía?

Recordó la fuerza de los poderes de los Obsidianos que había sentido antes, así que volvió a buscarla, esta vez, preparado para sentir su energía de venganza. El hedor a cuero, tabaco y asfalto caliente invadieron su nariz, tres pulsos distintos que luchaban y pujaban.

Si había agotado toda su energía, tal vez podía tomar prestada un poco de la de ellos.

Se enfocó en el poder punzante de Venganza y se concentró para hacerse de él.

Un jadeo áspero desgarró sus pulmones y una oleada de poder atravesó su cuerpo. Su aura se expandió en remolinos negros y electricidad púrpura sobre su piel. Su cabello se erizó, y sintió que sus huesos vibraban y que sus músculos se tensaban.

–NO –exclamó la voz de Venganza.

Xio se asustó, perdió la concentración y su conexión con la fuente de poder del dios se rompió.

Venganza estaba de pie, con los ojos llameantes.

Xio encogió los hombros y retrocedió. Todo su cuerpo temblaba.

–L-lo siento –tartamudeó–. Solo estaba… No sé, yo… –Sus pensamientos eran incoherentes y tropezaban unos con otros en su mente nublada. Venganza respiró hondo. Después de un momento, su rostro se relajó.

–Eso fue muy peligroso –dijo, serio pero tranquilo–. Puedes absorber energía vengativa de otros y usarla como arma, pero nunca la de un dios. Y especialmente no la mía. No puedes manejar mi poder. No sobrevivirías, ¿lo entiendes?

–Lo siento, no sabía… –asintió Xio enseguida, pero Venganza levantó una mano para detenerlo.

–Entiendo, pero debes tener cuidado. –Luego se inclinó y le dio un apretón en el hombro tembloroso–. No sé qué haría si algo te pasara.

Xio asintió otra vez e intentó controlar su cuerpo tembloroso. Cada nervio de su ser se sentía agotado y expuesto.

–Seré más cuidadoso –prometió.

Eso pareció apaciguar a Venganza.

–Creo que deberíamos detenernos por ahora –anunció el dios–. La fatiga es un efecto secundario muy serio para los jóvenes semidioses. ¿Por qué no vas a descansar y recuperarte?

Xio asintió, pero no pudo evitar sentirse decepcionado. Se volvió para irse, pero Venganza lo detuvo.

–Xio –dijo con una voz suave conmovedora–, estoy muy orgulloso de tenerte a mi lado.

–Yo… –Xio se quedó paralizado porque no sabía cómo responder. Se aclaró la garganta–. Gracias, padre.

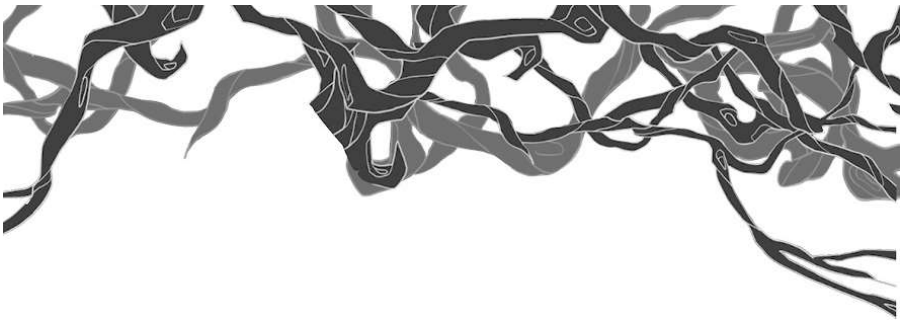
Venganza asintió y sonrió.

Xio salió al aire nocturno por encima de la selva. Estaba mareado y se tambaleaba peligrosamente, invadido por el torbellino de emociones que se aferraba a sus entrañas.

¿Así se sentía conseguir todo lo que deseaba?

Lo había logrado. Había resucitado a su *verdadera* familia y había hecho que el sol desapareciera del cielo. Por fin vería caer a los Dorados y a los Jades, con todas sus ceremonias, su elegancia y su hipocresía. Estaba aprendiendo a controlar más poder del que jamás hubiera imaginado manejar. Su padre estaba *orgulloso* de él.

Entonces, ¿por qué se sentía terrible?



CAPÍTULO 11

TEO

El Templo de Mala Suerte resultó ser mucho más acogedor de lo que Teo esperaba. Habían convertido un piso entero en algo semejante un dormitorio. Allí no había un trato especial para los Dorados o los Portadores del Sol, les ofrecían las mismas instalaciones que a los demás. Había literas con sábanas desiguales, baños compartidos y montones de artículos de tocador miniatura a disposición.

Teo no sabía si se debía al cansancio o al peso del inminente fin del mundo, pero Aurelio estaba muy callado, incluso para sus estándares. Algo en la conversación con Suerte lo había perturbado, sin dudas, pero por más que Teo lo intentara, no se le ocurría por qué. Y ese no era el momento ideal para intentar que el chico estoico se abriera. Aunque deseaba hablar con Aurelio, saber qué pasaba por su cabeza, estaba hecho polvo y necesitaba una ducha con desesperación. Así que se arrastró hacia el baño diminuto y dejó que el agua hirviendo cayera en su espalda hasta que los dolores en su cuerpo se aliviaron. Cuando terminó, miró su reflejo en el espejo y se sorprendió de lo que vio.

Era como si Teo hubiera envejecido varios años en solo unos días. Tenía ojeras oscuras, rasguños rosados en la piel, en su mayoría sanados, y sus hombros estaban encorvados por el peso del cansancio. Era como mirar a una persona diferente. Las únicas cosas que

le reconfortó ver iguales fueron su cabello negro iridiscente, las cicatrices de color verde jade de la cirugía de pecho y, por supuesto, sus alas.

Se colocó su inyección de testosterona, esperando que eso lo hiciera sentir más como él mismo. Se secó con una toalla y apenas tuvo energía para ponerse el pijama de algodón morado que Ana les había dado. Era un poco áspero, pero estaba limpio.

Para cuando Teo logró que Niya se tranquilizara y se fuera a la cama, “¡Estoy demasiado emocionada para dormir! ¿Así son los campamentos de verano?”, Aurelio estaba acurrucado contra la pared, de espaldas hacia la habitación, dormido de seguro.

Cuando él por fin se recostó, miró la espalda del chico, intentando pensar en algo que decir para hacerlo sentir mejor, pero se sumió en un sueño profundo y silencioso antes de que se le ocurriera algo.

Después de lo que parecieron cinco minutos, Teo se despertó con una mano cálida apretándole el hombro con suavidad.

–Tenemos que irnos –dijo Aurelio en su oído.

Teo gruñó y se dio la vuelta. Según su reloj, eran las seis de la mañana. Lo que hubiera dado por unas pocas horas más de sueño. O días.

Aurelio ya estaba vestido, con la mochila puesta y listo para salir.

–Intenté despertar a Niya, pero… –comentó y miró hacia donde ella seguía roncando enredada en las sábanas.

Somnoliento, Teo se obligó a levantarse.

–Yo me encargo. –Le dio un sacudón al brazo que Niya tenía sobre el rostro. Como eso no funcionó, intentó llamarla una vez. Y luego dos veces. Y luego tomó la almohada y se la lanzó en la cabeza.

Ella resopló con fuerza y se sentó, sobresaltada.

–¿Qué pasó? –murmuró y miró alrededor con los ojos entornados.

–Es hora de levantarse –anunció Teo mientras sacaba el uniforme de su mochila–.

Tenemos monstruos que combatir.

Niya estiró las manos por encima de su cabeza, sonrió y dejó escapar un sonido feliz y somnoliento.

–¡Súper!

Bajaron a desayunar a la cocina, donde sacerdotes de Afortunada y vendedores locales se habían ofrecido a cocinar y repartir comida. El trío –en especial Teo–, recibió muchas miradas cuando se sentó a comer. La gente estiraba el cuello para mirar a los semidioses, sonreír y susurrar.

Era difícil comer con todas esas miradas fijas en él. Hacía que su piel se erizara y su estómago se contrajera. Aurelio y Niya no parecían molestos, pero estaban acostumbrados a ser el centro de atención, y

Teo sin dudas no lo estaba. Él estaba acostumbrado a ser ignorado. Hizo lo posible por comer algunos bocados más de todas formas, pero luego se rindió y fue a buscar a Ana.

Dado que el barco en el que habían llegado a Ciudad del Sol había sido *incautado* en San Fuego, necesitaban uno nuevo. Unos minutos después, Ana los llevó a los muelles detrás del templo de Suerte, donde les esperaba un viejo barco de cubierta.

–Lo siento –dijo con una sonrisa nerviosa–. Todos los otros barcos están siendo utilizados, así que las opciones son un poco limitadas en este momento.

–El último no tenía motor, así que esto ya es una mejora –respondió Teo.

Después de que se despidieron de Ana, Niya subió al barco con decisión y Teo comenzó a seguirla, pero se detuvo al notar que Aurelio no se movía. Allí estaba, sujetando la correa de su mochila, con una expresión preocupada en el rostro. Teo notó en sus ojos que sus pensamientos estaban a kilómetros de distancia.

O más bien, en el corazón de Los Restos, con Auristela.

Además, sabía que Aurelio no estaba emocionado de volver a subir a un barco y, después de lo que había pasado la última vez, no lo culpaba.

–Todo estará bien –le dijo en voz baja para que Niya no pudiera oír–. Dijiste que teníamos que irnos, y un barco es mucho más rápido que caminar, ¿verdad? –Aurelio solo emitió un murmullo en respuesta–. No puede ser peor que vagar por una selva llena de Celestiales –agregó Teo con un empujoncito.

–Desearía que no hubieras dicho eso. –Aurelio suspiró y por fin salió del trance.

–Vamos. –Teo lo chocó con el hombro–. Si las cosas se complican, te llevaré volando a tierra firme otra vez –bromeó.

Aurelio puso los ojos en blanco, pero incluso en la oscuridad, Teo captó el rubor que se extendía por sus mejillas.

–Tarde o temprano ya no podrás encantarme para que acepte

cualquier cosa –

murmuró–. Tu don perderá efecto. –Luego se enderezó y comenzó a caminar por el muelle.

–¡Espera un momento! –Teo lo persiguió–. ¡¿Así que soy encantador?!

El bote osciló cuando Teo se sentó frente a Niya sobre el tapizado beige gastado que cubría todas las bancas. Aurelio se ocupó de los controles en la silla del capitán, hasta que el motor comenzó a funcionar con dificultad y a echar humo, y se alejaron del muelle para dejar Afortunada atrás.

–Si seguimos este río hacia el sur, llegaremos al lago que tenemos que cruzar para llegar a Los Restos –informó Aurelio mientras observaba la brújula en su reloj y consultaba el mapa de papel.

A medida que se alejaban de Afortunada, el cambio del paisaje era más drástico. Los árboles dispersos se convirtieron en una jungla densa que parecía cerrarse a su alrededor, y los chillidos de los insectos y de los monos aulladores ahogaban el ruido del motor. Teo también escuchaba cosas que trepaban por las ramas sobre su cabeza y avanzaban por la maleza a lo largo de las orillas.

Era como la peor lista de reproducción de ruido ambiental que uno pudiera imaginar.

Una vez que cualquier rastro de Afortunada –o de la civilización, para el caso– quedó horas detrás de ellos, el río se sintió interminable.

–¿Ya llegamos? –se quejó Niya, que estaba limpiando la Espada Inquebrantable en sus pantalones cortos con desgano.

–¿A Los Restos? –preguntó Aurelio con la mirada en el río. Una bola de fuego danzaba en la palma de su mano–. No.

–Se siente como si lleváramos una eternidad aquí –coincidió Teo. Con la noche perpetua y la falta de sueño, el tiempo parecía no tener sentido.

–Han pasado siete horas –informó Aurelio.

–¿¡SIETE HORAS!? –El grito de Niya resonó a través de los árboles y silenció el zumbido de los insectos por un momento antes de que volviera a empezar.

– *Niya* –la regañó Teo y escaneó los árboles con los oídos atentos para captar cualquier sonido que pudiera ser un Celestial al acecho.

De repente, el motor hizo un último estertor y lanzó una última bocanada de humo antes de apagarse.

–¿¡Qué pasó!? –le preguntó Teo a Aurelio, que atravesaba la cubierta para desenroscar la tapa de ventilación del tanque de gasolina.

–Nos quedamos sin gasolina –murmuró el chico, con un profundo ceño fruncido en su rostro.

Teo resistió el impulso de quejarse. *Genial.*

–Tal vez haya más a bordo.

Los tres buscaron en el bote.

–Encontré algo de equipo de pesca viejo –anunció Teo al levantar una caja vieja de metal oxidado.

–¡Yo tengo unas linternas de propano! –añadió Niya, con una en cada mano, y saltó hacia Aurelio, lo que hizo que el bote se sacudiera. Aurelio se aferró del borde con fuerza.

–¡Niya! –advirtió Teo.

–Lo siento, ¡no fue mi intención! –dijo ella con una sonrisa apenada. Aurelio intentó mostrar una expresión valiente.

–Estoy bien –dijo. Encendió las linternas con sus guantes de punta de sílex y colgó una en cada extremo del toldo, así al menos era más fácil ver.

–Pero no hay gasolina –anunció Teo con una mirada alrededor. Ese era el último lugar en el que quería quedarse varado. Antes de caminar lo que les quedaba hasta Los Restos, Teo era capaz de sacrificarse a sí mismo.

–¡AH, AH, AH! –Niya sacó algo de un compartimento de almacenamiento debajo de uno de los asientos. El pecho de Teo se llenó de esperanza, pero cuando ella reveló un chaleco salvavidas sucio y desteñido por el sol, la esperanza se desplomó–. ¡Aquí! –dijo y

se lo lanzó a Aurelio.

Él lo atrapó en el aire con facilidad.

–Sé nadar –dijo sin entusiasmo.

–¡Claro que sabes! –dijo Niya, como si no le creyera–. ¡Pero así estarás más seguro!

Fue un gesto amable, pero Teo no pensaba que Aurelio estuviera acostumbrado a sentirse ansioso o débil, en especial frente a otras personas. Así que, cuando Aurelio insistió, "Estoy *bien*" y dejó el chaleco salvavidas en la banca, él sacudió la cabeza hacia Niya antes de que abriera la boca para discutir. Ella solo resopló y se dejó caer en la banca, con lo que agitó el bote de nuevo. Aurelio suspiró.

–Al menos puedo usar esto para avanzar –dijo al sacar un remo desgastado.

Teo se agitó en su asiento. No tener un motor en un bote motorizado parecía un problema, pero intentó ser optimista.

–Tal vez sea mejor que tener un motor ruidoso, ¿no? Menos probabilidades de que algo nos escuche.

Aurelio lo consideró por un momento.

–Supongo que sí –decidió–. Pero estaremos a merced de la corriente.

–¡Eso no parece tan malo! –dijo Niya y se inclinó sobre el borde del bote para mojar un dedo en el agua–. Queríamos ir río abajo de todos modos, ¿no?

–Sí, *es* la dirección que queremos –respondió Aurelio al tomar asiento cerca del motor otra vez, con el remo sobre su regazo. Luego sacó un mapa laminado de su mochila–.

Solo que no será tan rápido como me gustaría. –Le lanzó una mirada significativa a Teo.

–¡Oye, aún es más rápido que caminar! –objetó él–. Y podremos darles un respiro a los pies, lo cual es un buen descanso.

–¡Yo lo estoy disfrutando! –Niya subió los pies sucios a la banca.

Aurelio hizo un ruido de desagrado desde el fondo de la garganta.

–Te saldrán arrugas si sigues frunciendo el ceño así –bromeó Teo, pero lo único que hizo Aurelio fue fruncir el ceño aún más y frotarse la frente.

Mientras se acomodaban, Teo no pudo evitar sentir que estaba reviviendo el viaje en bote que habían hecho para la prueba final. ¿De verdad habían pasado solo unos días?

Se sentía como si hubiera pasado una eternidad, pero la sensación de pesar volvió a su estómago. Con todo el caos, era más fácil esconder todo en el fondo de su mente. Las Pruebas. Haber huido del sacrificio. La traición de Xio.

Xio. Esa era la parte que más dolía.

Teo se estremeció y sus plumas se erizaron. Se envolvió con las alas, se acurrucó en ellas como si fueran una manta e intentó hacer caso omiso al malestar en su estómago. Y al brillo de los ojos que los observaban desde las profundidades de la jungla mientras flotaban por el río.

Aurelio decidió que tomaría el primer turno de vigilia. Teo pensó que se debía a que no confiaba en él ni en Niya, lo cual era justo, pero Aurelio tendría que descansar en *algún* momento, aunque tuviera que obligarlo a hacerlo.

Niya se quedó dormida en una de las bancas casi de inmediato, pero Teo tuvo más dificultades. Estaba demasiado inquieto y, entre los ronquidos de Niya y la cacofonía de monos aulladores, ranas e insectos zumbadores, no lograba conciliar el sueño.

En su lugar, se entretuvo mirando con discreción cómo Aurelio dirigía el bote mientras el río los arrastraba. Manejaba el remo con la destreza de alguien que no le tenía miedo al agua; de seguro era otra habilidad que había adquirido en la Academia. La corriente era suave, lo que implicaba que avanzaban lento, pero al menos así era más fácil para Aurelio esquivar las rocas que atravesaban la superficie del agua.

El olor a tierra húmeda y a agua limpia en el aire espeso de la noche a veces era interrumpido por la dulzura pringosa de la fruta demasiado madura. Colgaban telarañas entre las ramas y el musgo colgante, que atrapaban gotas de agua brillantes como diamantes a la luz de las linternas. La ecolocación aguda de los murciélagos rebotaba entre los árboles, acompañada por el chapoteo errático de algún pez que devoraba insectos y del chapuzón de una tortuga asustada que se zambullía de nuevo en el agua.

Un tintineo metálico hizo que Teo volviera a prestarle atención a Aurelio. Estaba encorvado y manipulando algo, con la caja de pesca oxidada abierta en su regazo.

–¿Qué haces? –preguntó Teo, apoyado en los codos.

Aurelio había colocado un par de cañas de pescar en los soportes a los lados del bote.

Cuando la luz las iluminaba de la manera adecuada, Teo podía distinguir las líneas finas que descendían hacia el río.

–Pensé en prepararlas y ver si atrapamos algo en el camino –murmuró el chico, concentrado en atar un señuelo amarillo iridiscente al extremo de la línea.

–¿Sabes pescar? –preguntó Teo, impresionado.

–No, pero he visto videos en TúTube antes. –Aurelio se encogió de hombros y lanzó la línea.

–TúTube. Por supuesto. –Teo se rio–. Nunca dejas de sorprenderme con tus múltiples talentos.

Aurelio bufó y bajó el mentón hacia su pecho, pero incluso en la oscuridad, Teo estaba seguro de que se había sonrojado.

–Solo me gusta aprender cosas.

Satisfecho, Teo sonrió. Tendría que halagarlo con más frecuencia.

–Sabes que siempre he querido conocer todo Reino del Sol –comentó mientras se deslizaba por la banca hasta quedar junto a él.

–Lo sé –respondió Aurelio demasiado rápido, como si le preocupara que Teo pudiera pensar que no lo recordaba.

–Pero no *así* –agregó señalando alrededor–. Estoy seguro de que este lugar es hermoso a la luz del día y todo, pero comienzo a pensar que no me gusta el aire libre.

–Tiene sentido –coincidió Aurelio mientras corregía el rumbo con el remo.

–¿Qué quieres decir con eso? –Teo frunció el ceño.

–No eres del tipo aventurero –razonó el otro–. No podías dormir en la

cabaña, ni en las rocas…

–Claro, ¡y las rocas resultaron ser monstruos! Es evidente que lo percibí –replicó Teo y percibió la mueca divertida en los labios de su amigo.

–¿Alguna vez has ido a acampar?

–¡Crecí en una ciudad! –argumentó con las mejillas acaloradas–. ¡Y no tiene sentido *pagar* por dormir a la intemperie, sin baño, y tener que cocinar en una fogata!

–Además, tienes manos muy suaves –agregó Aurelio, que estaba disfrutando la situación.

–¿Y cuándo notaste que tengo manos suaves? –preguntó Teo con una sonrisa traviesa, y la expresión perpleja de Aurelio fue tan satisfactoria que decidió dejar que cambiara de tema.

–No es algo *malo* –se apresuró a decir mientras tamborileaba los dedos sobre el remo–.

A Auristela tampoco le gusta el aire libre.

–Ah, ¡no puede seeeer! –Teo se llevó una mano al corazón para fingir sorpresa–. ¿La señorita influencer de Instagrafía? Si sus esculpidas de diez centímetros gritan que aman el senderismo.

Aurelio dejó escapar una risita.

–Nuestra madre nunca nos dejaba descansar del entrenamiento, pero cuando teníamos once años, nuestro padre la convenció de que nos dejara ir a acampar un fin de semana al bosque nuboso de mariposas monarca al norte de San Fuego. Ella aceptó solo porque él trabaja como instructor de supervivencia en la Academia y lo presentó como una excursión académica. Stela estaba molesta porque quería unas vacaciones de verdad y odia acampar, y a veces es bastante dura con nuestro padre. No lo veíamos mucho cuando éramos niños, por decisión de mi madre, pero Stela siempre decía que, si él

quisiera vernos *de verdad*, encontraría la forma de hacerlo. Como sea, lo siento. Ella se rehusó a ayudar a buscar comida, refugio ni nada de eso. Se quedó sentada en una roca y fingió tener señal en el móvil mientras que mi padre intentaba ayudarme a mejorar encendiendo llamas con mis guantes de sílex. Creo que no dijo ni una sola palabra en todo el día, hasta que se hizo de noche y mi padre todavía no

volvía de buscar más leña seca para practicar. Yo estaba asustado y no podía concentrarme en hacer fuego para ir a buscarlo.

»Cuando Stela notó que estaba llorando, se puso en acción de inmediato. Me tomó de la mano, encendió una rama para iluminar el camino y arremetió hacia el bosque gritando obscenidades. Estaba segura de que era un ejercicio cruel para asustarme, pero luego encontramos a mi padre con una pierna atrapada entre dos árboles caídos. En retrospectiva, fue bastante gracioso ver a mi hermana enfurecida de once años cargar a un hombre adulto sobre su hombro y sermonearlo durante toda la hora que nos tomó volver al automóvil. No soltó mi mano en todo el camino.

Teo nunca lo había escuchado decir tantas palabras a la vez.

–Siempre fue un poco sobreprotectora conmigo y se comportó como la hermana mayor cuando somos mellizos. Creo que empezó cuando éramos más pequeños, porque yo tenía dificultades para hacer amigos, y luego… –Se quedó en silencio, como si él mismo estuviera sorprendido de haber hablado más de lo que esperaba.

–Estás preocupado por ella. –El corazón de Teo se estrujó.

–Sí –admitió Aurelio, para su sorpresa, y luego se rio–. Pero después recuerdo quién es y me siento un poco mejor. A veces espero llegar al templo de Venganza y que ya haya rescatado a todos y convertido el lugar en cenizas.

–La verdad, me sorprende que aún no la hayan devuelto –bromeó Teo con una sonrisa–.

Apuesto a que les está causando muchos problemas.

–Seguro –afirmó Aurelio, con una sonrisa suave y afectuosa.

Plaf.

Teo se sobresaltó por el ruido, sus alas se abrieron en alerta y arrojaron uno de los remos por la borda.

–¡¿Qué fue eso?! –jadeó. Aurelio, imperturbable, se inclinó por el costado–. ¡Ten cuidado! –Teo lo sujetó del brazo.

–Estoy bastante seguro de que fue un pez. –El chico parpadeó y bajó los ojos cobrizos del rostro de Teo a su mano.

–¡No lo fue! –negó Teo, pero solo porque no toleraría la humillación si lo era.

Aurelio volvió a mirar hacia el agua y exhibió una sonrisa de lado mientras le indicaba a Teo que se acercara.

–Ven a ver.

Teo se acercó con cuidado y se asomó, aferrado al borde por su vida. Un cardumen daba vueltas por el agua; eran peces de cuerpo redondeado, del tamaño de un puño y de colores hipnóticos. Brillaban como las gemas de un caleidoscopio en tonos de turquesa, rubí y ámbar. Incluso había algunos blancos iridiscentes que le recordaron a ópalos. Algunos eran lisos y otros tenían lunares o rayas.

–Son discos –explicó Aurelio–. *Brillantes*. Debe ser una especie única de Los Restos.

–¿Son seguros? –preguntó Teo, encandilado por los colores.

–Eso creo –respondió Aurelio un tanto entretenido–. Son simples peces.

–Oye, he visto a un gallo escupir fuego y luego fui atacado por un montón de piedras, así que perdóname si sospecho un poco de la fauna silvestre en este momento –

murmuró Teo.

Para demostrar el punto, Aurelio se quitó el guante y sumergió la mano en el agua de a poco. Los peces se agolparon a su alrededor y, por un breve momento de terror, Teo pensó que podrían atacarlo y dejarlo en los huesos como las pirañas. Pero lo único que hicieron fue inspeccionar la mano de Aurelio con sus pequeños ojos redondos y darle algún cabezazo experimental antes de seguir su camino.

Teo miró a Aurelio de reojo: el chico miraba el agua, y sus pestañas oscuras rozaban la parte superior de sus mejillas. La luz reflejada en las escamas de los peces lanzaba rayos de colores danzantes a su piel morena. Aurelio sonreía, cansado pero en paz, y una calidez inundó el estómago de Teo.

–Está bien, ¡lo haré! –anunció con un resoplido–. ¡No dejaré que unos peces de colores me hagan parecer un cobarde! –Y menos frente a Aurelio. Sumergió la mano con cuidado en el agua tibia del río, pero con confianza, no tembloroso y vacilante, y contuvo la respiración.

Al principio, los peces lo ignoraron, pues al parecer estaban demasiado enamorados de Aurelio –lo cual era entendible–, pero uno de color verde eléctrico con líneas blancas onduladas nadó hacia él para verlo de cerca, seguido por un segundo y un tercero. A medida que se amontonaban, Teo se inclinó hacia atrás lo más que pudo sin sacar la mano del agua.

En cuestión de segundos, una multitud de peces brillantes iluminó el agua y se frotaron contra él, haciéndole cosquillas en los dedos con las aletas.

–No está tan mal, ¿eh? –dijo Aurelio en voz baja.

–Que no me hayan mordido la mano *aún* no significa que no lo *harán* –respondió Teo, con un ojo atento a los peces–. De seguro intentan engañarme con una falsa sensación de seguridad.

Aurelio soltó una risa sorprendida, y cuando Teo miró hacia arriba, se encontró con una sonrisa brillante. La clase de sonrisa que le arrugaba los ojos y dejaba a la vista sus dientes perfectos.

Teo podía sentir lo tonto que se veía con esa misma sonrisa en su propio rostro, pero no podía controlarla. Aurelio era tan lindo que parecía irreal. La luz de las estrellas danzaba sobre su piel cálida, brillaba en sus ojos cobrizos e iluminaba sus rasgos de tal manera que era casi como si las estrellas mismas hubieran bajado para bailar alrededor de su hermoso rostro…

Pero… un momento. La luz *sí* estaba danzando alrededor del rostro de Aurelio. Teo parpadeó para que sus ojos se enfocaran mejor.

–Eh, ¿también ves eso? ¿O estoy alucinando? –preguntó, fascinado, mientras las pequeñas luces de amarillo verdoso se movían alrededor del bote.

–¿Te refieres a las luciérnagas? –Aurelio alzó las cejas.

–Ah, ¿es eso lo que son?

–¿De verdad, nunca habías visto luciérnagas?

–Las he visto en dibujos animados y cosas así.

–¿De verdad?

–¡Soy un tipo de interiores! –replicó Teo a la defensiva–. Lo más

cercano a luciérnagas que he visto fueron los faros de los automóviles desde la cima del Templo Quetzal. Y, aunque hubiera en la ciudad, ¡los pájaros de seguro se las comerían todas!

–Los pájaros no suelen comer luciérnagas. Saben mal.

–¿Cómo lo sabes?

–¿Cómo es que *tú* no lo sabes? –Aurelio levantó una ceja–. Tú eres el que es parte pájaro.

–Sí, pero eso no significa que ande por ahí *probando insectos.*

–Te he visto comer un insecto…

–¡TENÍAMOS SEIS AÑOS!

Aurelio se rio otra vez y dejó a Teo sin argumentos. Ni siquiera le importaba sobre qué estaban discutiendo, solo quería seguir viendo a Aurelio sonreír.

Y luego, se quedaron mirando el uno al otro en silencio, por los dioses. ¿Cuánto tiempo pasó desde la última vez que hablaron? ¿Un minuto? ¿Un año? Si estuvieran en una película, ese sería el momento en que uno de ellos se inclinaría y…

Teo esperó, pero Aurelio no se inclinaba. ¿Eso significaba que él debía hacerlo? ¿Quién decidía cuál de ellos debía dar el primer paso? ¿Y si Teo se inclinaba en el ángulo equivocado y se chocaban las narices? Aurelio tenía una nariz completamente hermosa que a Teo le dolería causarle daño.

¿Y qué pasaba si Aurelio ni siquiera estaba *intentando* mostrar su aura de héroe sexy y misterioso? ¿Y si estaba siendo él mismo, y el romance del momento solo existía en la cabeza de Teo? ¿Y si, que los dioses no lo permitieran, Teo se inclinaba y Aurelio se apartaba?

El chico Dorado frunció el ceño – *Mierda, ¿dije eso en voz alta?* – y sus ojos se desplazaron de Teo hacia el río.

–¿Oíste eso?

Teo se quedó en silencio, pero después de un momento, logró responder.

–¿Qué?

De repente, las luciérnagas se apagaron. Los peces temblaron y se agitaron contra los dedos de Teo, con lo que hicieron subir escalofríos por su brazo, y luego se dispersaron en un destello de escamas. Los dos chicos apartaron sus manos del agua.

–Eh, ¿eso es normal? –preguntó Teo.

–No. –Aurelio estaba alerta, examinando cuidadosamente los alrededores.

–¿Adónde se están escapando?

–¿De *qué* se están escapando? –Se encendió una llama en las palmas de Aurelio.

Ambos se quedaron quietos y escucharon con atención. Por un momento, el silencio fue inquietante, el único sonido era el suave murmullo de la corriente y los ronquidos temblorosos de Niya. Teo apenas tuvo tiempo para pensar, *tal vez no es nada*, antes de que un llanto suave se llevara con el viento. Se esforzó por escuchar algo sobre el latido de su corazón que retumbaban en sus oídos.

–¿Es eso un maldito bebé?

–¿Por qué habría un bebé? –murmuró Aurelio, que se inclinó hacia el sonido con una expresión de desconcierto. Sonaba más fuerte, como si lo que estuviera emitiéndolo se estuviera acercando a ellos en la oscuridad.

El agua a su alrededor comenzó a burbujear.

–¿Qué es eso? –Aurelio se inclinó más sobre el borde del bote para ver mejor.

Mientras tanto, Teo se inclinó tan lejos como le fue posible.

–¡No quiero averiguarlo! –No sabía qué estaba pasando, pero no le agradaba y no estaba interesado en descubrirlo.

Había un momento y un lugar para ser un Héroe, pero un bote pequeño en la oscuridad, con lamentos inquietantes de bebés de fondo, no lo era.

Algo grande y pesado saltó desde el agua y abofeteó a Aurelio en el rostro. Teo gritó por la sorpresa, y Aurelio se echó hacia atrás, mudo al ver que una rana gigante cayó en su regazo croando por lo bajo.

CROAC.

–¿Qué demonios? –El corazón de Teo latía descontrolado. ¿Una rana? ¿Por qué una rana se lanzaba fuera del agua hacia su bote de esa manera? Aurelio parecía tan confundido como él, porque todo lo que hizo fue parpadear mirando a la criatura. Su rostro era una hoja en blanco, como si hubiera tenido un cortocircuito en el cerebro. "Error 404: Semidiós no encontrado".

De repente, docenas de ranas saltaron fuera del agua hacia el follaje denso de la selva.

De hecho, no eran *solo* las ranas. A lo largo de la orilla del río, peces con vientre de colores, de todas las formas y tamaños se lanzaban al aire, sacudiéndose y boqueando en sus intentos desesperados de escapar del agua.

–¿Por qué están haciendo eso? –preguntó Teo mientras miraba hacia la oscuridad.

Luego agregó con una risa nerviosa–: ¿Es otro hecho que desconozco de los animales salvajes?

–No –respondió el otro con brusquedad–. Tenemos que salir de aquí.

Los dos se levantaron de un salto como si los jalaran las mismas cuerdas. Teo sacudió a Niya para despertarla, y ella se incorporó de golpe con un ronquido estruendoso y con una de las trenzas cubriéndole la visión.

–¡Ya estoy despierta! –exclamó–. ¿Qué está pasando?

–Necesitamos el otro remo –ordenó Aurelio mientras abría uno de los gabinetes de almacenamiento con desesperación.

–¡Remo! ¡Lo tengo! –Niya se apresuró a revisar otro gabinete, del que fue lanzando chalecos salvavidas y cuerdas al aire–. Remo, remo, remo –murmuraba, y más suministros volaban por los aires–. ¡Vamos, *no es un bote tan grande*! ¿Dónde está?!

Teo se estremeció cuando el llanto se convirtió en gritos agudos.

–Un momento. –Niya inclinó la cabeza hacia un lado como un cachorro–. ¿Es eso un *bebé*?

–¡Eso fue lo que dije! –exclamó Teo, a punto de salir corriendo–. Si es

alguna mierda de La Llorona, juro por Sol…

Niya se puso de pie otra vez y, con un gesto de la muñeca, la Espada Inquebrantable emergió de su brazalete.

–¡¿Vas a remar con eso?! –exigió Teo.

–No, ¡no lo sé! –gritó ella, agitando la espada con desesperación–. ¡¿Qué se supone que haga?!

–¿Escuchas a un bebé llorar y tu primer instinto es sacar *una espada*?

–¡ES LO ÚNICO QUE TENGO, TEO! ¿QUÉ QUIERES DE MÍ?

Se escuchó un chapoteo suave detrás de ellos, Teo levantó la mano para pedir silencio, y Niya dejó caer la espada a un lado. Había algo allí, justo detrás del bote. Teo se inclinó sobre el costado para mirar: había una mano, pequeña y con forma humana, moviéndose frenéticamente desde las profundidades.

El terror recorrió la columna de Teo.

– *Santo cielo.* –Se lanzó hacia adelante, pero Niya lo sujetó por la parte trasera de la camiseta.

–¡Eso no se ve bien! ¿Tiene *pelo*?

–¡Que sea un bebé feo no significa que podamos dejarlo ahogarse! –Teo intentó librarse del agarre implacable de su amiga.

–Es un ahuizotl –explicó Aurelio, como si Teo supiera lo que eso significaba. Pero, por la expresión alarmada en el rostro del chico, era evidente que se trataba de algo malo.

Muy malo.

–Bueno, ¿qué demonios…?

¡ZAP!

Con una destreza espeluznante, lo que parecía una cola peluda terminada en una mano como de un mono salió del agua y, antes de que Teo pudiera reaccionar, lo atrapó por la muñeca.

Niya chilló, y él se retorció.

–¡QUÍTAMELO!

En un movimiento rápido, Aurelio arrancó la mano peluda y la prendió fuego. Con otro grito terrible, la extremidad desapareció en el río.

–¿Estás bien? –Aurelio se acercó a Teo, con el rostro teñido de preocupación, y se inclinó para ofrecerle una mano para levantarse–. ¿Te…?

Antes de que pudiera terminar la frase, Teo escuchó un golpe húmedo. Por un momento, todo sucedió en cámara lenta. Escuchó a Aurelio inhalar con fuerza; vio la cola envuelta alrededor de su cuello y sus ojos café agrandarse entre los dedos peludos que le cubrían el rostro.

Luego, todo se aceleró. Antes de que Teo pudiera siquiera pensar, Aurelio fue arrancado del bote y sumergido en el agua.

–¡Aurelio! –Teo corrió para lanzarse tras él, pero Niya lo rodeó por la cintura con los brazos fuertes como una prensa. En un solo movimiento, lo arrastró hacia atrás.

–¡ *Detente*!

–¡No puede estar en el agua! –Un dolor ardiente atravesó el corazón de Teo–. ¡ *Se ahogará*!

–¡Y TÚ TAMBIÉN SI SALTAS TRAS ÉL! –gritó Niya, tan enfadada y asustada que respiraba entre dientes con dificultad.

En un exabrupto repentino, Aurelio emergió del agua, jadeando, agitando los brazos, y con la mirada desorientada. Teo nunca había visto al chico Dorado –que siempre había sido tan estoico, tan tranquilo– parecer aterrorizado. Eso le revolvió el estómago.

Extendió el brazo todo lo posible, pero aún estaba a unos metros de distancia.

–¡Aurelio!

Teo casi había logrado que lo asesinaran, por lo que Niya estaba tan obsesionada con protegerlo que ninguno de los dos le había prestado atención a Aurelio.

– *¿Dónde demonios están los chalecos salvavidas?* –exclamó Niya al lanzarse hacia las gavetas de almacenamiento.

Cuando Aurelio por fin vio a Teo, parpadeó aliviado y dejó de

moverse de forma frenética para nadar hacia él con brazadas precisas.

Pero no era lo suficientemente rápido.

Brotaron burbujas y olas que avanzaron por la superficie del río en dirección a él. Dos aletas emergieron del agua. No, no eran aletas, sino orejas puntiagudas con algunas muescas, cubiertas de un pelaje resbaladizo. A medida que se acercaban, algo oscuro emergió de debajo de ellas.

Teo dejó de respirar.

–Ah, *mierda* –susurró Niya.

Era una criatura canina y grotesca, de pelaje negro y liso, con vetas de estrellas y ojos lechosos que brillaban como dos lunas. A medida que se acercaba, abría la mandíbula para revelar varias filas de dientes afilados.

Y el llanto escalofriante de un bebé brotó desde el fondo de su garganta.

– *¡Rápido!* –gritó Teo.

Aurelio miró hacia atrás por encima de su hombro. Sus movimientos precisos se volvieron frenéticos otra vez y sus ojos se desorbitaron mientras nadaba por su vida.

–¡Mantente fuera de su remolino! –advirtió Niya, pero ya era demasiado tarde.

El agua se revolvía y giraba alrededor de Aurelio, arrastrándolo hacia el ahuizotl más rápido de lo que podía nadar. Intentó patear la cabeza de la bestia, pero movió la cola otra vez y la mano parecida a la de un mono aferró la muñeca del chico, le clavó los dedos diminutos en la piel y lo arrastró hacia abajo mientras él luchaba por escapar con todas sus fuerzas.

Teo vio su rostro lleno de terror una última vez antes de que se hundiera bajo el agua.

–¡RELIO! –gritó y avanzó para ir tras él, pero Niya lo jaló de nuevo hacia el banco.

–¡NO! –dijo, con los puños temblorosos a su lado–. ¡Yo lo salvaré! ¡Ese es mi trabajo! –

Antes de que Teo pudiera hacer o decir algo más, se zambulló en el río de cabeza. No era tan rápida como Aurelio, pero sus patadas poderosas lanzaban agua al aire mientras nadaba hacia el remolino.

Teo escaneó el agua con desesperación, pero solo veía un remolino que aceleraba conforme el bote comenzaba a derivar hacia su centro.

Si no se movían rápido, serían succionados.

– *¡Niya!*

Luchando contra la corriente, Niya giró la cabeza en busca de cualquier señal.

–¡¿Dónde está?! –gritó–. ¡¿Puedes ver algo?!

Teo examinó las aguas oscuras hasta que por fin lo vio: el tenue resplandor dorado del uniforme de la Academia.

–¡AHÍ! ¡AHÍ ESTÁ!

Niya tomó aire y se sumergió.

Las alas de Teo se agitaron por el pánico que lo sacudía hasta los huesos, pero luchó contra el impulso de despegar e ir tras sus amigos.

Después de un momento agonizante, Niya emergió a la superficie con Aurelio. Lo sujetaba por debajo de las axilas desde atrás, firme contra su pecho, y pateaba con frenesí para llevarlo de vuelta al bote.

El alivio de Teo fue breve, arruinado al notar que Aurelio no se movía. Su cabeza colgaba mientras Niya luchaba por mantenerla fuera del agua y combatía la corriente mortal. Cuando por fin estuvieron al alcance, Teo sujetó a Aurelio y jaló con todas sus fuerzas, pero antes de que lograra terminar de subirlo al bote, la cola del ahuizotl salió disparada como un látigo y sujetó el tobillo del chico con una mano monstruosa. Casi lo arrastra de vuelta al río, pero Teo apretó con más fuerza. Aurelio estaba frío y tembloroso, no había forma de que lo soltara. Si el ahuizotl lo quería, tendría que llevarlo a él también.

La presión del borde del bote, lo único que los mantenía a flote, le provocaba dolor en las caderas. Con un chillido irritado, el ahuizotl jaló con más fuerza e hizo que el bote crujiera debajo de ellos y se inclinara hacia un lado.

–¡ *Suéltalo*! –gritó Teo con los dientes apretados. Intentó batir las alas

para ganar algo de tracción, pero lo único que consiguió fue que el bote se tambaleara de manera más peligrosa.

Niya apareció junto a él, empapada y furiosa, y, con un gruñido, tomó a Teo y a Aurelio entre los brazos y los arrastró a bordo. Antes de que Teo pudiera recuperarse de ser

arrojado al suelo, la chica ya estaba al otro lado del bote, revisando su mochila con desesperación.

–¡Tengo una idea! –dijo, mientras arrojaba suministros por los aires en su búsqueda frenética–. ¿Dónde está?

Teo se tambaleó hacia Aurelio.

–¡Oye, despierta! –exigió y le dio una palmadita en la mejilla.

La piel de Aurelio había palidecido tanto que parecía enfermo, y sus labios estaban púrpuras, pero lo importante era que seguía respirando.

Niya lanzó un grito triunfal al levantar un bulto extraño de tela en el aire.

–¡Lo tengo! –Tropezó para llegar a la parte trasera del bote y le gritó a Teo–. ¡Sujétalo!

Teo pasó los brazos por debajo de las axilas de Aurelio y lo aferró con todas sus fuerzas contra el pecho.

En la parte trasera del bote, Niya luchaba por desatar el cordón de lo que Teo notó que era una bolsa. Logró abrirla de un tirón, con lo que liberó una ráfaga de viento explosivo, cuya fuerza los lanzó a través del río como una roca saltarina. E impactaron de lleno contra la orilla. El bote se desintegró con un crujido fuerte, y los tres salieron volando a tierra.

–¿Estamos vivos? –Teo escupió un poco de barro de su boca.

–¡Creo que sí! –respondió Niya, que se tambaleaba para ponerse de pie.

–¿Qué fue eso?

–¡La Bolsa de Vientos de Tormentoso! –exclamó Niya, satisfecha consigo misma. Seguía aferrando la bolsa abierta, y el viento sacudía sus trenzas mojadas–. Je, je, Bolsa de Vientos –repitió con una risita.

Un trueno resonó en el cielo, seguido por un relámpago casi de inmediato. La expresión de satisfacción de Niya desapareció.

–¡Cierra la bolsa! –gritó Teo.

Niya la cerró con fuerza, pero el daño ya estaba hecho. Un segundo después, un manto de lluvia intensa cayó del cielo en una tormenta torrencial.

Y si haber estado a punto de ahogarse, el bote estrellado y la lluvia repentina no hubieran sido suficientes, el ahuizotl tenía que demostrar que también era hábil en tierra. Emergió del río y subió al bote roto con agilidad sobre sus cuatro patas felinas, listo para atacar. Retrajo los labios para revelar varias filas de dientes y dejó escapar un rugido profundo y gorgoteante mientras se acercaba a ellos.

Teo miró a sus amigos. Niya ya se había exigido demasiado, aunque sostenía su espada, sus movimientos eran lentos y rígidos, agotados por el cansancio. Aurelio estaba tumbado de costado, con el rostro pálido y el pecho agitado con respiraciones rápidas y superficiales. Aun así, Niya se esforzó por arrodillarse apoyándose en su espada, Aurelio intentó incorporarse, con los ojos llenos de determinación. Teo se apresuró a sostenerlo.

Era como la peor partida de piedra, papel o tijera del universo: Tierra, Fuego, Agua. Y el estúpido perro demonio estaba a punto de ganar.

¿Acaso toda la misión estaba destinada a ser así? Un monstruo imbatible tras otro, apenas escapar con vida, acercarse cada vez más al fracaso absoluto hasta…

–¡OYE, IMBÉCIL!

Teo pensó que estaba alucinando. ¿Por qué habría un adolescente de pie en la orilla del río, agitando los brazos por encima de la cabeza y gritándole? Era de tamaño humano, llevaba un gran impermeable con la capucha puesta y unas botas embarradas. Y, sorprendentemente, era real.

–¿Qué le están haciendo al ahuizotl?

–¡¿Qué le estamos haciendo *nosotros*?! –exigió Niya.

El ahuizotl giró la cabeza en dirección al extraño.

–¡Cuidado! –advirtió Teo, con la garganta cerrada por el pánico.

Pero la persona los ignoró, puso los ojos en blanco y extendió el brazo hacia el río.

Cuando volvió a hablar, Teo recordó la voz con la que su madre les hablaba a los pollitos recién nacidos:

–¡Mira lo que tengo! –dijo. Teo entornó los ojos en la oscuridad para ver la mano extendida. Entre el pulgar y el dedo índice sostenía una pequeña concha rosada–. ¡Ve a buscarlo! –El extraño lanzó la concha al río, donde se hundió con un pequeño *plop*.

Teo no tenía idea de lo que estaba pasando y, cuando se volvió hacia Niya, ella parecía igual de desconcertada, pues tenía una expresión que hubiera sido hilarante en cualquier otra circunstancia.

El ahuizotl resopló por la nariz húmeda antes de volver a enfocarse en Teo y sus amigos. La expresión triunfal de la persona recién llegada se desvaneció.

–Maldita sea. –Revisó en sus bolsillos mientras el ahuizotl avanzaba dando rugidos–.

¡Aquí! –llamó y lanzó un puñado de conchas de colores al río.

El ahuizotl ni siquiera las miró, en cambio, se acercó a Teo con la lengua colgando y moviendo la cola de un lado a otro.

–¿Tienes algo más útil que conchas? –exigió él.

La persona emitió un sonido frustrado, se quitó la mochila del hombro y empezó a revolver en su interior. Un segundo después, comenzó a lanzar puñados de galletas de mar al río.

Inexplicablemente, el ahuizotl se detuvo y giró de espaldas a Teo.

–¿Te gustan esos? –preguntó la persona desconocida–. ¿Y estos? –Sacó una enorme concha de abulón iridiscente. El ahuizotl levantó las orejas. Teo no tenía idea de lo que estaba pasando ni por qué, pero parecía estar funcionando–. ¡Tengo más! –El extraño sonrió triunfante y lanzó dos conchas más al agua–. ¡Ah! ¡¿Eso es lo que quieres?! –Sacó media docena de trozos de jade crudo.

La postura del ahuizotl cambió de inmediato, relajó el cuerpo tenso y avanzó con curiosidad hacia el extraño. Antes de que se acercara demasiado, la persona gritó:

–¡Ve a buscarlo! –y lanzó el jade al río.

El ahuizotl dejó escapar un ladrido extraño y feliz antes de correr sobre el bote destruido y lanzarse al río casi sin salpicar.

–¿Qué diablos acaba de pasar? –Teo parpadeó.

–¡Nos salvó un adolescente salvaje de la jungla! –exclamó Niya. Dejó caer su mochila al suelo seco y comenzó a examinar el contenido empapado.

El extraño los observó, escéptico pero algo entretenido. Teo tenía cosas más importantes en las que pensar, en particular, el chico medio ahogado en su regazo. Aurelio lo miró, con círculos oscuros debajo de los ojos que parecían magullones, y le ofreció un intento cansado de sonrisa.

Teo frunció el ceño e intentó reprimir el palpitar ansioso de su corazón. Quiso tomar una de las mochilas, pero Aurelio la sacó de su alcance, la abrazó contra su pecho y, exhausto, inclinó la cabeza hacia un lado.

Teo puso los ojos en blanco.

–¿Puedes no ser un tonto y dejar que te ayude a ponerte la chaqueta?

Aurelio se relajó y dejó que Teo lo ayudara a ponerse el abrigo. La chaqueta de lluvia proporcionada por la Academia era ligera, impermeable y tenía un forro térmico reflectante para mantener el calor. El cuello cubría la boca de Aurelio, pero Teo pudo notar que estaba frunciendo el ceño.

–No te quejes –le dijo con seriedad.

–No me quejo –gruñó Aurelio, y Teo le subió la capucha para reforzar el punto.

–Perfecto. –Luego se puso su propia chaqueta.

Niya, por su parte, parecía no inmutarse por la lluvia.

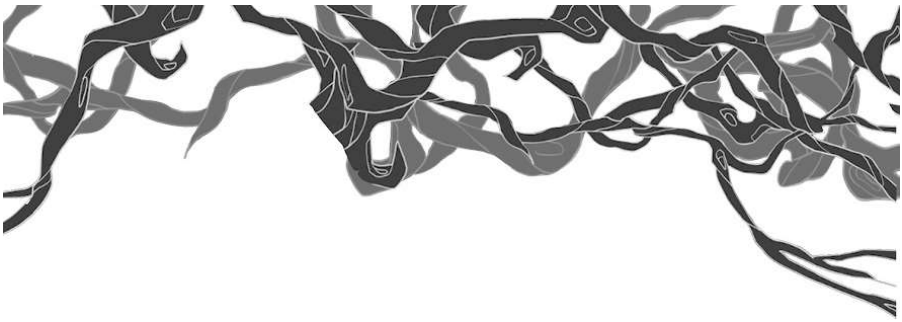
–Bueno, eso podría haber salido mucho peor –comentó el extraño, al tiempo que se acercaba a ellos con botas de trabajo pesadas. Luego se bajó la capucha de la chaqueta, con lo que reveló ser una chica de gafas y cabello negro, corto a los lados y con una mata de rizos desordenados en la parte superior. Observó al trío con las manos en

las caderas y una expresión molesta–. Tienen suerte de conservar sus ojos, uñas, dientes y todo lo demás.

–¿Mis *uñas*? –repitió Niya, alarmada.

–¿Cómo lo hiciste? –preguntó Teo, que miraba a la chica boquiabierto desde el suelo embarrado, donde la lluvia seguía bañándolo.

–Tengo mejores preguntas –respondió la extraña–. ¿Quiénes son ustedes y qué están haciendo en Los Restos?



CAPÍTULO 12

TEO

–¿No sabes quiénes somos? –preguntó Niya, confundida.

–¿Se supone que *debería*? –exigió la extraña mientras los miraba con escepticismo en sus grandes ojos color café.

–¿Ni siquiera a él? –agregó Niya, señalando a Teo con el pulgar.

Él saludó con incomodidad, pero la desconocida solo levantó una ceja. Si sus rostros no eran suficiente, tal vez no había seguido las Pruebas. Después de San Fuego y Lago Relámpago, Teo estaba aliviado de encontrarse con alguien que no lo conocía.

–Venimos de Ciudad Afortunada –explicó–. Íbamos hacia el sur cuando ese monstruo nos atacó.

–¿Iban hacia el sur? –repitió la desconocida–. Lo único al sur de aquí es Los Restos.

–Eso está bien, porque allí es a donde vamos –respondió Teo.

–En la oscuridad –La chica señaló el cielo sin luna–. En medio del apocalipsis.

– *Apocalipsis* suena un poco exagerado –comentó Niya.

–¿Cómo llamas a que el *sol desaparezca*? –exigió la desconocida mientras daba unos pasos tambaleantes por la pendiente de rocas. Si iba a ayudarlos, era evidente que no estaba contenta con ello. Extendió la mano hacia Niya, quien la ignoró y subió con determinación por la pendiente sin ayuda. La chica se quedó con la mano en el aire por un momento y con una expresión de molestia en el rostro, luego suspiró y le ofreció la mano a Teo.

–Él necesita más ayuda que yo –dijo Teo, que se esforzaba por levantar a Aurelio y ponerlo de pie, pero era difícil subirlo por la colina, así que resbaló en el lodo húmedo dos veces, pero logró evitar caerse.

–No me siento muy bien –murmuró Aurelio, apenas despierto.

–Qué sorpresa –gruñó Teo al intentar soportar todo el peso del semidiós musculoso.

Aurelio temblaba y tenía la piel demasiado fría; incluso el nudo de su cabello estaba torcido, y caían mechones mojados por su rostro. Eso estaba asustando a Teo, si no lo secaban y calentaban pronto… se negó a pensar en lo que pasaría.

La expresión de la chica se convirtió en una de sorpresa absoluta cuando todos estuvieron de pie.

–Son muy altos –dijo mirando a Niya y a Aurelio. Luego le dijo a Teo–: Bueno, tú eres más bien promedio.

–Sí, lo escucho mucho –respondió él, y sus alas se sacudieron sin elegancia y lanzaron barro y agua del río.

La chica respiró hondo y abrió los ojos como platos. A Teo le tomó tres segundos recordar que la mayoría de los mortales nunca había visto a una persona con alas.

–Tienes *alas* –siseó la joven.

Teo la miró confundido. ¿Por qué estaba tan enojada? ¿Lo reconocía?

–¡Yucca! –gritó una voz nueva desde los árboles–. Escuché gritos, pero no eran tuyos.

¿Está todo bien?

La desconocida, que al parecer se llamaba Yucca, se llevó una mano a la frente con irritación.

– *Maldita*… –Se interrumpió antes de elevar la voz–. ¡Aquí abajo, Paz!

Una nueva figura apareció de un salto de entre los árboles. “Brincando” era la única palabra que Teo podía usar para describir cómo se movía. Al igual que Yucca, esa chica era otra adolescente humana. Si Teo tuviera que adivinar, diría que ambas tenían más o menos la misma edad que los semidioses, quizás un poco más jóvenes. A diferencia de Yucca, Paz tenía una sonrisa amigable y la piel morena. Tenía el cabello recogido en pequeñas trenzas que iban de adelante hacia atrás y se unían en un moño de trenzas gruesas en la parte superior de su cabeza.

Observó el bote estrellado, al trío empapado y maltrecho, y a Yucca.

–¿Qué demonios pasó aquí?

–¿Qué parte de *quedarte en la carreta* no quedó clara? –espetó Yucca.

Paz puso los brazos en jarra.

–¿Se supone que me *quede en la carreta* cuando escucho gritos?

–¡Sí!

–¿Y si estabas en peligro?!

–¡Yo no estaba en peligro! ¡Estaba ayudando a estos idiotas! –replicó Yucca señalando al trío–. Se encontraron con otro Original.

–¿Cuál? –Paz silbó, impresionada.

–El ahuizotl –respondió Yucca en tono cortante–. Le arrojé unas conchas y no fue un problema.

–Eh, ¡sí que fue un problema! –intervino Niya mientras escurría una de sus trenzas. Teo no estaba seguro de qué serviría que lo hiciera, ya que seguía lloviendo a cántaros.

La expresión impasible de Yucca no cambió.

–¿De dónde dijeron que eran?

Teo hubiera respondido encantado, pero Niya no le dio la oportunidad. Cruzó los brazos sobre el pecho en un claro intento de igualar la actitud distante de la otra chica.

–¿De dónde eres *tú*?

Yucca levantó una ceja, pero no respondió.

–¿Y las alas, de dónde salieron?

–Mi, eh, de mi mamá… –Teo dudó, preparándose para la reacción de Yucca–. Quetzal.

–¡ *Pensé* que me resultabas familiar! –exclamó Paz con una sonrisa amplia–. ¡Eres ese chico Jade que acaba de ganar las Pruebas del Sol, ¿no?

–¿¡ *Qué*!?! –rugió Yucca.

–Mierda –murmuró que Teo al mismo tiempo.

–¿¡Eres un maldito *Portador del Sol*!? –Yucca se llevó las manos a las caderas, y Teo de repente recordó cuando estaba en la oficina del director de la Secundaria Quetzlan.

–Tranquilízate, Yucca, ¡creo que él es genial! –intervino Paz, que hablaba demasiado rápido–. La semana pasada fui a Afortunada por suministros y vi carteles de él por todas partes. ¡Todos lo alentaban mucho, porque iba a ser el primer Jade en ganar o algo así! –Sonrió con orgullo–. ¡Es un Héroe!

El estómago de Teo se revolvió con incomodidad.

–Yo no diría eso –dijo frotándose la nuca. Estaba distraído por la forma extraña en la que Paz y Yucca hablaban, como si las Pruebas fueran algo desconocido para ellas–. ¿De qué ciudad son ustedes?

–¡No somos de una ciudad! –Paz se rio–. ¡Somos de aquí!

–¿De aquí? –Niya parpadeó confundida.

–¡Paz! –Yucca se dio otra palmada en la frente.

–¿Qué? –replicó la otra a la defensiva–. ¡No es gran cosa!

Excepto que *sí* lo era.

–¿No viven en una ciudad? –repitió Teo; su mente corría a toda velocidad.

–Técnicamente, es una aldea –explicó Paz. Junto a ella. Yucca suspiró frustrada.

–¡¿Están aquí solas?! ¡¿Sin nadie que las proteja?! –exigió Niya, mirando a Yucca. Su actitud agresiva se transformó en preocupación enseguida–. ¡Pero son muy pequeñas!

–Nunca he oído hablar de una aldea en la frontera de Los Restos –comentó Teo, confundido–. ¿Quién es su dios patrono? –Tal vez había algún dios menor y menos conocido cerca de Los Restos que no recordaba.

–No tenemos uno –espetó Yucca.

–¿Cómo es posible que los dioses no lo sepan? –No tenía sentido.

Paz se quedó congelada.

–Ah, no debí haber dicho nada –murmuró para sí misma antes de añadir en voz alta para los demás–: ¿ *Ustedes* qué hacen aquí? ¿No deberían estar volando por Reino del Sol, iluminando sus piedras mágicas y todo eso?

–¡Estamos en una misión *muy* importante para recuperar el sol! –reveló Niya con orgullo sin pensarlo dos veces. Luego añadió con más timidez–: Que, en realidad, desapareció por nuestra culpa por empezar.

–¡Ah, genial! –exclamó Yucca con sarcasmo–. ¡Por supuesto que tenían que haber sido ustedes!

–No fuimos *nosotros* –la corrigió Teo–. Fui *yo*.

–¡ *En realidad*, fue ese pequeño idiota de Xio! –Niya pronunció el nombre con desprecio–.

Deja de culparte a ti mismo o te arrojaré al río otra vez –le advirtió a Teo, luego dirigió su atención a Paz y comenzó a darle una explicación rápida de toda la sucesión de eventos–. ¡Ahora estamos en una misión para rescatar a nuestros amigos y recuperar a Sol para desterrar a los Obsidianos de una vez por todas!

Los ojos de Paz se abrieron como platos, como si todas las piezas estuvieran encajando.

–Ah, así que eres el Portador del *Sol*, ¿pero no llevas el sol?

–¡ *Exacto*! –Niya asintió con vigor.

–¿Y ahora tenemos una noche perpetua y los Obsidianos han vuelto? –adivinó Paz.

–¡Lo has captado!

–¡De locos!

–¡Lo sé!

Yucca le dio un codazo a Teo.

–¿Entendiste algo de todo eso? –preguntó.

–Más o menos –respondió Teo–. Soy semifluido en esta variante de TDAH.

Paz soltó un silbido bajo y sacudió la cabeza con simpatía.

–Bueno, *eso* explica mucho. En cuanto los Obsidianos apagaron las luces, ¡todos los bichos en *nuestras* fronteras comenzaron a correr hacia las suyas! –Lo dijo con una risita, como si fuera una casualidad divertida en lugar del fin de los tiempos–. ¡Yucca, de ahí debieron venir todos los Originales también!

–¿Originales? –repitió Teo.

–Sí, como ese ahuizotl que acaban de conocer –suspiró Yucca–. Básicamente, son versiones más grandes y malas de las criaturas que viven aquí. Los llamamos *Originales* porque, según nuestros ancestros, fueron los primeros de sus especies.

–¿Hay *más* de esas cosas? –preguntó Teo, inquieto por el recuerdo de esa pequeña mano repugnante alrededor del cuello de Aurelio.

–Solo algunas pequeñas. –Yucca lo desestimó con un gesto.

–Ah, genial, fantástico –murmuró Niya–. Solo pequeños perros de agua rabiosos con manos de bebé. Perfecto. Me encanta.

Yucca puso los ojos en blanco.

–Bueno, fue divertido, pero nosotras tenemos que volver a casa –anunció y agitó una mano para echarlos–. Buena suerte con su misión divina o lo que sea.

–Vamos, no podemos dejarlos aquí –dijo Paz y se levantó del lado de Aurelio–. Están apaleados por esa pelea, además está lloviendo...

–¿¡Y qué?! ¡No puedo controlar el clima! –Yucca movía mucho las manos cuando hablaba. Paz le lanzó una mirada desaprobatoria.

–¿En serio esperas que crea que no te importa *abandonar* a estos extraños que están fríos, mojados y heridos solo porque…

–¡No son extraños! –Yucca resopló–. Tú misma lo dijiste, son los Cargadores del Sol.

–Portador del Sol –la corrigió Niya–. Y, en realidad, solo es Teo…

–¡No me importa! –gritó la chica. Se levantó las gafas sobre la cabeza

y se frotó los ojos–.

¡Somos de un lugar en el que *no hay dioses* y hemos trabajado *muy duro* para mantenerlo así! ¡No confiamos en los forasteros, en especial en los semidioses!

–¡Bueno, bueno, bueno! –dijo Teo, con una mano en alto en señal de rendición–. No le haremos daño a nadie, ¡queremos *detener* a los Celestiales!

Niya se acercó a su lado, con el pecho hinchado.

–¡Sí, nosotros somos los buenos!

Una risa sarcástica agitó el pecho de Yucca.

–¡Ah, fantástico! En ese caso, por favor, ¡vengan con nosotras! –dijo con una sonrisa afilada mientras abría los brazos a modo de invitación–. ¡Infíltrense en nuestra aldea bendita libre de dioses, que ha logrado vivir por fuera del poder de sus padres inmortales barbáricos durante generaciones! ¿Les puedo ofrecer algo? –preguntó con falsa sinceridad–. ¿Un bocadillo saludable, tal vez un agradable sacrificio de sangre?

–¿Tienen Takis? –Niya se animó.

Aurelio se inclinó para susurrarle a sus amigos.

–Creo que está siendo sarcástica.

–Estoy siendo *muy* sarcástica, ¡Chico Moño! –sentenció Yucca. Aurelio retrocedió y se llevó una mano al cabello, y Teo soltó una risa ahogada. La chica dejó de lado el dramatismo y continuó pronunciando cada sílaba con cuidado–. Son *tan peligrosos* para nosotros como los Celestiales.

Niya se cruzó de brazos y balbuceó algo ininteligible.

–Bueno, no estamos aquí para hacerles daño –intentó Teo.

–¡Es más complicado que eso! ¡Escuchaste la historia de Niya! –argumentó Paz–. No querían apagar el sol y menos resucitar a los Obsidianos, fue su otro amigo, que resultó ser un *completo* idiota…

–¡No es nuestro amigo! –interrumpió Niya–. ¡Ya no nos agrada!

–¡Y ahora están intentando solucionarlo! –continuó Paz–. ¿Eso no nos

pone en el mismo bando?

–No, Paz, ¡no lo hace! –respondió Yucca, su rostro rojo de furia contenida–. ¡No tenemos bando! Nuestro bando es mantenernos *fuera de esto*, ¿recuerdas? ¿Qué pasa si traen a sus dioses aquí y, al final de todo esto, terminamos como las ciudades Obsidianas, masacrados o abandonados a morir?

La expresión de Paz se volvió muy seria de pronto.

–Están intentando traer el sol de vuelta. Eso es algo bueno para *todos nosotros*, ¿o no?

La chica la miró con desdén, pero al final resopló.

–Eso creo…

–Escucha, Yucca, entendemos tus dudas –reconoció Teo en un intento de sonar diplomático–. Pero si pudieras llevarnos con quien esté a cargo aquí para que le expliquemos…

–Espera, ¿tú no estás a cargo? –preguntó Niya, señalando a Yucca.

–Apenas tengo dieciséis años –replicó la chica sin expresión–. Y aquí no hay nadie a cargo. El poder en manos de uno o de unos pocos se corrompe. Le debemos esa lección a sus padres –agregó con amargura–. El poder debe repartirse entre muchos. Somos una comunidad. Cuando tomamos una decisión, la tomamos juntos. Y traicionaríamos esa regla llevándolos con nosotras.

Paz pareció afectada, pero se paró firme.

–Me criaron para creer que *comunidad* significa ayudar a tu vecino –argumentó–. *Ellos* son nuestros vecinos.

–¡Sabes que eso no es lo que significa! –exclamó Yucca con un gemido exasperado–. ¡No son nuestros vecinos, son, son…!

–¿Dioses? –sugirió Paz–. Pero también son medio mortales, ¿no? ¿Cierto? –preguntó mirando a Teo, Niya y Aurelio en busca de confirmación.

Yucca los miró con desdén por encima del hombro de su amiga.

–Exacto –asintió Teo con firmeza. Era el mejor argumento que alguien había presentado hasta entonces, así que se aferró a él–. Escuchen, no queremos avasallar lo que tengan aquí –afirmó–. Lo único que

necesitamos es un lugar para descansar y recuperar energías para poder continuar con nuestra misión de *recuperar el sol*. No se trata de nosotros contra ellos, esto es por todos.

–¿Por qué no se deshacen de todos los dioses de paso? –gruñó Yucca entre dientes.

–Y ese ahuizotl Original sí que nos dio una paliza –continuó Teo–. Él en verdad no debería mojarse. –Señaló a Aurelio con la cabeza.

El Hijo de Lumbre se veía bastante patético, todavía húmedo y exhausto. Toda esa conversación de voces cruzadas lo había sobreestimulado, sin dudas., y sumado al agotamiento físico y a tener que procesar todo lo que acababan de descubrir, lo había hecho encerrarse en sí mismo, con los hombros encorvados y los brazos cruzados sobre el pecho.

–Es cuestión de tiempo que comience a desasociarse por completo –agregó Teo–. Yo apenas sé lo que estoy haciendo, y Niya…

–¡Yo estoy bien! –Ella sonrió.

–Bueno, Niya está bien –continuó él–. Pero *en verdad* necesitaríamos un descanso… –

Yucca abrió la boca para discutir, pero Teo siguió hablando–. Además, somos básicamente los únicos que pueden evitar que el mundo se acabe. –La chica apretó los labios en una línea adusta, y él soltó una risa breve–. Escucha, tampoco me encanta esto, pero no tenemos muchas opciones y se nos acaba el tiempo.

Yucca miró a Paz, que hizo pucheros y puso unos ojos de cachorro muy impresionantes.

–¡Uff! –Yucca levantó las manos–. ¡ *Está bien*! Una noche. Haremos que algunos de nuestros sanadores los revisen; suponiendo que la medicina humana funcione en sus estúpidos cuerpos de dioses. Pero mañana se irán. Y nunca volverán ni le mencionarán nada sobre nosotros a sus mamis. ¿Entendido?

–No le diré nada a la mía –afirmó Aurelio, solemne y sincero.

–¡Ni siquiera *tengo* madre! –Niya coincidió con amabilidad.

–No se lo diremos a *nadie* –coincidió Teo antes de agregar–: Soy Teo, por cierto.

–Niya –agregó ella–. El gruñón que necesita atención médica es Aurelio.

–Tenemos que seguir avanzando. –Aurelio se tambaleó sobre sus pies; su rostro tenía un tono verde pálido.

Teo lo sujetó con más fuerza; el chico estaba empeorando. Temblaba tanto que no dejaba de castañear los dientes.

–Oye, ¿estás bien?

Cuando Aurelio se volvió hacia él, tenía la mirada desenfocada. Sus ojos parecían nublados y apagados, de un tono más café diluido que del cobre brillante usual. Abrió la boca, tal vez para insistir en que estaba bien, pero se desvaneció hacia la izquierda.

–¡Relio! –Teo intentó atajarlo, pero Aurelio era unos quince centímetros más alto y tenía al menos veinticinco kilos más de músculo que él. Por fortuna, Niya intervino antes de que Teo fuera aplastado.

–¡Muy bien, no más caminata para ti! –exclamó ella. Levantó a Aurelio con una mano por debajo de las rodillas y otra en los hombros, estilo noche de bodas.

–Tenemos un botiquín de primeros auxilios en la carreta –anunció Paz, feliz de marcar el camino.

–¡Vamos, Teo! –llamó Niya desde adelante–. ¡No cargaré a tu novio empapado por la selva todo el día! ¡O noche! ¡Lo que sea!

Era evidente que Yucca estaba incómoda con el curso de los acontecimientos.

Intercambió una mirada cautelosa con Teo antes de ceder y seguir a los demás. Teo la siguió.

Paz había dejado la carreta y al burro a una corta distancia del lugar donde los había encontrado. La pareja de humanas lideró el camino hacia allí, discutiendo en voz baja, y Niya intentaba –y fracasaba– escucharlas mientras cargaba a Aurelio. Teo iba ansioso tras ellas.

Cuando se acercaron, el burro –Louisa, según dijo Paz– rebuznó con nerviosismo. Teo no la culpaba. Paz la tranquilizó con algunas caricias y una banana. El carro en sí era más pequeño que la lujosa cama que Teo había tenido en el Templo del Sol, pero más grande que su viejo

colchón individual en casa. Tenía dos ruedas grandes y estaba lleno de cajas de plástico repletas de comida, algunas telas y varias bolsas de compras de grandes cadenas de tiendas. Una barra de madera en cada esquina sostenía una lona verde parcheada para mantener los suministros –y a cualquiera que se sentara en el carro– lo más secos posible.

Fue un esfuerzo en conjunto ubicar a Aurelio entre dos cajas de mangos. Teo sacó el Decantador de Agua Infinita y la Gema de Regeneración y obligó a Aurelio a beber tanta agua como pudiera. Al menos eso iniciaría el proceso de curación.

Yucca estaba al pie del carro, mirándolos con desdén.

–Para ser clara –dijo con detenimiento–. No confío en ustedes.

–Bueno, ¡nosotros no confiamos en ti primero! –replicó Niya.

Paz volvió al frente del carro.

–Niya, puedes sentarte al frente conmigo y contarme todo sobre tus maravillosos poderes mágicos. Teo, tú siéntate en la parte trasera con Yucca y el dormilón. Asegúrate de que no vomite.

– *Espera* –exigió Yucca mientras Niya se ponía en acción–. No podemos dejar que sepan cómo encontrar la aldea. Tenemos que vendarles los ojos.

Teo parpadeó, incrédulo.

–¿De verdad? Estamos en la oscuridad en medio de la selva. –Movió la mano frente a sus ojos–. Apenas puedo ver, ¡y mucho menos seguir el camino por el que nos lleven! –

Luego miró hacia atrás–. Niya, ¿sabes dónde estamos?

–¡Ni idea!

–¿Lo ves? –Teo volvió a mirar a Yucca.

–¡No me importa! –canturreó Yucca, más feliz de lo que Teo la había visto hasta entonces. La chica subió al carro y hurgó en una de las cajas, de la que sacó un rollo de

tela, rasgó una tira y le hizo señas a Niya para que se acercara. Ella protestó, pero dejó que Yucca le atara la tela sobre los ojos.

–Esto apesta. –Niya se movió y olfateó inquieta–. Literalmente… Como a pescado.

–Ventajas de vivir junto al río –respondió Yucca con alegría, luego le hizo señas a Teo para que siguiera.

Paz los tomó de la mano y los guio hacia el carro. Teo encontró su lugar al lado de Aurelio con torpeza y se sentó, con el muslo presionado contra el del chico para sentirse mejor. Normalmente, el calor que emanaba Aurelio era abrasador, pero en ese momento, se sentía más como las brasas de una fogata moribunda. Teo apretó los puños en su regazo y se quedó sentado en la oscuridad total, deseando que Louisa hiciera el viaje rápido.

–Así que –comenzó Niya para hacer conversación–, ¿ustedes también tienen monstruos por todas partes en su aldea o qué?

–Solo los amistosos –rio Paz. Yucca bufó, como si fuera su forma audible de poner los ojos en blanco.

–Somos bastante buenos manteniendo a los problemáticos fuera de nuestro camino.

–¿ *Cómo*? –preguntó Teo al recordar lo tranquila que había estado Yucca, frente al ahuizotl gigante–. ¿Cómo saben sobre los Celestiales, es decir, los Originales? –aclaró.

–Como en segundo año nos enseñan sobre todo eso de los dioses y los Obsidianos –

respondió Yucca–. También aprendemos cómo lidiar con criaturas como el ahuizotl, ya que hay muchas rondando Los Restos. Me sorprende que *ustedes* no lo sepan. ¿Que no son medio dioses?

Una vez más, Teo se sintió frustrado por la falta de información del mundo real que había recibido en Quetzlan. ¿Incluso alguien de una aldea fronteriza en medio de la selva sabía más sobre monstruos que él?

–¿Es cierto que sangran piedras? –preguntó Paz.

–Bueno, algo así –dijo Niya antes de lanzarse a una explicación extensa sobre la sangre de jade y dorada.

Paz y Niya pasaron el resto del viaje charlando como viejas amigas. Niya incluso entretuvo a Paz con algunas historias osadas de sus actos

heroicos. No había podido lucirse frente a nadie desde que dejaron Afortunada, así que estaba desesperada por la atención que Paz parecía estar más que dispuesta a darle. Yucca pasó todo el viaje en silencio, excepto por un gruñido descontento de vez en cuando. Teo no la culpaba por no confiar en ellos; se preguntaba cómo debía ver Reino del Sol un mortal que había crecido en las afueras, luchando contra monstruos que dioses descuidados habían dejado después de una guerra que –según Suerte– había exterminado a todos los humanos que alguna vez habían poblado Los Restos.

¿Los dioses de verdad no sabían que había toda una comunidad de mortales viviendo justo por fuera de sus fronteras? ¿O solo no les importaba? ¿Y qué implicaba vivir en un lugar sin dioses en absoluto?

Aurelio se movió junto a Teo, así que él dejó de lado todos sus pensamientos complicados sobre dioses y humanos.

–Oye, ¿puedo quitarme la venda ahora? –preguntó mientras alcanzaba a Aurelio a tientas.

–No –negó ella, pero Teo se la quitó de todos modos–. ¡Oye, vuelve a ponértela! –objetó la chica.

–¡Si Teo no la usa, yo tampoco! –Niya también se quitó la suya.

–Los…

–Está bien –le dijo Paz a Yucca con una palmadita en el brazo–. Lo hiciste bien, y ya casi llegamos de todas formas.

Teo ayudó a Aurelio a acomodarse contra unas bolsas de alimentos. Se veía mejor, pero en circunstancias normales estaba alerta, con la cabeza en constante movimiento. En cambio, estaba casi inmóvil, con los párpados caídos.

Verlo así estaba poniendo nervioso a Teo.

Aurelio ni siquiera puso resistencia cuando él se acomodó a su lado y usó una de sus alas para cubrirlos como protección adicional. La lluvia había cesado, pero aún caía agua del follaje de la selva, goteaba en el suelo embarrado, se acumulaba en las hojas y goteaba con fuerza sobre la lona.

Más adelante, aparecieron dos farolas a la vista, colgadas de postes al inicio de un sendero entablonado. Louisa deslizó el carro por la pasarela de madera sólida, por la que las ruedas giraban mucho más

fácil que en el lodo. Poco a poco, el camino ascendió hasta subir unos metros sobre el nivel del agua. Teo recordó la quinta prueba.

A su alrededor, la jungla había cambiado. A medida que el sendero serpenteaba a través del laberinto de vegetación leñosa, los árboles frondosos mermaban, reemplazados por un pantano amplio. Los manglares y arbustos con raíces aéreas enredadas parecían estar de pie sobre pilotes por encima del agua.

Nubes de insectos se agrupaban alrededor de las farolas que bordeaban el camino en intervalos de unos cinco metros. Había ranas sentadas sobre las raíces enredadas que salían del agua sucia, y sus croares formaban una melodía con el agua que caía de los árboles de troncos negros. Tortugas torpes se abrían paso entre los juncos crecidos, mientras las lagartijas correteaban por los árboles. Algunos murciélagos chillaban, colgados del musgo de las ramas y, a lo lejos, Teo podía oír un búho.

El ruido ambiental combinado con el sonido reconfortante de la lluvia y con las historias de Niya debió haber creado algún tipo de ASMR relajante para Aurelio. Teo observó con una sonrisa entretenida cómo se le caía el mentón hacia el pecho. Al final, Teo le dio un pequeño tirón del brazo, y Aurelio se recostó contra él. Así, podía sentir cómo el pecho del chico subía y bajaba despacio contra su costado y cómo su respiración le cosquilleaba el cuello.

Las mejillas de Teo se acaloraron, pero en la oscuridad, donde nadie podía verlos, era seguro sonreír y disfrutar de la sensación de que Aurelio se apoyara en él. Así que se acomodó en una posición más cómoda y ajustó su ala, con cuidado de no sacudir al niño dormido. Luego lo rodeó con un brazo, solo para ayudar a mantenerlo en su lugar, por supuesto.

–¡Ya llegamos! –llamó Paz desde el frente–. ¡Ahí está!

Teo estiró el cuello para ver. Lo que la chica señalaba era una cerca enorme hecha de madera sólida, que se alzaba al menos tres veces más alta que él.

–¡Cielos, sí que es una pared grande! –comentó Niya. Teo estaba distraído por las marcas de garras de diferentes formas y tamaños que decoraban la madera. En la parte superior, la cerca se inclinaba hacia adelante.

–Vaya, eso es inquietante –murmuró para sí mismo con un escalofrío. Supuso que era para mantener afuera a todos los monstruos temibles

que vagaban libres en los territorios fronterizos. Pero, de todas formas, cuanto más se alejaran de casa, más cerca estarían del peligro.

Al menos ese lugar *tenía* una cerca.

Teo sacudió el hombro de Aurelio con suavidad hasta que abrió los ojos.

–Es hora de despertar, dormilón –dijo en tono juguetón. Aurelio se sentó y miró a su alrededor.

–¿Dónde estamos? –preguntó, entrecerrando los ojos en la oscuridad. Aún se veía mal, pero al menos estaba hablando.

–En un pueblo secreto en la frontera de Los Restos –explicó Teo.

Aurelio lo miró y esperó, pero cuando no dijo nada, insistió:

–No entiendo la broma.

–No estoy siendo sarcástico esta vez.

–¡Es mucho más bonito por dentro! –les aseguró Paz.

–Todavía no estoy contenta con esto –murmuró Yucca. Respiró hondo para tranquilizarse y luego marchó hacia la puerta. Un reflector enorme se encendió frente a ellos, y Teo tuvo que levantar las manos para protegerse los ojos. Se escuchó un estruendo, seguido por cadenas que se arrastraban y, poco a poco, la enorme puerta comenzó a abrirse.

–¿Dónde es este lugar? –Aurelio intentó orientarse.

–¡En el fin del mundo, por lo que parece! –dijo Niya, con demasiada alegría.

Aurelio miró alrededor del carro y frunció el ceño hacia Teo.

–¿Acaso yo…?

–¿Te dormiste y te acurrucaste en mí como un gatito? –bromeó Teo con una sonrisa. Las mejillas de Aurelio se sonrojaron, así que rio y agregó–: ¡Por supuesto que no! Aurelio, Hijo de Lumbre, nunca sería atrapado en una posición tan comprometedora.

–¡Roncas como un cachorrito! –anunció Niya–. ¡Es adorable!

Aurelio abrió y cerró la boca sin poder decir nada, lo que solo hizo reír más a Teo. La verdad, después de todo lo que habían pasado, era agradable reírse de *algo*.

Paz jaló las riendas para dirigir a Louisa a través de la puerta con Aurelio en la parte trasera del carro. Los demás saltaron para seguir a pie.

Teo se sintió confundido de inmediato. Esperaba un pueblo lleno de gente, pero en lugar de eso, entraron en una enorme zona de pastoreo, en una plataforma elevada sobre el pantano. Había zonas diferentes sembradas con césped, heno y algo que parecía aserrín. Habían construido varios refugios alrededor del recinto, con techos de chapa inclinados que recogían el agua de lluvia en barriles. Más farolas colgaban alrededor del perímetro y a lo largo de los senderos.

Los animales se movían por áreas delimitadas. Había cabras pastando, patos nadando en lo que parecía una piscina plástica para niños, y cerdos revolcándose felices en un corral. Incluso había vacas y un grupo de tres burros que se acercaron trotando a Louisa.

–Eh, ¿dónde están todas las personas? –le preguntó Teo a Paz, mientras le lanzaba una mirada nerviosa a la gigantesca puerta que se cerraba detrás de ellos.

Paz se rio como si acabara de hacer una broma muy divertida. Cuando él se limitó a mirarla confundido, ella se detuvo.

–¡Ah, hablas en serio! –dijo y levantó la barbilla–. ¡Mira hacia arriba!

Teo, Niya y Aurelio inclinaron las cabezas hacia atrás.

– *Vaya* –suspiró Teo.

El pueblo estaba al menos a unos treinta metros por encima de sus cabezas. Las estructuras se habían erigido alrededor de troncos de árboles sin ramas, por encima de las raíces de los manglares, pero por debajo de las copas, y estaban sostenidas por enormes pilotes que se hundían en el pantano de abajo. Plataformas más pequeñas

formaban un anillo alrededor del corral de ganado, y una mucho más grande estaba en el centro, directamente sobre sus cabezas.

Desde el suelo, era difícil ver todo, pero Teo vio más farolas colgadas alrededor de las barandillas que iluminaban docenas de rostros curiosos que lo miraban desde arriba.

Los adultos hablaban en susurros serios, mientras los niños se agrupaban para ver qué estaba pasando.

Teo no sabía cuál era el protocolo en una situación como esa, así que solo los saludó con torpeza desde abajo. Yucca por poco temblaba de la ansiedad.

–Estamos en grandes problemas –siseó–. ¡Tenemos una regla! ¡Una! Nada de forasteros.

En especial si son forasteros *semidioses* que acaban de hacer desaparecer al sol.

Paz los llevó a un elevador de madera donde posicionaron el carro y liberaron a Louisa para que se reuniera con sus amigos burros. El ascensor era operado por un molino de agua; cuando la chica activó una palanca, una serie de poleas se pusieron en marcha y levantaron la plataforma despacio con ellos a bordo.

–¡Esto es increíble! –dijo Niya, casi colgada por la barandilla.

–Sí que lo es –suspiró Teo mientras intentaba asimilarlo todo.

El pecho de Paz se hinchó de orgullo.

–Hemos trabajado duro para mantener nuestro pueblo funcionando con lo que el pantano y la jungla nos brindan –explicó–. Pero necesitamos ir a las ciudades para conseguir cosas más complicadas como baterías, suministros médicos y alimentos para complementar lo que no podemos conseguir por nosotros mismos. ¡Y siempre estamos buscando formas de mejorar!

Mientras subían por el sistema de árboles, pasaron por puentes de cuerda precarios que un grupo de adolescentes atravesaba con impresionante destreza. También había más caminos de tablones, con curvas ligeramente inclinadas y con cuerdas móviles con asas, que alguien en silla de ruedas utilizaba para avanzar, mientras que su compañero iba caminando a su lado.

–¡Es como una pista de cuerdas! –rio Niya con alegría–. ¡Quiero probarlo!

Cuando levantó una pierna para subir al *elevador en movimiento*, Yucca soltó un grito angustiado, y Teo la rodeó por la cintura.

–Niya, ¡ *no*! –la reprendió, anclándose para mantenerla en su lugar–.

No creo que ni siquiera tu cuerpo dorado pueda soportar esa caída.

Niya hizo un mohín.

–Ah, no te preocupes –dijo Paz con un gesto despreocupado–. ¡Tenemos redes instaladas como medida de seguridad!

Teo les lanzó una mirada. Mantener a Niya a salvo de sí misma era un trabajo a tiempo completo, y Paz no estaba ayudando. Pero, para su sorpresa, Niya se encogió de hombros con desdén.

–Bueno, eso no es divertido –murmuró, pero al segundo siguiente, exclamó–. ¿Son *toboganes*?

Sin dudas, pasaron junto al inconfundible plástico pulido de un tobogán tubular que se curvaba alrededor del elevador.

–Es la forma más fácil de bajar en caso de emergencia –explicó Paz, señalando hacia donde más toboganes se retorcían a través de los árboles–. Es la opción más rápida y accesible que se nos ocurrió. Y son *muy* divertidos –añadió con una sonrisa radiante.

Niya estaba muy emocionada, y, tal vez en otras circunstancias, Teo también lo hubiera estado.

Mientras continuaban su ascenso, el elevador superaba las copas inferiores y ampliaba la vista.

–Vaya –suspiró Teo, aferrado de la barandilla un poco más fuerte.

Sin luna, la luz de las estrellas danzaba sobre la parte superior del follaje inferior.

Aunque no se veía mucho, la jungla que habían estado recorriendo durante días se extendía hacia el norte sin fin, al parecer.

Más allá del río se encontraban Los Restos. La jungla era una mancha de color negro impenetrable en el paisaje. No había luces, y Teo ni siquiera podía distinguir el contorno de los árboles; era como si la oscuridad lo hubiera engullido todo. Teo se preguntó dónde estaba el templo de Venganza, qué tan lejos se encontraba, y si Auristela, Dezi, Marino, Ocelo, Xochi y Atzi estaban bien.

También estaba preocupada por Xio, pero eso parecía estar en conflicto directo con su preocupación por los demás.

El elevador se sacudió hasta detenerse.

–¡Y aquí está el pueblo! –anunció Paz, extendiendo los brazos.

Las casas en los árboles estaban todas en el nivel principal. Había plataformas entre los árboles, dispuestas en círculo alrededor del área de pastoreo inferior, lo que proporcionaba un excelente punto de vista para vigilar a los animales y las áreas circundantes. Grupos de casas pequeñas hechas de troncos entrelazados y con techos de paja se asentaban en cada plataforma, con una cocina comunal al aire libre, con un horno de adobe en el centro.

Paz los llevó a una gran plataforma construida en el centro, que albergaba un edificio bajo de gran tamaño.

–¡Esta es la Casa Grande! –anunció–. Básicamente es nuestro centro comunitario. La usamos para reuniones, celebraciones, como refugio durante emergencias, para votaciones…

–¿Para decidir qué hacer con semidioses que encuentran en la jungla? –arriesgó Teo.

–Bueno, es la primera vez que *eso* sucede –admitió Paz–. ¡Pero sí! – Yucca soltó un ruido tenso, pero su amiga la ignoró–. Y es donde se reúne el consejo.

Teo sintió una repentina necesidad de tener un plan antes de enfrentarse a cualquier *consejo* frente al que estuvieran a punto de ser presentados.

–Entonces, cuando entremos allí, ¿debería empezar desde el *principio* o solo desde la parte en la que Yucca nos salvó del monstruo gigante?

Con las manos en las caderas, Yucca les lanzó una mirada seria.

–Primero, no los llamamos “monstruos”. ¿Cómo te sentirías si alguien te llamara monstruo solo porque eres más grande que ellos? –preguntó, señalando a Niya.

–Me sentiría triste –reconoció Niya y se encogió de hombros.

–Las criaturas de Los Restos han estado aquí tanto tiempo como nosotros, tal vez más –

continuó Yucca–. Puede que a tus dioses les provoque un placer retorcido masacrarlas

por deporte, pero aquí no hacemos eso. Nuestra política es capturarlas

y liberarlas al otro lado del río.

–Esto es mucho para procesar. –Niya suspiró y se frotó la frente.

–Pero, ¿cómo… se protegen? –preguntó Aurelio con cuidado, como si él también temiera ganarse la ira de la chica.

–¡Justo como Yucca hizo para salvarlos a ustedes! –intervino Paz–. Los alejamos, los distraemos o lo que sea. Dijeron que fueron a la escuela para aprender a pelear, ¿no? –

Aurelio y Niya asintieron–. Bueno, nosotros aprendemos a… ¡no hacer eso! –explicó la joven–. Para construir un mundo diferente, necesitábamos herramientas diferentes, así que aprendimos a tratar con los animales de la manera más pacífica posible.

Yucca asintió complacida mientras Paz hablaba.

–Entonces, ¿ustedes no… matan nada? –preguntó Niya, frunciendo el ceño como si le costara entenderlo.

–No dijimos *eso* –dijo Yucca, irritada–. A veces tenemos que usar la violencia para protegernos, pero intentamos evitarla a toda costa.

–¿Cuánto tiempo llevan aquí? –preguntó Aurelio.

–Desde la Guerra de los Dioses –respondió Yucca–. Hemos pasado siglos convirtiendo este pantano en nuestro hogar, a salvo de ustedes, y planeamos mantenerlo así. Lo cual incluye llevarlos al consejo para decidir qué hacer con ustedes, así que vamos –concluyó guiándolos hacia la Casa Grande.

Teo la siguió hacia la enorme casa en el árbol. Dentro, había un espacio abierto lleno de gente. Los adultos conversaban mientras los niños corrían unos tras otros alrededor de mesas y sillas. Había personas con comida y bebidas, y grupos que reparaban ropa y redes.

Yucca se dirigió hacia el fondo de la sala, donde dos grandes puertas de madera estaban abiertas, pero el grupo estaba atrayendo la atención demasiado rápido. Niya y Aurelio sobresalían un poco por encima de la mayoría, y estaba el asunto de las brillantes alas verdes y azules de Teo, que destacaban como un faro sin importar cuánto las replegara.

Las conversaciones se detuvieron y los niños se apilaron unos sobre otros para ver mejor. Murmullos curiosos llenaron el aire mientras

Yucca los llevaba a la siguiente sala.

Cerca de doce personas estaban sentadas alrededor de una enorme mesa circular en el centro, y su conversación se detuvo al ver a Teo y a sus compañeros.

Yucca soltó un suspiro pesado.

–Tenemos una situación –anunció.

Las sonrisas amistosas se transformaron enseguida en aprensión y confusión. Teo forzó una sonrisa incómoda y contuvo la respiración, pues no tenía idea de qué esperar de ese consejo: si los ayudarían o simplemente los echarían como parecía querer hacerlo Yucca.

Avanzó dudoso y explicó que los tres habían sido competidores en las últimas Pruebas del Sol, en Reino del Sol, que la ceremonia de coronación había sido saboteada por los Obsidianos, lo que había resultado en el asunto de que "el sol ha desaparecido". Niya intervino de vez en cuando para aportar los detalles, en especial heroicos.

Cuando Teo terminó, hubo exclamaciones de asombro alrededor de la mesa.

–¿Querían que *mataras* a alguien? –exclamó una mujer de cabello gris y arrugas alrededor de los ojos, horrorizada.

–¡Eso apesta! –dijo un adolescente que parecía apenas mayor que Teo.

–¿Y como no lo hiciste… el sol se apagó? –inquirió un hombre de mediana edad que intentaba entender todo mientras hacía rebotar a un niño pequeño en su rodilla.

–Qué maldito desastre –dijo una chica de veinte años, que se frotaba las sienes.

–Esos malditos dioses –protestó un hombre mayor con un bigote gris y tupido.

Teo se sintió aliviado por sus reacciones, pues no era el único que veía cuán horribles eran las Pruebas. A la gente de esa aldea ni siquiera le gustaba lastimar a los monstruos, por supuesto que pensaban que la idea de un sacrificio humano era una barbarie.

La anciana se volvió hacia ellos con una expresión solemne y preguntó en voz baja:

–¿Qué harán ahora?

Un sentimiento de culpa invadió el estómago de Teo. Toda una comunidad se había separado de Reino del Sol para proteger a su gente de los dioses, solo para verse arrastrada de nuevo al caos por un Jade descarriado. Tardó un momento en darse

cuenta de que la mujer le estaba hablando directamente a él, así que buscó una respuesta que lo hiciera sonar más heroico de lo que se sentía en ese momento.

–Tenemos un plan –dijo con firmeza–. Venganza… los Obsidianos, tienen la Piedra Solar. Si podemos llegar hasta ellos en Los Restos y distraerlos lo suficiente para recuperarla, tendremos una oportunidad de resucitar a Sol para que pueda desterrar a los Obsidianos otra vez.

–¿Sol?

–¿Eso significa que habrá otra guerra?

Se desató un murmullo de preocupación entre los reunidos.

Claro. Teo había olvidado que Sol no era el salvador todopoderoso para todos.

–Lo que intentamos es *evitar* que ocurra una guerra –explicó Teo–. Si no conseguimos la Piedra Solar y resucitamos a Sol para detener a los Obsidianos, se convertirá en una guerra a muerte entre los dioses. –Las voces aterrorizadas aumentaron en volumen, así que Teo habló más alto–. Pero nosotros –señaló a Niya y Aurelio a su lado–, no dejaremos que eso ocurra. Siento mucho haberlos metido en esto. Pero prometo hacer todo lo posible para solucionar las cosas –afirmó.

El debate comenzó de inmediato. Su presencia, junto con las voces elevadas, estaba atrayendo a más personas hacia la sala del consejo. Teo sintió claustrofobia, atrapado por el peso aplastante de la realidad.

Yucca suspiró y se presionó el puente de la nariz.

–Esto tomará tiempo –dijo mirando a Paz.

–¿Por qué no los llevo a mi casa mientras ellos resuelven las cosas? –le ofreció la otra chica al trío con una sonrisa compasiva.

–¡BUENO, SEAMOS CIVILIZADOS! –gritó Yucca para llamar la

atención de todos mientras Teo, Niya y Aurelio seguían a Paz hacia afuera–. Quisiera recordarles a todos que tenemos reglas durante una reunión. ¡Podemos cantar juntos, pero no podemos hablar todos al mismo tiempo!

Paz llevó a los semidioses a su casa y, aunque estaba justo en la plataforma de al lado, parecieron tardar una eternidad. Se sintió como desfilar por una pasarela, para la gente

que los miraba. Era raro ver a Niya sonreír y saludar mientras recibían miradas que iban desde la curiosidad hasta la ira. Aurelio, por su parte, estaba completamente impasible, se limitaba a seguir la procesión como lo había hecho todo el viaje, pero Teo estaba demasiado cansado para preocuparse. Al menos el chico estaba mejor gracias a la gema de Primavera.

El tiempo era escurridizo sin contar con el sol para marcar las horas, pero Teo supuso que ya debía ser tarde en la noche. Se preguntó si los aldeanos tendrían una forma de medir el tiempo, como los relojes electrónicos con los que había crecido en Reino del Sol. Todo el funcionamiento de su sistema era increíble, más allá de lo que alguna vez podría haber imaginado, y más allá de las fronteras de su mundo.

La casa de Paz era pequeña pero acogedora. Les ofreció algunas mantas adicionales, y el trío se apoderó de la sala de estar, que estaba bastante abarrotada. Aurelio y Niya montaron su campamento en el suelo, y Teo se acomodó en el sofá, ya que era el único lo suficientemente bajo para caber en él. Luego, Paz les dejó algunos bocadillos antes de regresar a la Casa Grande.

Ducharse era la prioridad; sus trajes eran impermeables, pero eso no ayudaba mucho si eran sumergidos en un río, sin mencionar los litros de sudor tras haber atravesado la selva. Forcejear para subir y bajar sus pantalones elastizados era como intentar colocarse su antigua faja de compresión después de una ducha caliente.

–Necesitamos ropa seca y limpia para que te cambies –dijo Teo al extenderse para alcanzar la mochila de Aurelio, pero el chico la tomó por él.

–Puedo encargarme de eso por mi cuenta –se sentó en el suelo para abrir la cremallera.

Teo caminaba en círculos a su alrededor.

–¡Ponte algo abrigado! –le dijo y, de repente, se detuvo en seco–.

¡Espera! ¿El agua no será mala para ti? ¡¿No deberías evitar ducharte?! –Aurelio lo miró con una sonrisa entretenida–. ¿Hará que empeores? –Teo frunció el ceño. Cuando Aurelio soltó una risita, él levantó las manos, frustrado–. ¡Está bien, muérete! ¡A ver si me importa!

Aurelio se levantó con la ropa debajo de un brazo y, al pasar junto a Teo, le tocó la espalda baja con delicadeza.

–Agradezco tu preocupación –murmuró en voz baja y rasposa antes de desaparecer en el baño.

Desde un rincón de la sala, donde estaba tirada en el suelo con los pies sobre una mesa de café, Niya carraspeó.

– *Hasta el cuello*.

–¿Qué? –Teo se giró para mirarla.

Ella metió un puñado de nachos en la boca y fingió inocencia.

–No he dicho nada.

Teo miró distraído la puerta del baño. Recordaba cómo Aurelio había titubeado durante la pelea con los jaguares de piedra y también con el ahuizotl, como si sus movimientos estuvieran siempre un paso atrás. De pronto, todas las piezas encajaron.

– *Mierda* –siseó Teo.

–¿Qué pasa? –Niya giró con el ceño fruncido de preocupación

–Los titubeos de Aurelio, ¿te has fijado cómo dudaba contra los jaguares de piedra? ¿Y

contra el ahuizotl?

–Sí, en verdad no le gusta estar mojado…

–Está acostumbrado a ser la mitad de un equipo –la interrumpió Teo. La culpa y la compasión amargaron su estómago–. No creo que esté dudando, en realidad. Creo que tiene el instinto de esperar a que Auristela intervenga.

–Pero ella no está aquí. –La expresión de Niya se suavizó.

–Exacto –afirmó Teo con el pecho adolorido.

Los dos se quedaron en un silencio incómodo, escuchando el sonido amortiguado de la ducha. Teo había pasado tanto tiempo preocupándose por *llegar* a los semidioses Dorados que no había tenido tiempo para procesar que ellos ya no estaban.

Unos minutos después, Aurelio salió del baño con un par de pantalones cortos limpios y otra de sus camisetas ajustadas. El vapor se elevaba de sus hombros desnudos y su piel tenía un rubor saludable.

–¿Quieres comer algo? –preguntó Teo al seguirlo por la sala–. ¿O beber? ¿Té?

–Estoy bien –respondió Aurelio mientras hurgaba en su mochila.

–Siempre dices eso. –Teo frunció el ceño.

–Bueno. –El chico Dorado se levantó y sujetó su cabello largo mojado con una cuerda antes de sujetarlo en su lugar–. Esta vez lo digo en serio.

–Ah, bueno, eso es *reconfortante*.

Aurelio soltó una risa mientras se dejaba caer sobre su colchón de mantas.

–Estaba bromeando.

–No –bufó Teo, de brazos cruzados contra el marco de la puerta–. Ni siquiera sabes cómo hacerlo.

–Ah, por amor de Sol, ¡dejen de coquetear! –protestó Niya con la boca llena de nachos.

Teo se sonrojó y balbuceó sin sentido, negándose a mirar a Aurelio. Niya lo ignoró.

–AURELIO, CÁLLATE Y DUÉRMETE. TEO, VE A TOMAR UNA DUCHA, HUELES

MAL.

Teo intentó discutir, pero entonces Niya empezó a lanzarle nachos caseros hasta que se fue de la habitación. En la ducha básica, una cubeta con agujeros en el fondo y agua caliente que llegaba a través de una manguera, Teo se lavó el cabello y las alas tres veces con un champú que olía a papaya de una pequeña botella. Se sintió increíble

estar limpio y aliviar sus dolores y molestias. No tenía idea de cuánto tiempo pasó en la ducha, pero cuando salió, Niya y Aurelio ya estaban completamente dormidos. Niya se había quedado dormida con las piernas aún sobre la mesa de café, con la bolsa vacía sobre el estómago y migas de nachos por todo el pijama blanco. Tenía la boca abierta, y sus ronquidos resonaban más que nunca en la pequeña habitación.

Teo tuvo que pasar sobre un Aurelio dormido, acurrucado de lado con la espalda apoyada contra la base del sofá, abrazado con firmeza a una de las mantas mullidas que sostenía contra su pecho, con el rostro enterrado en el material suave. Luego se sentó en el sofá a contemplar el ascenso y descenso pacífico de la respiración del chico, conteniéndose de, bueno, no sabía qué. ¿Encerrarlo en una habitación acolchada donde nada malo pudiera herirlo y llenarla con dulces y todas las cosas divertidas que no le habían permitido hacer antes?

Aurelio, el perfecto chico Dorado, que tenía el poder y el prestigio para ser justo la clase de Héroe profesional que Teo siempre había deseado ser, pero que solo había conocido el sufrimiento debido a ello. En lugar de empoderar a Aurelio, su madre y la Academia solo lo habían hecho menos, lo habían hecho sentir inadecuado, que nunca sería suficiente. Teo odiaba eso, odiaba todo el estúpido sistema, los odiaba a todos ellos. Y

no podía dejar de pensar en las cosas que había dicho Yucca.

“No estamos a cargo… Somos una comunidad”.

Habiendo crecido en Quetzlan, Teo creía saber el significado de la palabra, pero lo que fuera que tuvieran los mortales en esa aldea en las copas de los árboles, era completamente diferente a cómo funcionaban las cosas en Reino del Sol. Le recordaba un poco a Afortunada, los mortales allí se habían unido para derrotar a los Monstruos Celestiales antes de que los semidioses siquiera llegaran. Durante toda su vida, Teo había sentido resentimiento hacia los Dorados, con toda su elegancia y su poder, pero tal vez… Bueno, tal vez no solo los *Dorados* fueran el problema.

Por primera vez desde que todo sucedió, Teo se permitió recordar la ira en el rostro de Xio. “¿¡No lo entiendes!? No necesito tu ayuda, ¡no quiero que me salves!”, había gritado el chico más joven.

En Reino del Sol, todos habían crecido aprendiendo la historia en la que Sol había encargado a los dioses el cuidado de la humanidad, pero

¿los mortales alguna vez pidieron esa protección? Los dioses y sus hijos gobernaban sobre las ciudades mortales, mantenían a la gente a salvo, protegida y alimentada. Cada diez años, sacrificaban a uno de los suyos para mantener a los Obsidianos alejados, porque los Obsidianos habían intentado esclavizar a toda la humanidad.

¿Verdad?

"Al final de todo esto, terminaremos como las ciudades Obsidianas, masacrados o abandonados a morir", había dicho Yucca.

La pluma de su madre le hacía cosquillas en el cuello. Tal vez estaba siendo paranoico.

¿Y qué si un grupo de mortales rebeldes en las afueras de Reino del Sol pensaban que los dioses eran los villanos? Ninguno de ellos había estado presente durante la guerra en realidad, no como la madre de Teo o los otros dioses. Pero también estaba ese mosaico en el templo de Suerte…

Teo se incorporó y, enfadado, acomodó la almohada bajo su cabeza y buscó recuerdos de cualquier cosa que Quetzal hubiera dicho sobre la guerra. Su memoria estaba en blanco. No estaba seguro de que su madre hubiera mencionado alguna vez haber luchado contra los Obsidianos.

Tampoco había mencionado que Teo tenía una hermana mayor que había sido sacrificada en las Pruebas.

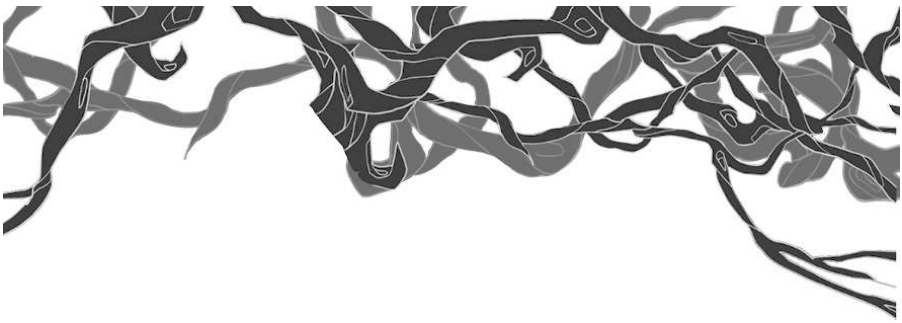
Quería creer que su madre nunca haría algo tan horrible, pero, bueno, todo el mundo quiere creer eso sobre sus padres, ¿no? Niya sin dudas pensaba que Tierra no podía hacer nada malo. Pero no era difícil imaginar a alguien como Lumbre, tan fría y distante incluso con sus propios hijos, como la villana en las historias para dormir de Paz y Yucca.

Teo se sentó y sacó a Tuki de su mochila antes de volver a recostarse en el sofá. A esas alturas, ya no le importaba si sus amigos sabían sobre su tucán de felpa, necesitaba el consuelo del hogar. Suspiró mientras acariciaba el pico suave de Tuki. ¿Cuándo se había complicado todo?

Probablemente en el momento en que esa estúpida corona de rayos de sol había aparecido sobre su cabeza.

Aurelio emitió un ruido bajo, como un pequeño ronquido, y Teo no

pudo evitar sonreír un poco. Cuando el sueño comenzó a nublarle los ojos, decidió dejar de lado todos los pensamientos sobre los Dorados, los dioses y la humanidad, y dejarse llevar para soñar con el lindo chico dormido a su lado.



CAPÍTULO 13

XIO

Xio bajó las escaleras con pasos que resonaban por las paredes de piedra fría. Llevaba una cesta tejida llena de alimentos básicos, tazas pequeñas y una botella de agua. Aunque ese calabozo con los Dorados era el último lugar en el que quería estar, era su deber cuidar de los prisioneros. O, en palabras de Venganza, *asegurarse de que siguieran respirando.*

Cuando llegó al pie de la escalera, escuchó voces por el corredor.

–¡Mantente despierto, Marino! –advirtió Atzi.

–¿Dezi está bien? –preguntó el chico con la voz temblorosa.

Xio dudó y se asomó hacia el corredor de luz tenue, en el que las antorchas arrojaban sombras de los Dorados encerrados en la oscuridad.

Marino estaba tendido de espaldas en medio de la celda, con los ojos entreabiertos y la respiración agitada. Xio se preguntó si se habría movido desde la última vez que había estado allí abajo.

–Por supuesto que lo está –le aseguró Xochi a Marino, a pesar de que estaba en la celda contigua a la de Dezi y no podía verlo. La chica estaba apoyada contra la pared que los

separaba, repiqueteando los dedos de forma experimental contra el cemento–.

Preocúpate por ti mismo por ahora, ¿de acuerdo?

La curiosidad dominó a Xio, así que avanzó, apoyado contra la pared para que no lo vieran. Auristela murmuró algo que no alcanzó a entender, a lo que Xochi reaccionó poniendo los ojos en blanco, pero con un gentil “De acuerdo, Auristela”.

–Extraño a los cachorros –lamentó Ocelo mientras retorcía su capa arrugada sobre las piernas. Le estaba creciendo el cabello, por lo que

comenzaba a aparecer una sombra debajo de las manchas de leopardo teñidas en su cabeza–. Les estaba enseñando a nadar antes de las Pruebas.

Xio no podía imaginarse a Ocelo guiando a un grupo de cachorros de jaguar al agua con amabilidad, pues era un contraste muy fuerte con la persona iracunda y violenta que conocía.

–Estoy segura de que eres un excelente maestro –le aseguró Xochi.

–Tal vez –respondió Ocelo con una sonrisa amarga–. Pero eso ya no importa, ¿verdad?

No me recordarán, si es que vuelven a verme.

–Oye –advirtió Atzi, que estaba en cuclillas contra el cristal de su celda–. Eso no es verdad. Encontraremos la forma de salir y te reencontrarás con los cachorros. Les seguirás enseñando a nadar y todo lo que hagan los cachorros de jaguar.

–Sí, como mutilar –sugirió Auristela con lo que, al parecer, animó a Ocelo.

Ver a los orgullosos Dorados reducidos a versiones penosas y debilitadas debería haber sido vigorizante, pues eran las personas que Xio había aprendido a odiar –las representaciones de lo que odiaba de Reino del Sol–, pero lo único que veía era sufrimiento y vulnerabilidad. Le resultaba difícil verlos en una situación tan lamentable, que no se sentía como castigar a los abusivos, sino como patear a un perro herido.

–¿Quién está ahí? –exigió la voz dura de Atzi en el silencio profundo. Entornó los ojos al percibir la silueta de Xio en la oscuridad.

El chico avanzó hacia la luz.

–¿Vienes a regocijarte? –soltó Ocelo–. ¿O los Obsidianos te enviaron a terminar con nosotros?

Auristela soltó una risa macabra entre dientes.

–Que sea lo segundo, *por favor*.

–Tranquilos. –Xio puso los ojos en blanco y avanzó para entregarles pan duro y agua, apenas lo suficiente para mantenerlos con vida. Como Auristela no podía usar las manos, tuvo que rebajarse a intentar

alimentarla, pero ella nunca lo aceptó. Cuando él extendió la mano, la chica le lanzó un mordiscón a los dedos.

–Sol, sácanos de aquí para que pueda morder a esta pequeña basura –rezó con rabia. El hielo de la celda siseaba y humeaba en contacto con su piel.

–Muere de hambre, entonces –sentenció Xio antes de avanzar hacia el siguiente.

–¡Espera! –lo llamó Xochi.

Al principio, Xio no comprendió qué estaba viendo. Cuando tocó el cristal de Dezi para volverlo traslúcido, encontró al chico sentado de piernas cruzadas en el suelo, mirando hacia abajo con una sonrisita. Tenía las manos alrededor de una pequeña dalia rosada que, de algún modo, había crecido en una grieta del cemento. Xio tuvo una revelación:

¿eso era lo que Xochi había estado haciendo al golpetear la pared? ¿Estaba haciendo crecer una flor?

En cuanto Dezi notó que el cristal se había vuelto transparente, se apresuró a ocular la flor con un trozo de tela de lo que quedaba de su traje ceremonial. Y, mientras Xio pensaba qué hacer con él, el chico lo esquivó con la mirada y jadeó consternado al ver el estado de Marino al otro lado del corredor. A pesar de estar debilitado, Marino logró levantar la cabeza para mirarlo y sonrió, débil pero feliz, mientras respiraba de forma superficial. Luego dijo algo en señas que Xio no entendió. Dezi asintió y presionó la frente contra el cristal, con los labios temblorosos.

Xio odiaba verlo. Odiaba la culpa que le revolvía el estómago. Y, a pesar de las órdenes explícitas, llenó media tacita de agua y, con cuidado de dejar la botella lejos, atravesó el corredor y abrió la celda de Marino. La expresión del chico se volvió feroz cuando él entró al cubículo, que se sentía como estar dentro de un horno. Dejó la taza en el suelo, lejos de Marino, antes de salir de prisa y cerrar la puerta otra vez.

–¿En serio? –Marino soltó una risa apagada.

–Marino –le advirtió Atzi, pero él la ignoró y se levantó con esfuerzo para ver mejor a Xio.

–¿Sabes que tu cuerpo es sesenta por ciento agua? –preguntó con voz

rasposa, pues el calor le resecaba la garganta. Tenía los labios curtidos, manchas de sangre dorada seca y los ojos hundidos. Xio se armó de valor para mirarlo, pero no dijo nada–. Tu cerebro y tu corazón son setenta por ciento agua y tus pulmones, alrededor del ochenta por ciento

–continuó Marino en tono pausado–. Tu piel es sesenta y cuatro por ciento agua, tus músculos y riñones un setenta y nueve por ciento. E incluso tus pequeños huesos cobardes contienen un treinta por ciento. –Hizo una pausa para recuperar el aliento, en la que los músculos de su rostro se contorsionaron por la rabia apenas contenida–. Y yo tengo todo el tiempo a mi disposición. Cuando descubra cómo controlarla, acabaré contigo.

–Nunca me sentí más atraída hacia ti que en este momento –comentó Auristela.

–Sí, qué miedo –replicó Xio. En verdad tenía miedo; no quería ser el blanco de lo que Marino fuera capaz de hacer, aun en ese estado. El Héroe orgulloso, rebajado a ser un prisionero, todavía tenía el valor de desafiarlo; por dentro, Xio no podía evitar admirarlo–. Bebe rápido, antes de que me arrepienta –dijo señalando la taza con la cabeza.

Marino dudó un momento, como si temiera que estuviera envenenada, pero la sed fue más fuerte. Se apresuró a levantar la taza y beber el líquido escaso de un trago.

–Está bien, Marino, vuelve a recostarte antes de que te hagas daño –le indicó Atzi antes de volver su atención hacia Xio–. Así que, ¿bajaste aquí para ver cómo nos pudrimos?

– *No* –rabió Xio.

–Ah, ¡qué pena, está solo! –exclamó Ocelo–. ¿El *princhipito* de la *oshcuridad* no tiene *amigosh*?

–¡Cierra la boca! –La rabia alteró los nervios de Xio–. No estoy *solo*, tengo verdaderos amigos arriba.

–Ay, por favor, ¿así los llamas? –Fue el turno de Auristela de provocarlo–. Les desagradas tanto como a nosotros. –Como siempre, la chica supo cómo clavar las uñas con manicura perfecta *justo* en las inseguridades de Xio–. Es evidente que Chupacabra se contiene de asesinarte solo porque eres el bastardo de Venganza. Y a Caos le importas un comino. Cinco minutos con cualquiera de ellos debería ser suficiente para saber que no les importa si vives o mueres. Y todos

sabemos que Venganza solo te está usando para todo este asunto de "dominar al mundo".

Xio estaba olvidando la oleada de compasión que lo había llevado allí abajo por empezar. Debería dejar que los Dorados se pudrieran allí hasta que terminara la guerra y luego que Chupacabra se divirtiera con ellos.

–No puedo entender cómo le has hecho esto a tu verdadero padre –dijo Marino con esfuerzo. Aunque fue apenas más que un susurro, Xio lo escuchó fuerte y claro. Y, antes de que fuera consciente de lo que hacía, golpeó la pared fuera de la celda de Marino, con tanta fuerza que abrió grietas en la roca, por las que corría magia púrpura de venganza, brillante en la luz tenue.

Xio observó lo que había hecho, y los demás se quedaron mudos.

–¿Desde cuándo puede…? –exigió Ocelo, pero Auristela lo silenció y le lanzó una mirada calculadora a Xio, para nada impresionada.

Marino lo fulminó con la mirada desde el suelo, sin una gota de la cordialidad habitual.

–Nos dijiste que Mala Suerte te mintió y que quería mantener tu sangre obsidiana en secreto. ¿Siquiera pensaste en que lo hacía para *protegerte* de esos monstruos?

Monstruos.

A Xio le hirvió la sangre.

–¡Estaba protegiéndome de *ustedes*! –gritó. Era como si toda la ira y el resentimiento que había tenido guardados durante las Pruebas se estuvieran abriendo camino a la superficie en una explosión violenta–. ¡NINGUNO DE USTEDES LO ENTIENDE!

Pasaron toda su vida sin tener que cuestionar su lugar en el mundo, sin tener que preguntarse si las personas que amaban, las personas en las que *confiaban*, podrían estar mintiéndoles en la cara para su propio beneficio, *porque son Dorados*. Nunca han tenido que cuestionar su valía, porque desde el momento en que nacieron, todos les enseñaron lo inútiles que somos el resto de nosotros, incluidos los Jades y los humanos que ustedes protegen con *honor*, por los que envían al eslabón más débil de su ejército adolescente a morir una vez cada diez años "por el bien mayor". Todo es un maldito juego. Lumbre, Guerrero, Agua, Tormentoso y *todos ellos* están en el mismo equipo.

No son *mejores* que los Obsidianos. Ustedes gobiernan sobre las clases bajas como si fuera su derecho de nacimiento y nunca se detienen a preguntarse qué los hace tan diferentes de los malos. ¿Los monstruos que crearon en esas historias? Pueden mentirme, decirme que no creen que son mejores que los Jades o los humanos o incluso que yo, pero el

hecho de que se despierten cada mañana y se llamen a sí mismos Dorados con orgullo dice lo contrario. Todo es una gran hipocresía –escupió.

»Sus padres destruyeron *tres ciudades* –enfatizó Xio en su esfuerzo para que lo entendieran–. Y no solo a los dioses Obsidianos, ¡sino a las *personas*! A humanos a los que todos ustedes han jurado proteger. Linajes enteros desaparecieron de la noche a la mañana, y yo podría haber estado entre ellos. Si alguien hubiera descubierto quién era mientras estaba con Mala Suerte, me habrían asesinado.

Se volvió hacia Auristela al terminar, a la espera de su próximo comentario mordaz, pero la semidiosa solo le miró con desdén, mordiéndose el labio. Entonces, siguió la fila de celdas hasta Ocelo, Dezi, Marino, Xochi, y los miró uno a uno desafiándolos a responder. Nadie dijo nada.

El silencio se extendió, interrumpido solo por el aullido lejano del viento que soplaba por los túneles.

Al final, Xio fijó la mirada en Atzi.

–No me creo mejor que nadie solo por ser una Dorada –afirmó ella. Su voz sonaba tan suave en comparación con los gritos de Xio, que hizo que el espacio de repente pareciera mucho más pequeño–. Ni que los Jades, ni que los humanos. Puedo hacer cosas que ellos no, claro, y sí, eso es un privilegio. Y tal vez todos podríamos reconocer que tenemos ese privilegio, pero *nadie*, ni Sol, ni Luna y mucho menos tú, Xio, tiene derecho a decirme cuánto valgo. Y eso seguiría siendo cierto si fuera humana, Jade o incluso Obsidiana.

En la celda contigua, Xochi cruzó los brazos sobre el pecho y agachó la vista.

–Estaría mintiendo si dijera que nunca lo he pensado antes. Pero siempre creí que mi madre era una gobernante justa, alguien que respetaba a sus súbditos, que hacía lo mejor para ellos.

–Un gobernante sigue siendo un gobernante –sentenció Xio.

Atzi alzó las cejas.

–Ajá, de acuerdo. ¿Y Venganza sería…? –replicó. Xio se congeló, y los labios de Atzi se curvaron en una sonrisa de autosuficiencia–. No, adelante, Xio. Sigue hablándonos sobre lo jodido que está el sistema. Creo que por fin comienzo a entender.

–Atzi tiene razón –intervino Marino–. Y, diablos, tal vez Xio también tenga razón en algunas cosas. Cuando salgamos de esto, tendré una conversación seria con mi madre.

–Yo también –coincidió Xochi.

–Yo también –agregó Atzi.

–¡Basta! –exclamó Auristela, su ira era una fuerza palpable en el aire. El acto leve de traición de los semidioses al cuestionar la autoridad de sus padres divinos era, a todas luces, un tema delicado–. Esto es todo tu culpa –siseó, lanzando su veneno hacia Xio–.

¡No estaríamos atrapados en este agujero infernal de no ser por ti!

Xio se estremeció ante la dureza de sus palabras, pero no pudo negar la verdad en ellas.

Había ayudado a llevarlos a allí, y todos estaban atrapados como ratas enjauladas. Y no tenían idea de lo que los Obsidianos tenían planeado para ellos, pero él lo sabía.

–Está bien, bien –lamentó con las manos en el aire–. ¿Ustedes qué harían en mi lugar?

–Bueno –Xochi se aclaró la garganta–, empezaría por no encerrar a todos mis amigos en celdas subterráneas personalizadas…

–¡No somos amigos!

–Como sea. –Ella puso los ojos en blanco–. Y supongo que le haría algunas preguntas a Venganza respecto a cómo se supone que será este “nuevo orden mundial”, porque si los libros de historia sirven de algo, no puedo decir que me inspire optimismo.

–Sí, claro. –Xio negó con la cabeza–. Como si alguno de ustedes hubiera cuestionado alguna vez el liderazgo de sus padres.

–Yo lo he hecho –afirmó Atzi sin dudarlo.

–Todo el tiempo –añadió Xochi.

–Mi nini puede ser un poco temperamental –admitió Ocelo–. A veces tengo que tranquilizarle.

–Yo no lo hago –dijo Auristela con firmeza.

Atzi frunció el ceño.

–¿Quieres hablar de responsabilidad personal, Xio? Entender por qué el mundo está jodido no es lo mismo que mejorarlo. ¿Alguna vez te detuviste a pensar qué nuevo orden de poder estás creando? Los Obsidianos quieren esclavizar a *todos los mortales*.

–¡Al menos será diferente! –Xio levantó las manos–. ¡Al menos los Dorados no estarán a cargo!

–¡No puedo creerlo! –La risa de Atzi fue aguda–. ¿Acaso te escuchas? –exigió, entre iracunda e incrédula–. ¡Solo estás demostrando que nuestros padres tienen razón, que los Obsidianos son todos monstruos!

–Crees que soy un monstruo. –Aun después de todo, la palabra fue una puñalada en el pecho de Xio.

–¡Mírate! –ordenó Atzi–. ¡Mira lo que has hecho, fuiste *tú*, Xio! –insistió–. ¡Esto es resultado de *tus* acciones directas!

Xio cerró los puños temblorosos. Su rabia y la de Atzi chisporroteaban en el aire entre los dos, con ese aroma inconfundible que le provocaba escozor en la nariz.

–Un Dorado debe decidir quién es un monstruo, ¿no? –exigió Xio–. Puedes quedarte ahí y culparme por todo esto si quieres, pero yo no fui quien arruinó el sacrificio. Puede que esté trabajando con los Obsidianos, pero Teo fue quien permitió que eso pasara.

–¿Crees que puedes echarle la culpa de todo a Teo? –Atzi soltó otra risa irritada–. Lo único que hizo fue negarse a apuñalar a alguien, dime qué hay de malo en eso.

–Fue un acto *cobarde* –sentenció Xio–. Fue en contra de todo lo que nos han enseñado durante todas nuestras vidas, que el Portador del Sol debe hacer ese sacrificio.

–En cambio, tú fuiste muy valiente al ponerte en contra de todos nosotros, ¿no? –exigió Atzi, con la voz llena de sarcasmo–. Si Teo lo

hace, es un problema, pero cuando tú traes de vuelta a tus antepasados malvados, ¿es heroísmo?

–¿ *Volverme en su contra*? –repitió Xio, sorprendido–. ¡Ustedes no hicieron más que volver mi vida miserable durante las Pruebas!

–¿Qué te hice yo? –replicó Atzi, acercándose al cristal–. ¡Apenas te *hablé* durante las Pruebas! Estaba demasiado ocupada intentando salvar mi propio trasero, porque en caso de que no lo hayas notado, ¡yo también era de las menos favoritas! ¡También tengo *trece* años, Xio! –exclamó, y el chico se tensó. Le costaba recordar que Atzi tenía la

misma edad que él por lo avanzada que eran sus habilidades–. ¡No sabía lo que estaba haciendo! ¡Apenas podía mantenerme en pie! ¡Estuve en último lugar dos veces! Estaba tan segura de que sería yo quien estaría allí el día de la Ceremonia, que tendría que morir antes de tener la oportunidad de salir de la estúpida Academia, todo porque los dioses decidieron que mi sacrificio valía más que *mi vida*.

Xio notó que el labio inferior de Atzi temblaba, aunque fue solo un segundo antes de que ella volteara.

–Como sea, Xio. Tal vez sí tengas algo de razón –continuó ella mientras se frotaba los ojos con rabia–. Quizás los Obsidianos sí deberían tomar el control del mundo. No me importa. Me importa que mis amigos y yo estamos atrapados en esta maldita prisión, pudriéndonos mientras tú te sientas ahí con esa estúpida corona en la cabeza y la gente del Reino del Sol es perseguida para que la masacren.

–No les debo nada a los humanos –sentenció Xio con toda la apatía que pudo transmitir–. Y mucho menos a ustedes. –Señaló hacia las otras celdas–. Que no estuvieran al nivel de estupidez de Auristela y de Ocelo no significa que no sean igual de culpables. *Ninguno* de ustedes me defendió ni me ofreció una palabra amable jamás.

–Eso es una tontería. –Atzi le clavó la mirada desafiante–. Quizá yo no lo haya hecho, pero Teo y Niya sí. *Ellos* eran tus amigos. –Las palabras fueron como un golpe en el rostro para Xio–. Y les pagaste traicionando su confianza –continuó ella, con énfasis en cada palabra–. Arriesgaron sus vidas por ti una y otra vez…

–¡Nunca les pedí que lo hicieran! –gritó Xio e intentó recuperar el curso de la conversación–. Cuando Venganza me dijo que saboteara las Pruebas, no tenía idea de que *competiría* en ellas –comenzó, con la

vista en los pequeños rayos de Atzi que danzaban sobre el agua–. No sabía si mi padre había manipulado la selección de alguna manera o si Sol en verdad quería que muriera. Todos sabían que estaba destinado a ser el sacrificio. Pero si eso era lo que quería Sol… bien. Mi sangre negra se derramaría sobre el altar de todas formas, y los Obsidianos volverían.

–¿No crees que el todopoderoso y omnisciente Sol podría haber previsto eso? –arriesgó Atzi.

–¿Por qué me eligieron para las Pruebas en primer lugar, eh? –Xio por fin levantó la vista–. Luna dice que los competidores son elegidos por la voluntad de Sol, así que ¿por qué demonios Sol me querría en ellas? ¿Un Obsidiano malvado que debería haber muerto hace miles de años con el resto de su gente?

–Quizás esa sea la razón por la que Sol te puso en las Pruebas –le dijo Atzi en tono equilibrado–. Para que pudieras arreglarlas, para que pudieras arreglarlo todo. ¿Alguna vez pensaste en eso? ¿Que, tal vez, el ser que creó todo el maldito universo pensó que había algo más en ti que solo un Obsidiano malvado que debería estar muerto?

Xio sintió que el suelo bajo sus pies se había desmoronado, pero se negó a dejar que Atzi supiera cómo lo estaba afectando.

–Bueno, entonces supongo que en verdad lo arruiné, ¿no? –Su voz fue tensa pero tranquila. Era difícil hablar con el nudo en la garganta.

Atzi vaciló, lo miró con los ojos entornados, como si intentara leer su mente. Xio le sostuvo la mirada, sin saber exactamente qué estaba buscando. Después de un momento, ella soltó un suspiro, sin dejar de fruncir el ceño.

–Tal vez todavía haya tiempo para arreglarlo.

Xio no podía creerlo, ¿de verdad le estaba sugiriendo que deshiciera lo que había hecho? Había desatado el apocalipsis en Reino del Sol. Había liberado a los Obsidianos.

No importaba lo que hiciera, nada cambiaría eso. ¿Cuál era el punto?

Él tenía que volver a la realidad; Atzi se estaba metiendo en su cabeza. Esa había sido su idea desde el principio. Era lo que *él* quería, *su* plan. No estaba buscando una salida ni una redención.

–Lo entiendo, ¿de acuerdo? –continuó Atzi–. Es una mierda que te

hayan metido en esta situación y ahora todos te odien por eso.

Xio sintió el estómago revuelto, tenía que salir de ahí.

–Pero si no intentas arreglarlo, entonces nada cambiará y tu situación seguirá siendo la misma para siempre. Entonces, ¿por qué no intentarlo? –preguntó Atzi, que aún analizaba su rostro–. Aunque parezca inútil, al menos podrás decir que lo intentaste, eso debe tener algún valor.

Xio la fulminó con la mirada, pero no podía contradecirla. Sus mejillas se encendieron mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas.

–No lo entiendes. Estuve intentando probarme a mí mismo toda la vida, y ahora… –Su voz se quebró–. Ya ni siquiera sé quién soy.

–Quizás se deba a que estás demasiado enfocado en probarte con los demás en lugar de descubrir lo que quieres *en realidad* –replicó Atzi, y Xio podría haber jurado que su voz se suavizó un poco.

–Eres exasperante –le dijo y se pasó una mano por el cabello oscuro y rizado.

–Lo mismo digo –respondió ella con una sonrisa sarcástica.

La conversación se sintió familiar, como los intercambios juguetones que solía tener con Teo y con Niya, y eso le provocó una punzada de anhelo en el pecho.

De repente, resonó una risa suave por el túnel.

–Ay, son tan lindos –celebró Xochi, con el rostro presionada el cristal de su celda.

Xio se sobresaltó.

–¿Qué dices? –preguntó, con la voz demasiado aguda.

–Ay, por favor. –Xochi puso los ojos en blanco y, de alguna forma, logró parecer tanto inocente como engreída–. Es obvio que se gustan.

–Xochi –le advirtió Atzi.

–Sí, sí. Lo siento. –Xochi sonrió con suficiencia, sin rastros de arrepentimiento real.

–En serio –bufó Atzi, mirando a Xochi con desdén– ¡Él es un completo idiota!

–Eh, de hecho, estaba pensando en usar el pronombre "elle" –soltó Xio de pronto.

No había planeado decirlo, solo salió. No podía creer haber dicho algo tan personal, algo que aún intentaba entender, frente a los Dorados, de entre todo el mundo, pero quizás era más fácil decírselo a personas a las que no les agradaba, así no había tanta presión ni temor.

Atzi parpadeó y procesó lo que dijo durante apenas un segundo antes de asentir.

–Está bien, está bien. *Elle* es une idiota –se corrigió.

Una risa sorprendida resonó en el pecho de Xio, y la gratitud de repente superó la incertidumbre.

–Gracias –respondió balanceándose de un pie al otro. Aunque hubiera estado seguido por un insulto, lo apreciaba.

Atzi puso los ojos en blanco, pero Xio no pasó por alto el rastro de una sonrisa en su rostro. El aire entre ellos se sentía cargado con una energía singular. Xio no podía negar la sensación extraña de camaradería que comenzaba a surgir entre ellos, muy diferente a la conexión que había compartido alguna vez con Teo y Niya, pero era algo.

Y allí, en medio de ese mundo oscuro y retorcido en el que se encontraba, se aferraba a ese *algo* como si fuera un salvavidas.

–Ya no lo soporto –lamentó Auristela desde su celda, con voz irritada–. ¿Se escuchan?

Se están congraciando con el *enemigo*. Xio es un Obsidiano. Aunque no nos hubiera atrapado a todos aquí abajo, era nuestro deber como Dorados detener a los Obsidianos.

Y fallamos.

–Stela, ¿querías ser sacrificada? –preguntó Xochi con sinceridad.

–¡Por supuesto que no! Pero si era mi deber morir por Sol, entonces así debería haber sido. ¡Es por *esto* que los Jades de sangre inferior ni siquiera deberían tener permitido competir! ¡Mira lo que pasó!

–Bueno, sí, pero… –Ocelo se movió en su celda con incomodidad–. No estoy enfadado porque Teo te haya perdonado la vida.

– *¿Cómo puedes decir eso?* –exigió la chica. Su voz empezaba a subir de tono, y la tensión se palpaba en las otras celdas–. Sabes cómo funciona. La sangre del sacrificio alimenta la Piedra Solar, y así estamos a salvo de los Obsidianos por otros diez años.

Xochi resopló.

–De acuerdo, pero ¿acaso importa ahora? Las Pruebas han terminado y los Obsidianos han regresado. No podemos volver a cómo eran las cosas.

– *¿Y qué?* –rugió Auristela.

–¡ *Así que* tal vez haya un lado positivo en todo esto! –gritó Xochi con las manos en el aire–. ¡ *Perdón* por intentar ser optimista!

–Propio de la Hija de Primavera ver el apocalipsis con lentes color de rosa –sentenció Auristela con rabia, y los ojos de Xochi chispearon de furia; las discusiones ideológicas eran una cosa, pero atacar al progenitor divino de alguien parecía cruzar una línea.

–Déjalo, Stela –le advirtió Ocelo.

–No, déjala hablar –insistió Xochi–. ¿Qué más tienes que decir sobre mi madre? Porque yo también tengo algunos asuntos que resolver con Lumbre, ya que estamos.

–Señoritas, por favor –intentó intervenir Marino–, esto es innecesario…

–Tienes mucha suerte de que esté atrapada en este bloque de hielo, si no…

–¿Qué? ¿Qué harías, Auristela? –la espetó Xochi, a punto de desbordar de frustración–.

¿Quemarme? ¿Hacer que algo explote? Porque eso siempre funcionó muy bien en la Academia.

–Me agradabas más cuando mantenías la boca cerrada.

–Me agradabas más cuando no eras una malcriada.

El rostro ya sonrosado de Auristela se volvió aún más rosado de algún

modo.

–¡Pues a mí me gustabas más cuando no andabas haciendo amistad con *monstruos* que nos encerraron a todos en una mazmorra de tortura!

Su discusión continuó, con intervenciones ocasionales de Ocelo y de Marino para intentar calmar los ánimos.

Los puños cerrados de Xio temblaban a sus lados, mientras luchaba por reconciliar la imagen de la persona que ellos pensaban que era con su realidad actual. Ver a Auristela volverse contra sus propios amigos bajo presión hizo que cayera en la cuenta, quizás por primera vez, de lo inconsecuentes que eran sus ataques en realidad. Siempre había sido horrible con Xio, pero era horrible con todos. Allí, en ese momento, cuando en verdad importaba, los demás estaban dispuestos a escuchar a Xio. Tal vez siempre habían estado dispuestos a hacerlo.

¿Cuánto había pasado por alto solo porque no estaba dispueste a ver?

–No soy un monstruo –dijo en voz baja.

Solo Atzi le escuchó y suspiró.

–Solo eres un monstruo si eliges serlo. Ahora mismo, creo que solo estás… –Se encogió de hombros–. Perdide.

Xio sacudió la cabeza para intentar despejar el pensamiento de su mente.

–Está bien, entiendo lo que pretendes y no funcionará. No me engañarás para que te ayude a salir de aquí.

El dolor atravesó el rostro de Atzi antes de que su expresión se endureciera.

–Ah, no te preocupes –le aseguró, el sarcasmo de vuelta en todo su esplendor–. Sé que cuando salga de aquí, será sin tu ayuda. Y espero con ansias la oportunidad de golpearte cuando lo haga.

–Ahora te pareces a Auristela.

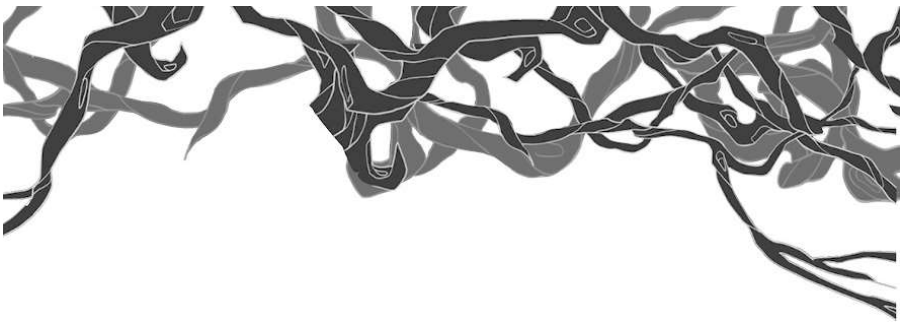
–Hay cosas peores. –Atzi le miró de arriba a abajo.

Como un monstruo Obsidiano, aportó el cerebro de Xio.

La chica le dio la espalda.

–Cuando todo esto termine y estemos muertos o lo que pase a continuación, podrás contemplar el nuevo mundo desde tu pequeña torre… sole.

Xio giró sobre sus talones y se marchó.



CAPÍTULO 14

TEO

Teo despertó con el sonido de voces suaves y el rico aroma a granos de café tostado. Por un breve instante de felicidad, creyó que había vuelto a casa. Que había dormido demasiado y Huemac estaba allí para darle una mirada reprobatoria y una taza de café antes de apresurarlo a salir. Pero cuando abrió los ojos, recordó.

Se sentó en el sofá y se frotó el sueño de los ojos. Paz y Aurelio estaban en el fregadero; ella sonreía y hablaba animada, mientras Aurelio lavaba los platos y asentía.

–Buenos días, cariño –dijo Yucca, apoyada contra la encimera, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

–Eh, hola –respondió Teo tras aclararse la garganta. Luego tomó su almohada y se la lanzó a Niya en la cabeza.

Ella se despertó sobresaltada con un fuerte resoplido y se sentó de golpe.

–¿Qué pasó?

–Es hora de levantarse –anunció Yucca.

Teo solo bufó al sentir los músculos adoloridos cuando se levantó del sofá. Niya se puso de pie de inmediato.

–¡Hombre, dormí como una roca! –celebró sonriente mientras estiraba los brazos sobre la cabeza–. ¿Cuándo es el desayuno?

–¡Se sirve en la Casa Grande! –respondió Paz.

–Gracias al Sol –dijo Teo y buscó los zapatos que se había sacado la noche anterior.

–No, no, no, ¡tiempo fuera! –interrumpió Yucca, haciendo una X con los brazos–. Paz tuvo la amabilidad de dejar que se quedaran en su casa, pero ya los hemos tolerado suficiente…

–Pensé que la estábamos pasando bien juntos. –Los hombros de Niya se desplomaron.

–Y ustedes tres tienen un apocalipsis que detener. –Yucca elevó una ceja gruesa–.

¿Recuerdan?

–Sí. –La irritación crepitó bajo la piel de Teo. Estar cansado y hambriento no estaba ayudando a su humor.

–¡Pero tengo mucha hambre! –se quejó Niya.

–Tienen un largo camino por recorrer, ¿no crees? –Paz colocó su mano en el hombro de Yucca.

–No, ¡no lo creo! –exclamó Yucca.

–Si no les importa… –Un silencio asombrado se apoderó de la habitación cuando todos se volvieron hacia Aurelio–. Nos tomaría más tiempo comer en el camino –razonó mientras se secaba las manos con detenimiento con un paño de cocina–. Tendríamos que detenernos, desempacar, cocinar y luego volver a empaquetar todo. Si pudiéramos reabastecernos aquí, ahorraríamos tiempo y podríamos avanzar hoy. Si no les molesta –

concluyó, luego se apresuró a añadir–. Por favor.

Yucca lo miró fijo durante un buen tiempo antes de responder.

–Eso fue más de lo que has hablado durante todo el tiempo que llevas aquí.

Aurelio miró a Teo, como si no supiera cómo responder a eso, lo que irritó aún más a su compañero. Si alguien iba a burlarse de Aurelio por ser como era, ese era *él*.

–Eso suena muy lógico –dijo, lo que pareció aliviar algo del malestar de Aurelio.

–En verdad lo es –coincidió Paz con entusiasmo.

–No podría detener a los malos sin alimentar a las chicas –bromeó Niya, dándose una palmada en los bíceps.

A juzgar por la expresión en el rostro de Yucca, Teo estaba seguro de que los echaría en ese mismo momento, pero luego Paz volvió a

mirarla con su expresión triste.

–¡UFF! –Yucca se frotó el rostro–. Un desayuno rápido y luego se irán.

– *¡Sí!* –Niya tropezó consigo misma en su prisa por sacarse la ropa en medio de la habitación y cambiarse a un uniforme limpio. Aurelio agachó la mirada y se ocupó en doblar el paño de cocina, mientras que Yucca soltó un gruñido irritado, y los ojos de Paz se abrieron como platos y sus mejillas se ruborizaron.

–¡Tienen que comportarse lo mejor posible! –advirtió Yucca–. No molesten a nadie, no rompan nada y no se metan en problemas.

–Me recuerda a Huemac –rio Niya mientras todos seguían a Yucca y a Paz hacia la puerta.

–Habla como si fuéramos a incendiar toda la aldea o algo así –murmuró Teo.

–No permitiría que eso ocurriera –dijo Aurelio, con una sinceridad adorable.

Teo se rio, pues Aurelio le hacía difícil seguir de mal humor.

–Sé que no lo harías –respondió, al tiempo que le daba un empujoncito con el hombro.

–Y ella es mucho más baja y enojona que Huemac –añadió Aurelio, lo que hizo que tanto Teo como Niya estallaran en risas.

A pesar de las órdenes firmes de Yucca, Paz tomó el camino largo y les dio a los tres un pequeño recorrido por su aldea en los árboles. Yucca la seguía a regañadientes.

–Es más seguro para nosotros aquí arriba que en el suelo –explicó Paz mientras los guiaba a través de un puente suspendido–. No tenemos que preocuparnos por las inundaciones, podemos ver si alguna criatura se acerca a la cerca, y la distancia del dosel superior es suficiente para ver si algo viene desde arriba. –Teo levantó la cabeza por instinto, pero, por fortuna, no pudo ver a ningún monstruo preparándose para caer sobre ellos.

–Usamos palmeras para edificar porque son resistentes a la descomposición –continuó Paz, señalando un grupo de casas cercanas, en donde un hombre avivaba un fuego mientras otro pasaba montones de masa esponjosa a la boca abierta de un horno de adobe. Un grupo

de niños pequeños rodeaba a una mujer de corte mohicano trenzado que atendía una parrilla cubierta de carnes chisporroteantes–. Usamos las hojas para hacer techos y tejidos, y los drupas y corazones de palma son comestibles.

–¿Esos son chinampas? –preguntó Aurelio. Estaba mirando hacia el este y señalando algo a lo lejos. Incluso con la luz tenue, se lo notaba mucho mejor que la noche anterior, lo cual era un gran alivio.

–¡Qué buen ojo! –respondió Paz, encantada.

Teo se acercó a Aurelio para ver mejor. A lo lejos, había un gran claro, iluminado con cientos de farolas. Era un mosaico de terrenos sembrados, que a Teo le recordaban las tierras agrícolas cuidadosas de Maizlan. Pero en lugar de caminos, entre ellos había agua que reflejaba la luz plateada de las estrellas y el cálido resplandor de las farolas.

–¡Jardines flotantes! –exclamó Teo. Las chinampas se hacían tejiendo juncos y ramas para construir una balsa gigante, que luego se cubría con barro, tierra y estiércol para cultivar. Había aprendido sobre ellos en la escuela, pero había pasado tanto tiempo y le había resultado tan insignificante que no había retenido mucho al respecto. Allí, cada uno estaba sujeto a un árbol en cada esquina y rodeado de canales para que la gente pudiera moverse de jardín en jardín en canoa.

–Allí es donde cultivamos nuestros granos –les explicó Yucca, ajustándose las gafas. Teo podía notar que estaba orgullosa, aunque de mala gana, de cuán fascinados estaban todos–. Maíz, frijoles, calabazas, tomates, chiles, arroz. ¡Incluso tenemos flores!

Aurelio arrugó la frente.

–¿Pero el agua salada…?

–Construimos acueductos y canales para desviar agua dulce de un lago cercano –

explicó ella.

–Impresionante. –El chico alzó las cejas.

Teo luchó por no llamarlo nerd y asintió. Niya también asintió, aunque él sabía que estaba igual de perdida que él.

–Por supuesto –añadió Yucca, con un rastro de ese tono poco amigable

en la voz–, que, sin el *sol*, nuestros cultivos no están en su mejor momento.

Paz le sonrió al trío a modo de disculpa.

Teo se encogió bajo el peso de la culpa.

–Lo siento –murmuró, frotándose la nuca.

–¡Está bien! –dijo Paz en un intento de animarlo a pesar de que sin dudas eran los culpables–. Ustedes detendrán a esos idiotas y recuperarán el sol pronto, ¿verdad? ¡Y

todo volverá a la normalidad!

–¡Sí! –coincidió Niya con entusiasmo.

– *Sí* –repitió Yucca, en un tono sarcástico.

Aurelio se movió de un pie al otro con incomodidad.

–Claro –dijo Teo con una sonrisa forzada. *Tenían* que hacerlo. No había otra opción.

–¿Usan energía hidráulica para todo? –preguntó Aurelio, quizás para cambiar de tema, pero tal vez también porque estaba interesado en eso de verdad.

–La mitad –respondió Yucca–. Tenemos molinos de agua a lo largo del río. –Hacia el sur, la densa vegetación del pantano se encontraba con un amplio río–. El sistema de turbinas alimenta líneas eléctricas que subimos por los árboles para proporcionar electricidad a toda la aldea. Depende del flujo del río, obviamente…

–Obviamente –repitió Niya.

–Así que en general complementamos con energía solar. Aunque ahora…

–No hay sol para alimentarlas. –El corazón de Teo se hundió aún más en su estómago.

–Sí –afirmó Paz con una sonrisa incómoda.

La Casa Grande tenía una cocina comunitaria y un comedor amplio lleno de mesas de madera largas. Niya corrió tan rápido hacia la comida que Teo creyó ver la nube de polvo de los dibujos animados

detrás de ella.

Todo estaba servido al estilo familiar, con cuencos grandes, recipientes plásticos reutilizables y bandejas cargadas de comida. Cada mesa tenía una gran olla de café o champurrado de masa para acompañar pilas de tamales. El aire estaba cargado del aroma tentador de las tortillas, frijoles, huevos, queso, chiles y salsa, todos los ingredientes para huevos rancheros o chilaquiles.

Teo tomó una mezcla aleatoria de lo que se veía bien antes de volver a la mesa que Yucca y Paz habían elegido en el centro de la habitación y sentarse junto a Aurelio. Su plato, lleno en su mayoría de pasteles y tetelas, contrastaba con el de Aurelio, que estaba dividido con cuidado en proteínas, granos y verduras al vapor.

Las mesas estaban ocupadas por aldeanos de todas las edades, que conversaban y reían.

Un grupo de niños los observaba mientras comían, y tan pronto como Niya les ofreció una sonrisa amistosa, rodearon al trío. Algunas de las niñas pequeñas se centraron en Niya y elogiaron su atuendo genial y sus bonitas trenzas.

Teo tenía su propio público, que estaba muy interesado en sus alas, en cómo las había obtenido y cómo funcionaban. Incluso le pidieron si podían tocarlas, aunque él lo negó con amabilidad y, en su lugar, sacó un par de plumas para que las conservaran. Aurelio estaba acompañado por un niño pequeño que solo estaba allí, mirándolo con ojos muy abiertos. Cada vez que Aurelio lo miraba incómodo, el niño estallaba en risas alegres.

Por mucho que le doliera pensarlo, Teo recordó su hogar y cómo todos en la comunidad parecían conocerse y cuidarse unos a otros. Los Dorados, y también las Pruebas, convertían los actos de buena voluntad en competencias, preocupados solo por el ego del heroísmo. Incluso Niya, a quien amaba con todo su corazón, era culpable de ello.

Los Dorados estaban tan enfocados en su papel de Héroes, que Teo empezaba a dudar de si en verdad les importaba la gente a la que salvaban. ¿Cómo podría importarles si nunca descendían de sus torres de marfil para conocer a los humanos?

Aurelio y Auristela habían ido a apagar el fuego en Quetzlan, pero ¿les importaba Verónica y cómo se estaba recuperando? Chavo tenía todo un altar en devoción a Dios

Tormentoso y su hija Lluvia, un agradecimiento por haberlo salvado a él y a su familia durante el huracán que había arrasado su ciudad, pero ¿acaso Lluvia siquiera los recordaba? Ella era la salvadora de Chavo, pero ¿alguna vez había vuelto a pensar en ellos?

¿Acaso los habitantes de Reino del Sol significaban *algo* para los Dorados? Tal vez la gente de allí estaba en lo correcto.

De repente, sonó una alarma.

Aurelio y Yucca se pusieron de pie de inmediato, y Teo casi se cae de la banca. La sirena estridente sonó tres veces y luego hizo una pausa breve antes de volver a empezar.

Luces brillantes parpadeaban desde cada rincón de la sala.

–¡¿Qué demonios es eso?! –exclamó Teo, con las manos en los oídos y el corazón acelerado.

–¡Alerta de seguridad! –explicó Yucca al mirar alrededor.

–¿La cerca? –preguntó Paz, aferrada al brazo de Yucca.

– *Mierda* –maldijo Yucca al salir de atrás del banco–. ¡Quédense aquí! –le dijo a Teo.

Pero tan pronto como Yucca salió corriendo, Aurelio la siguió.

–¡Vamos! –los llamó por encima del hombro.

–Pero… –La pobre Niya tenía tres platos balanceados en un brazo y un bigote a medio comer en la mano.

–¡Lo oíste, Niya! –gritó Teo sobre la alarma mientras la gente corría hacia los puntos de evacuación.

Niya miró sus brazos llenos, conflictuada, antes de ceder. Dejó caer todo y corrió tras de Teo.

Afuera, todo era un caos organizado. La sirena seguía sonando y las luces de emergencia parpadeaban desde las barandillas y a través de las ventanas. Ancianos, niños y personas que tenían movilidad reducida se alinearon de manera ordenada para refugiarse en la Casa Grande mientras los demás acudían a sus estaciones.

–¿Qué está pasando? –preguntó Teo mientras él y Niya se unían a Yucca y a Aurelio en un puente de cuerda que daba al sur.

–¿No les dije que se quedaran? –Yucca se frotó el rostro.

–Es tu culpa por no atarnos –le dijo Niya. Luego señaló a la multitud que se había reunido–. ¿Qué está pasando?

–Hay algo en el río –respondió Paz, señalando hacia abajo.

Teo siguió su dedo y entornó los ojos hacia la oscuridad. Al principio, no vio nada, pero luego notó las estelas que se formaban a partir de un punto oscuro que cortaba el agua.

–¿Qué es eso? –preguntó, con el vello de la nuca erizado.

–Aún no lo sabemos. –Yucca negó con la cabeza.

–Algo grande –afirmó Aurelio.

Un escalofrío recorrió la columna de Teo y agitó sus plumas.

–Quizás siga bajando por el río. –Como si hubiera recibido una señal, el animal giró y se dirigió a la orilla–. Ay, mierda –gruñó Teo entre dientes.

Fuera lo que fuera desapareció debajo del follaje que bloqueaba la vista de la orilla del río. Todos esperaron y observaron, en el silencio inquietante detrás del zumbido de la alarma. A Teo le ardían los ojos por no parpadear.

Llegaban gritos distantes, pero él no podía distinguir lo que decían.

Niya se inclinó sobre la barandilla y señaló hacia abajo.

–¡Ahí!

Abajo, las hojas se agitaron. Algo atravesaba los árboles, partiéndolos como si no fueran más que hojas de césped. Un zumbido de madera acechaba en el aire, acentuado por el ocasional crujido de alguna rama astillada.

De repente, una voz se elevó sobre el ruido.

–¡ *Cipactli*!

La mandíbula de Yucca se tensó y el color desapareció de su rostro. Niya soltó un silbido bajo, pero fue la expresión de Aurelio, lo mucho que se estaba esforzando por no parecer asustado la que hizo que la adrenalina corriera por las venas de Teo.

–¿Es tan malo? –preguntó con voz tensa. Lo único que veía era cómo los árboles se inclinaban uno a uno mientras la criatura se dirigía hacia el claro. Cuando llegó al límite, Teo contuvo la respiración.

Un cocodrilo emergió a través de los árboles, pero no era un cocodrilo cualquiera.

–¡Es enorme! –exclamó Teo, sin creer lo que veía.

–Es el cipactli Original –explicó Paz sin aliento, más asombrada que otra cosa.

El animal gigantesco tenía un hocico puntiagudo y extrañas patas traseras que se doblaban como las de una rana, ojalá no pudiera saltar como una. Abrió la mandíbula para revelar dientes gruesos y puntiagudos y una boca lo suficientemente grande como para albergar a Teo de pie, y sacudió la cabeza de un lado al otro.

–¿Está *olfateando*? –preguntó Niya, confundida.

–Busca el ganado –exclamó Aurelio.

El cipactli se arrastró hacia el recinto, con el vientre en el lodo pantanoso, y cuando llegó a la cerca, se levantó e intentó escalarla, con las garras afiladas que desgarraban la madera.

–¿Esa cerca soporta al cipactli? –preguntó Teo.

–¡Sí, a un cipactli *normal*! –espetó Yucca–. ¡No a un Original de nueve metros!

–¿No tienen otras medidas de seguridad? –preguntó Aurelio.

–Bueno, en general es una cerca *eléctrica*, pero como usamos energía solar y ALGUIEN

APAGÓ EL SOL… –Yucca cerró los ojos y respiró hondo para tranquilizarse–. No, no tenemos.

Las palabras golpearon a Teo como un puñetazo en el estómago. Lo había arruinado, y el resto del mundo lo estaba pagando, incluso esa aldea que se esforzaba por mantenerse al margen de los problemas de los dioses. Todo estaba jodido, *demasiado*

jodido, mucho más allá de lo que Teo y sus amigos podían arreglar. El mundo era más grande y desequilibrado de lo que jamás podría haber comprendido.

Como si siguiera una señal, la cerca se astilló y se desplomó bajo el peso del cipactli.

Teo apartó los ojos del monstruo y se volvió hacia Yucca.

–¿Qué hacemos?

–¡Darle una paliza! –anunció Niya, con una sonrisa peligrosa y emocionada en su rostro.

Luego saltó sobre la barandilla hacia el nivel inferior. Aurelio dudó un instante antes de correr tras ella.

–¡OIGAN! –gritó Yucca tras ellos, pero era demasiado tarde. Teo se movió para seguirlos, pero ella extendió el brazo y lo detuvo–. ¡NO! ¡Quédate aquí, fuera del camino! –le ordenó. Él intentó objetar, pero ella lo ignoró y se volvió hacia Paz–.

Asegúrate de que todos estén en los árboles.

Paz asintió y se fue.

Teo no dejaría que Niya y Aurelio enfrentaran a esa cosa solos. A pesar de las órdenes de Yucca, se lanzó al aire directo a la acción, dejando atrás los gritos enojados.

Abajo, las cabras chillaban y las vacas corrían con torpeza por sus vidas mientras la gente intentaba conducirlas hacia la puerta. Mientras tanto, el cipactli se arrastraba sobre la cerca rota para entrar al recinto. No era muy rápido, o tal vez esa fuente de carne generosa era demasiado buena como para que se moviera con algún tipo de apuro. Parecía tomarse su tiempo para alcanzar a los cerdos atrapados dentro de su corral.

Los pobres animales chillaban e intentaban escapar, pero la cerca sólida de troncos no cedía y sus patas cortas no les permitían saltarla.

El patrón moteado de las escamas de color cobalto y verde ftalo del cipactli adquiría un tono negro cuando captaba la luz de las llamas de Aurelio. Tenía aletas similares a las de un pez a lo largo de la espina dorsal y se abrían como abanico en su cola. Eran de un azul eléctrico translúcido y chispearon con polvo de estrellas cuando agitó la cola hacia Aurelio. El chico intentó esquivarla, pero una de las aletas lo atrapó por el tobillo, lo hizo rodar en una voltereta dolorosa antes de estrellarse de espaldas y lo dejó sin aire.

El cipactli avanzó hacía él, y Aurelio logró lanzarle otra llamarada mientras luchaba por ponerse de pie.

–¡ROSTÍZALO! –gritó Teo mientras giraba por encima de ellos, pensando qué podía hacer para ayudar de verdad.

El monstruo estaba *realmente* enfadado; le lanzó un mordisco a Aurelio y casi le clava los dientes en el muslo antes de que él pudiera apartarse del camino otra vez. Le disparó fuego hacia la boca abierta, directamente hacia la garganta, y el cipactli soltó un grito agónico. Cuando las llamas se apagaron, se desplomó sobre las patas delanteras y bramó.

Los ojos de Aurelio ardían con determinación al mirar a la bestia, pero cuando cargó hacia él otra vez, dudó. Tenía las manos listas en alto, dio un paso hacia la izquierda y luego…

No hizo nada. Se detuvo, esperando a un compañero de combate que no estaba allí.

El corazón de Teo se desplomó. Intentó avanzar para llenar ese espacio, pero estaba demasiado lejos. El cipactli golpeó el costado de Aurelio con la cabeza y lo lanzó a volar. Rodó y aterrizó desparramado, con el fuego de las manos apagado.

Teo hizo lo único impulsivo y temerario que se le ocurrió.

Cerró las alas en la espalda, cayó desde el aire y aterrizó de pie sobre el hocico del cipactli antes de lanzarse de nuevo al aire como si fuera un trampolín. La fuerza del impacto golpeó el mentón del cipactli contra el suelo, sus escamas ásperas se arrastraron por la dura tierra y el impulso hizo que se inclinara hacia adelante.

Suspendido en el aire, Teo tuvo dos segundos completos para sentirse orgulloso de sí mismo antes de que el cipactli girara hacia él a una velocidad sorprendente. Fijó uno de los ojos verde ácido, con una galaxia espiral en lugar de pupila, en él. Su mandíbula abierta reveló una lengua púrpura y un conjunto de dientes letales, y un siseo reverberó desde lo profundo en su pecho, con el que las branquias a ambos lados de su cabeza se agitaron. Teo estuvo a punto de vomitar por la oleada de aliento caliente que apestaba a carne en descomposición.

La cola del animal voló por el aire, Teo se agachó para evitarla, pero estaba demasiado cerca del suelo, así que aterrizó con fuerza y giró a tropezones en un intento de mantener los pies en movimiento y no

caer.

Una mano firme lo sujetó del brazo y lo ayudó a recuperar el equilibrio.

–¡Sigue corriendo! –le dijo Aurelio y lo empujó hacia la cerca derrumbada. Yucca estaba allí con algunas personas más, gritando algo que Teo no podía entender.

El cipactli soltó un rugido irritado, y el suelo tembló bajo los pies de Teo cuando el cocodrilo lo persiguió azotando el suelo con la cola.

–¡Creo que lo has hecho enfadar! –gritó Aurelio.

–¿Tú crees? ¡¿Qué te hace pensar eso?!

El cipactli dio un latigazo con la cola, con el que derribó a los dos chicos y los hizo caer al suelo en un enredo de extremidades. Aurelio se puso de pie enseguida y levantó a Teo con él, pero el cipactli ya estaba sobre ellos, puros dientes y garras. Entonces…

–¡MÉTETE CON ALGUIEN DE TU TAMAÑO! –Niya apareció junto a ellos y comenzó a toser–. Ay, mi Sol. ¿Por qué huele TAN MAL? –dijo, con expresión de repulsión.

El cipactli agachó la cabeza, con la mandíbula bien abierta en una impresionante exhibición de dientes y emitió un siseo largo y bajo mientras se alejaba de Niya, moviendo la cola.

–¡ESPERA!

Teo giró y vio a Yucca corriendo hacia ellos, agitando los brazos por encima de su cabeza. Aurelio le lanzó una mirada de confusión.

– *¡Niya!* –llamó Teo para llamarle la atención, pero ella ya había ido tras el cipactli.

–¡Siempre quise luchar contra un cocodrilo! –exclamó camino al cipactli. Antes de que Teo pudiera gritarle que se alejara, el monstruo saltó hacia adelante, con un chasquido de sus feroces dientes. En el acto de valentía más desquiciado que Teo hubiera presenciado, Niya se lanzó hacia el monstruo. Los dos chocaron y rodaron, retorciéndose y gruñendo. Teo estaba demasiado atónito para hacer algo más que mirarlos.

Niya logró colocarse detrás de la cabeza del animal y montarse en la

base de su cuello.

Luego se lanzó hacia adelante sobre él y le rodeó el hocico con los brazos para cerrarle la mandíbula. Cuando el cipactli comenzó a retorcerse de forma salvaje, la chica le hundió las rodillas en las branquias. El animal soltó un chillido terrible.

Ella se rio. Era la risa que Teo reconocía, la que hacía cuando estaba a punto de ganar al dominó y pasar los próximos tres años presumiéndolo.

Yucca se detuvo entre Teo y Aurelio.

–¿QUÉ ESTÁN HACIENDO? –gritó, mirándolos con incredulidad.

–¡Estoy salvándolos! –respondió Niya.

Yucca sacudió la cabeza, con los ojos abiertos de terror.

–¡Niya, aléjate! –Un miedo helado se apoderó del estómago de Teo.

–¡Pero estoy ganando! –La mirada triunfal de Niya se convirtió en una de confusión. La distracción hizo que aflojara el agarre del animal, que se sacudió con violencia, giró y lanzó a la chica al suelo. Teo y Aurelio se apresuraron a levantarla mientras el cipactli se enderezaba.

Por un momento, Teo no comprendió lo que veía. Todas las articulaciones de la criatura

–hombros, codos, rodillas– se convirtieron en cortes rojos, que en principio parecían heridas, pero en lugar de brotar sangre de ellos, asomó algo gelatinoso.

Los cortes eran bocas, con dientes afilados y lenguas largas.

–Ay, mierda –susurró Teo.

–¡ABAJO!

Aurelio bajó a Teo hacia el suelo, al tiempo que Yucca arrojaba algo que parecía una pieza de carne cruda sobre sus cabezas, que cayó con un ruido húmedo frente al cipactli. El animal hinchó la nariz, se apresuró a atrapar la ofrenda y a devorarla con una inclinación veloz de la cabeza.

–¡Por aquí, grandote! –llamó Paz, que agitaba un pavo crudo de un lado al otro–.

¡Tenemos ricos bocadillos para ti!

Teo, Niya y Aurelio se apartaron enseguida cuando el cipactli cambió de rumbo para reptar hacia Paz. Una vez que estuvo cerca, la chica arrojó la carne. El animal lo atrapó en el aire y trituró los huesos de la presa con su mandíbula poderosa, luego emitió un gorgoteo complacido.

Yucca corrió hacia una carretilla cargada con más carne y la arrastró hacia atrás en dirección al agujero dejado por la cerca derribada, sin dejar de vigilar al cipactli en el proceso.

Teo no podía creer lo que veía. La criatura, que había estado furibunda, decidida a comérselos a ellos como bocadillos, se contoneaba alegremente tras el rastro de carcasas animales que dejaba Yucca.

–¿Ven eso? –preguntó Aurelio

–Sí, pero no lo creo –respondió Teo.

Niya estaba muda y confundida mientras observaba cómo Yucca se dirigía a la cerca derribada. Una mujer se acercó para ayudarla a arrastrar la carretilla sobre la placa de madera tumbada.

Los semidioses las siguieron a una distancia segura para observar cómo las dos arrojaban trozos de carne y el animal las perseguía devorando la comida rumbo al manglar. Al llegar al límite de los árboles, Yucca giró la carretilla y corrió hacia la orilla del río, donde esperaba una balsa inflable cargada de carne descongelada, amarrada a un bote de pesca ocupado por tres personas. Otra mujer la ayudó a descargar la carretilla sobre la balsa y luego ambas se apartaron del camino de prisa. Cuando el animal emergió tras ellas, el bote de pesca comenzó a moverse y a arrastrar la balsa tras él.

El cipactli se tumbó sobre el abdomen para sumergirse en el agua y seguir la balsa por el río, por donde había llegado. Los espectadores observaron cómo los ojos y la nariz del animal desaparecían en la noche, hasta que el ruido del motor del bote se perdió a la distancia.

–¡Eso fue emocionante! –suspiró Paz al unirse al trío.

–¿Cómo hicieron eso? –preguntó Teo, asombrado.

–¡Solo estaba hambriento! –Paz se encogió de hombros.

–Pero ¿cómo lo *supieron*? –insistió él.

–¡Es un cipactli! –gruñó Yucca de pronto, con lo que hizo saltar a Teo, y se acercó al trío, enfurecida–. Tienen un hambre insaciable, ¡eso es todo! ¡Si los alejas atrayéndolos con comida, te dejarán en paz!

–¿Ustedes lo sabían? –les preguntó Teo a Niya y Aurelio.

–Lo olvidé –respondió el chico, avergonzado.

–¡Tenemos que aprender a luchar contra muchos monstruos, Teo! –sentenció Niya con los brazos cruzados sobre el pecho–. ¡Perdón por no recordar *todos* los detalles de *cada uno de ellos*!

–Oye, tranquila –respondió él.

–ESTOY TRANQUILA.

–¿Y si vuelve? –preguntó Aurelio.

–¡Nos encargaremos de él otra vez! –replicó Yucca antes de esquivarlos para volver a la aldea.

–Si hubieran dejado que lo matara, ¡no tendrían que preocuparse de que vuelva! –gritó Niya tras ella.

Yucca giró sobre los talones, echando humo.

–¡No asesinamos criaturas solo porque les tenemos miedo! –gritó–. ¡Pero no espero que un grupo de *semidioses* entienda eso! –Luego volvió a voltear y desapareció entre los árboles.

–Pero son monstruos –dijo Aurelio en voz baja, con el ceño arrugado.

–Son solo animales. –Paz encogió un hombro. Cuando notó que Aurelio no lo comprendía, agregó–: No dirías que un escorpión es un *monstruo* solo porque es peligroso y aterrador, ¿no? Lo llamarías escorpión y ya.

Extrañamente, eso tuvo mucho sentido para Teo, y le recordó a algo que su madre le había dicho sobre Suerte.

“Si las personas te tratan como si fueras malo por mucho tiempo, supongo que comienzas a creerlo”.

Su mente pensó en Xio, pero la censuró de inmediato.

–Cómo sea –bufó Niya de camino a la aldea. Ya había perdido el ánimo de pelea, pero estaba molesta, sin dudas.

–Se tranquilizará –le aseguró Teo a Paz con una sonrisa de disculpa–. Siempre lo hace.

–Yucca igual. Tiende a reaccionar mal cuando está asustada –respondió la chica con una sonrisa–. La mayoría lo hace.

Más tarde, los semidioses terminaban de empacar cuando Yucca y Paz aparecieron.

Niya dio un paso adelante, con las manos en las correas de su mochila.

–Lamento haber roto sus cosas –dijo apenada.

–¡Está bien, los accidentes ocurren! –respondió Paz, con un apretón amable en el hombro–. Ya tenemos gente trabajando en la reparación de la cerca, y necesitábamos un nuevo corral de todas formas, ¡nos hicieron un favor!

Niya respondió con una sonrisa leve.

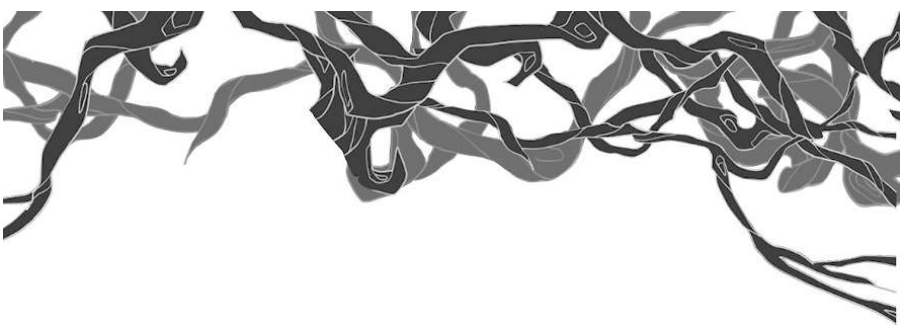
–¿Están seguras de que no podemos ayudar a reparar los daños? –preguntó Aurelio.

–Pueden ayudarnos recuperando el sol –respondió Yucca, al tiempo que le arrojaba una bolsa llena de pan a Teo. Paz tenía razón: ya había vuelto a su actitud tranquila, aunque amargada, habitual.

Teo atrapó la bolsa y exhibió una sonrisa forzada, pues intentaba ignorar el malestar en el estómago.

Paz soltó una risita y le dio un choque de puño en el hombro.

–Sin presiones.



CAPÍTULO 15

TEO

Con el liderazgo del capaz Aurelio, entraron en Los Restos. La vegetación densa implicaba que el follaje espeso bloqueaba las estrellas, por lo que dependían de las luces de sus trajes para ver el camino. Colgaban lianas arremolinadas de las ramas, que se enrollaban alrededor de los troncos en bucles asfixiantes. Los semidioses avanzaban sobre musgo esponjoso y a través de una densa vegetación verde que, aunque estaba más seca que en el pantano, las hojas que se deslizaban por la piel de Teo seguían mojadas por una tormenta pasada. A pesar de que había algunos ríos pequeños que atravesaban la selva, decidieron evitar todos los cuerpos de agua a partir de ese momento.

Niya no dejaba de hablar a toda velocidad, saltando de un tema a otro sin pausa. Era algo que hacía cuando estaba ansiosa, así que Teo la dejaba hacerlo sin interrumpirla.

Escucharla divagar sobre el mejor tipo de almohada –cuanto más firme, mejor, según ella– era mejor que oír solo los sonidos de la selva.

Teo sentía que algo se deslizaba por las raíces enredadas, que pequeñas patas rascaban las hojas y ramas crujientes sobre ellos, pero no podía ver nada. Pareció haber pasado una eternidad, pero, a la vez, no haber pasado el tiempo cuando Aurelio decidió que debían hacer campamento para descansar un rato.

–Es raro que no nos hayamos topado con nada, ¿no? –comentó Niya mientras miraba para todos lados. Luego cortó algo de vegetación crecida con su Espada Inquebrantable para hacer espacio y montar el campamento–. Quiero decir, se supone que Los Restos está lleno de monstruos o, mejor dicho, de *criaturas* –se corrigió con el término de Paz.

–Creo que deberíamos estar agradecidos de *no* haber encontrado ninguna –dijo Teo–.

¿Creen que estamos cerca de donde montaron la quinta prueba?

–Eso está mucho más al este –respondió Aurelio y se agachó para apartar los restos de vegetación hasta tener una extensión de tierra limpia–. En el territorio de Caos.

Un escalofrío recorrió la nuca de Teo.

–¿En qué territorio estamos ahora? –preguntó al sentarse en el suelo.

–En el de Venganza.

–Ah. –No debería haberse sorprendido, ya que el objetivo de ese viaje era llegar al Templo de Venganza y rescatar a todos, pero cuanto más se acercaban, más aumentaba su ansiedad.

Observó cómo Aurelio daba vueltas hasta levantar un tronco del tamaño de su antebrazo. Lo sostuvo contra el pecho, hundió los dedos en el extremo podrido y presionó los labios en una línea dura mientras flexionaba los bíceps para partir el tronco en dos con las manos.

Niya se dejó caer junto a Teo, con lo que lo distrajo de su contemplación.

–¿Está haciendo más frío o me parece a mí? –preguntó; estaba haciendo rebotar los pies mientras se frotaba los brazos desnudos.

–Podría ser por el hecho de que apenas llevas ropa –le dijo Teo con una mirada significativa al sujetador deportivo y pantalones cortos. Niya resopló y entornó los ojos.

– *Siempre* uso poca ropa, ¡eso no tiene nada que ver!

Teo bufó. A decir verdad, *sí* había notado un frío creciente en los huesos.

–La temperatura está bajando por la ausencia del sol –explicó Aurelio mientras rebuscaba en su mochila–. En unas cuatro semanas, todo estará cubierto de escarcha y será inhabitable.

–¿De verdad? –Niya inclinó la cabeza hacia un lado.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Teo.

–Vi un video en TúTube sobre desastres naturales hipotéticos. –Aurelio se encogió de hombros.

–Genial –Teo exhaló una risa tajante. Así que, si los Obsidianos no destruían el mundo, la naturaleza lo haría–. Ponte la chaqueta, Niya –

le dijo a su amiga.

Ella obedeció y sacó la prenda de su mochila sin chistar. Batalló para ponérsela, como si nunca hubiera usado mangas antes.

–¿Qué es eso? –preguntó Teo cuando Aurelio sacó algo del tamaño y forma de un disco de chocolate caliente.

–Excremento seco.

–¡¿CACA?! –Niya se llevó las manos a la boca.

–Yucca me lo dio –continuó Aurelio–. Es un buen iniciador de fuego.

–¡Pero es CACA!

–¿Podemos ayudar en algo? –ofreció Teo.

–Me serviría tener musgo y hojas secas.

Teo y Niya no tardaron mucho en encontrarlos entre la maleza. Aurelio colocó los dos troncos uno junto al otro, con la cara hacia arriba para tener una superficie seca. Luego encendió el iniciador con un chasquido de sus guantes y usó el material inflamable y su propio aliento para avivar el fuego. El calor que emanaba de las llamas danzantes calentó a Teo casi de inmediato.

–¡Vaya, esto resultó mucho mejor que la última vez! –Niya rio aliviada y le dio una palmadita en la espalda a Aurelio–. ¡Buen trabajo!

Aurelio sonrió incómodo, y Teo le lanzó una mirada fulminante a Niya –el chico no necesitaba que se lo recordaran en ese momento–, pero Niya ni siquiera se percató.

–¡Sacaré la comida! –dijo y estiró la mano hacia la mochila de Aurelio.

– *Yo me encargo* –dijo él y la tomó antes de que Niya pudiera alcanzarla.

Niya se detuvo en seco, con el ceño fruncido y los labios presionados entre los dientes.

Las luces doradas de su uniforme iluminaron el dolor en sus ojos.

Teo gruñó por dentro. Al parecer, no era el único que se sentía estresado.

Pero, para crédito de Aurelio, cerró los ojos y respiró hondo, sus hombros se relajaron y aflojó el agarre de la mochila.

–Lo siento –murmuró.

–Parece que Aurelio se encarga del fuego y la comida –dijo Teo para tomar el mando–.

¿Qué puede hacer Niya para ayudar?

–Necesitamos más madera para mantener el fuego –respondió Aurelio y se volvió hacia Niya–. ¿Podrías partir algunos troncos más grandes y separar la madera seca del centro?

Niya ya estaba de pie antes de que él terminara la pregunta.

–¡Claro que sí! –exclamó e hizo aparecer la Espada Inquebrantable en su mano–.

¡Aurelio, protege a Teo!

–¡No necesito protección! –exclamó Teo tras ella.

–¡Sí, sí la necesitas! –respondió Niya antes de desaparecer entre los árboles, y él puso los ojos en blanco.

–Montaré las hamacas.

Algunas horas después, Teo estaba profundamente dormido, hasta que una sensación de ansiedad palpitó en sus venas y le exclamó que abriera los ojos. Tuvo que esforzarse para despertar su consciencia, como si se estuviera arrastrando por el fango. Con esfuerzo, se dio la vuelta en su hamaca y entornó los ojos para mirar a su alrededor con visión borrosa.

La fogata seguía humeando desde un montículo de brasas, y Niya estaba dormida. Pero la hamaca de Aurelio estaba vacía, y su mochila no estaba por ningún lado.

Teo se incorporó de un salto. El pánico lo atravesó de inmediato. Sus pensamientos giraban descontrolados con visiones de todos los escenarios terribles posibles.

De pronto, notó un destello de luz por el rabillo del ojo que captó su atención.

Congelado, miró la noche negra, demasiado asustado para parpadear.

Una luz cálida anaranjada brilló a lo lejos entre los árboles antes de desvanecerse. Teo observó y esperó y, cuando la luz se encendió una segunda vez, decidió ir a investigar.

Pensó en despertar a Niya, pero dado lo sobreprotectora que había estado los últimos días, decidió dejarla dormir. Si algo salía mal, sabía que solo tenía que gritar y ella iría corriendo.

En silencio, bajó de su hamaca y siguió la luz extraña. No activó las luces de su traje, por si acaso; además, cada destello era lo suficientemente brillante para que pudiera seguirlo a través del laberinto de árboles. Cuando uno se apagaba, él se detenía y esperaba en la oscuridad hasta que aparecía otro. No le tomó mucho tiempo seguir la luz hasta un pequeño claro, donde asomó la cabeza por detrás de un tronco justo a tiempo para ver surgir llamas detrás de una silueta.

–¿Relio? –preguntó y dio un paso adelante.

Aurelio se volvió para mirarlo; el fuego en sus manos iluminó la expresión de sorpresa en su rostro por un instante, hasta que se apresuró a apagar las llamas.

–¡Por el amor de Sol! –susurró Teo–. ¡Casi me das un infarto! –Activó las luces de su traje para poder ver. Aurelio se quedó allí, con expresión culpable–. ¿Qué haces aquí? –

preguntó, molesto por haber sido despertado. Notó que Aurelio tenía las manos detrás de la espalda–. ¿Y qué estás escondiendo?

Al principio, pensó que el chico le mentiría, pero Aurelio se rindió de inmediato. Su postura se desmoronó, y agachó el mentón antes de presentar las manos.

La Diadema de Fuego reposaba sobre sus palmas. Las brasas –entre ópalos de fuego que debían valer más que el presupuesto para construir la secundaria de Teo– ardían con debilidad, como los adornos pectorales que Aurelio había llevado a la ceremonia de apertura de las Pruebas del Sol. Su resplandor parpadeaba sobre la piel morena cálida de Aurelio. Sin pensarlo, Teo extendió la mano hacia la diadema, y el calor punzó en la punta de sus dedos antes de que el otro chico la apartara.

– *Ten cuidado* –le advirtió–. Te puedes quemar.

Teo frunció el ceño.

–¿Qué…?

–La estaba probando.

¿Por eso había estado tan preocupado de que nadie tocara su mochila?

–¿Cómo funciona? –preguntó Teo.

–Ella dijo que amplifica mis habilidades.

Teo no confiaba realmente en que Lumbre tuviera buenas intenciones al darle esa diadema a Aurelio. A juzgar por sus traumas y por las cicatrices ocultas debajo de los brazaletes, Teo supuso que no las tenía. De hecho, estaba bastante seguro de que Lumbre solo veía a Aurelio como uno de los accesorios de Auristela. Si esta diadema podía potenciar los poderes de su hijo, ¿por qué no había estado entrenando con ella desde un principio? En cambio, ella le había lanzado una granada sin seguro y lo había enviado a salvar el mundo. O, más bien, a salvar a Auristela.

Pensó en decirle que no la usara, en especial si tenía dudas sobre sus habilidades, pero necesitaban toda ventaja posible.

–Bien, entonces, ¡hazme una demostración! –dijo Teo.

–¿Ahora…? –Aurelio parpadeó.

–¡Sí! –rio Teo.

–Solo estaba probando algunos movimientos de calentamiento que aprendí en la Academia –explicó el otro, que sin dudas intentaba desviar el tema, pero Teo no lo dejaría.

–¡Genial! –dijo, acomodándose en una pila de troncos caídos–. ¡No dejes que te distraiga!

Aurelio miró alrededor del claro vacío.

–Está bien. Mantente a una distancia segura. Es un poco descontrolado, y todavía no lo descifro.

Una vez que Teo estuvo a una distancia aceptable, Aurelio respiró hondo y enderezó los hombros. Llevó las manos unidas a su pecho y, cuando las separó, pequeñas chispas comenzaron a danzar entre sus palmas. Había creado fuego sin sus guantes.

–Cielos –jadeó Teo.

Aurelio se concentró, con los músculos de la mandíbula tensos; era extraño verlo tan inseguro. Si Teo no lo conociera, hubiera pensado que estaba asustado.

Con otra respiración para estabilizarse, Aurelio comenzó a moverse. Ejecutó una serie de movimientos básicos, con los que lanzó fuego hacia un árbol y dejó marcas de quemaduras en la corteza. Pero el fuego comenzó a propagarse por sus brazos, hasta los hombros de su camiseta corta. Si la Academia no hubiera diseñado el traje específicamente para él, ya estaría reducido a cenizas.

De repente, el fuego saltó en dirección al rostro de Aurelio.

–¡Cuidado! –advirtió Teo, pero el chico ya había retrocedido y sacudió los brazos para apagar las llamas con un quejido–. Mierda. ¿Estás bien?

–Estoy bien –afirmó Aurelio mientras se revisaba–. Aumenta mi resistencia al fuego.

–Vaya, eso es un gran plus –dijo Teo, impresionado.

Aurelio estaba demasiado inmerso en sus pensamientos para responder.

Teo tenía una extraña sensación en el estómago; no sabía qué, pero algo se sentía raro.

Aurelio volvió a empezar e intentó de nuevo.

¡Fuuu!

Teo levantó las manos para protegerse de la oleada de calor. Las llamas de casi un metro ardían en las manos de Aurelio, tan brillantes que era como si alguien hubiera encendido el sol de nuevo, pero se apresuró a apagarlas. Teo tuvo que parpadear para despejar las manchas en su visión.

– *Vamos* –murmuró Aurelio para sí mismo.

Lo intentó otra vez, con una llama más pequeña solo en la mano izquierda. Se concentró, sin siquiera parpadear, mientras giraba los dedos. El fuego daba vueltas y se

extendía en un vórtice inestable de unos veinte centímetros de altura. Temblaba como si intentara escapar mientras Aurelio luchaba por

mantenerlo controlado en su palma.

Pero no duró mucho, el fuego estalló en una chispa de luz brillante que lo sorprendió tanto que lo soltó. El pequeño torbellino de llamas corrió alrededor del claro como un trompo, encendiendo algunos parches de hojas muertas.

Teo se lanzó hacia adelante para apagarlas, pero Aurelio ya estaba ocupándose de eso.

Con un barrido de su brazo, el fuego se extinguió, dejando detrás tentáculos de humo.

Luego permaneció allí, respirando con pesadez y con los ojos llorosos.

–¿Estás bien? –preguntó Teo, dudoso.

Aurelio se pasó el dorso de la mano por los ojos con irritación.

–Humo –fue lo único que dijo antes de volver a intentarlo de inmediato.

En esa ocasión, encendió una llama azul mucho más pequeña. Tan pequeña, de hecho, que se apagó tan pronto como la movió. Teo se dio cuenta de que, lo que fuera que la diadema le aportara, requería un grado de destreza que Aurelio aún no había dominado. Al parecer, podía conjurar una explosión o una chispa, nada en medio.

Al sentir que eso no estaba yendo tan bien como Aurelio quería, Teo decidió que necesitaba hacer una pausa. Solo Sol sabía cuánto tiempo había estado practicando *antes* de que lo encontrara.

–¿Por qué no tomas un descanso? –le sugirió mientras se acercaba a él–. Relájate un poco.

Aurelio se miró las manos, con evidente frustración.

–Supongo que debería hacerlo –murmuró, y para Teo eso fue suficiente.

Lo llevó de vuelta a la pila de troncos y se sentó, Aurelio decidió mantenerse de pie, mirándose las manos con el ceño fruncido. Las brasas de la Diadema de Fuego brillaban y parpadeaban en su cabeza. Teo no podía explicarlo, pero casi sentía como si estuvieran burlándose de ellos.

–Pensé que no querías usar la diadema de tu madre –comentó con la

mayor naturalidad posible.

–No quiero –respondió Aurelio, luego soltó un suspiro pesado–. Pero ella tenía razón.

Teo lo dudaba, pero decidió morder el anzuelo de todos modos.

–¿Sobre qué?

–Que arreglaría mis… –Aurelio frunció el ceño como si buscara la palabra adecuada–…

deficiencias.

–¡Eres *Aurelio, Hijo de Lumbre*! –Teo soltó una risa sarcástica.

–Un hijo de Lumbre que no es resistente al fuego –replicó cansado–. Ni siquiera puedo crear fuego sin mis guantes o la diadema.

Teo no podía creer lo que estaba escuchando. Sabía que Aurelio tenía una visión distorsionada de su propio valor, pero ¿en verdad no tenía idea de lo increíble que era?

–¡Eres el mejor de tu clase en la Academia!

–El segundo –lo corrigió. Teo lo ignoró.

–¡Y de seguro has salvado como a un *millón* de personas! ¡Eres un Héroe Dorado famoso! ¿Sabes cuántas personas harían *cualquier* cosa por ser tú?

–Auristela puede *exhalar* fuego –señaló Aurelio.

–Sí, eso es bastante genial –admitió Teo–. Pero *NO* eres tu hermana.

–Mi madre desearía que lo fuera.

Hubiera sido mejor si Aurelio estuviera enojado. Hubiera sido saludable que hiciera una pataleta solo para sacarlo de su sistema. Teo incluso hubiera preferido que estuviera triste, porque al menos así podría animarlo.

En cambio, Aurelio estaba resignado, como si hubiera renunciado.

Y eso enfurecía a Teo.

–Sí, bueno, tu madre tiene un gran problema de actitud, y eso que lo

digo *yo* –refunfuñó de brazos cruzados–. Además, no puedes ser tu hermana. Tu trasero no es tan grande como para llenar su uniforme.

Una risa sorprendida resonó en el pecho de Aurelio.

Teo sonrió.

–Oye. Mírame. –Como no lo hizo, él se inclinó para mirarlo de cerca–. *No* eres deficiente.

Un calor se acumuló en el estómago de Teo ante la sonrisa tímida de Aurelio. Por un momento, todo lo demás se volvió ruido de fondo, y se preguntó qué tanto podría hacerlo sonrojar.

–Te traje algo –le dijo Aurelio buscando algo en su mochila–. Ten.

Le extendió el puño cerrado.

–¿De dónde, del pantano? –bromeó Teo–. Si es una sanguijuela o algo así, no lo quiero.

Aurelio se rio de verdad.

–Solo tómalo.

Teo extendió la mano, entonces, el chico colocó un dulce de mazapán en su palma abierta. Estaba muy aplastado y el envoltorio estaba abierto, por lo que dejó migajas polvorientas en su piel.

–¿Dónde conseguiste esto? –preguntó, encantado–. ¿Lo has estado guardando todo este tiempo?

–Paz me lo dio –explicó y se apoyó en la madera en la que Teo estaba sentado–. Ella lo consiguió en su viaje por suministros…

–Es una necesidad básica, sin dudas –coincidió Teo.

–Así que le pregunté si podía darme uno, porque sé que te gustan –concluyó Aurelio, en caso de que no quedara claro.

Teo lo miró.

Ese adorable bastardo.

Con una sonrisa tonta en el rostro, bajó la mirada a los labios de Aurelio y se inclinó hacia él.

–¿Qué haces?

La pregunta fue tan repentina que Teo se detuvo de golpe.

–Eh… iba a besarte.

Maldita sea, ¿era *tan* malo en eso?

– *Ah* –expresó Aurelio, sin más, y se quedó allí, congelado en su lugar y con los ojos casi desorbitados. Tenía un brillo de sudor en la frente que Teo estaba bastante seguro de que no tenía nada que ver con la Diadema de Fuego que aún llevaba.

Se echó hacia atrás de inmediato para darle espacio.

–¿Quieres que te bese?

Aurelio asintió, un gesto breve y brusco.

–¿Estás seguro? –Teo lo miró con desconfianza–. Está bien si dices que no, no estoy…

–Sí, quiero –soltó Aurelio. Su rostro y orejas se pusieron del impasible color de las ciruelas–. Pero nunca he besado a nadie –confesó.

–¿De verdad? –Las cejas de Teo se elevaron.

Aurelio asintió de nuevo.

–Yo… temo ser malo en eso…

–¿Eso es lo que te preocupa? ¿Ser un mal besador? Cielos. –Teo se llevó una mano al pecho y se rio–. Lo siento, no me estoy riendo de ti, ¡es que estoy aliviado! –dijo cuando la confusión dominó el rostro de Aurelio–. ¡Pensé que había interpretado mal la situación y te había incomodado! –El pobre Aurelio no parecía aliviado en absoluto–.

Entonces, ¿quieres que te bese?

–Sí.

–¿ *Tú* quieres *besarme*?

–Estás alardeando. –Aurelio le lanzó una mirada molesta.

–No, estoy disfrutando del momento –rio Teo–. Y ahora voy a besarte.

No fue como un beso de película. Fue torpe e incómodo, y Teo pudo sentir cómo temblaban los labios tensos de Aurelio contra los suyos. Pero fue suave y cálido, y sabía a dulce de mazapán. Para ser honesto, Aurelio podría haberlo baboseado, pisado o incluso estornudado en su boca y no le hubiera importado, porque estaba besando a Aurelio por primera vez después de soñar con ello durante tanto tiempo.

Por fin, por fin, *por fin*.

El chico se apartó, y Teo no tuvo tiempo de abrir los ojos siquiera antes de que le preguntara si había estado bien. Se veía tan adorable que no sabía si arrancarse las plumas o si ahogarlo con otro beso.

–Seguiremos trabajando en eso –respondió con una sonrisa.

Aurelio soltó una risita temblorosa y sin aliento, pero que pareció liberar la tensión.

Luego exhibió una sonrisa tan radiante que era como si se hubiera tragado el sol, Teo lo correspondió, hipnotizado por su brillo. Aurelio avanzó para cubrir la distancia entre los dos, ya sin la aprehensión previa, sino con determinación. Con las manos apoyadas en el tronco, se inclinó hacia él. Teo sonrió con satisfacción mientras le sostenía la mirada abrasadora.

Cuando se besaron, una oleada de sensaciones arrasó con cualquier pensamiento coherente que pudiera quedar en la mente de Teo. Un calor en el estómago; la calidez del cuerpo de Aurelio contra el suyo; el ardor de la piel del chico en donde le tocaba la espalda baja; el olor a almizcle ahumado. Percibió el momento exacto en el que algo se encendió dentro del otro, no solo deseo, sino *necesidad*.

Un suspiro entrecortado pareció robar el oxígeno de sus pulmones y alimentar el deseo de Aurelio.

Ardió y resplandeció hasta consumir a Teo con un anhelo delirante.

Estaba demasiado perdido en el beso como par notar que algo andaba mal. Su piel se cubrió de sudor; no solo estaba acalorado, se estaba *sofocando*. Cuando el humo llegó a su nariz lo devolvió a la realidad.

Teo abrió los ojos un segundo, hasta que un calor intenso le quemó el muslo y chillo de dolor. Aurelio se apartó, horrorizado al notar lo que había hecho. Pero antes de que

cualquiera de ellos pudiera reaccionar, una mano aferró la espalda de

la camiseta de Aurelio, lo alejó de Teo y lo empujó a un lado.

Niya estaba parada jadeando frente a él, con el cabello enmarañado después de dormir y los ojos temerosos inyectados en sangre. Aurelio fue el primero en recuperarse y se apresuró a apagar el fuego que había iniciado. Teo se alejó dando tropezones y palmeó la tela chamuscada en su muslo.

–Mierda –siseo, al tiempo que revisaba que sus plumas estuvieran intactas.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Aurelio, impactado. Sus mejillas seguían enrojecidas–.

Lo siento *mucho*, no tenía idea…

Teo levantó la mano para evitar que Aurelio cayera en una espiral de pánico.

–Estoy bien, en serio. No creo que me haya hecho nada –le aseguró–. Recuerda, piel de semidiós.

Aurelio no parecía creerle, y Niya se puso en modo madre sobreprotectora.

–¡¿Qué demonios estabas haciendo?! –exigió, furiosa–. ¡Podrías haberlo asado como a un pollo!

–¡Oye! –Teo frunció el ceño, ofendido.

–Yo… yo no quise, no me di cuenta… –Aurelio estaba desesperado. Sacudió la cabeza, con lo que la Diadema de Fuego se torció. Entonces el chico pareció darse cuenta de golpe y se la quitó con brusquedad. Los carbones se redujeron a un resplandor ominoso mientras él los miraba con incredulidad.

Niya seguía de pie entre los dos con los brazos levantados, como si estuviera lista para lanzarse al ataque. Dolor, enojo y confusión batallaban en su rostro, y sus ojos iban de un chico al otro.

–Niya –dijo Teo con suavidad y le apoyó una mano en el antebrazo.

–¡No! –gritó ella y se liberó–. Quédate detrás de mí. –Luego se volvió hacia Aurelio con un gruñido–. Baja la diadema.

–Niya, sabes que nunca… –El chico estaba desconcertado.

–¡ *Bájala*! –insistió ella. Aurelio accedió y dejó la diadema en el suelo con cuidado.

Cuando se enderezó, alzó las manos en señal de rendición. Niya respiraba agitada con las venas de su frente hinchadas.

– *Niya* –repitió Teo–. Mírame. –Ella inclinó el rostro hacia él, pero sus ojos seguían fijos en Aurelio–. *Mírame* –repitió con firmeza y le apoyó una mano en cada hombro–. ¡Está bien! ¡Solo fue un accidente! Aurelio no quería lastimarme. No tienes que protegerme de él. Somos un equipo, ¿verdad? –preguntó, dándole un pequeño sacudón.

–¡Ya no me *gusta* estar en equipos! –exclamó la chica, con lágrimas en los ojos. El estómago de Teo dio un vuelco y, detrás de ella, los ojos de Aurelio se abrieron de par en par.

Bien. Niya estaba en una crisis absoluta, pero Teo podía manejarlo.

–Relio, ¿nos das un momento? –preguntó.

Cuando Aurelio lo miró con una expresión horrorizada, él gritó por dentro. Genial.

Había sido el primer beso de Aurelio, y quedaría traumatizado por ello para siempre.

–Fue… increíble –le aseguró Teo–. Y ansío repetirlo. Tal vez con un poco menos de fuego la próxima vez –añadió con una sonrisa.

Aurelio se sonrojó, lo cual era tranquilizador.

–Está bien –respondió por fin, aún nervioso–. Puedo, eh, preparar el desayuno.

–Me encantaría –concedió Teo, quizás con demasiado entusiasmo. Aurelio se alejó, con los hombros encogidos hasta las orejas. Una vez que ya no podía escucharlos, se volvió para mirar a Niya a los ojos–. Oye, ¿qué pasa contigo? Estoy perfecto, no tengo ni una pluma fuera de lugar, ¿de acuerdo? No soy tan frágil como para que un poco de fuego me lastime.

–¡No es eso! Es solo que… –Niya se detuvo y jaló de sus trenzas como si eso fuera a hacer que salieran las palabras correctas–. Nunca antes había tenido que *dudar* de mi equipo. En la Academia, no todos nos *agradamos*, pero sé que contamos unos con otros.

Nunca me preocupé por las intenciones de los demás, por lo que pudieran querer de mí o por si estaban escondiendo algún gran secreto terrible…

Sus palabras golpearon a Teo como una patada en el pecho.

–Te refieres a Xio.

–Sí –admitió Niya, su rostro aliviado por un instante, como si se lo hubiera estado guardando por mucho tiempo.

Teo le tomó las manos para que dejara sus trenzas en paz y le sostuvo los dedos.

–Escucha, lo entiendo. Lo que hizo Xio… No es que hayamos tenido mucho tiempo para procesarlo, ¿sabes? Pero nos engañó a todos. Y eso no es algo que se supera con facilidad.

Niya asintió, sus ojos estaban fijos en el suelo.

–Es que hace que me cuestione todo, que dude de *todos* –le dijo–. Ya no sé en qué creer.

Vi el fuego y pensé, "está sucediendo de nuevo". Sé que vas a decir que Aurelio nunca haría eso, y sé que no lo haría, pero yo hubiera dicho lo mismo sobre Xio hace diez días.

Me estoy esforzando al máximo por no desmoronarme… –Hablaba cada vez más rápido–. Pero siento que estoy perdiendo el control de todo y es solo cuestión de tiempo antes de que también te pierda a ti y no puedo…

–¡Respira! –la interrumpió Teo. Había dicho todo eso sin tomar aire ni una sola vez, y su rostro comenzaba a ponerse morado–. Niya, *lo siento*. No he sido un muy buen mejor amigo durante todo esto. Quería creer que, como estabas actuando normal respecto a lo de Xio, estabas bien. Y si tú estabas bien, me decía a mí mismo que yo también podía estarlo.

–Bueno, eso fue estúpido –respondió Niya mientras se secaba las esquinas de los ojos.

–Sí, lo fue. –Teo sonrió.

– *Amaba* a ese chico –confesó Niya, frotándose los ojos con rabia–. Sé que no tiene sentido, pero no puedo dejar de pensar en que espero *que*

esté bien.

–Yo también –admitió Teo, y sintió como si un enorme peso se hubiera levantado de sus hombros–. Bueno, lo que hizo no estuvo bien, claro, pero…

– *Definitivamente* no estuvo bien –coincidió Niya, con el labio inferior tembloroso.

–… pero sigue siendo ese niño vulnerable con el que nos escabullimos para beber chocolate caliente en la primera noche de las Pruebas.

Los labios de Niya se elevaron en las esquinas en una sonrisa a medias.

–Se veía tan perdido entre el resto de nosotros. Quiero decir, tú también eres un Jade –

se detuvo para limpiarse la nariz–, pero al menos tienes esa actitud arrogante y segura para compensar.

–Lo siento –dijo Teo–. No me di cuenta de que parecía *arrogante*…

Niya puso los ojos en blanco.

–Ay, por favor, lo haces a propósito. Te parece lindo –dijo con una risita, mientras se restregaba la nariz mocosa.

–¡No es así! –negó Teo a la defensiva, en un tono más agudo.

–Bueno, por lo visto, te está funcionando –añadió ella, señalando su campamento. Se quedaron en silencio por un momento, para dejar que la tensión en el aire se disipara.

Hasta que Niya por fin se aclaró la garganta–. Así que por fin se besaron, ¿eh?

–¿Viste esa parte? –Las mejillas de Teo se sonrojaron. Niya silbó.

–Creo que todo Los Restos lo vio.

–Bueno, bueno. –Teo se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso al campamento, intentando ocultar su rostro–. Eso es un poco exagerado.

Recogió la Diadema de Fuego del suelo, que aún estaba caliente al tacto, e hizo una nota mental para hablar con Aurelio la próxima vez

que tuvieran algo de privacidad.

Pero Niya no lo dejaría escapar con tanta facilidad, corrió marcha atrás a su lado para poder ver lo avergonzado que estaba.

–Bueno, debió ser algo *bastante* candente para que Aurelio perdiera el control de esa manera…

–No es gracioso, si *él te escuchara*… –dijo Teo entre dientes y forzó una sonrisa.

–¿Si él escuchara qué? ¿Que hable sobre cómo iluminaron la noche eterna con sus besos apasionados…

–Me prenderé fuego *a mí mismo* si no te callas.

Niya chistó.

–Estabas muy entusiasmado, ¿no?

Teo no se molestó en ocultar la sonrisa, solo se encogió de hombros.

–Yo…

–¡Pájaro sucio! –reprendió ella, y Teo le dio un empujón en broma–. Bueno, ahora de verdad –agregó y desaceleró antes de llegar al campamento y de que Aurelio pudiera oírlos–. ¿Cómo estuvo?

Teo lo pensó un momento.

–Un poco torpe, pero más que nada *caliente*. Intenso. No muy diferente al fuego, supongo –añadió al dejar que su mente reviviera el beso.

–Sí, Stela era así también. –Niya asintió con la cabeza.

Lo dijo tan al pasar que a Teo le costó un segundo entenderlo.

–Espera… *¡¿qué?!*

–Fue en la Academia después de la ceremonia de confirmación de género de Xochi –

explicó en un tono molesto–. Dezi coló un montón de alcohol… es todo lo que estoy autorizada a decir.

–¡No! –Teo la tomó del brazo e intentó detenerla–. ¡Quiero detalles!

–Ya he dicho demasiado. Vamos antes de que tu novio empiece a preocuparse. –Niya lo ignoró y siguió caminando, arrastrándolo con ella.

–¡No es justo!

Ella se encogió de hombros, imperturbada, y Teo decidió que le sacaría más información una vez que todo el asunto del *fin del mundo* estuviera resuelto. La idea de una cita doble con los Gemelos de Fuego era aterradora, pero con el potencial de entretenimiento suficiente como para que valiera la pena.

Justo antes de que entraran en la luz del fuego, Teo se detuvo una vez más.

–Oye, Niya.

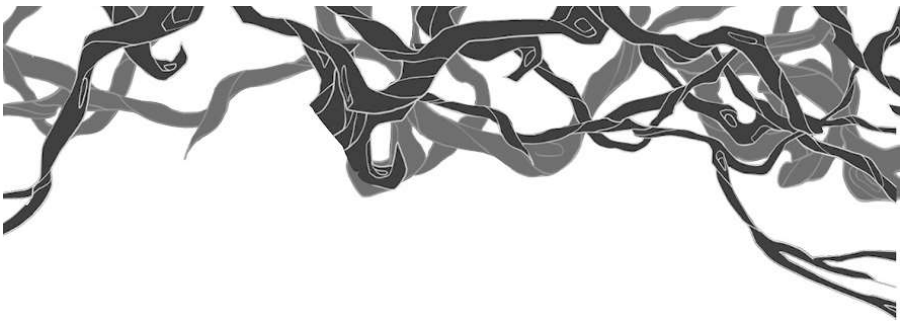
Ella se volvió, confundida.

–¿Sí?

– *Yo* siempre estaré contigo. Lo sabes, ¿verdad?

La boca de la semidiosa se curvó casi en una sonrisa.

–Lo sé, Teo.



CAPÍTULO 16

XIO

Xio atravesó la arcada que le llevó al túnel donde los Dorados permanecían en sus celdas. Estaban cansados, exhaustos, sus espíritus apagados por la oscuridad opresiva y por el aislamiento.

–Ahí están –dijo Venganza–. Nuestros preciosos Dorados, todos encerrados por seguridad. –El padre de Xio miró el estado lamentable en el que se encontraban los semidioses–. Se ven terribles. –Su boca se curvó en una sonrisa–. Bien hecho, Xio.

Le chique hizo lo posible por sonreír también.

–Gracias, Padre. –Más temprano, Venganza había dicho que quería ver a los Dorados y que tenía algo importante que decirle a su hije, por lo que la mente de Xio zumbaba con posibilidades, sin saber si debería estar emocionade o nerviose. Tal vez ambos.

–No te acerques demasiado –bromeó Chupacabra–. No quisiéramos que alguno de ellos usara sus poderes contra ti. ¡Ah, no pueden! –Y estalló en una carcajada por su propio mal chiste.

Mientras los Obsidianos inspeccionaban a cada prisionero con desprecio, Xio no pudo evitar experimentar una sensación de satisfacción, en especial después de todo lo que

había pasado durante su última visita. Marino estaba demasiado débil como para hacer más que ver entrar a los Obsidianos. Xochi se apartó del cristal, con ojos temerosos que traicionaban su postura valiente. Ocelo mostró los dientes, pero incluso Xio pudo notar cómo su ira vacilaba. Dezi estaba profundamente dormido, ajeno a los peligros más allá de su celda.

Atzi se mantenía desafiante y miraba a los Obsidianos con la cabeza en alto. Cuando pasaron, ella dirigió la mirada a Xio, y reveló un poco de miedo. “¿Qué está pasando?”, parecía preguntar. Pero Xio no lo sabía, así que lo único que hizo fue levantar un hombro y sacudir apenas la cabeza hacia ella.

Auristela, por otro lado…

–¡DISFRUTEN DE LA VISTA MIENTRAS DURE! –gritó, luchando contra el hielo.

El corazón de Xio latía con fuerza mientras seguía a los Obsidianos. Cuando se acercaron a la celda de Auristela, cubierta de hielo, el aire se fue volviendo más frío con cada paso. Tentáculos helados ascendieron por la columna de Xio y le cortaron la respiración.

–Ah, Auristela –ronroneó Venganza–. Nuestra pequeña chispa.

La chica lo miró con furia desde su prisión helada, con ojos desafiantes en llamas.

–Grábense mis palabras, Obsidianos –escupió, la voz temblorosa por la rabia–. Cuando esté libre de esta maldita jaula, los destrozaré con mis propias manos.

–Veo que te pareces a tu madre. –Rio Venganza–. Arrogante y ególatra, aun cuando estás en clara desventaja.

–Gracias –respondió ella con una sonrisa venenosa.

–No eres más que una niña jugando con cerillas –replicó Chupacabra.

–Cerillas que usaré para quemarte desde adentro hacia afuera –respondió Auristela, y un hilo de humo salió de sus labios mientras hablaba.

Xio no sabía si sentirse asustade o impresionade. Incluso después de estar encerrada en hielo durante varios días, Auristela de alguna manera seguía produciendo su propio fuego. ¿Era solo fuerza bruta? ¿O la ira la estaba sosteniendo?

–¿De verdad crees que tú, una semimortal, podrías durar más de cinco segundos contra nosotros? –rio Chupacabra, con un sonido áspero y desagradable–. ¡Somos *dioses*, y tú no eres nada!

–¿Por qué no me sacas y lo cronometramos? –preguntó la chica, agitando las pestañas.

Xio apretó los puños. Quería decirle a Auristela que se detuviera, que solo empeoraría las cosas. Sabía lo que los Obsidianos eran capaces de hacer, y su obstinación la metería en más problemas de los que ya tenía.

–Basta de tonterías. Deja que se cueza en su propia rabia inútil –ordenó Venganza, casi aburrido, y se dio la vuelta–. No representa ninguna amenaza para nosotros.

La ira de Auristela era un calor tangible que irradiaba desde su piel y derretía parte de la escarcha en el cristal. El aire silbaba y crepitaba mientras el hielo comenzaba a derretirse. El vapor se elevaba en nubes suaves alrededor de ella, al tiempo que corrían hilos de agua por los costados de la esfera de hielo hasta acumularse en el suelo.

En ese momento, parecía más una fuerza de la naturaleza que una simple semidiosa.

–Cuando mi hermano llegue, los destrozará –gruñó Auristela, su voz cargada de odio–.

No descansará hasta que nos haya liberado a todos y los haya hecho pagar por lo que hicieron.

Xio observaba la demostración de poder de la chica con sorpresa y admiración, con el corazón acelerado. Podía ver la determinación grabada en cada línea de su rostro, y eso despertó algo profundo dentro de elle, quizás un sentido de respeto o incluso envidia.

Venganza y Chupacabra intercambiaron miradas divertidas.

–¿Así que el poderoso Aurelio viene a salvarlos? –preguntó Venganza, con palabras cargadas de desinterés–. Xio lo ha investigado, y sé que ni siquiera tu propia madre le confiaría un par de tijeras, mucho menos la misión de salvar a alguien.

–Es patético –coincidió Chupacabra, con los ojos entornados–. No tiene ninguna oportunidad contra nosotros.

Los pensamientos de Xio se descontrolaron ante la idea de que Aurelio, Niya y Teo aparecieran en el templo de Venganza. Porque, por supuesto, si Aurelio decidía emprender una misión para enfrentarse a los Obsidianos y liberar a los Dorados, no

había forma de que Teo y Niya lo dejaran ir solo. *Esos idiotas*, pensó. No tenían oportunidad.

–Escucha, imbécil –declaró Auristela, mirando a Venganza a los ojos–. Mi hermano haría cualquier cosa para salvarme, sin importar lo que nuestra madre le haya dicho.

Los dioses Obsidianos se rieron.

–¿De verdad? –musitó Venganza, pensativo, mientras una sonrisa malvada se extendía por su rostro–. Bueno, entonces tendremos que darle una bienvenida adecuada, ¿no? –

Miró a Chupacabra y a Caos–. Estoy seguro de que podemos idear *algo* para Aurelio y para cualquiera que sea lo suficientemente imprudente como para ayudarlo.

–Imaginen qué botín serían –agregó Chupacabra, con la boca abierta y salivando.

–¿Por qué no enviamos a La Lechuza para que los reciba? –sugirió Caos, con los dedos inquietos por la emoción–. Estoy segure de que le gustaría salir y estirar sus alas.

Ay, no, no ella. La bruja lechuza destacaba entre los demás Celestiales. Era muy poderosa y despiadada, y disfrutaba jugar con sus presas antes de…

–Estupenda idea, Caos –reconoció Venganza antes de volverse hacia Auristela–. ¿Y qué mejor carnada que tú para atrapar a tu temerario hermano?

El gruñido amenazante de Auristela flaqueó, y Xio percibió cómo le caía el peso de su error sobre los hombros. Sus ojos se irritaron y cerró la boca con fuerza, pero el daño estaba hecho; se había dejado llevar por la rabia y la desesperación y había revelado el plan de Aurelio para que los Obsidianos pudieran estar listos para él.

–No era verdad –dijo con la voz temblorosa por el miedo y la culpa. El hielo dejó de derretirse y el cristal se llenó de escarcha otra vez–. Solo… intentaba asustarlos.

Xio se estremeció, porque nunca había visto a Auristela así.

Había cometido un error y lo sabía, lo peor era que Venganza también lo sabía.

–¿Asustarnos? –rio Venganza, un sonido cruel que resonó en la oscuridad–. Has hecho mucho más que eso. Nos has dado la oportunidad de aplastar a tu querido hermano y a sus amiguitos.

Xio percibía cómo el fuego de Auristela se apagaba mientras hablaba, dominado por la helada.

–Si le pones un dedo encima, ¡te quemaré hasta los huesos! –La chica se sacudió contra el hielo–. ¡Te haré tragar llamas! –Su expresión se desmoronó y sus ojos se llenaron de lágrimas–. ¡Te mataré!

–No creo que lo hagas. –Venganza le ofreció una sonrisa burlona.

–¡No lo lastimen! –Los gritos se convirtieron en sollozos devastadores–. ¡Solo quiere protegerme! –Sus ruegos tenían tanto dolor y angustia que era como si su alma se hubiera dividido en dos.

–Y esa es su debilidad –respondió Venganza con malicia–. Su lealtad inquebrantable será su perdición.

Auristela observó la sonrisa siniestra del dios, al tiempo que el hielo se ajustaba a su alrededor, subía por su cuello y se extendía por sus mejillas. Las lágrimas se congelaron y cristalizaron sus pestañas.

Xio se sintió enferme.

–¡No hagan esto, por favor! –suplicó la chica antes de que el hielo cubriera el cristal de la celda y quedara aislada del exterior.

–Caos, busca a La Lechuza –ordenó Venganza, y Caos desapareció en una nube de humo azul–. Ella podrá manejar al Hijo de Lumbre. También a Teo y Niya. Por lo que nos ha dicho Xio, estoy seguro de que sus supuestos *amigos* vendrán con él.

Amigos. La palabra resonó en la mente de Xio como un recordatorio de todo lo que había perdido.

Todos los Dorados, a excepción de Dezi, estaban atentos y con los rostros teñidos de preocupación.

–Cuando todo esto termine, los Dorados solo serán un recuerdo lejano –rugió Chupacabra con anticipación–. Incluidos ustedes.

–¿Lo ves, Xio? –comentó Venganza en tono nostálgico, mientras le daba un apretón cómplice con las uñas largas en el hombro–. Este es solo el comienzo. Pronto, seremos los reyes supremos y quienes se han burlado de nosotros, quienes han destruido a

nuestras familias y nuestros hogares, estarán a nuestros pies. Es hora de recompensarte por tu esfuerzo.

–¿Recompensarme? –repitió Xio, llene de esperanzas y con el corazón acelerado.

Venganza asintió mientras se acariciaba la barba de cabra.

–Quiero que vayas con La lechuza.

–¿Yo? –balbuceó–. Pe… pero ¿por qué? –Lo último que quería era adentrarse en la jungla de Los Restos en la oscuridad.

Y menos con *ella*.

–Porque es una excelente cazadora y tú has avanzado mucho con tu entrenamiento –rio Venganza y le ofreció una sonrisa afectuosa–. Ella los rastreará y *tú*, mi hijo, los destruirás. –La mano extensa del dios era pesada en el hombro de Xio.

–¿Destruirlos? –Sentía los labios adormecidos y un zumbido en los oídos.

Los Dorados comenzaron a entrar en pánico.

–¡No pueden hacerlo!

–¡Déjenlos en paz!

Venganza asintió, como si nadie hubiera dicho nada.

–¿Qué mejor manera de vengarnos de los dioses que quitándoles a sus hijos? –preguntó al mirar las celdas de alrededor con una sonrisa.

Xio se sentía cerca del desmayo. Conocía sus responsabilidades, sabía que, tarde o temprano, tendría que ensuciarse las manos, pero ¿asesinar a Teo, a Niya y a Aurelio?

–No… no creo tener la fuerza suficiente para ocuparme de ellos –dijo.

–Por supuesto que la tienes, eres mi hijo –replicó Venganza–. Y si necesitas ayuda, La Lechuza estará contigo para brindártela. Cuando los Dorados hayan perdido, tendremos a todo un mundo lleno de humanos a nuestra disposición. Contamos contigo para que los subyugues mientras nosotros nos ocupamos de asuntos más interesantes.

–Si los semidioses sobreviven a esta guerra, podremos dárselos de cenar a sus padres –

cacareó Chupacabra–. Siempre me gustó ese final, un clásico.

–Si sobreviven, podrás hacer lo que quieras con ellos –sentenció

Venganza, y la diosa se echó a reír de gozo, un sonido que heló la sangre de Xio–. Tú custodiarás a la fuerza de trabajo humana, y nosotros devolveremos nuestro imperio a su antigua gloria. No habrá más Dorados, no más Jades, no más Sol y Tierra con su sentido del honor. El futuro es nuestro. –Exhibió una sonrisa macabra–. *Solo* nuestro. –Luego giró para marcharse, seguido de cerca por Chupacabra–. Vamos, hijo, tenemos mucho que hacer.

Xio se quedó congelade en el lugar por un momento, con los puños apretados para evitar que temblaran. Era hora de probarse a sí misme o de sufrir las consecuencias.

–Sí –respondió.

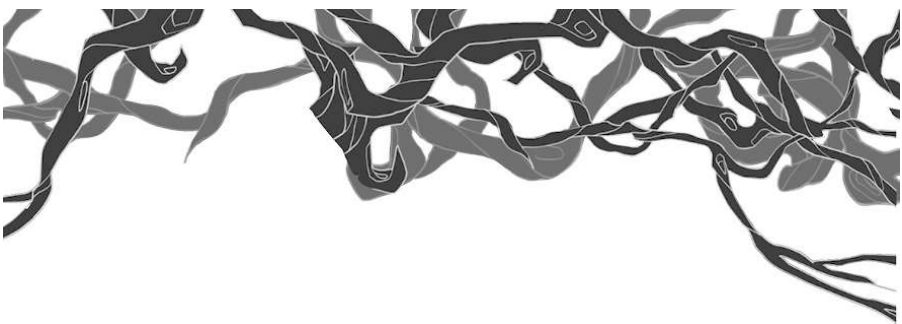
Los prisioneros comenzaron a elevar las voces en protesta, pero Xio se rehusó a mirarlos.

Hasta que pasó junto a la celda de Atzi.

Sus ojos se encontraron al pasar, los de Atzi, grandes y suplicantes, penetraron los suyos. Tanto que Xio casi pudo escucharla en su mente.

Por favor, no.

Pero apartó la vista.



CAPÍTULO 17

TEO

Las llamas chispeantes de la fogata del trío lanzaban un cálido resplandor sobre la densa jungla que los rodeaba. Teo se estiró sobre un árbol caído para dejar que la tensión de su reciente conversación íntima con Niya se disipara, como el humo que se arremolinaba hacia las copas de los árboles.

El aire se sentía cargado con un nuevo sentido de propósito mientras se preparaban para la siguiente etapa de su viaje: infiltrarse en el templo Obsidiano.

Aurelio se había adentrado en la jungla y regresado una hora después con trozos de carne de pecarí, que estaba ocupado en cocinar con los ingredientes limitados que les quedaban o que habían recogido en el camino. Trabajaba el fuego con destreza, moviendo los dedos a través de las llamas sin temor, para aportarle un sabor ahumado al pozole improvisado. Teo ya estaba salivando.

Mientras Niya se despatarraba en el suelo no muy lejos, Teo se acercó para observar a Aurelio cocinar.

–Lo siento por el, eh… –Aurelio dejó la frase en el aire mientras removía la olla.

–¿El beso? –adivinó Teo y sonrió al ver el tono rojo brillante en las mejillas del chico, que asintió, con expresión incierta.

–Sí.

–No te preocupes –dijo Teo–. Me gustó. Mucho. De hecho… –Se inclinó hacia Aurelio y le chocó el hombro–. Me gustaría repetirlo. Y con frecuencia.

Aurelio se rio. Su postura se relajó, parecía alegre.

–Trato hecho –respondió.

Teo se inclinó para robarle un beso. Fue rápido y ligero, apenas lo

suficiente para que Aurelio pudiera siquiera preparar los labios, pero fue tan satisfactorio como el primero.

Poco después, la comida estaba lista.

–Cuidado, está caliente –advirtió Aurelio al entregarles un tazón a Teo y otro a Niya.

La chica se acercó el suyo a la boca para probar el pozole.

–¡Por los dioses, Aurelio! –dijo, mirándolo con asombro–. ¡Esto es lo mejor que he probado en mi vida! ¡Eres un genio culinario! ¡Deberías ser chef! –Sus ojos brillaban con picardía mientras le sonreía. Era bueno verla ser ella misma otra vez.

Teo comió un bocado.

–Santo Sol –gimió. Los trozos de pecarí de sabor intenso y los granos de maíz dulce estaban combinados a la perfección con el caldo aromático de chile rojo–. Todos esos videos de TúTube sí que dieron resultado, Relio.

Las mejillas de Aurelio adquirieron un tono rojo intenso, lo que hizo que la sonrisa de Niya se ensanchara aún más. Teo también lo disfrutó y se permitió contemplar la expresión sonrojada adorable con la que revolvía la olla. El chico murmuró algo sobre necesitar practicar más antes de cambiar de tema de prisa.

–Deberíamos llegar al templo Obsidiano pronto –dijo, evitando el contacto visual mientras servía un tazón para sí mismo.

–¿De verdad? –preguntó Niya, con expresión seria. Le hubiera gustado poder fingir un poco más–. ¿Cuál es el plan? –preguntó antes de llevarse otra cucharada colmada a la boca.

–Encontramos el templo –comenzó Teo, con esperanzas de sonar más seguro de lo que se sentía–, nos infiltramos, exploramos el lugar y esperamos que ninguno de esos locos Obsidianos nos detecte antes de que encontremos dónde tienen a los Dorados y la Piedra Solar. Luego liberamos a nuestros amigos, recuperamos la piedra y llamamos a los dioses.

–Parece bastante simple –comentó Niya entre bocados.

Era un mal plan. Teo lo sabía y, a juzgar por la mirada de Aurelio, él también, pero era todo lo que tenía. Miró hacia la oscuridad más allá

del resplandor de la fogata, con el corazón pesado por la anticipación. Los sonidos de insectos y criaturas nocturnas distantes llenaban el aire, una melodía muy diferente a la del paisaje urbano familiar que había dejado atrás.

En cualquier momento, las sombras podían cobrar vida y convertirse en otro Celestial que saltara sobre ellos. Pero no había señales de una amenaza inminente, solo el peso de lo desconocido sobre él como la noche persistente.

Era bueno para mostrar una expresión valiente, pero debajo de su valentía el miedo lo carcomía por dentro. Había llevado a sus amigos hacia el peligro una y otra vez; siempre había confiado en sus instintos para sacarlos adelante, pero ¿y si no funcionaba esta vez?

–Relájate, Teo –lo instó Niya, con una mano reconfortante en su brazo–. Estaremos listos para lo que venga.

–Cuentas con nosotros –coincidió Aurelio.

Teo logró mostrar una sonrisa cansada.

–Extraño Quetzlan –admitió. La nostalgia dolía como una herida abierta en su pecho–.

Extraño a mi mamá y a las aves. Todo es tan oscuro y silencioso aquí fuera. En casa siempre hay ruido. –Una risa amarga escapó de sus labios–. Incluso extraño las cosas aburridas.

Niya y Aurelio coincidieron.

–Extraño a mis papás y a mis hermanos –dijo Niya, con la mirada melancólica en el pozole que había devorado–. Y extraño *mucho* La Cumbre –agregó–. Extraño sentir cómo el volcán vibra bajo mis pies. –Sacudió los dedos de los pies sobre la tierra–.

Extraño cocinarme en las aguas termales. *Mataría* por un baño caliente en este momento.

–Yo extraño la Academia –admitió Aurelio en voz baja.

–¿En serio? –Niya levantó una ceja.

Teo le dio un golpecito con el pie y le lanzó una mirada seria, pero Aurelio no parecía molesto.

–Sí, lo sé –dijo–. Pero extraño estar rodeado de nuestros compañeros.

Es agradable estar en una sala llena de gente hablando, riendo y bromeando. –Eso sorprendió a Teo.

Basándose en el comportamiento habitual de Aurelio, que anhelaba el silencio y la soledad–. Y en verdad extraño a Auristela –agregó. La tristeza empanaba su rostro atractivo–. Solíamos colarnos en las cocinas…

Teo jadeó.

–Aurelio, Hijo de Lumbre, ¿ *rompía las reglas*? –bromeó con una sonrisa.

Aurelio correspondió a su sonrisa.

–Para poder hornearnos dulces en medio de la noche –explicó–. Buñuelos, churros, pan de canela –enumeró con una sonrisa afectuosa–. A Auristela le encanta la canela.

Se quedaron en silencio, cada uno inmerso en sus propios recuerdos.

–Gracias por la cena, Relio –dijo Niya para romper el silencio. Se levantó y bostezó, con los brazos estirados por encima de su cabeza–. ¡Ansío dormir!

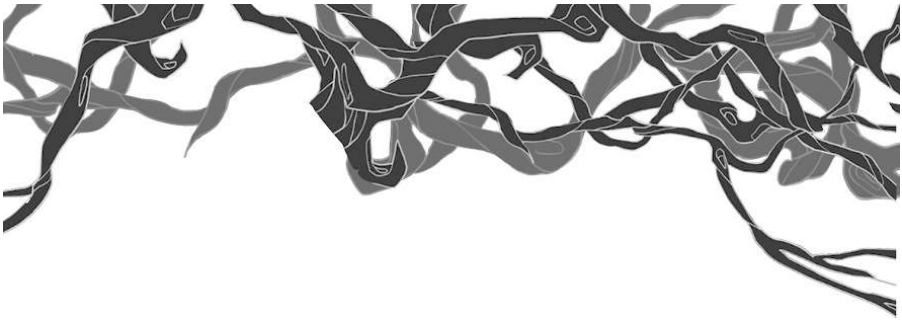
Como si hubiera sido una señal, algo se movió en la jungla detrás de ellos.

Niya giró hacia el sonido tan rápido que sus trenzas se sacudieron tras ella. Aurelio se puso de pie de inmediato, con llamas en sus manos. Teo se levantó tras él, con las alas desplegadas y listo para la pelea.

Una maldición murmurada llegó a los oídos de Teo justo antes de que alguien saliera de entre la vegetación dando tropezones. Cubierto de tierra y con restos de la jungla atrapados en su cabello rizado, el intruso miró hacia arriba con ojos salvajes.

El estómago de Teo se hundió y se quedó sin aliento.

–¿Xio?



CAPÍTULO 18

TEO

Teo lo miraba incrédulo. Había imaginado cientos de escenarios posibles para su reencuentro con Xio. Ninguno de ellos involucraba que apareciera de repente en medio de la selva.

Mil preguntas inundaron su mente –¿De dónde había salido? ¿Qué hacía ahí? ¿Era una amenaza? ¿Dónde estaban el resto de los Obsidianos? ¿Qué estaba pasando?–, pero no podía hacer que su garganta funcionara. Había pasado todo el viaje intentando evitar siquiera pensar en él, porque cuando lo hacía, era como recibir una puñalada en el corazón. Y no estaba preparado.

–¿Xio? –preguntó Niya, como si ella tampoco pudiera creer lo que veía. Y una sonrisa amplia se desplegó en su rostro–. ¡Xio! –exclamó animada.

A pesar de todo, Xio le devolvió la sonrisa. Era desconcertante. Y Teo *en verdad* no sabía qué pensar.

Pero la expresión de Niya se oscureció de pronto.

–¡XIO! –rugió, con las manos extendidas hacia el cuello de le chique.

Una ola de calor golpeó el costado de Teo.

Aurelio estaba en posición ofensiva, con una bola de fuego amenazadora en la palma de la mano. Las sombras resaltaban las líneas furiosas de su rostro.

–¿Dónde están? –exigió.

–Eh, ¡¿quiénes?! –Xio levantó las manos y retrocedió tambaleándose.

–¿No los guiaste a nosotros? –Aurelio escaneaba los árboles.

–¿¡Qué?! –Xio se sorprendió–. ¡No! ¡No traje a nadie! –afirmó, pero luego dudó, y Teo notó cómo le subía un rubor a las mejillas y cómo movía las manos con nerviosismo–.

Bueno, eh…

El corazón de Teo dio un vuelco, y una sensación de terror pesó en su estómago.

–¿Qué hiciste? –Las palabras salieron de su boca antes de que se diera cuenta de lo que estaba diciendo.

Xio frunció el ceño.

–Me enviaron para encontrarlos…

Niya avanzó hacia él.

–¡VOY A…!

–¡Espera! –gritó Xio, con los brazos extendidos para protegerse–. ¡No estoy aquí para pelear!

–¿¡Esperas que creamos eso!? ¡Después de todo lo que has hecho!? –exigió Niya, con la voz temblorosa.

–¡No tenemos tiempo para esto! –respondió Xio, con pánico creciente en la voz–. Me enviaron con uno de los Celestiales para detenerlos. Tenemos que…

–¡No hay un *nosotros*! –interrumpió Niya–. ¡Estamos *nosotros* y luego *tu* trasero traicionero!

Teo no podía ignorar la sensación de que algo andaba mal.

Xio estaba tan pálide que parecía enferme, y la forma en la que sus manos temblaban y su pecho subía y bajaba con respiraciones agitadas no podía ser solo una actuación.

Estaba asustade, pero ¿tenía miedo por ellos o por sí misme?

–Teo, *por favor* –suplicó, con el rostro teñido de desesperación–. ¡*Tienes* que escucharme!

Aurelio dio un paso adelante.

–¿Y si no qué? –lo desafió; las llamas brillaban con intensidad renovada–. ¿Nos entregarás a los Obsidianos como hiciste con mi hermana?

Xio tragó con dificultad.

–Escucha, sé que la cagué –comenzó, con voz quebrada–. ¡Pero te juro que ahora estoy aquí para ayudar! Los Obsidianos… están planeando destruirlos.

–¡Qué novedad! –escupió Niya.

–¡Pero intento detenerlos! –Xio miraba a Teo para suplicarle que lo escuchara, pero Aurelio y Niya se mantenían firmes.

–Muy conveniente –sentenció Aurelio, con la ira brillando en sus ojos cobrizos–. ¿De repente conociste sus verdaderos rostros y quieres detenerlos?

–Bueno, más o menos –tartamudeó Xio–. ¡Teo! –intentó de nuevo–. ¡Escúchame! ¡Los Obsidianos saben que están en camino!

El cerebro de Teo zumbaba al intentar procesar lo que Xio decía y si podía creerle. La discusión le ponía los pelos de punta, y sus alas no dejaban de temblar. Cerró los ojos por un momento para intentar enfocar sus pensamientos, pero su cabeza empezaba a palpitar.

–¡Más mentiras! –rugió Niya, con los puños cerrados. Teo podría jurar que sintió que la tierra temblaba bajo sus pies–. ¡No caeremos en tus trucos de nuevo, Xio!

Teo no pudo soportarlo más.

–¡Ya basta! –gritó y los silenció a todos. Luego se volvió hacia Xio, esforzándose por que su rostro no reflejara el dolor que sentía en el pecho–. ¿Qué Celestial enviaron tras nosotros? ¿Por qué estás aquí, Xio?

Xio tenía los hombros encogidos hasta las orejas por el peso de las miradas desconfiadas.

–¡A La Lechuza, la bruja!

Teo respiró hondo. *Mierda*. En Quetzlan, La Lechuza era como El Cucuy, el monstruo del que sus compañeros de clase contaban historias aterradoras. El que los padres usaban para amenazar a sus hijos cuando se portaban mal.

–No es como los otros Celestiales –continuó Xio enseguida–. Es astuta y los destruirá antes de que lleguen al templo.

–¿Cómo supiste…? –Teo sacudió la cabeza, confundido.

De repente, una rama crujió justo sobre sus cabezas.

–¿Qué tenemos aquí? –La voz espeluznante y áspera hizo que a Teo se le helara la sangre. Sus alas se agitaron al tiempo que inclinaba la cabeza hacia arriba con brusquedad. Analizó las sombras extrañas que proyectaban los árboles imponentes, pero no pudo ver nada.

Aurelio y Niya se formaron espalda con espalda con Teo de inmediato y se prepararon para el enfrentamiento.

Entonces, una de las enormes sombras se movió. La corteza crujió bajo las garras de una enorme lechuza de campanario que apareció en una rama cercana. Medía más de dos metros de altura, con plumas de un gris profundo con un matiz azul mezclilla. Manchas plateadas cubrían su cabeza, espalda y alas superiores.

Pero su rostro…

En lugar de una lechuza de campanario, era una anciana quien los miraba desde arriba.

El rostro humano de la criatura tenía forma de corazón, bordeado por plumas pequeñas. Sus ojos brillantes eran negros en su totalidad, enmarcados por pestañas oscuras y esponjosas y cejas delgadas. Su labio superior era el pico pálido y delicado de una lechuza, pero el inferior, era el labio rojo y carnoso de un humano.

–Pobrecitos, tan lejos de casa –arrulló–. ¿Se han perdido?

–Dijo… –comenzó Teo, con la voz tensa.

–¡Sabemos lo que dijo, Teo! –gruñó Niya–. ¡La escuchamos!

Eso desconcertó a Teo, hasta que se percató de que la Celestial no había hablado en lenguaje de aves.

La voz de La Lechuza flotaba alrededor de ellos.

–Teo, Hijo de Quetzal –continuó–. Por fin has tenido la oportunidad de demostrar tu valor. Coronado *Portador del Sol* por tu amade Sol. Y mira lo que has hecho con ello.

Un escalofrío recorrió la columna de Teo.

Cuando Xio retrocedió hacia los árboles, no estuvo seguro si se estaba escondiendo de la bruja o si les había tendido una trampa. Todos los nervios y músculos de su cuerpo le gritaban que huyera, pero no

estaba en el ADN obstinado de Niya o Aurelio retroceder en una pelea, así que él tampoco lo haría.

–Quería agradecerte –se burló La Lechuza–. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que pude estirar mis alas.

Niya cargó hacia adelante.

–¡DÉJALO EN PAZ! –gritó y levantó su espada sobre la cabeza con ambas manos.

Luego la blandió hacia abajo, pero la mujer ave fue demasiado rápida. Despegó y desapareció en las sombras, y la espada solo hizo un corte limpio en una rama–.

¿¡Dónde se fue!? ¡¿Qué demonios es?! –exigió la chica mientras analizaba las ramas con frenesí.

–La Lechuza –respondió Teo, confirmando lo que había dicho Xio. Movía los ojos de una rama a otra para intentar localizarla–. La bruja ave.

–¿Otra Celestial? –adivinó Niya.

–Sí, bueno, más o menos. No es como los demás –intentó explicar Teo–. Es única en su especie.

–¡Perfecto! Entonces solo tenemos que matarla. –Niya consideró que eso era una buena noticia.

–No creo que *matarla* sea una opción –intervino Xio. Aún se mantenía en el límite de los árboles, agachado bajo el dosel–. No es como los otros monstruos, ella solía ser humana.

Una bruja que desafió a los Dorados y fue expulsada a la jungla. Se ofreció a Caos para ser usada como experimento, un híbrido de bestia y humana, con el poder para luchar contra ejércitos enteros y la inteligencia para hacerlo.

–¿Cómo sabes todo eso? –preguntó Aurelio.

– *Obsidiano*, ¿recuerdas? –Xio se señaló a sí mismo–. Me dejaron leer todos sus libros secretos.

–Entonces, ¿cómo la detenemos? –Teo sacudió la cabeza.

–¡Decapitación! –exclamó Niya.

Teo la ignoró.

–¿Relio? ¿Xio?

Antes de que cualquiera de los dos pudiera responder, una risa áspera y burlona resonó entre los árboles.

–"Bruja", me llamaron –carraspeó La Lechuza–. Una bruja. Un presagio de muerte y peligro.

Teo giró hacia la izquierda, de donde había llegado la voz, pero cuando la criatura volvió a hablar, la voz llegó de la derecha.

–Si tan solo hubieran sabido lo acertados que estaban.

Aurelio lanzó una bola de fuego, pero chocó contra un tronco.

–Maldita sea –siseó–. No puedo rastrearla.

–¿Cómo lo hace? –preguntó Niya, que giraba en círculos–. ¡¿Está teletransportándose?!

–Las lechuzas vuelan casi en silencio –explicó Teo–. Es casi imposible oírlas acercarse.

–Los preciados humanos me temían, así que los dioses me desterraron a esta jungla. –Su voz flotaba entre los árboles–. Los Obsidianos me encontraron y me acogieron. Me ayudaron a alcanzar mi máximo potencial, ¿no lo creen?

La bruja ave voló frente a ellos, con la boca pico estirada en una sonrisa espeluznante.

Nadie se atrevió a responder.

–Como agradecimiento, los ayudé a derrocar a los Dorados y comenzar la guerra, pero las cosas no salieron como esperaba. Tengo que agradecerle a tu padre por eso –añadió al girar hacia Niya.

–¡Baja aquí y dímelo a la cara! –gritó la chica.

–Ah, Niya, Hija de Tierra –suspiró La Lechuza, mientras se deslizaba hacia las sombras otra vez–. Todos esos músculos y aún no eres lo suficientemente fuerte como para salvar a nadie, ni siquiera a tus amigos.

Los labios de Niya se curvaron en una mueca venenosa, pero Teo

captó el destello de inseguridad en sus ojos color avellana. Sus nudillos estaban blancos sobre el mango de su espada.

–¡Usted es la que está escondida, señora! –respondió la chica.

– *¡Niya!* –siseó Teo con un codazo en las costillas, pero Niya estaba furiosa.

–¡Qué gran bruja aterradora eres! ¡Jamás había oído hablar de ti!

Una risa estridente llenó el aire.

–Fui desterrada a las estrellas junto con el resto de ellos, donde hacía frío y estaba oscuro. Pero ahora, Venganza me ha dado un regalo: la oportunidad de vengarme de los dioses. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que asesinando a sus adorados hijos?

Teo tuvo la visión aterradora de La Lechuza entregando sus cuerpos sin vida a los pies de Venganza.

–Ah, que mal por ti, a los Dorados les encantaría que me asesinaras –replicó Teo. Y, a pesar de la situación, escuchó una risa ahogada en la garganta de Xio.

– *¡Teo!* –protestaron Niya y Aurelio.

–¡Podría tragarte entero y escupir tus huesos para que tus padres los encuentren! –chilló la Celestial, encantada.

Las llamas en las manos de Aurelio se extendieron hacia el aire, lo suficiente para iluminar la jungla por un momento. En esa ocasión, dejaron ver el rastro de un ala gigante de La Lechuza, que se alejaba sobre el follaje.

–Ah, y no nos olvidemos del Hijo de Lumbre –continuó, con una carcajada apagada–.

Más allá de lo olvidable que sea.

Aurelio no se inmutó, pero la piel de Teo se encendió de la rabia. Deseaba arrancarle las plumas a la bruja hasta que pidiera perdón.

–¿Cómo sabe quiénes somos? –le exigió Niya a Xio, que parecía sorprendido de que se lo preguntara a él.

–¡Es una diosa! –respondió en un grito susurrado–. Puede oler los tipos de sangre, y Caos le otorgó…

–Y Xio, Hije de Venganza, ¿huyendo otra vez?

–… poderes psíquicos –concluyó Xio. Luego giró hacia Teo–. Si le dice a Venganza que los traicioné, estaremos jodidos.

Los traicioné.

Esas palabras resonaron en la mente de Teo. Todo eso podía ser parte de una mentira elaborada, pero, en ese momento, decidió creerle. Miró a Aurelio y a Niya, que estaban en guardia, esperando ansiosos a que él dijera algo.

–¿Qué necesitas? –preguntó.

–¿Trajeron cosas para cocinar? –preguntó Xio de pronto. Aurelio, que siempre mantenía la compostura, se veía desconcertado.

– *¿Qué?*

–¿Tienen sal? –especificó Xio. Aurelio se limitó a mirarlo, así que Teo intervino.

–Sí, tenemos sal.

–¡Genial! ¿Dónde está? –Una sonrisa de alivio iluminó el rostro de Xio.

Teo dudó un momento y luego miró alrededor.

–Allí, en la mochila de Niya –dijo, señalando hacia donde la mochila yacía abandonada junto a un árbol.

La Lechuza extendió las alas de cinco metros de amplitud, con plumas afiladas como docenas de cuchillas. Las alas de Teo se sacudieron, amenazando con despegar, pero él se mantuvo firme. De repente, ella se lanzó hacia adelante y, antes de que Teo pudiera comprender lo que estaba ocurriendo, la bruja hundió sus garras en los hombros de Niya.

La semidiosa gritó de dolor.

– *Hija de…* –maldijo al despegar en las garras de la lechuza.

–¡Niya! –Teo lanzó una mirada de pánico a Aurelio antes de despegar también–.

¡Resiste!

Persiguió a La Lechuza mientras su amiga se sacudía con desesperación en el aire.

–¡SUÉLTAME! –gritó ella e intentó asestarle una patada.

La bruja era rápida, esquivaba las ramas, de un lado al otro y zigzagueaba por los troncos de los árboles. Por su parte, Teo iba golpeándose contra las cortezas y recibiendo latigazos de las hojas en el rostro mientras intentaba alcanzar a Niya.

Cuando giró con brusquedad, se golpeó un ala y cayó al suelo.

Por fortuna, la vegetación densa y el suelo húmedo amortiguaron la mayor parte del impacto, y Aurelio estuvo a su lado de inmediato para ayudarlo a levantase.

–¿Estás bien? –preguntó al revisarlo con atención.

–Estoy bien –bufó Teo, esforzándose por ignorar el dolor en todo el cuerpo–. Niya está en problemas y no puedo alcanzarla. ¡La bruja es demasiado rápida, no puedo seguirla!

– *Mierda* –siseó Xio, frotándose la frente–. ¡Rápido! Tenemos que intentar derribarla del aire sin que Niya quede atrapada en el fuego cruzado.

Aurelio parecía inseguro, se debatía entre querer ayudar a Niya y no confiar en Xio.

–Creo que deberíamos escucharlo –se apresuró a decir Teo–. Él sabe más que nosotros.

Aurelio bajó las manos y soltó un resoplido frustrado.

–Escucha, entiendo que no confíes en mí, pero ¡no tenemos tiempo para esto! ¡Puedo ayudar! –intentó Xio. Aurelio le miró con desdén, pero ¿qué otra opción tenían?

–¿Cómo? –preguntó.

Xio cerró los ojos con fuerza.

–Vamos –murmuró para sí mismo.

Al principio, Teo pensó que estaba intentando idear un plan, pero luego sintió un extraño crepitar de electricidad en el aire. De repente, aparecieron venas negras en la piel alrededor de los ojos de Xio.

Cuando los abrió, sus pupilas se habían expandido hasta consumir el blanco por completo, se veían igual que las de Auristela y las de los demás durante las pruebas. Xio flexionó los dedos y una energía púrpura, chispeante, negra y ahumada giró entre de sus manos.

–Eso es nuevo –comentó Teo con debilidad, pues estaba acostumbrado a ver a Xio como un joven Jade sin habilidades reales. Pero allí estaba, viendo quién era en realidad: un poderoso Obsidiano.

Aurelio lo miró por un momento antes de asentir una vez.

–Vamos.

Entonces, Teo, Aurelio y Xio persiguieron a La Lechuza a pie. Niya seguía maldiciendo y sacudiéndose para hacer ruido y que pudieran seguirlas.

–¡Suéltame!

La Lechuza extendió las alas y lanzó a Niya lejos. Un grito desgarró su garganta al caer en picada hacia el suelo. Teo se lanzó al aire.

–¡Te tengo! –gritó.

Voló tan rápido como pudo para ir tras ella, con las manos extendidas, pero La Lechuza se cruzó en su camino y lo desvió antes de recuperar a Niya con sus garras, como si estuviera jugando con ella. Luego volvió a descender; esta vez, lanzó a Niya a un lado antes de aterrizar en el suelo. La chica rodó, se tambaleó y se estrelló contra un árbol con un fuerte crujido.

La Lechuza sacudió las plumas y soltó otra risa estridente.

–¿ *Esto* han enviado los dioses para salvar su mundo? ¡Patético!

–¡Niya! –gritó Teo al aterrizar a su lado.

–Estoy bien –bufó ella, antes de girar sobre su espalda. Sin dudas estaba en mejor estado que el árbol, que tenía una abolladura del tamaño de Niya llena de astillas en su tronco.

–Y Venganza sí que estará *agradecido* cuando le presente el cadáver de su cría traidora también –añadió La Lechuza al girar la cabeza en dirección a Xio. Su rostro se tornó gris antes de contorsionarse por la rabia.

Eso lo confirmaba: Xio ya no estaba trabajando con los Obsidianos.

Le chique cargó hacia la criatura; la energía púrpura crepitó entre sus manos antes de que disparara rayos de sus palmas.

–¡Cuidado! –gritó Teo, pero era demasiado tarde.

Aurelio, que también corría hacia la bruja formando una bola de fuego entre las manos, se cruzó en la línea de fuego de Xio. A Teo se le subió el corazón a la garganta cuando el rayo impactó tanto a la bruja como a Aurelio, con una explosión púrpura eléctrico y negro vaporoso.

El cuerpo de Aurelio se sacudió cuando voló por los aires, y La Lechuza dejó escapar un grito ensordecedor.

–¡Relio! –gritó Teo casi desesperado, mientras corría con Niya tras él. Xio llegó primero.

–¡Lo siento! –Intentó levantar a Aurelio, pero el Dorado era fornido y quién sabía cuánto más que él pesaba.

Teo corrió hacia Aurelio.

–¿Estás bien? –preguntó y lo ayudó a estabilizarse. Se sintió inundado de alivio cuando el chico se puso de pie.

–Estoy bien –dijo con una mueca y una mano en las costillas, pero Teo frunció el ceño, pues no creía que estuviera bien.

–¡Está intentando matarnos! –gritó Niya, señalando a Xio.

–¡No quise hacerlo! –El otro se apresuró a explicar, con el rostro rojo por la humillación–

. ¡Fue un accidente, lo juro!

–¡No intentaba matar a Aurelio! –aseguró Teo–. ¡Solo tiene mala puntería!

–Estoy bien –insistió Aurelio, apoyado en el hombro de Teo–. ¿Dónde se metió La Lechuza?

Todos miraron alrededor del claro, pero la bruja ave había desaparecido de nuevo. Xio aferró el brazo de Teo y casi se lo arranca del cuerpo.

–¡Tenemos que conseguir la sal!

–¡No le hagas caso, Teo! –dijo Niya–. ¡Quiere destruir toda nuestra

comida y hacer que muramos *de hambre*!

Xio se volvió hacia ella y gritó:

–¡Si no me muestran dónde está la sal, no tendrán oportunidad de morir de hambre!

Teo retrocedió un paso, sorprendido por la ira de Xio, porque casi podía sentir cómo emanaba de su piel.

Niya, por otra parte, se plantó firme.

–¡NO QUIERO MORIR DE HAMBRE, XIO!

No tenían tiempo para esto. Antes de que Xio pudiera seguir peleando con Niya, Teo giró tras él y, en un movimiento rápido, sujetó a Xio por debajo de las axilas con firmeza y despegó en el aire. Xio chilló cuando sus pies se desconectaron del suelo. Teo no tenía mucha estabilidad, pero eso era más rápido que correr. Aterrizaron con brusquedad y se tambalearon hasta alcanzar la mochila de Niya. Él la abrió de un tirón e hizo a un lado la ropa y los envoltorios de Takis vacíos.

–¡CUIDADO! –gritó Aurelio de pronto.

Teo no pensó, solo actuó.

Tomó a Xio, dejó la mochila en sus brazos y lo empujó hacia un lado. Un segundo después, La Lechuza estuvo sobre Teo, derribándolo sobre sus alas. De pie sobre él, se

inclinó, abrió su temible boca y chilló. Pero el grito se silenció de forma abrupta cuando Teo le dio una patada en la garganta.

–¡Rápido, Xio! –gritó.

Xio abrió la mochila otra vez y la revolvió con frenesí hasta encontrar lo que buscaba.

Luego se levantó de un salto y agitó el cilindro plástico de sal sobre su cabeza.

–¡Lo tengo!

Eso atrajo la atención de La Lechuza, que giró la cabeza ciento ochenta grados hacia Xio de forma aterradora.

Al principio, Teo pensó que la criatura estaba creciendo, pero luego se dio cuenta de que solo se estaba estirando. Sus piernas emplumadas y escuálidas se extendieron debajo de ella, casi la mitad de la longitud de su cuerpo, mientras desplegaba las alas y chillaba. Luego, en uno de los actos más escalofriantes que Teo hubiera presenciado, avanzó hacia Xio con pasos largos y pesados.

Teo se esforzó por ponerse de pie y saltó hacia adelante para interponerse en el camino de La Lechuza, en un intento de ralentizarla, pero ella lo embistió con la cabeza y lo hizo a un lado. El chico se estrelló contra el suelo.

Xio luchaba por abrir la tapa del salero con dedos torpes.

Aurelio intentó intervenir, pero La Lechuza bloqueó su ataque de fuego con las alas antes de empujarlo fuera del camino. Xio logró destapar el salero, y Niya intentó derribar a la bruja, pero fue lanzada a un lado. La criatura estaba a poca distancia, con el pico abierto, lista para devorar a Xio.

–¡XIO! –gritó Teo, horrorizado.

En ese preciso momento, el chico lanzó un puñado de sal al rostro de la Celestial.

La Lechuza chilló.

La sal chisporroteó y la quemó como ácido. La bruja ave se tambaleó hacia atrás e intentó limpiarse con desesperación, pero la sal continuaba quemándola. Aurelio se acercó a Xio, que vertió sal en su mano para que él también le lanzara. La bruja levantó las alas para protegerse, pero la sal le quemó las plumas y soltó una nube de humo.

Cuando intentó huir, Teo llamó a Aurelio.

–¡Pásamela! –dijo y despegó en el aire.

Aurelio le lanzó el salero, Teo lo atrapó y vació todo el contenido sobre la cabeza de la bruja.

La Lechuza aulló y se lamentó mientras chocaba contra los árboles, hasta que estuvo a punto de dar contra Niya, pero Teo aterrizó junto a ella y la apartó del camino. Xio permaneció junto a Aurelio, y los cuatro miraron cómo La Lechuza desaparecía en la selva, dejando quejidos y nubecillas de humo a su paso.

–¡Santo cielo, funcionó! –jadeó Xio mientras luchaba por recuperar el aliento. Una risa delirante burbujeó en su pecho, agradable de escuchar–. ¡Funcionó! –repitió, como si no pudiera creerlo.

Teo se descubrió sonriendo.

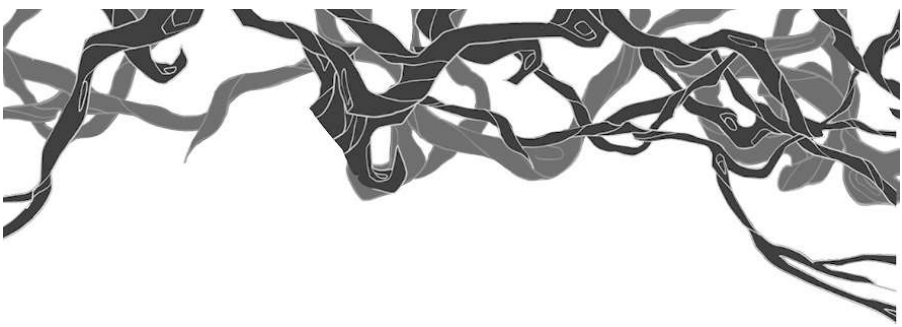
Xio se volvió hacia ellos, con una sonrisa en el rostro, pero una pesada red dorada lo derribó de pronto. Teo se sobresaltó.

–¿Qué demonios...?

–¡¿Qué diablos?! –gritó Xio, sacudiéndose e intentando liberarse.

Niya, desaliñada y con gotas de sangre dorada, se posó sobre él, con el rostro desfigurado en una mueca de desprecio.

–¡Eres un *maldito*!



CAPÍTULO 19

XIO

Xio era experte en huir. Sabía que el momento en que dejaba entrar el miedo –el instante en que empezaba a preguntarse, "¿debería estar haciendo esto? ¿Y si me pierdo y muero aquí?"– era el momento en que estaba acabade. Ser une figitive era diez por ciento motivación, noventa por ciento confianza en que estaría bien, en que las cosas serían mejores al otro lado.

Pero en ese momento, "el otro lado" resultaba ser con tres semidioses desaliñados que le miraban fijo.

Se suponía que esa era la oportunidad que necesitaba para demostrarles a Teo, Niya y Aurelio que estaban del mismo lado, y Xio se había sentido confiade con eso también.

Hasta que lo arruinó disparándole a Aurelio.

Creía haberlo compensado con su idea de la sal. Había cambiado de bando, abandonado a los dioses Obsidianos y arriesgado todo para salvar a sus amigos. Pero, a juzgar por el hecho de que se encontraba atrapade bajo una red, con una Niya *furiosa* avanzando hacia elle, quizás no.

–¡Encontramos al traidor! –anunció triunfal. Xio estaba sentade en el suelo, mirándola con el ceño fruncido a través de los huecos de las cuerdas doradas.

–Yo vine a buscarlos, literalmente.

– *¡Cállate!*

Aurelio frunció el ceño hacia Xio. No parecía tan desconfiado como Niya, pero el semidiós del fuego estaba molesto, de seguro por su hermana, algo que Xio no podía reprocharle. Teo parecía su única esperanza, pero seguía mirándolo como si hubiera visto a un fantasma.

–¿Y qué quieres hacer con él? –le preguntó a Niya.

Xio lo miró y, cuando sus ojos se encontraron, agachó la cabeza contra el pecho para intentar ocultar sus mejillas sonrojadas con su pelo.

–Quiero meterlo en un frasco –respondió Niya, con énfasis en cada palabra–. Y luego quiero tomar ese frasco y *agitarlo*. –Realizó una imitación violenta del movimiento para enfatizarlo.

Xio resopló y puso los ojos en blanco. Sabía que se suponía que debía arrastrarse a los pies de los otros semidioses, pero el tiempo era precioso, así que soltó un gruñido frustrado y jaló de la red otra vez.

–¡Escuchen, su misión ya no es secreta!

–¿Qué quieres decir? –Teo se volvió hacia elle.

–¡Los Obsidianos saben que están aquí! –se apresuró a decir mientras tenía su atención–.

¡Por eso enviaron a La Lechuza! Debido a la predecible nobleza de ustedes, los Héroes, sin ofender –añadió, esforzándose por mantener la ira bajo control–. Y, además, Auristela les dijo que vendrían a patearles el trasero. Supongo que eso los delató.

Aurelio se lanzó hacia elle.

–¿La has visto? –exigió–. ¿Está bien?

Xio se encogió de hombros.

–Eh, ¿sí? –intentó, pero no tan rápido como para ser convincente–. No lo sé, está en una bola de hielo, encerrada en una celda –admitió–. *Sí* puedo decirte que me ha estado maldiciendo desde que llegó allí.

Aurelio asintió, pero sus labios estaban apretados en una línea dura, una expresión tensa.

–¿Qué tan lejos estamos del templo? –preguntó Teo.

–No soy un GPS, pero me tomó unas cuatro horas encontrarlos –estimó Xio–. Así que, tan lejos como sea eso.

–¿Dónde están los demás?

–También encerrados en los túneles debajo del templo, como dije. Caos preparó celdas especiales. –Xio se interrumpió, porque la culpa y la vergüenza le revolvieron el estómago. No podía reunir el valor para admitir que había sido su idea–. Cada celda está diseñada

específicamente para mantener a cada uno de ellos contenido –añadió, vacilante.

–¿Están todos vivos?

–Sí.

–¿Alguien está herido?

Xio dudó otra vez. Pensó en Auristela en su bloque de hielo, en Marino deshidratándose poco a poco hasta la muerte. En la teoría, no parecía tan malo, pero en la práctica… Su estómago dio otro vuelco.

–Aún no –dijo al fin–. Por eso mismo tenemos que irnos. Los Obsidianos los mantienen vivos como carnada, pero no sé cuánto tiempo durará. En especial después de que La Lechuza les diga que los traicioné.

– *Eso es lo que eres* –rugió Niya, alterada otra vez–. ¡De seguro nos está *mintiendo* otra vez!

Xio se contuvo de responder. ¿Acaso nadie iba a creerle?

–¿Cómo nos encontraste? –preguntó Teo y se secó el sudor de la frente; parecía exhausto.

–Venganza me envió con La Lechuza para encontrarlos –explicó elle, aunque omitió la parte en la que el dios Obsidiano quería que usara sus poderes contra el trío cuando los encontrara–. Ella regresó y me dijo dónde estaban, así que salí corriendo. No sé cómo llegué antes que ella. Supongo que tuve… –se detuvo, con una palabra atorada en la garganta–. Suerte.

–¿Cómo es que estos Celestiales siguen encontrándonos? –intervino Niya.

–Ah, no lo sé, ¿quizás porque todos están disfrazados de luces de neón? –arriesgó Xio con sarcasmo.

El trío miró sus trajes iluminados y luego se miraron entre sí.

–Está bien –suspiró Teo–. *Eso* parece una obviedad que debimos haber considerado antes.

–Él nos ayudó a deshacernos de La Lechuza –comentó Aurelio, pero su expresión de disgusto, muy parecida a la de su hermana, dejaba en claro que no le daba el beneficio de la duda.

–Sí, y también nos ayudó a deshacernos *del sol* y desencadenar el apocalipsis,

¿recuerdas? –señaló Niya–. ¡No tenemos idea de qué está tramando o qué plan sucio tiene en mente!

–Puedo escucharte –gruñó Xio.

–¡Bien! –le respondió Niya con brusquedad.

Teo dio un paso adelante.

–¿Por qué nos traicionaste? –exigió, y Xio se sorprendió al escuchar la emoción en su voz–. Éramos tus *amigos*.

Xio lo miró, y la expresión en el rostro de Teo le causó dolor físico. Cuando abrió la boca, todo salió de golpe.

–¡Porque *odiaba* a los Dorados y cómo tratan a cualquiera que esté por debajo de ellos!

¡ *Masacraron* a mi familia y a *ciudades enteras*! –insistió, suplicándole a Teo que entendiera–. ¡Mi única familia fue desterrada a las estrellas! ¡El hombre que pensé que era mi padre, en quien *confiaba*, me mintió sobre quién era durante toda mi vida! –Sintió las lágrimas acumulándose en sus ojos–. Estaba en un lugar *oscuro*. Pensaba que era un

monstruo y que, si alguien más lo descubría, me *mataría*. Pensaba que el único lugar donde estaba seguro, el único lugar donde podía ser realmente yo, era con los Obsidianos. –Sus hombros se desplomaron–. Pensaba que no tenía otro lugar a dónde ir.

Su corazón latía con fuerza en su pecho, al tiempo que la realidad de sus acciones le embestía como una ola gigante.

Se había unido a los Obsidianos con la esperanza de derribar un sistema opresivo, pero solo había logrado reemplazar una casta de dioses gobernantes por otra aún peor.

Tampoco tendría lugar en el mundo que estaba ayudando a los Obsidianos a crear.

–No es razón suficiente para liberar a los Obsidianos y secuestrar a nuestros amigos –le dijo Aurelio, pero al menos no lo hizo con crueldad.

Xio resopló y se limpió la nariz con la manga.

–Sé que me equivoqué –admitió, con la voz apenas audible–. Pero no puedo cambiar el pasado. Todo lo que puedo hacer es intentar arreglar las cosas.

–¿Cómo? ¿Haciendo qué? –exigió Niya, decidida a seguir enojada–. ¡Has estado trabajando para Venganza todo este tiempo!

–No sabía lo mal que estaba –concedió Xio. Perdió la fuerza y se sintió *cansade*–. Pero no me quedaré de brazos cruzados mientras los Obsidianos destruyen todo. Haré lo que sea necesario para detenerlos.

Su sed de venganza no le había dejado ver el verdadero rostro de los Obsidianos.

Querían un mundo donde la gente fuera esclavizada. En el que más batallas llevaran a más muertes.

Y, cuando esa idea se asentó en su mente, otra clase de ira se encendió en su interior, una que desafiaba a los dioses a quienes les había jurado lealtad arriesgándolo todo. No podía quedarse de brazos cruzados mientras los Dorados sufrían, no cuando era responsable de haberlos atrapado allí en primer lugar.

–¿Incluso si eso significaba traicionar a tu nueva "familia"? –preguntó Niya.

La palabra evocó recuerdos de comidas llenas de risas, abrazos cálidos y palabras de consuelo. Pensó en Teo y en Niya, que habían estado a su lado en las buenas y en las malas durante las Pruebas.

Pero ya había aprendido que Venganza, Chupacabra y Caos no eran su familia, sin importar el color de su sangre.

Teo y Niya sí lo eran. Xio se movió con dificultad debajo de la red para bajarse la manga y revelar su brazalete de azabache. El dije de obsidiana en forma de puño parecía fuera de lugar contra el azabache aterciopelado y el coral rojo. Sin pensarlo dos veces, lo desprendió y lanzó el trozo del glifo de Venganza hacia la selva oscura a través de la red.

–No formo parte de ellos –dijo con firmeza y determinación–. Ya no. No pertenezco a los dioses Obsidianos, y nunca lo hice.

–Quiero confiar en ti, Xio. Pero lo has hecho difícil –suspiró Teo.

–Lo sé. –Le chique asintió, mientras parpadeaba rápido para intentar que sus lágrimas no cayeran.

Los cuatro se quedaron en silencio por un momento, evaluándose unos a otros. De una forma u otra, todos sentían que habían fallado: Teo como Portador del Sol, Aurelio como el hijo que su madre quería que fuera, Niya en su necesidad desesperada de salvar a todos, y Xio como traidore a su sangre Obsidiana.

–Escuchen –insistió Xio–, en verdad tenemos que irnos. –Juntó las manos y, con un chasquido, una sección de la red se desintegró en una nube de púrpura chisporroteante.

–¡Mi red! –jadeó Niya, ofendida.

–Pronto notarán que desaparecí –continuó Xio al salir por el agujero y dejar el resto de la red amontonada en el suelo–. Así que, ¿por qué no nos damos prisa? –sugirió mientras se sacudía el polvo.

–Todavía creo que eres una mierda –resopló Niya.

–No, no –replicó le otre, que ya había comenzado a avanzar por el camino hacia los árboles–. *Solía* ser una mierda.

–Aún *actúas* como si lo fueras –replicó ella.

Xio se detuvo y giró sobre sí misme.

–Pero solía *querer* ser mucho peor –resopló, exasperade–. Y eso debería valer algo, ¿no?

–Miró a Teo, esperanzade, y contuvo el aliento, esperando a que él respondiera. Era difícil mirarlo a los ojos.

–¿Qué piensas? –preguntó Aurelio, que también observaba a Teo con atención.

–Tengo miedo de tomar la decisión equivocada –respondió él con una sonrisa culpable.

–Yo también –coincidió Aurelio–. ¿Qué te dice tu instinto?

–Que lo dejemos atado a un árbol –gruñó Niya, mientras se arreglaba las trenzas con rabia.

–Que probablemente está diciendo la verdad –respondió Teo. Una ola de alivio impactó a Xio en medio del pecho y por poco le dobla las

rodillas–. O nos arriesgamos a llevarlo con nosotros o nos arriesgamos a entrar al templo de Venganza sin información.

–Está bien, lo haremos –suspiró Aurelio.

Xio alzó las cejas. Habían cambiado muchas cosas desde que se habían separado.

Aurelio parecía haberse integrado al dúo indestructible de Teo y Niya. Estaba preparade para que Niya diera pelea, pero ella soltó un gemido exasperado.

–¡Está bien! –gruñó antes de advertirle–: ¡Pero no te dejaré en paz, seré una perra contigo!

Los tres volvieron a mirar a Xio.

–Confiaremos en ti –le dijo Teo.

–¿De verdad? –Los ojos de Xio se abrieron como platos por la sorpresa.

–Pero si haces algo mínimamente sospechoso, te dejaremos atado a un árbol –agregó Teo con firmeza.

–Copiado –afirmó Xio.

–No hagas que nos arrepintamos, ¿de acuerdo? –suspiró Teo–. Por favor.

–¡No lo haré! ¡Lo juro! –Le chique sonrió.

–Y Niya será tu vigilante –añadió Teo como una reflexión final.

Eso mejoró el ánimo de Niya de inmediato. Con un gesto de la mano, su pulsera de titanio se transformó en un par de grilletes: uno en su muñeca, otro en la de Xio, unidos por un cordón de metal tejido.

Niya sonrió con satisfacción.

–Esto me hace sentir mejor.

–¿En serio? –Xio levantó la mano y le lanzó una mirada inexpresiva a Teo.

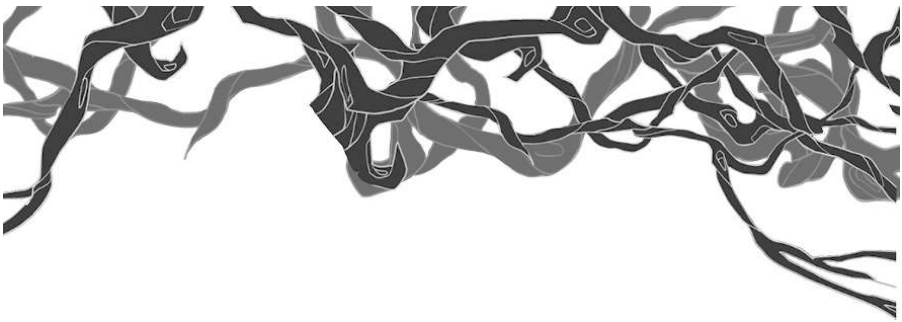
–Ese es el trato –respondió él.

Xio puso los ojos en blanco, pero aceptó. Si eso ayudaba a que el trío confiara en elle, entonces lo soportaría.

–Como sea. Ahora, vamos. El templo no está tan lejos –dijo para que le siguieran–. Y ya apaguen sus trajes luminosos. Estamos intentando ser sigilosos, así que…

Niya jaló del cordón unido a la muñeca de Xio y le hizo tropezar hacia atrás. Xio se volvió hacia ella y la miró con desdén. Niya sonrió con suficiencia.

–¡Lo estaba probando!



CAPÍTULO 20

TEO

–Creo que deberíamos detenernos a descansar –sugirió Xio, mirando alrededor–. Es nuestra última oportunidad antes de acercarnos demasiado al templo.

–¿Estás mintiendo? –Niya le lanzó una mirada sospechosa.

–Ay, por los dioses –resopló Xio, pellizcándose el puente de la nariz–. ¡No, no estoy mintiendo!

–Niya –suspiró Teo–. ¿Por favor? –Su vigilancia constante estaba resultando irritante.

Por fortuna, ella bufó con desagrado y se dejó caer contra un árbol. Xio se unió a ella, lo suficientemente cerca para que el grillete en su muñeca no tirara, pero lo bastante lejos para darle algo de espacio. Niya parecía incapaz de relajarse y se movía inquieta mientras miraba al suelo. Y no era la única, Aurelio estaba allí sentado, golpeando sus brazaletes dorados mientras miraba al vacío. Teo rebuscó en su mochila y le dio a cada uno una barra de proteínas aplastada.

Aurelio sacó un frasco de café instantáneo y llenó un sartén con el Decantador de Agua Infinita. Sus movimientos eran lentos y mecánicos, controlados hasta el más mínimo detalle.

Teo intentó comer, pero la barra de proteínas se pegaba a sus dientes y garganta como si fuera cemento.

–¿Cuál es nuestro plan exactamente? –le preguntó Xio a Teo mientras giraba su brazalete de azabache.

–Primero, es *nuestro* plan –intervino Niya, señalando al grupo de tres–. No *tu* plan. Y, en segundo lugar, –se volvió hacia Teo–, ¡no deberíamos revelarle nuestros secretos a *él*!

–De hecho, estoy probando usar pronombres neutros –dijo Xio.

–¿De verdad? –Teo alzó las cejas y, cuando elle asintió, le sonrió–.

Gracias por decirnos.

Bien por ti.

Xio le devolvió la sonrisa y se sonrojó.

–Lo siento –se disculpó Niya, con una sinceridad sorprendente antes de volver a estar enfadada–. ¡ *Elle* es el enemigo y no deberíamos revelarle nuestros secretos! –se corrigió.

–Nos hemos comprometido a confiar en Xio –insistió Teo–. Para lograr esto, necesitaremos toda la información posible.

Niya logró cerrar la boca y no discutir, pero le lanzó una mirada asesina impresionante a Xio.

–No solo rescataremos a los demás –explicó Teo–. Resucitaremos a Sol, derrotaremos a los Obsidianos y devolveremos el sol al cielo.

–Espera… ¿qué? –Xio frunció el ceño, como si no lo hubiera oído bien.

–Los dioses están reuniendo las Piedras Solares de los templos –continuó Teo–. Nuestra responsabilidad es conseguir el cráneo de Sol y luego convocar a los dioses para que podamos reconstituir su cuerpo. Luego, completaremos el ritual para recargar las piedras, resucitar a Sol y, con suerte, elle desterrará a los Obsidianos de vuelta a las estrellas.

–Entonces… ¿resucitaremos a Sol? –confirmó Xio.

–Ese es el plan –afirmó Teo, y le otre lo miró fijo. Él sabía que el plan estaba a medias, pero ¿qué más podían hacer? Eran tres *dioses* a los que se estaban enfrentando. Con suerte, con la información interna de Xio, podrían encontrar una forma de derrotarlos.

–¿Sabes dónde está la Piedra Solar? –le preguntó Aurelio a Xio, todavía trabajando en el fuego.

–Sí, pero Venganza la lleva consigo todo el tiempo como a un trofeo –explicó le chique–.

No podemos solo entrar con sigilo y robarla.

–Supongo que tendremos que ser creativos –respondió Teo, frotándose la nuca. Era mejor pensando sobre la marcha, de todas formas. Xio se quedó en silencio, perdide en sus pensamientos–. ¿Estás bien? –le preguntó Teo, con un empujoncito en el hombro.

–Quería encajar y lo único que logré fue empeorar las cosas –confesó con desánimo–.

Solía ser solo le perdedore Hije Jade de Mala Suerte, ahora soy le malvade Obsidiane que liberó a Venganza y mató al sol…

–En realidad, yo hice esa parte –señaló Teo.

–¿Qué hará Sol conmigo? –preguntó Xio con voz débil.

–¿Qué quieres decir? –Teo se congeló.

–Si Sol vuelve a desterrar a los Obsidianos, ¿también me desterrará a mí?

El corazón de Teo se estrujó. Suerte había expresado una preocupación similar, pero en este punto, no importaba lo que Xio hubiera hecho en el pasado, él se negaba a dejar que algo le pasara.

–Aunque tal vez el exilio sea mejor que el tipo de castigo que Lumbre y Guerrero me tendrán reservado para cuando todo esto termine –reflexionó le chique con un escalofrío–. Aunque lo logremos, ¿qué pensarán de mí? ¿O qué me *harán*? –continuó, y se le quebró la voz–. ¿Cómo podré compensar… todo?

–Trabajando para crear un futuro mejor –le dijo Teo con firmeza y mirándolo a los ojos–

. Tal vez no puedas cambiar lo que has hecho, pero puedes usarlo como motivación para seguir adelante. Aún puedes hacer una diferencia.

– *Nosotros* podemos hacer una diferencia –insistió Niya.

–No sé si puedo –murmuró Xio.

–Claro que puedes –afirmó Teo con una sonrisa reconfortante–. Pero tienes que estar dispueste a intentarlo. Así que, hagámoslo juntos.

–¡Y pateemos algunos traseros Obsidianos en el proceso! –coincidió Niya.

Xio los miró y asintió. Teo no sabía si le creía –ni siquiera estaba seguro de creer en sí mismo–, pero haría todo lo posible.

–Ten. –Aurelio le entregó una taza de café humeante a Xio, su voz sorprendió a Teo y lo sacó de sus pensamientos.

–Gracias –dijo Xio y rodeó la taza caliente con las manos–. ¿Por casualidad tendrán…? –

Aurelio sacó un pequeño contenedor de azúcar antes de que terminara de preguntar–.

Vaya, algún día serás un excelente amo de casa –bromeó.

–Es un cocinero increíble –confirmó Teo con una risita. Se sentía muy bien estar los cuatro juntos de nuevo.

Niya también se rio, pero cuando Xio le sonrió, volvió a mirarle con desdén.

–Molestar a Aurelio es un privilegio, no un derecho –sentenció–. Tienes que ganártelo de nuevo. –Le quitó el azúcar de la mano y lo echó en su propio café.

Xio se hundió en su chaqueta como una tortuga.

–Se le pasará –susurró Teo–. Niya no está hecha para guardar rencor. –Xio lo miró con escepticismo.

–¿Qué hay de su enemistad con Auristela?

–Eh… –Teo vaciló–. Es complicado. –Aurelio se sentó a su lado, lo suficientemente cerca como para que sus caderas se tocaran–. Gracias –le dijo él con una sonrisa al aceptar el café. Aurelio le devolvió una sonrisa rápida y los dos bajaron la vista a sus tazas al mismo tiempo, pero Teo pudo ver por el rabillo del ojo que estaban sonriendo como dos tontos.

Xio se inclinó hacia Niya.

–¿Han sido así todo el tiempo? –susurró.

–¡Ay, por los *dioses*, no tienes *idea*! –Ella llevó la cabeza atrás con dramatismo.

Aurelio se sonrojó como un tomate, pero Teo ya no tenía vergüenza. Si ese era el fin del mundo, no se privaría de los pequeños placeres, así que los ignoró y llevó una mano a la rodilla de Aurelio. Eso no ayudó a que el rubor disminuyera.

–Me están matando y… –continuó Niya antes de interrumpirse a sí misma. Y fruncirle el ceño a Xio–. ¡Y todavía estoy enojada contigo! ¡Así que deja de intentar engañarme para volver a agradarme!

–Vi que usaste la Espada Inquebrantable de Tierra antes –intentó Xio–. Es muy famosa, una de las armas más poderosas de la historia. Los dioses suelen darles sus regalos a sus hijos más fuertes, y tú eres la única que conozco a quien él se la ha dado.

Teo tenía la sensación de que estaba intentando ganarse su favor. Y funcionó, porque el rostro de Niya se iluminó. Se infló de orgullo y movió la muñeca para que la espada dorada cobrara vida en su mano.

–¿No es hermosa? –preguntó al acariciar la hoja con cariño–. ¡Y Diose Guerrero me dio esto!

Xio se agachó para salvarse, por poco, de ser decapitade por el escudo gigante que apareció en la otra mano de Niya.

–Vaya –jadeó al ver la enorme cabeza de jaguar tallada en cuero–. ¡Ese es el Anillo Escudo de Guerrero!

–Algunos de los dioses nos dieron regalos antes de que partiéramos –explicó Teo, y los ojos de Xio se abrieron como platos.

–¿De verdad? –preguntó entusiasmade–. ¿Puedo verlos?

–¡Claro que sí! –Niya guardó el escudo–. Diosa Agua nos dio su Decantador de Agua Infinita –dijo, señalando el objeto–. Y Diosa Primavera nos dio la Gema de Regeneración

–continuó y sacó la brillante gema verde de un bolsillo lateral de su mochila.

–Vaya, eso es muy útil –reconoció Xio.

–La madre de Aurelio le dio la Diadema de Fuego –siguió Niya–. Pero no le gusta hablar de eso. –Aurelio frunció el ceño en respuesta. Xio captó la indirecta y no preguntó más–. Ah –agregó Niya, sin inmutarse–, Diosa Amor nos dio esa pequeña botella de… –Se acercó a la mochila de Aurelio, pero él la alejó de su alcance–. ¡Relio!

¡Quiero verlo! –protestó. Él puso los ojos en blanco, abrió un compartimento y le lanzó el frasco a Niya. Ella lo atrapó en el aire y se lo pasó a Xio–. ¡Esto!

Xio examinó el líquido rojo metálico.

–El Elixir de Encanto –dijo al agitar el frasco. El líquido giró y brilló–. ¡Eso es genial!

–Y Teo recibió una vela usada de Fantasma y una pluma de su madre –concluyó Niya sin entusiasmo.

–Eso suena… interesante –ofreció Xio, forzando una sonrisa.

–Estoy casi seguro de que la vela es solo una vela –suspiró Teo. Nunca insultaría a Fantasma diciendo que era una mala bendición, pero a veces parecía confundida sobre cómo funcionaban las cosas para los demás–. Pero la pluma es como un *walkie-talkie*, así que podremos decirles a los dioses cuando tengamos la Piedra Solar para que vengan a ayudar –agregó con la mano en su pendiente.

–¡Casi lo olvido! –Niya hurgó en su mochila otra vez y le pasó a Xio la Bolsa de Vientos–

. ¡Tormentoso me dio esto!

–¿Qué es? –preguntó elle mientras aflojaba el nudo de la bolsa.

–¡Cuidado! –gritó Teo y se lanzó hacia elle para arrebatársela de las manos antes de que liberara un huracán.

Xio casi se desmaya del susto.

–Es… –Niya hizo una pausa como el efecto dramático– la Bolsa de Vientos de Tormentoso.

–¿De verdad? –Xio parpadeó.

Niya asintió con la cabeza, con los labios apretados entre los dientes.

Ambos estallaron de la risa al mismo tiempo. Aurelio solo sacudió la cabeza, pero Teo sonrió.

–Oye, durante la pelea con La Lechuza –comentó Teo para llamar la atención de Xio–,

¿qué era eso que disparaste de tus manos?

–¡No herí a Aurelio a propósito! –se defendió elle enseguida.

Teo soltó una risa sorprendida. Pobre chique.

–Lo sé. Solo querías darle a la bruja.

–Sí. –Xio se relajó un poco.

–¿Generación de energía emocional? –adivinó Aurelio.

–Sí –asintió Xio con una sonrisa tímida–. Bueno, técnicamente, es manipulación, no generación.

–¿Cómo funciona? –preguntó Aurelio, inclinado hacia adelante. Era agradable verlo emocionado por algo.

–Puedo ganar poder usando mi propia energía vengativa para hacerme más fuerte, rápide y resistente –enumeró le otre–. Lo usual. Pero también puedo encontrar la fuente de los sentimientos de venganza que una persona ya tiene y aumentarlos. No puedo

hacer que se sientan vengativos.

Teo intercambió una mirada confundida con Niya. Era mucha información de golpe, pero Aurelio asintió.

–¿Y puedes usar esa energía para producir manifestaciones físicas de venganza?

–¡Exacto! –Xio se sentó más erguido.

–¿Eso era la cosa púrpura y negra? –adivinó Teo, mirando entre los dos. Tenía que admitir que la estética era impresionante.

Incluso Niya parecía impresionada.

–¿Con tu mente? ¡No sabía que podías hacer eso!

–Es nuevo para mí –dijo Xio.

–Y también lo lanzaste –añadió Aurelio.

El pecho de Xio se hinchó de orgullo.

–¡Ese es mi Rayo de Venganza! ¡Esa fue la primera vez que lo intenté!

Teo torció los labios.

–¿Rayo de Venganza? –preguntó. Intentó no sonar como si se estuviera riendo, pero se estaba riendo.

–En realidad, es uno de mis movimientos menos poderosos –respondió Xio.

–¿Cuál…? –Niya se aclaró la garganta–. ¿Cuál es tu movimiento *más*

poderoso?

–Bueno, mi Ola de Venganza es más fuerte, pero cubre un área más grande, así que tengo que tener cuidado con quién está alrededor. También puedo hacer un Haz de Venganza, pero es bastante difícil de apuntar –enumeró con entusiasmo–. Quiero intentar hacer explosiones, una Bomba de Energía Emocional, pero todavía no sé cómo.

A Teo se le escapó un resoplido, Niya apenas podía contener la risa. Mientras tanto, Aurelio los miraba confundido.

–Se están burlando de mí, ¿verdad? –preguntó Xio, desanimade.

–¡No! –se apresuró a decir Teo, aunque ya no podía evitar reírse. No era que quisiera burlarse de Xio, pero era adorable e hilarante–. ¡No es eso! –insistió.

–¡Adoro que les hayas puesto nombres! –dijo Niya entre risas.

–¿Ustedes no les ponen nombres a sus movimientos? –preguntó Xio.

–En general los medios lo hacen –explicó Niya.

–Ni siquiera soy lo suficientemente genial como para tener movimientos –confesó Teo encogiéndose de hombros–. Y los medios apenas sabían que existía hasta hace unas semanas.

–Ah. –Xio estaba morade.

–¡Oye, no te sientas avergonzade! –Niya le dio un toque con el pie.

–Solo estamos bromeando –intentó tranquilizarle Teo–. Es nuestro lenguaje de amor. El pobre Aurelio ha sufrido la mayor parte en tu ausencia, ¿cierto?

–Sí –asintió Aurelio con seriedad.

–Como sea –bufó Xio, pero sonrió.

–También nombré mis movimientos en secreto –le confesó Aurelio en voz baja más tarde, cuando se agachó junto a elle para recoger su taza vacía.

Xio pareció sentirse mucho mejor.

Teo se levantó y estiró.

–¿Por qué no descansamos un poco? –sugirió–. Podríamos…

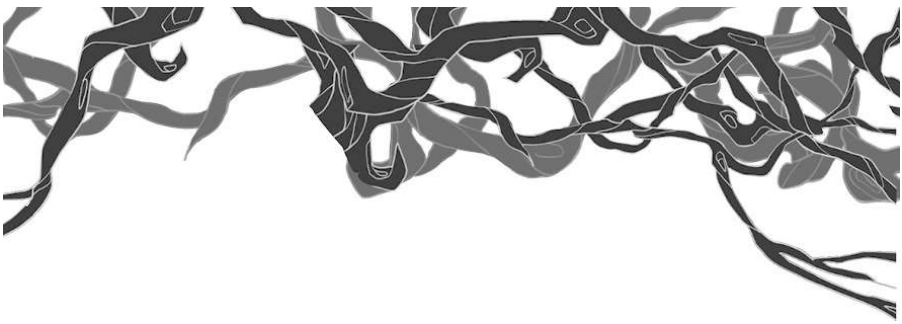
A lo lejos, una rama crujió, y los cuatro se congelaron

–¿Qué fue eso? –susurró Teo, aguzando el oído.

Un aullido largo y bajo resonó entre los árboles.

El rostro de Xio perdió el color por completo.

–Ay, no –susurró–. Nos encontró.



CAPÍTULO 21

TEO

El miedo heló las venas de Teo cuando una figura de ojos brillantes, rojos y amarillos, salió de entre los árboles.

–¡Miren a quienes tenemos aquí! –ladró Chupacabra. Sus labios negros retrocedieron para revelar filas de dientes afilados como navajas.

–¿Cómo nos encontró? –preguntó Niya, que ya tenía su espada en la mano.

–La Lechuza no es la única que puede cazar –se burló Chupacabra–. Pude olerlos a kilómetros de distancia.

–Concéntrense –los instó Aurelio en voz baja. Sus manos chisporroteaban con fuego.

La cabeza lupina de la diosa se inclinó mientras los miraba hambrienta.

–¡Y han traído a Junior con ustedes! –Chupacabra se rio con deleite–. ¡Pensé que habías huido para siempre, Xio!

Le chique temblaba junto a Teo.

Niya apretó los puños y entornó los ojos. Teo sabía que todos estaban pensando lo mismo: era hora de pelear.

–¡Hagámoslo! –La semidiosa cargó hacia adelante, su cuerpo como un borrón en movimiento. Aurelio la siguió de cerca, con las manos envueltas en llamas.

–Por el amor de Sol –siseó Teo. ¡Necesitaban un plan primero! Esperaba eso de Niya, pero Aurelio solía ser más sensato. Miró a Xio, cuyo rostro se había puesto pálido–.

Estaremos bien –se apresuró a decirle para darle seguridad antes de que se lanzaran de cabeza a luchar contra una maldita diosa. Xio asintió temblando, así que Teo hizo su mejor esfuerzo por sonreír–.

¡Tú puedes hacerlo!

Xio tomó aire y asintió con la cabeza.

–Puedo hacerlo –repitió.

Teo desplegó las alas y voló por encima del fragor de la batalla, mientras Xio seguía a sus compañeros. Niya fue la primera en atacar con un puñetazo a Chupacabra, pero la mujer lobo fue más rápida, imposiblemente rápida. La esquivó sin esfuerzo, y Niya acabó por golpear el tronco de un árbol. La madera se astilló por su fuerza.

–Esto será demasiado fácil –rio Chupacabra.

–Vaya, no puedo esperar para hacerte tragar tus palabras –escupió Niya mientras se ponía de pie–. Esto es apenas el comienzo.

Aurelio apareció de la nada y arremetió contra Chupacabra. Sus manos brillaban con un calor intenso del que lanzaba un torrente de fuego. Ella se apartó con agilidad antes de atacarlo y hacerlo perder el equilibrio. Teo se quedó sin aliento al ver a Aurelio tambalearse y evitar por poco un zarpazo de las garras de Chupacabra.

–No es de extrañar que seas el segundo favorito de tu mami –se burló Chupacabra, con ojos parpadeando con malicia–. ¡Ni siquiera estás en la misma liga que tu hermana!

Teo nunca había visto a Aurelio tan enfurecido, pero antes de que pudiera reaccionar, ella estuvo sobre él. Aurelio la golpeó con la mano derecha en llamas, pero Chupacabra bloqueó el ataque con un golpe en el antebrazo para desviarlo.

Aurelio retrocedió respirando con pesadez y recuperó el equilibrio. Emitió un rugido furioso y lanzó otra ráfaga de fuego, que logró impactar en medio del pecho de Chupacabra. El golpe la hizo retroceder y aullar de dolor, su piel chamuscada humeaba.

Pero fue una victoria corta.

–Buen tiro –rugió la diosa–, pero no podrás asestar otro.

Atacó a Aurelio, con las garras listas para desmembrarlo, pero él logró esquivarla y salvarse de un golpe que pudo ser mortal. Él intentó contraatacar con un golpe, pero Chupacabra fue más rápida y le asestó un rodillazo en el rostro. Aurelio cayó al suelo, aturdido, y su nariz derramó sangre dorada.

–¿Ay, te dolió? –se mofó Chupacabra, con una risotada que resonó entre los árboles–.

Tendrás que hacerlo mejor si quieres salvar a tu querida hermana.

Aurelio apretó los dientes, se limpió la sangre de la cara y se esforzó por ponerse de pie.

–Vamos, chico de fuego –lo provocó Chupacabra mientras daba vueltas a su alrededor–.

Demuestra que vales mi tiempo.

–No te tengo miedo –escupió Aurelio.

–Qué confiado –susurró la diosa–. ¿Pero tienes con qué respaldar esa confianza?

–¡Basta! –Xio salió de entre los árboles y se adentró en el claro para atraer la atención de Chupacabra. Energía negra y morada fulgía entre sus manos–. ¡No lastimarás a nadie más!

–¿De verdad? –resopló Chupacabra, con los ojos se entornados y una sonrisa lobuna en el rostro–. ¡Qué adorable!

Mientras ella estaba distraída, Teo vio la oportunidad, descendió rápido y, cuando Xio le lanzó su rayo de energía, él le apuntó una patada a la cabeza. Pero Chupacabra esquivó tanto el ataque de Teo como el rayo de Xio con una risa burlona. El rayo impactó en Teo y lo hizo girar por el aire, sin aliento.

–Esto es patético –se burló la Obsidiana con una risa maniática mientras Teo luchaba por recuperarse.

–Uff –bufó él, apretándose la cabeza para intentar recuperarse del impacto. No podía permitirse volver a cometer un error así.

–¿Estás bien? –preguntó Xio con preocupación y lo ayudó a ponerse de pie.

–Sí –murmuró Teo.

–Patético –repitió Chupacabra, su mirada depredadora fija en ellos.

–¿Por qué no te enfrentas a alguien de tu tamaño? –gritó Niya. Con un pisotón, la tierra debajo de ellos se sacudió.

–¡Ah, esto será divertido! –celebró Chupacabra–. ¡Veamos cómo lucha una Hija de Tierra!

–Hagámoslo –rugió Niya antes de avanzar con un salto impactante. La Espada Inquebrantable cobró vida en el aire, y la blandió hacia el cuello de Chupacabra, pero la diosa Obsidiana le bloqueó la muñeca e hizo que la perdiera. Niya soltó un grito de dolor mientras el arma caía al suelo.

Era una batalla a todo o nada, en la que estaban en desventaja Mientras que para Chupacabra no representaba esfuerzo, Teo y sus amigos luchaban por sus vidas. Cuatro semidioses adolescentes no podían compararse con una diosa Obsidiana. Chupacabra los esquivaba con movimientos fluidos y perturbadoramente rápidos; ellos lanzaban puñetazos, patadas, fuego y venganza, pero era como intentar golpear el aire: la diosa siempre estaba un paso adelante.

–Qué impacientes –resopló Chupacabra–. Deberían aprender a tomarse su tiempo.

–¡Cállate! –rugió Niya, cuya frustración crecía con cada golpe fallido. Detrás de ella, Xio disparó otro rayo de energía, pero Chupacabra solo se rio y saltó a un lado, por lo que el rayo cortó varios árboles y dejó un rastro quemado en las cortezas–. ¡Por aquí! –gritó la chica. Recuperó su espada, saltó a través de la nube de polvo y le asestó una patada en el pecho a Chupacabra. El impacto hizo que la diosa retrocediera, pero apenas unos centímetros, y se recuperó enseguida.

–Buen intento –siseó y extendió una mano para aferrar a Niya por la pierna y, con un giro violento, la lanzó hacia Teo, quien no pudo esquivarla a tiempo. Los dos semidioses colisionaron y cayeron al suelo enredados en una maraña de extremidades y plumas.

Teo gruñó mientras Aurelio lo ayudaba a levantarse, porque el peso del golpe con Niya le dolió hasta los huesos.

–Gracias –jadeó, al tiempo que se frotaba el hombro magullado. No sabía cuánto más podría soportar.

–Que nadie se preocupe por mí, ¡yo puedo sola! –refunfuñó Niya mientras luchaba por levantarse por sí misma.

–Se acabaron los juegos –siseó Chupacabra mientras se posicionaba detrás de Xio. Se movía como una depredadora, con los ojos salvajes y sedientos de sangre, la cabeza lobuna hacia el suelo y los dientes expuestos en una sonrisa salvaje–. Es hora de acabar con esto. –

Estrelló a Xio contra el suelo, en medio de una nube de polvo.

Un grito se ahogó en la garganta de Teo al ver la escena con impotencia. Su corazón latía acelerado, dominado por el miedo. Tenían que hacer algo, y rápido. Pero Niya ya estaba en movimiento: arremetió contra Chupacabra para asestarle un golpe en la garganta. Teo se sintió esperanzado por un instante cuando la diosa cayó al suelo, sin aliento, pero no tardó en levantarse, con saliva goteando de los labios negros y un gruñido que lanzó un escalofrío por la espalda del chico. Antes de que alguno pudiera reaccionar, saltó sobre Niya, la derribó y la inmovilizó contra el suelo.

–¡Niya! –gritó Teo y corrió hacia su amiga, pero Chupacabra giró a toda velocidad y fue por él. Teo intentó agitar las alas para elevarse, pero un zarpazo doloroso las recorrió y lo hizo gritar de dolor. Él lanzó patadas en su intento de escapar del acecho implacable.

–¿Ya te estás dando por vencido? –preguntó Chupacabra, con crueldad dichosa en los ojos–. ¡Creí que eras el elegido de Sol, Portador!

–¡Déjalo! –gritó Xio. La ira desfiguró su rostro cuando le lanzó un rayo de energía a la diosa, con fuerza suficiente para alejarla de Teo.

El corazón de Teo latía con fuerza en sus oídos, ahogando todo excepto el sonido de los gruñidos de Chupacabra y las respiraciones agitadas de sus amigos.

–Gracias –jadeó Teo, con las alas temblorosas por el dolor.

Xio asintió con la cabeza, con la mirada fija en Chupacabra mientras ella se levantaba y corría hacia Aurelio. La risa de la diosa resonaba en el aire cuando esquivaba los ataques del semidiós para derribarlo sin esfuerzo, hasta clavarle las garras en los hombros. Aurelio intentó apartarla, pero Chupacabra apretó más y le hundió las uñas en la piel, por lo que él soltó un grito agónico.

–¿Qué pasa, la luciérnaga está cansada? –se burló en su cara–. Qué tierno.

–¡Suéltame! –gruñó Aurelio, agitándose debajo de ella.

Teo forzó sus alas a mantenerse estables y descendió para derribar a Chupacabra de encima de Aurelio y estrellarla contra el suelo. Luego lo ayudó a ponerse de pie, y permitió que sus manos permanecieran unidas por un momento.

–Gracias –susurró Aurelio. Sus mejillas se sonrojaron tanto por el calor de la batalla como por el calor del contacto de Teo.

–Cuando lo necesites –respondió él con una sonrisa, pero su momento íntimo fue breve.

Con un rugido, Niya apareció de la nada y lanzó un puñetazo que logró impactar la mandíbula de Chupacabra. La diosa se tambaleó y les dio un respiro a Teo y a Aurelio.

–¡Tengo una idea! –Sin previo aviso, Teo tomó a Aurelio por debajo de los brazos y se elevó en el aire por encima del fragor de la batalla. Aurelio se agitó sorprendido cuando el suelo desapareció bajo sus pies–. ¿Hora de un ataque aéreo? –preguntó Teo. En respuesta, Aurelio generó una bola de fuego ardiente entre sus manos, y Teo esperó momento perfecto–. ¿Listo? –preguntó con voz tensa por la concentración.

–Listo –confirmó Aurelio, con los ojos fijos en Chupacabra.

Atacaron al unísono: Teo saltó hacia la diosa feroz, y Aurelio le lanzó una llamarada.

Pero Chupacabra era astuta; esquivó el ataque y dejó que Teo y Aurelio se estrellaran contra el suelo duro.

–¡Patéticos! –rio Chupacabra, corriendo hacia ellos con una alegría asesina.

–Niya, ¡ahora! –gritó Teo entre la tos provocada por el polvo. Niya respondió con un grito de batalla feroz y activó sus poderes de la tierra para levantar una pared de piedra que los protegiera del ataque implacable de Chupacabra–. ¡Xio! ¡Ven aquí! –llamó, al tiempo que corría hacia Teo y Aurelio, con las manos desnudas brillando de una manera que Teo nunca había visto antes.

Xio no necesitó que se lo dijera dos veces. Los tres se agruparon antes de que Chupacabra se incorporara. Teo se abrazó a la cintura de Niya, Aurelio se colocó detrás de él, y Xio se acomodó al otro lado de la chica, cubriéndose la cabeza con los brazos.

Niya estrelló los puños contra el suelo, con lo que lajas de piedra caliza brotaron debajo de sus pies y los envolvieron a los cuatro para resguardarlos del implacable ataque de Chupacabra.

–¡Toc, toc! ¡Déjame entrar! –canturreó Chupacabra, mientras rascaba

la barrera de piedra con las garras. El sudor perlaba la frente de Niya por el esfuerzo de mantenerla en pie–. ¿Por qué se esconden? –siseó la diosa a través de las grietas–. Auristela fue mucho más valiente. Tardó mucho más tiempo en quebrarse…

–¡Cállate! –rugió Aurelio.

Antes de que alguien pudiera hacer algo para detenerlo, rompió la piedra, invocó una enorme bola de fuego y la lanzó hacia Chupacabra con todas sus fuerzas. Pero ni siquiera eso fue suficiente; ella tan solo se rio de las llamas, sin inmutarse ante su furia.

–Basta de hablar, es hora de gritar –se burló con deleite sádico–. El mundo tendrá un sufrimiento lento en nuestras manos, pero me aseguraré de que sus muertes sean mucho más lentas.

–No te tengo miedo a ti ni a la muerte –sentenció Aurelio, con voz temblorosa.

–Entonces, eres tan necio como valiente –chilló la diosa.

–Teo –llamó Aurelio, la desesperación reflejada en su voz–. Dame la Diadema de Fuego.

–¿Estás seguro? –Teo vaciló

–No tenemos otra opción –insistió el chico–. ¡Hazlo!

No había tiempo para pensar.

Un enorme trozo de piedra caliza voló, impactó contra Chupacabra y la lanzó en el aire.

Niya estaba agitada, con la piel morena cubierta de tierra y cortes dorados.

–¡Ve! –le dijo a Teo–. ¡Yo me encargo de esto! –Y cargó contra Chupacabra, con su escudo y espada en mano.

El corazón de Teo latía con fuerza mientras corría hacia la mochila de Aurelio, abandonada en la línea de árboles. Una vez que la alcanzó, se esforzó por abrirla con sus dedos temblorosos.

–¿Dónde está? –murmuró al rebuscar en la mochila, con el corazón galopando en el pecho. La risa de Chupacabra resonaba en el aire, mezclándose con el impacto de metal contra metal y con los gritos de sus amigos. De repente, sus dedos tocaron algo suave y cálido–. ¡Lo

tengo! –Sacó la Diadema de Fuego, cuyos carbones aterciopelados brillaban

a la luz de las estrellas. Pero otra cosa salió de la mochila, algo brillante que atrajo la vista de Teo al caer al suelo. Se quedó mirando el objeto por un momento, incapaz de procesar lo que estaba viendo. Era una daga. Pero no cualquier daga.

Era la daga de obsidiana para el sacrificio. La que Teo había tenido en sus manos la noche de la ceremonia del Portador del Sol. La que se suponía que usaría para sacarle el corazón a Auristela. La que había perdido después del ataque de los Obsidianos.

¿Qué hacía en la mochila de Aurelio?

–¡Teo! –gritó Aurelio y lo arrancó de sus pensamientos–. ¡La diadema!

Teo se giró hacia él, con la diadema en una mano y la daga en la otra, y lo miró confundido. Su mente corría a mil por hora a medida que las piezas encajaban como un rompecabezas aterrador.

Cuando las miradas de los dos se encontraron, los ojos de Aurelio se ampliaron al comprender la situación. Su rostro reflejaba la magnitud de sus intenciones. Una sensación pesada se asentó en el estómago de Teo mientras lo dejaba tomar la diadema sin oposición. La revelación lo impactó como un golpe en el estómago.

Aurelio iba a sacrificarse.

Antes de que Teo pudiera decir algo, la Diadema de Fuego se encendió en la cabeza de Aurelio. Con el poderoso artefacto en su lugar, una oleada de poder fluyó a través del chico Dorado, como si una onda de luz dorada brillara bajo su piel.

–Manténganse alejados –les advirtió a sus amigos antes de girar para enfrentar a Chupacabra, su determinación más ardiente que nunca.

–Aurelio –dijo Teo, con un paso hacia él. Sus plumas estaban erizadas, cada fibra de su ser exclamaba que lo detuviera.

–Ah, así que has decidido mostrar tu verdadera fuerza, diosito del fuego –se burló Chupacabra, su voz rezumando malicia–. Debo decir que ansío saborear el miedo de Auristela cuando me la devore entera –rio y se lamió los labios–. Para la mayoría, el olor del miedo es repugnante, pero para mí es *delicioso*.

Aurelio rugió con dolor y furia. El aire a su alrededor brillaba con calor, y el suelo humeaba bajo sus pies. Su cuerpo convulsionaba por la intensidad del poder y de sus

emociones, que lo transformaban en una antorcha viviente. Las llamas, salvajes e incontrolables, estallaron a su alrededor y azotaron todo a su alcance.

Teo nunca lo había visto así, consumido por la ira al punto de perder toda racionalidad y preocupación por su seguridad o la de sus amigos.

–¡Teo! ¡Aléjate! –exclamó Niya, que lo aferró del brazo para alejarlo del calor abrasador que emanaba de Aurelio. Xio también se alejó, con el rostro surcado por la preocupación. Pero Teo no podía apartar la vista de ese infierno enfurecido que le dolía en el alma.

–¡Aurelio, detente! –gritó.

Pero el semidiós parecía más allá de la razón, enfocado solo en aniquilar a Chupacabra.

Cargó contra ella como un meteorito ardiente de furia, que crispaba el aire a su paso.

Sin embargo, Chupacabra aún se reía con deleite, las llamas reflejadas en sus ojos salvajes.

–¡No eres más que una marioneta, que baila llevada por los hilos de su propia ira!

¿Crees que puedes salvar a tu hermana? ¡Ni siquiera puedes salvarte a ti mismo!

–¡Cierra la boca! –gritó Aurelio, el sonido apenas audible sobre el rugido de la tormenta de fuego en la que se había convertido.

–¡Qué ira, qué poder! –exclamó ella–. Pero destruirás todo a tu alrededor, incluso a tus preciados amigos.

–¡Déjalos fuera de esto! –gruñó Aurelio, sus ojos salvajes y desenfocados.

–¿Esto es lo que quieres en verdad? –preguntó Chupacabra, con una sonrisa torcida que desfiguraba su rostro–. ¿Arder con tal intensidad que destruyes todo lo que amas?

– *¡Aurelio!* –gritó Teo desde una distancia segura, pero su voz pareció

perderse en el caos. ¿Cómo podía llegar a Aurelio cuando incluso su voz era engullida por las llamas?

–Teo –dijo Niya, con voz ansiosa–. Necesitamos encontrar una forma de ayudarlo. Si no lo hacemos, todos estaremos en problemas.

Él observó horrorizado como Aurelio, consumido por la furia y el fuego, se convertía en un infierno viviente. Las burlas de Chupacabra resonaban en sus oídos, pero fue la

desesperación en los ojos de Niya lo que lo impulsó a actuar. *Tenía* que detener a Aurelio para que no los lastimara a ellos y a sí mismo.

–Niya, ¡Xio! ¡Distraigan a Chupacabra! –gritó antes de despegar. Cuando se adentró la nube de calor, el aire quemó sus pulmones, pero se obligó a seguir adelante. Lo hacía por Aurelio y no podía dejar que el miedo lo detuviera.

–¡Eh, Chupacabra! –gritó Xio–. ¡Aquí! –Lanzó una piedra que la golpeó en la espalda, y ella se sacudió y giró hacia elle, pero no fue suficiente para mantener su atención.

Cuando volvió a enfocarse en Aurelio, Niya levantó una roca del tamaño de un burro sobre su cabeza.

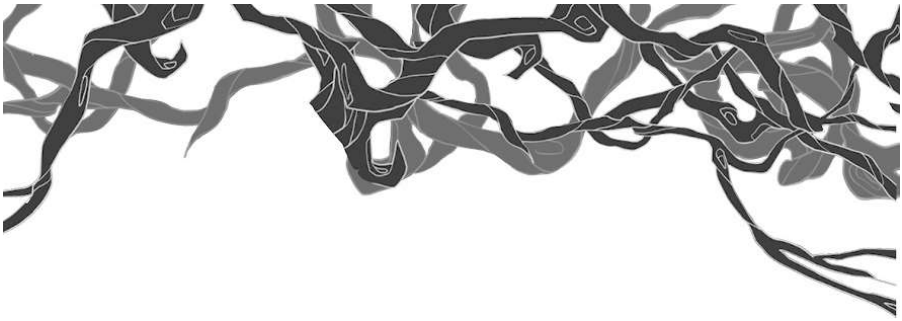
–¡DIJO AQUÍ! –gritó, luego lanzó la roca, que impactó en Chupacabra y la estrelló contra un árbol.

Con la diosa ocupada –por el momento–, Teo se centró en la Diadema de Fuego en la cabeza de Aurelio. El calor abrasador se intensificaba a medida que se acercaba; era insoportable y quemaba su piel, pero se negó a ceder. Con una última oleada de determinación, extendió las manos temblorosas y arrancó la diadema de la cabeza de su amigo.

–¡No! –rugió Aurelio. Las llamas estallaron sin control a su alrededor hasta quemar las alas y las manos de Teo con un dolor que lo atravesó como mil garras. Pero el fuego y la ira de Aurelio empezaron a desaparecer tan de repente como habían aparecido. Cuando abrió los ojos de golpe, habían recuperado su cálido tono cobrizo; una vez que la tormenta de fuego se extinguió, el peso de lo que había hecho cayó sobre él como una ola imparable.

Pero estaba bien, y eso era lo importante.

Las alas de Teo flaquearon por el dolor abrumador, su visión se nubló y cayó del cielo con un golpe que lo sacudió hasta los huesos.



CAPÍTULO 22

XIO

Niya gritó. A Xio se le heló la sangre.

Niya abandonó lo que estaba haciendo, corrió hacia Teo y gritó su nombre, con las manos suspendidas sobre el cuerpo inmóvil de su amigo mientras hiperventilaba.

Xio comenzó a entrar en pánico. Teo estaba en problemas, Niya se estaba desmoronando y Aurelio estaba pálido, en un estado de aturdimiento después de su infierno de fuego.

La risa malévola de Chupacabra sacudía los árboles desde el claro.

Tenían que pensar, y tenían que hacerlo *rápido*.

Xio se lanzó hacia la mochila de Aurelio y la revolvió hasta encontrar lo que buscaba: el Elixir de Encanto.

–Que sea lo que tenga que ser –murmuró antes de descorchar la botella y beber el contenido. El sabor a naranjas dulces cosquilleó en su lengua, seguido por una sensación cálida que recorrió sus venas y aumentó su confianza–. ¡Chupacabra! –gritó,

dio un paso al frente e intentó reflejar el encanto en su voz (como lo hacía Teo a veces cuando hablaba con Aurelio)–. ¿Por qué no nos dejas ir? No valemos tu tiempo.

Chupacabra se detuvo de forma abrupta a mitad de su ataque, con los ojos rojos y amarillos entornados para evaluar a Xio. Con un gruñido bajo, sacudió la cabeza como si intentara despejar sus pensamientos.

–¡No puedes engañarme con tus intentos patéticos, Junior! –rugió con irritación–. ¡Soy una diosa, no una mortal de mente débil! ¡Tus pequeños hechizos no funcionarán en mí!

Xio comenzó a entrar en pánico cuando Chupacabra avanzó hacia elle.

–Mierda.

–Es un Elixir de Encanto, ¡algo que tú no tienes! –siseó Niya detrás de elle, irritada y con las mejillas inundadas de lágrimas mientras abrazaba a Teo, que seguía inconsciente.

Ella tenía razón. Xio no era encantadore. Pero eran une maestre de la manipulación.

–Tienes razón, eres una diosa –coincidió, esforzándose por sonar casual a pesar de que su corazón retumbaba en su pecho–. Entonces, ¿por qué Venganza actúa como si fueras su perro faldero?

–¿¡PERRO FALDERO!? –vociferó Chupacabra.

–Eso hace, ¿no? –agregó Xio deprisa, para salvarse de ser el blanco de su furia. Eligió las palabras con cuidado mientras evaluaba el aura de venganza que rodeaba a la diosa.

Apestaba a venganza–. Podrías estar haciendo algo mucho más importante que perseguirnos como si fueras una mandadera de Venganza –dijo para apelar al ego de Chupacabra–. ¿Por qué siempre haces lo que él dice? –preguntó con su mejor esfuerzo por sonar curioso e inocente–. Él necesita que hagas su trabajo sucio, como perseguirnos a través de la jungla –señaló.

–Su trabajo sucio… –musitó Chupacabra, con el ceño fruncido.

Xio notó un hilo de duda y se aferró a él.

–Eres Chupacabra –enfatizó–. ¡La diosa más temida en todo Reino del Sol! ¡No necesitas a Venganza, ¡Venganza te necesita a ti!

–Él me necesita –concordó la diosa, con la voz más cargada de ira a medida que lo pensaba. Sus ojos estaban distantes, perdidos en sus pensamientos.

Xio se humedeció los labios secos antes de continuar.

–Imagina cuán poderosa podrías ser si tomaras el control y te enfrentaras a Venganza.

Podrías ser la Obsidiana más poderosa que existe. Deberías ser tú quien dé las órdenes, no actuar como su marioneta.

Chupacabra parpadeó con interés, la idea de poder era tentadora, sin dudas. Cuando volvió a rugir, su rabia fue dirigida hacia Venganza.

–Estoy aquí, haciendo su trabajo sucio, luchando contra ustedes,

semidioses, mientras él se sienta en su templo.

–Exacto –coincidió Xio para seguir sembrando las semillas de rebelión–. ¿Por qué compartir el poder con Venganza y Caos? Podrías gobernar Reino del Sol sin ellos.

–¡Debería hacerlo! –afirmó ella, con los puños garrudos apretados.

Santo cielo, esto podría funcionar, pensó Xio.

Faltaba la parte más más difícil.

–Deberías negarte a seguir sus órdenes –arriesgó. Por un momento, Chupacabra parecía estar convencida–. Y podrías empezar por dejarnos ir…

Eso fue demasiado.

Los ojos de Chupacabra se iluminaron con claridad, y luego sacudió la cabeza con vigor para salir del trance de Xio.

–¡Ah, tu querido papi te ha enseñado trucos nuevos! –dijo con una risa aguda y la melena erizada. Abrió la boca para revelar filas de dientes irregulares y una lengua escarlata, dio pasos lentos y deliberados hacia Xio–. Ahora es mi turno de enseñarte un poco de disciplina.

Xio no tuvo tiempo de moverse, pues la diosa se lanzó hacia elle con las garras extendidas hacia su garganta.

¡ZAZ!

La bola de fuego de Aurelio explotó dentro de las fauces de Chupacabra, que gritó y se echó hacia atrás, dándose zarpazos en la boca. El hedor del pelaje quemado irritaba la nariz de Xio. Niya estuvo a su lado en un parpadeo, enterró los dedos en la tierra y arrancó grandes trozos de piedra para arrojárselos a Chupacabra. La diosa aulló y destruyó las rocas con las garras, pero Niya no se detuvo; en cuestión de minutos, la había enterrado bajo una pila de rocas.

–¡Vamos! –gritó Aurelio, recogió sus mochilas y los guio hacia la selva.

Xio no necesitaba que se lo dijeran dos veces.

Niya levantó a Teo en sus brazos y corrió, Xio iba tras ella y Aurelio cerraba la marcha.

–¿Ya se rinden? –se burló Chupacabra desde atrás–. ¡Pensé que eran Héroes!

–¡Sigue corriendo! –le indicó Aurelio a Xio con un empujón cuando intentó mirar atrás.

–¡No pueden esconderse de mí, diositos! –gritó Chupacabra a través de la oscuridad–.

¡Los perseguiré hasta los confines de la tierra!

Los semidioses corrieron por sus vidas. Una vez que se adentraron en la selva, la oscuridad los envolvió. Xio se quedó congelade, mirando a Teo, que yacía inconsciente en el suelo húmedo del bosque, con sangre jade en sus heridas. Niya y Aurelio se agacharon sobre él.

–¡Mierda, mierda, mierda! –maldijo Niya con pánico, al tiempo que revolvía su mochila con manos temblorosas en busca de algo, cualquier cosa, que pudiera ayudar.

–¿Él está…? –Xio se ahogó con sus palabras.

–Está vivo, pero herido –respondió Aurelio, su voz temblando de miedo–. Tenemos que hacer algo.

–S-sí –tartamudeó Niya entre respiraciones entrecortadas.

Aurelio se acercó a Teo con las manos temblorosas.

–Lo siento mucho –balbuceó–. No fue mi…

–¡Detente! –exclamó Niya, pálida, y le apartó las manos–. ¿Dónde está la gema de Primavera? ¡No *veo una mierda*!

Aurelio encendió llamas en sus dedos para iluminar el área un instante, pero Xio le sujetó el brazo.

–¡Es demasiado intensa, Chupacabra nos encontrará! –le advirtió.

–¡Ten, enciende esto! –exclamó Niya al encontrar la vela medio usada que Fantasma les había dado, y Aurelio procedió a encenderla; la pequeña llama reflejaba un halo cálido en sus rostros aterrorizados.

–Tenemos que… –Niya no pudo terminar la oración, porque, de repente, el suelo tembló con violencia debajo de ellos y la tierra los tragó sin advertencia.

Xio cayó por el aire hacia un cuerpo de agua helada, con un impacto que le cortó el aliento. Pataleó con desesperación para salir a la superficie, jadeando para tomar aire, le siguieron Aurelio y luego Niya, con Teo a cuestas.

–¿Están bien? –preguntó Xio, aturdide y desorientade.

–Creo que sí –respondió Aurelio, con los ojos bien abiertos–. ¡¿Dónde está Teo?!

–Lo tengo –dijo Niya con los dientes apretados por la necesidad de mantener a Teo a flote.

–¿Dónde diablos estamos? –inquirió Xio, confundide, mirando alrededor mientras nadaba.

–En un cenote –dijo Aurelio de camino a la orilla.

Arriba, muy arriba, un círculo de oscuridad se abría hacia la selva, desde donde colgaban raíces de árboles antiguos. Pequeños bagres negros nadaban a toda velocidad por las aguas azules luminosas y, muy por debajo, brillaban objetos que Xio no podía ver bien a pesar del agua cristalina. Momotos de un azul cobalto revoloteaban alrededor, su plumaje vibrante contrastaba con las paredes de piedra en las que anidaban.

–¿Cómo llegamos aquí? –exclamó Niya aturdida después de arrastrar a Teo hasta la orilla y mirar alrededor–. ¡POR LOS DIOSES!

Xio giró, preparade para ver otro Celestial o incluso a Chupacabra, pero, en su lugar, se encontró con una figura familiar.

–¡Fantasma! –gritó Niya–. ¡Me asustaste!

Fantasma estaba saludándolos con una sonrisa alegre desde la orilla del agua, hasta que vio a Teo; entonces su expresión cambió a preocupación y se apresuró a ayudar. Xio recuperó las mochilas que flotaban en el agua y salió tras ellos. Aurelio y Niya, que todavía sostenía a Teo, salieron del agua con cuidado y llegaron a tierra firme.

Los alrededores del agua estaban llenos de ofrendas de jade, oro y obsidiana, dientes de cocodrilo tallados en piedra verde y ojos de cristal que miraban a Xio mientras tropezaba. Con cada paso, crujían alas de escarabajo y conchas espiraladas, por lo que se vio obligade a mirar dónde pisaba.

–¿Tu vela nos trajo aquí? –preguntó sin dejar de tambalearse. Fantasma asintió con la cabeza. Sus compañeras mariposas monarca revoloteaban a su alrededor como una extensión de su manto de encaje–. ¡Nos salvaste el trasero! –rio Xio, aliviade.

Fantasma les hizo señas para que la siguieran.

A medida que avanzaban, Xio notó una zona con asientos acogedores, decorada con una mezcla de objetos peculiar que solo una diosa de la muerte podría encontrar reconfortante. Había un par de sofás desgastados alrededor de una mesa de café y una pequeña fogata, y Xio se preguntó qué tipo de visitas recibiría Fantasma para usar esos muebles. La diosa le señaló a Niya uno de los sofás, en el que ella acomodó a Teo con ternura.

–Fantasma, ¿esto puede ayudar? –preguntó Aurelio, mostrándole la Gema de Regeneración. Los ojos de Fantasma se agrandaron de sorpresa al verla, y asintió agradecida.

Para sorpresa de Xio, luego sacó un simple cuchillo de obsidiana que, a decir verdad, parecía más bien un abre cartas, y se hizo un corte en la palma de la mano. Elle observó fascinade cómo brotaba sangre roja.

–¿Roja? –preguntó Niya, confundida.

Aurelio sacudió la cabeza, igual de desconcertado.

Xio estaba tan perpleje como ellos, pues el rojo era el color de la sangre mortal. A medida que la sangre de Fantasma se mezclaba con el poder de la gema, ella la aplicaba en las alas de Teo con suavidad. El efecto fue casi inmediato, y el dolor pareció disiparse del rostro del chico para permitir que se relajara en un profundo sueño.

Niya soltó un suspiro.

–¡Gracias a Sol, o gracias a Fantasma! –se corrigió.

Fantasma sonrió con timidez.

Incluso Aurelio pareció relajarse un poco, aunque era evidente que aún estaba afectado por lo que acababa de suceder. Se veía que tenía la nariz rota, y su camisa estaba llena de manchas doradas.

De repente, una mano esquelética emergió del suelo con una pila de toallas, y Xio saltó espantado.

–Ah sí, ella hace eso –explicó Niya al tomar una toalla, mientras que Fantasma le entregaba otra a Aurelio.

El chico agradeció en voz baja y, con cuidado, se secó y se limpió el rostro. Luego, para horror de Xio, Aurelio se llevó la mano a la nariz, cerró los ojos y, con un gruñido, la colocó de nuevo en su lugar antes de que sanara por completo.

Xio estuvo a punto de vomitar.

Fantasma levantó la Gema de Regeneración con su mano ensangrentada y les echó un vistazo a los cortes dorados que cubrían la piel de Niya antes de mirarla con una expresión interrogativa.

–Gracias, pero no gracias –dijo la chica con una sonrisa, mientras exprimía el agua de sus trenzas–. Dejarán unas cicatrices geniales.

Xio no pudo evitar sonreír. Estaban magullados y golpeados, pero vivos y, por el momento, eso era lo único que importaba.

–¿Vives aquí? –le preguntó a Fantasma, que daba vueltas por el lugar, esponjando almohadas y sacudiendo el polvo de los cojines del sofá. Ella asintió con entusiasmo–.

Eso explica todas las ofrendas –musitó Xio al ojear los artefactos y objetos descartados.

La muerte era la única deidad que no tenía una ciudad o templo. En su lugar, las ofrendas para Muerte y Fantasma se enviaban a través de cenotes, los portales al inframundo. Y, al parecer, todas terminaban allí.

Mientras Fantasma atendía las heridas de Teo, unas útiles manos esqueléticas aparecieron para ofrecerles tazas de café humeante a los otros tres semidioses. Para

sorpresa de Xio, fue uno de los cafés, oscuros y tostados, más delicioso que hubiera probado. Tanto elle como Niya agregaron crema y azúcar a sus tazas, y los dos se acomodaron para tomar un descanso necesario. Mientras Niya le contaba a Fantasma historias de su batalla con Chupacabra –y todo lo que habían pasado antes de eso–, Xio notó que Aurelio permanecía pensativo, parado en la orilla del cenote. La luz parpadeante del agua azul proyectaba sombras extrañas sobre su rostro, que lo hacían parecer aún más solemne y enigmático de lo habitual. Xio se acercó a él con cautela.

–Oye –dijo con suavidad antes de entregarle la Diadema de Fuego que había recuperado antes de huir de Chupacabra–. Pensé que podrías querer esto.

Aurelio miró la diadema con una mezcla de sorpresa y temor, la tomó y recorrió los patrones intrincados del carbón con los dedos. Las puntas brillaron con un tono rojo profundo y somnoliento al contacto con su piel. Por un momento, pareció perderse en sus pensamientos, mirando la diadema como si las respuestas a todos sus problemas estuvieran grabadas en ella, si tan solo pudiera verlas.

–Gracias –murmuró. Luego, sin decir una palabra, lanzó la diadema al cenote. Tras un chapuzón suave en la superficie del agua, desapareció entre las otras ofrendas que yacían escondidas en las profundidades.

Xio sonrió y le dio una palmada en la espalda a Aurelio, que respondió con una sonrisa cansada.

–¡Teo está despertando! –exclamó Niya, con la voz llena de alivio.

Todos se reunieron alrededor de Teo, que parpadeaba somnoliento.

–Teo, eres un maldito cabrón –dijo Xio, mirándolo con respeto renovado.

–¿Ganamos? –preguntó él a medida que recuperaba la conciencia.

–Bueno… –Xio dudó–. No perdimos.

–Nos libramos de Chupacabra por ahora –respondió Niya, quien le sujetaba la mano con suavidad–. Pero tenemos que reagruparnos y pensar en nuestro próximo paso.

–Bien –suspiró Teo, luego se hundió otra vez en los cojines con una sonrisa exhausta–.

Me vendría bien descansar un poco. –Pero luego notó a la diosa sentada en el sofá a su lado y se sorprendió–. ¿Fantasma? –Ella le sonrió con alegría–. Esperen, ¿dónde estamos? –Parpadeó y miró alrededor con el ceño fruncido.

–¡En el club de Fantasma! –respondió Niya con alegría.

–En un cenote –aclaró Xio–. En algún lugar. Resulta que la vela que te dio no era solo una vela.

Teo se rio y sacudió la cabeza.

–Gracias, Fantasma –dijo, extendiendo una mano hacia ella, que se sonrojó y le dio un apretón breve antes de levantarse de pronto y desaparecer por una grieta en la pared.

Aurelio estaba cerca, con la mirada fija en las manos y alas quemadas de Teo. Parecía estar librando una batalla interior entre la culpa y la gratitud; el precio que Teo había pagado para protegerlo sin dudas pesaba mucho en su corazón.

–Lo siento mucho –dijo con la voz apenas audible al agacharse a su lado–. No quise…

Nunca quise…

–Entrégamela –dijo Teo, de repente mucho más alerta y con la mirada fija en Aurelio.

–¿Qué cosa? –preguntó Xio, desconcertade. Niya se encogió de hombros, también confundida.

Sin decir una palabra, Aurelio metió la mano en su mochila y sacó una daga.

El grupo quedó en silencio.

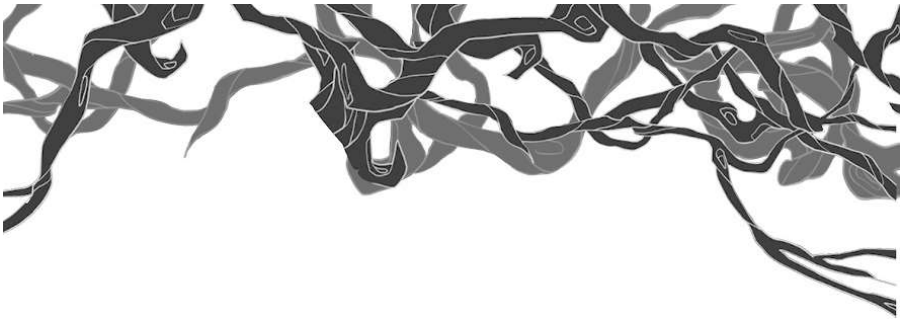
Teo y Aurelio se miraron, con expresiones de pesar similares en sus rostros.

–Vámonos –susurró Xio, jalando el brazo de Niya, pero ella frunció el ceño, confundida.

–Pero…

–Vamos a buscar cosas en el agua –sugirió Xio y jaló con más fuerza.

Niya por fin comprendió la indirecta. Aunque se veía irritada, se levantó para seguir a Xio y darles privacidad a Teo y a Aurelio.



CAPÍTULO 23

TEO

Teo miró fijamente la daga.

La daga.

La tomó de las manos de Aurelio, se incorporó con el ceño fruncido y la metió en su mochila. Luego volvió a mirar a Aurelio, con una expresión entre preocupada y comprensiva.

–Planeabas usarla en ti mismo cuando lucháramos contra los Obsidianos, ¿no es así?

Aurelio, incapaz de mirarlo, mantenía la vista fija en el suelo.

En ese momento, Teo comprendió lo mucho que habían sufrido sus amigos y hasta dónde estaban dispuestos a llegar para protegerse unos a otros. Todos tenían un deseo ardiente de luchar hasta el final, aunque eso significara sacrificarse a sí mismos por el bien mayor.

Pero Teo no permitiría que eso sucediera. No podía soportar perder a sus amigos.

Perder a Aurelio.

Respiró hondo antes de volver a dirigirse a su amigo.

–Hablemos –dijo, apenas más que un susurro. Aurelio hizo una mueca y se miró las manos–. ¿En verdad estás dispuesto a morir? –preguntó Teo, con la voz temblorosa–.

¿A dejarnos a todos atrás?

¿A dejarme atrás?

–A veces hay que hacer sacrificios –respondió Aurelio–. Y haría cualquier cosa por mi hermana.

Teo se negó a dejar caer las lágrimas que se estaban acumulando en sus ojos.

–¿Y si hay otra opción?

–Teo –replicó el otro, con un tono firme pero suave, y por fin lo miró a los ojos–. No podemos arriesgar más vidas. Tenemos que detener a los Obsidianos a como dé lugar.

–¿Incluso si eso significa perderte a ti? –preguntó Teo con el corazón dolorido.

–Sí –respondió Aurelio en voz baja y, antes de que Teo pudiera decir algo más, añadió–: Auristela no debería ser la que muera. Ella está destinada a la grandeza. Todos lo saben, en especial mi madre. –Las palabras parecieron causarle dolor físico.

–Tu madre apesta –soltó el chico Jade sin emoción, pero con el pecho ardiendo de rabia–

. Y creo que tú vales más que un centenar de Auristelas. –Aurelio soltó una risa sorprendida–. Eres una buena persona que se preocupa mucho por los demás. Eres amable, inteligente y valiente hasta el punto de la estupidez. Eres un excelente cocinero y siempre pones a los demás antes que a ti mismo, ¡y a veces eso realmente me enoja!

Pero es parte de lo que te hace ser *tú*. ¿A quién le importa que no seas a prueba de fuego o que no seas el semidiós más fuerte de todos los tiempos? ¡No tienes que ser un Héroe!

¡Podrías convertirte en panadero o lo que sea!

»No ser un Héroe famoso no significa que no seas importante o que tu vida sea prescindible –insistió Teo, con la mirada incierta fija en él–. Tiene que haber otro camino. No hemos llegado hasta aquí solo para tener que sacrificar a tu hermana *o* a ti.

Aurelio vaciló mientras giraba sus brazaletes dorados.

–Pero podríamos estar juntos en el otro mundo –sugirió, con un rubor tímido irresistible en las mejillas–. Te esperaría.

Teo no pudo soportar otra palabra, le tomó la mano y la apretó con fuerza.

–Podríamos estar juntos *ahora* –replicó, y una risita triste escapó de los labios de Aurelio.

–Mi hermana siempre me daba valor –confesó, mirándolo a los ojos–. Pero tú, Teo… tú me haces sentir invencible.

Teo quería gritar.

–No es algo triste –intentó explicar Aurelio–. Me cuidarán en el más allá. Muerte y Fantasma se encargan de eso. Esta decisión es por el

bien de todos, así como lo han hecho todos los sacrificios antes que yo. –Se enderezó, lleno de convicción–. Es un honor para mí renunciar a esta vida por la seguridad de Reino del Sol y de todos los que viven en él. –Liberó su mano de la de Teo con suavidad y se levantó–. Buscaré más ungüento para tus alas –anunció, pero luego se detuvo y se inclinó para darle un beso ligero en la sien, que grabó el calor de sus labios en la piel de Teo.

Mientras él se acercaba a Fantasma, Niya se sentó junto a Teo.

–No es que estuviera espiando –se excusó al posarse en el respaldo del sofá.

–Ah, ¿no? –Teo exhaló una risa amarga.

–Sí, sí lo hice –confesó ella sin remordimientos antes de continuar–. Él siempre está protegiendo a todos –reflexionó con la mirada en Aurelio–. Pero creo que tú eres el único que alguna vez pensó en protegerlo a *él*.

Teo miró a Aurelio, que estaba midiendo el ungüento con cuidado, con la ayuda de Fantasma. Lo maravillaba pensar en cómo alguien tan golpeado por el mundo estaba dispuesto a hacer todo lo posible por protegerlo de todas formas.

Las últimas Pruebas habían expuesto las grietas en su mundo, el sufrimiento de las personas en las fronteras y la oscuridad que acechaba bajo la superficie. Aurelio, la personificación de los estándares Dorados, había sufrido mucho bajo el gobierno de los dioses. ¿Y qué había de los demás? Los Jades, los mortales, incluso las almas desafortunadas que buscan refugio con Suerte: todos estaban a merced de los dioses. ¿A quién servía ese sistema en realidad? Ciertamente no a los mortales que se suponía que debían proteger.

Sus pensamientos acelerados dieron paso a una sensación abrumadora de responsabilidad, no solo por Aurelio, sino también por Niya y por Xio. Eran un equipo, unidos por el destino o las circunstancias, y comprenderlo hizo que se diera cuenta de que no tenían que sacrificarse en el altar.

Lo que los había llevado hasta allí había sido su capacidad de trabajar juntos, de cuidarse unos a otros y *nunca* rendirse. Sabía que no solo tenían el poder para desafiar el sistema defectuoso de los dioses, sino también la responsabilidad de hacerlo.

Aurelio insistía en que era un honor sacrificarse, pero la misma

pregunta seguía atormentando la mente de Teo: si ser el sacrificio era un honor, ¿por qué era destino del semidiós que quedara *último* en las Pruebas?

Recordó la tarde en la fuente en la plaza del Laberinto con los otros semidioses, en la que Marino parecía estar quebrándose bajo la presión. Xochi estaba agotada, y Atzi sentía nostalgia por su hogar.

¿Cuál era el propósito de todo esto? ¿Cuál era el plan de Sol?

¿Y por qué había elegido a Xio para competir en las pruebas?

Cuando las estrellas asomaron a través de la abertura del cenote, Teo y sus amigos se acomodaron para dormir. Habían reunido en el suelo todos los cojines, almohadas y mantas que Fantasma les había llevado para dormir, pero el aire estaba cargado. Todos sabían que esos eran sus últimos momentos de paz antes de la inminente batalla.

Niya se quedó dormida de inmediato, y Xio se acurrucó entre ella y Teo. Todo lo que se veía de elle era su mata de rizos negros asomados por encima de la manta.

Aurelio estaba al otro lado de Teo, de modo que él podía sentir la tensión que recorría su cuerpo como una corriente eléctrica.

–Cuéntame sobre Quetzlan –susurró Aurelio para romper el silencio entre ellos. Su voz era suave, casi vacilante, como si temiera que hablar en voz alta pudiera romper la frágil calma.

Teo se sorprendió por la solicitud, pero agradeció la distracción. Comenzó a pintar un cuadro de su hogar con palabras, describiendo los carros de comida bulliciosos que surcaban las calles, con sus aromas tentadores. Los colores vibrantes de las aves tropicales revoloteaban en sus recuerdos mientras hablaba, y sus piares resonaban en sus oídos como si estuvieran allí con ellos en el cenote.

Aurelio lo escuchaba con atención y ojos brillantes de anhelo. Mientras Teo hablaba, sentía que la tensión entre ellos se disipaba poco a poco, reemplazada por una sensación de comodidad que llenaba su corazón.

–A veces, después de detención, solía comprar patatas fritas de Lisa-Marie y las llevaba al carro de Lorenzo –continuó, con la voz teñida de nostalgia–. Él fileteaba trozos de al pastor directo del trompo y los regaba sobre las patatas por un precio muy bajo. Luego, me sentaba debajo ese enorme árbol de zapote blanco a mirar a las aves que

volaban entre las ramas y picoteaban la fruta. Era el lugar más pacífico que conocía.

–Ojalá pudieras mostrármelo –dijo Aurelio en voz baja.

–Te lo mostraré –prometió Teo, con la voz entrecortada por la emoción–. Iremos juntos, compraremos patatas de Lisa-Marie, al pastor de Lorenzo y un montón de dulces de Chavo, y comeremos hasta no poder movernos. Luego te llevaré a la cima del templo de mi mamá y veremos la puesta de sol sobre el océano.

Los labios de Aurelio se curvaron en una pequeña sonrisa agridulce.

–Eso me gustaría mucho –murmuró y apoyó la cabeza en el hombro de Teo.

Mientras yacían entrelazados, Teo no pudo evitar que sus pensamientos se desviaran hacia el futuro incierto. Sabía que las circunstancias estaban en su contra, pero se negaba a permitir que la desesperanza echara raíces. En su lugar, se aferraba a la imagen de Quetzlan, a la promesa de una puesta de sol compartida en un mundo mejor.

–Aurelio –susurró. Su corazón latía con tanta inestabilidad como sus palabras–, prométeme que, pase lo que pase, encontraremos la forma de volver el uno al otro.

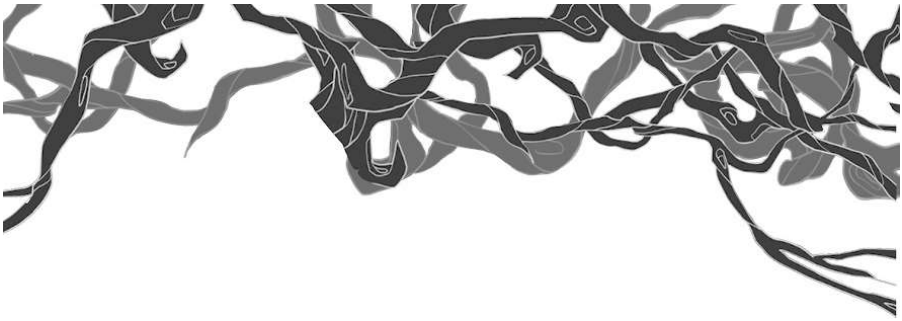
Cómo sea.

–Lo haremos –respondió Aurelio con voz suave y se abrazó a su brazo con más fuerza–.

Creo en nosotros.

Y, con esa simple afirmación, sus corazones encontraron consuelo uno en el otro y el sueño cayó sobre ellos como un telón. Pero ese momento, iluminado por el resplandor de la laguna brillante y la calidez de su cariño, no se sentía como un final.

Juntos, se durmieron, sumidos en sueños entrelazados como las raíces que crecían por las paredes del cenote, que apuntaban a las estrellas como las copas de los árboles que se extendían hacia el cielo.



CAPÍTULO 24

TEO

Teo despertó rodeado por las voces de sus amigos y el chasquido suave del fuego dentro de la caverna en la que se encontraban, por lo que no pudo evitar sentir una calidez extraña en su interior a pesar de la precariedad de su situación. Las llamas danzantes proyectaban sombras en las paredes ancestrales del cenote y su reflejo en el agua era como el brillo de miles de estrellas.

Fantasma apareció por una grieta en la pared, cargada con platos de comida, cuyo aroma especiado hizo crujir el estómago de Teo con anticipación. Se enderezó en el lugar.

–¡Eso huele increíble! –exclamó Niya. Xio y Aurelio se unieron y todos se sentaron alrededor de la mesa de café junto a Teo.

Fantasma sonrió encantada, acompañada por sus mariposas monarcas y con los pendientes de caléndula meciéndose al compás. Después de que dispuso los platillos, algunas manos pequeñas emergieron de la tierra para repartir platos y cubiertos. La variedad incluía tortillas azules de maíz, chile tamulado, mole de pollo, aguacate, mamey zapote fresco y una vasija grande de arcilla con atole caliente. Incluso había preparado una de las comidas preferidas de Teo: papadzul, tortillas rellenas de huevo duro, bañadas por un caldo espeso de semillas de calabaza y epazote.

–Guau, todo se ve increíble –se maravilló él, incapaz de apartar la vista del banquete.

Pero había un platillo que no reconocía–. Eh, ¿qué es eso? –preguntó, señalando un cuenco pequeño lleno de bocaditos parecidos a granos de maíz, que, aunque parecieran inofensivos, le resultaban algo extraños.

–¡Escamol! –jadeó Niya. Ella y Aurelio se lanzaron a la comida sin dudar y la sirvieron sobre las tortillas con aguacate y chile tamulado. Teo miró a Xio confundido, y elle solo se encogió de hombros en respuesta.

–Pero ¿qué es? –insistió.

Aurelio abrió la boca, pero Niya levantó la mano para interrumpirlo.

–No se lo digas –le advirtió y luego se dirigió a Teo–. No quieres saberlo. ¡Lo único que importa es que está delicioso! –Dio un gran bocado y agregó, con la boca llena–:

¡Créeme, a ti, en especial, te encantará!

Teo miró a Aurelio en busca de respuestas, pero él solo asintió.

–Tiene razón –dijo antes de dar él mismo un gran bocado.

–¡Solo come y no pienses en ello! –le dijo Niya, con un gesto de ánimo.

Teo dudó, pero respiró hondo y decidió seguir su consejo. Xio lo observó tomar un poco con el tenedor y probar. Tenía una textura extraña, los granos estaban un poco crujientes y estallaban entre sus dientes, pero tenían sabor como a nuez y mantequilla y estaban cocidos con cebolla y chile.

–Mmm –murmuró en señal de apreciación.

Tras su confirmación, Xio lo imitó. Sus ojos oscuros se abrieron sorprendidos.

–Guau, sí que está bueno.

Niya sonrió, con las mejillas llenas.

–Gracias, Fantasma –dijo Aurelio.

La sonrisa de la diosa era más grande de lo que Teo había visto nunca.

Mientras continuaban disfrutando de la comida, los ojos de Teo se detuvieron en algo que le calentó el corazón: los Chupa Chups que le había dado a lo largo de los años, decorando cada superficie disponible; estantes, escritorio, incluso un cuenco decorativo, cada paleta todavía en su envoltura colorida.

–Oye, Fantasma –la llamó sonriente mientras tomaba uno de los Chupa Chups coloridos de la mesa de café–. ¿Sabes que estos son dulces?

La diosa inclinó la cabeza con curiosidad, con sus compañeras

mariposas revoloteando alrededor de su manto de encaje, y giró la muñeca para hacer que uno de los Chupa Chups llegara a su mano. Luego lo examinó con detenimiento.

–Los Chupa Chups son paletas –le explicó Teo entre risas–. Se supone que debes comerlas.

El rostro de Fantasma reflejó la revelación. Desenvolvió el dulce con cuidado y, cuando se lo llevó a la boca, sus ojos se abrieron de deleite. Teo no pudo evitar reírse.

–¡Me alegra que te gusten! –dijo, embriagado por la calidez del afecto hacia su amiga diosa.

–Teo, ¿has visto que aves geniales? –preguntó Niya, señalando a los momotos azul oscuro que revoloteaban sobre el cenote y se posaban en las grietas de las paredes.

Teo sonrió.

–Sí, son…

–Momotos coronados –intervino Aurelio, distraído mientras limpiaba el último resto de salsa de su plato con una tortilla.

–¿Cómo lo sabes? –Teo parpadeó sorprendido.

Aurelio levantó la vista como si no se hubiera dado cuenta de que había dicho algo y se encogió de hombros.

–Veo el programa de aves de Quetzlan cada año en TúTube.

El cerebro de Teo hizo cortocircuito por un momento, la revelación lo golpeó como una tonelada de ladrillos. Siempre participaba de ese programa con su madre, ¿acaso

Aurelio lo veía por él? El impulso de arrastrar al chico por la mesa para besar su rostro dolorosamente atractivo era abrumador.

–¡Hola! –llamó a los momotos. Sus vocecitas animadas llenaron los oídos de Teo; al parecer, habían estado esperando a que él los notara. Se congregaron a su alrededor, peleando por su atención con trinos alegres. Las luces reflejadas en el estanque hacían brillar sus plumajes azules y verdes. A pesar de ser pequeños, ocupaban mucho espacio alrededor de los pies de Teo mientras revoloteaban emocionados.

– *¡Hijo de Quetzal!* –piaron felices–. *¡Nos alivia que estés a salvo!*

Su preocupación sincera llenó el corazón de Teo de gratitud. Todas las aves competían por su atención exhibiendo lo mejor de sí mismas, con melodías dulces que creaban música en el eco de la cueva.

Al verlas, Teo recordó su hogar. Pensó en todo lo que estaba en juego, en lo que deseaba recuperar con desesperación.

Determinado, se levantó –con un gemido por el dolor de su cuerpo maltrecho– y se acercó a Xio, que estaba revisando los objetos que habían encontrado a lo largo del borde del estanque. Le semidiose miró hacia arriba expectante desde la colección de ojos de cristal.

–¿Y si… todo esto era parte del plan de Sol desde el principio? –preguntó Teo, su voz firme a pesar de la incertidumbre.

–¿Qué quieres decir? –Xio alzó una ceja con intriga.

–Quizás Sol te eligió para que participaras en las Pruebas para forzarnos a cuestionarlo todo –reflexionó Teo cuando Niya y Aurelio se unieron. Sus pensamientos iban a toda velocidad.

Xio lo miró con la expresión neutral mientras procesaba el peso de sus palabras.

–No sé si eso sea así…

–¿Y si tenías que traer de vuelta a los Obsidianos para que los dioses se vieran obligados a resucitar a Sol adecuadamente? ¿Para poner fin a las Pruebas, a los sacrificios, a nuestra dependencia de ellos? Piénsalo –insistió, mirando a cada uno de sus amigos–.

¿Así era cómo Sol quería que funcionara el mundo? ¿Este sufrimiento es realmente necesario?

Xio, Niya y Aurelio intercambiaron miradas dudosas.

–Eso es difícil de imaginar. –La mirada de Aurelio se encontró con la de Teo–. Nos han enseñado a creer que esta es la única forma…

–Pero ¿qué pasa si no lo es? –presionó él; su corazón latía con fuerza–. ¿Y si podemos encontrar algo mejor, una forma que no implique sacrificarnos a nosotros mismos o a las personas que amamos?

–Teo tiene razón –dijo Xio de pronto, sus ojos llenos de determinación–. Vimos cómo los métodos de los dioses han lastimado a las personas. Es hora de que intentemos algo diferente.

–¡Hagamos un pacto! –anunció Niya, con una mano extendida–. Trabajaremos juntos para crear un mundo mejor para todos, semidioses y mortales por igual.

–Tal vez podamos –respondió Aurelio, siempre el más realista–. Pero primero, tenemos que detener a los Obsidianos.

–Entonces, lo haremos juntos –prometió Teo y extendió la mano para tomar la de Niya–.

Enfrentaremos cualquier desafío que se nos presente y seguiremos luchando hasta cambiar el mundo para mejor.

–¡Cuenten conmigo! –dijo Xio antes de unir la mano con las de los dos.

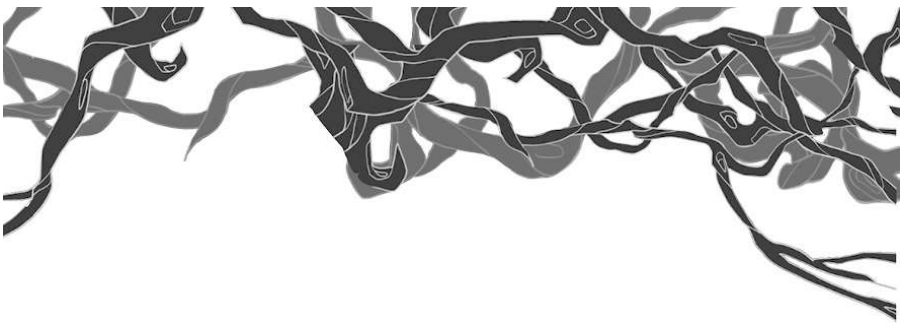
Aurelio suspiró y le lanzó una mirada a Teo, la misma que le había dedicado docenas de veces cuando estaba decidido a lograr lo imposible.

–No te rendirás con esto, ¿verdad?

–No. –Teo sacudió la cabeza, y Aurelio soltó una risa cansada.

–Está bien, yo también me uno –cedió y añadió su mano al grupo.

Mientras los cuatro se mantenían allí, con las manos entrelazadas, Teo sintió una chispa de esperanza encenderse dentro de él. No sería fácil, pero con sus amigos a su lado, sabía que tenían una oportunidad de luchar, y eso era todo lo que necesitaba.



CAPÍTULO 25

XIO

Teo y Xio estaban sentados en el sofá, acompañados por una brisa suave que soplaba a través de las enredaderas que colgaban sobre el cenote. Las heridas de Teo estaban sanando aún más rápido con la ayuda de Fantasma; le habían lavado la sangre jade seca de la piel, y las quemaduras se habían tornado púrpuras. Todavía tenía parches desplumados, pero parecía confiar en que pronto crecerían.

Los demás habían decidido descansar por un rato, así que los dos estaban solos con sus pensamientos y, aunque el silencio era reconfortante, también era inquietante. Los obligaba a confrontar los sentimientos que habían intentado ignorar.

–Oye, Xio –comenzó Teo, su voz apenas audible sobre el suave azote del oleaje contra el borde del estanque–. He estado pensando en tu padre. –Xio se tensó–. Es decir, en Suerte –se apresuró a aclarar Teo.

Xio parpadeó, sorprendide por el tema de conversación, pero permaneció en silencio, lo que animó a Teo a continuar.

–Nunca supe o más bien nunca *noté* lo diferente que manejaba las cosas en Afortunada, comparado con el resto de Reino del Sol. –Hizo una pausa, en busca de las palabras adecuadas–. Allí, las personas se cuidan unas a otras. No dependen de la protección de

los dioses como las otras ciudades. Suerte lo construyó así a propósito, ¿verdad? Para que pudieran defenderse, si alguna vez llegaba otra guerra. Les dio las herramientas y los recursos para proteger a los suyos, algo con lo que los mortales de las ciudades Obsidianas, tus ancestros, no contaron.

Xio se miró las manos, con las que retorcía un hilo suelto en sus pantalones. Escuchar a Teo hablar tan bien de Suerte era abrumador, pues no esperaba escuchar esa clase de elogios para el hombre –el dios– que le crio.

Pero en el fondo, sabía que Teo tenía razón. Durante las Pruebas, se había sorprendido al ver cuánto dependían las otras ciudades Jade y

Doradas de los dioses que las dirigían. En cambio, Suerte siempre había enfatizado que su papel como patrón de la ciudad tenía límites. El pueblo era responsable de gobernarse, en mayor medida. Suerte incluso participaba de un consejo anual de líderes electos, en el que les daba la oportunidad de expresarle sus preocupaciones sobre la ciudad directamente.

Xio no podía imaginar que sucediera algo así en las otras ciudades que habían visitado, en especial en las gobernadas por Dorados.

En aquel momento, eso había fortalecido su convicción de que los Dorados eran corruptos, de que el sistema estaba roto, pero nunca se había detenido a apreciar cuánto trabajo había hecho Suerte para cambiar las cosas.

–Mientras crecía –admitió en voz baja–, nunca comprendí todas las pequeñas formas en las que me protegía. Pero ahora… comienzo a descubrirlas.

Teo asintió con la cabeza, y luego un silencio incómodo se asentó entre los dos, uno que amenazaba con devorarlos por completo. Fue Xio quien lo rompió primero, su voz temblorosa pero decidida.

–Los Obsidianos… están llenos de venganza. Consumidos por ella. Y creo que podemos usar eso en su contra. Sé cómo se siente –continuó, incapaz de mirar a Teo a los ojos–, estar tan… *obsesionado* con vengarse. Te impide ver cosas que deberían ser obvias.

Teo le apoyó una mano en el hombro con suavidad, y el pequeño gesto hizo que el pecho de Xio hinchara con calidez. Cuando Teo se levantó, elle se hundió en su chaqueta, con las manos en los bolsillos, pero estaba tan perdide en sus pensamientos que tardó un momento en percatarse de que estaba tocando algo. Del bolsillo, sacó un amuleto de azabache, el azabache original que Suerte le había dado tantos años atrás.

Lo frotó entre sus dedos para sentir la piedra cálida y aterciopelada. No recordaba

haberlo guardado, ni siquiera recordaba qué había hecho con él después de cambiarlo por un fragmento del glifo de obsidiana de Venganza. ¿Cómo había terminado en su bolsillo? Eso era…

–Suerte –dijo con una risa débil. Con dedos torpes, lo volvió a colocar en su brazalete.

Al otro lado del cenote, algo brillaba a la luz de las velas. Con los ojos entornados, Xio reconoció la daga de obsidiana que sobresalía de la mochila de Teo. No estaba escondida, sino guardada para mantener la honestidad de Aurelio. Verla despertó una idea en el fondo de su mente: para encerrar a los Obsidianos por primera vez, Sol había tenido que sacrificarse. Para mantenerlos encerrados, alguien tenía que recrear ese sacrificio.

Pero, ¿y si los Obsidianos eran desterrados por un sacrificio de uno de los suyos? ¿Y si había una nueva fuente de poder que pudiera mantenerlos encerrados, esta vez para siempre?

En el silencio de la cueva de Fantasma, Xio casi podía escuchar el latido de su propio corazón, que bombeaba sangre obsidiana por sus venas.

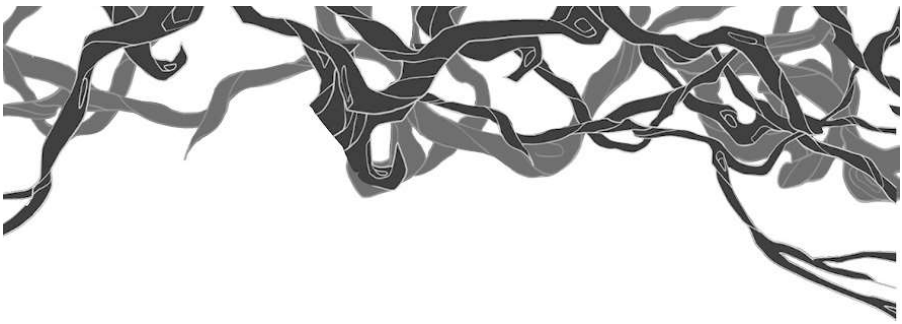
Había permitido que su ira y dolor dictaran sus acciones durante mucho tiempo, pero la posibilidad de cambio se extendía frente a elle como un camino inexplorado. No sería fácil, pero podría redefinirse con cada paso, ya no como el monstruo que otros pensaban que era, sino como alguien que lucharía por un mundo mejor.

Tal vez Sol *sí* había salvado a Xio por una razón todos esos años atrás.

Tal vez eso era lo que siempre había estado destinade a hacer.

Algunas cosas no podían ser perdonadas, Xio lo entendía, pero no se quedaría sentade sin intentar todo lo que estuviera en su poder para enmendar sus errores.

Incluso si eso significaba convertirse en el sacrificio.



CAPÍTULO 26

TEO

El rostro amable de Fantasma se grabó en la mente de Teo antes de que los enviara de vuelta al mundo superior. Ella no podía acompañarlos, pues se arriesgarían a que Venganza y los otros Obsidianos detectaran su presencia, y necesitaban cualquier ventaja que pudieran obtener en este momento. Pero era difícil decirle adiós a la pequeña diosa. El cenote de Fantasma había sido el lugar en el que más seguro se había sentido en mucho tiempo.

De vuelta en la oscuridad de la jungla, Teo parpadeó para adaptarse al repentino cambio de iluminación. Su corazón latía con una mezcla de miedo y esperanza mientras los cuatro avanzaban por la jungla, intentando ser lo más silenciosos posible, con miradas y oídos alertas en caso de encontrarse con Chupacabra otra vez.

Finalmente, el templo de Venganza apareció a la vista.

Los ojos de Teo escanearon la estructura imponente que se alzaba sobre ellos como una bestia antigua, diferente a cualquier otra que hubiera visto. No parecía un hogar acogedor, e incluso en su estado de deterioro le resultaba difícil creer que alguna vez hubiera sido el epicentro de una ciudad. El estilo era brutalista e inhóspito, con muros cubiertos de enredaderas que ocultaban las grotescas caras de cabras de piedra.

–Siento como si nos estuvieran observando –susurró Niya. Sus brazaletes sonaban mientras jugueteaba con ellos ansiosamente.

–Haces mucho ruido –le advirtió Aurelio.

–¡No puedo evitarlo, estoy nerviosa! –siseó ella en respuesta.

Cuando se acercaron más al templo de Venganza, el chico frunció el ceño, confundido.

–Aún no hay señales de Chupacabra –señaló, escaneando el entorno con sus ojos cobrizos–. ¿Dónde está?

–De seguro arriba con Caos y Venganza, conspirando y siendo temibles –respondió Xio con una sonrisa forzada apuntando con el mentón–. A Venganza le encanta sentarse en su trono y hablar de lo genial que es mientras los otros se arrastran a sus pies.

Teo se detuvo frente los extensos escalones de piedra del templo y miró hacia atrás a los demás.

–De acuerdo –suspiró antes de mirarlos uno a uno–, este es el plan. Ustedes dos tienen que entrar a los calabozos –les dijo a Xio y a Niya–. Xio, ¿sigues pensando que puedes manejarlo?

Elle asintió, con los rizos pegados al sudor de la frente.

–Las barreras de Caos están destinadas a mantener a los semidioses dentro. No creo que haya considerado que la magia Obsidiana podría ser usada en su contra.

–Espera –interrumpió Niya, pálida mientras los miraba a todos y retorcía sus trenzas con nerviosismo–. ¿No puedo ir contigo, Teo? ¿Y si algo sale mal? ¿Y si…?

–Niya, todo saldrá bien –la tranquilizó Teo, colocando una mano en su hombro–.

Aurelio y yo mantendremos ocupados a los Obsidianos mientras tú y Xio liberan a los Dorados.

–Exacto –añadió Xio–. ¡Lo tenemos, Niya!

–Está bien –asintió ella tras un momento de duda.

–¿Listos? –preguntó Aurelio en voz baja.

–Hagámoslo. –Ella brincó sobre sus pies descalzos y sacudió los brazos como un boxeador antes de un combate.

–Aurelio y yo les daremos el mayor tiempo posible –continuó Teo–. Una vez que los demás estén libres, lucharemos contra los Obsidianos juntos.

El grupo se encontraba en la entrada del templo, mirando hacia las escaleras casi interminables que llevaban a la cima. El corazón de Teo latía con fuerza, sus manos estaban cerradas en puños apretados.

–Tres dioses Obsidianos contra un grupo de semidioses adolescentes –comentó Aurelio, con un músculo de su mandíbula tenso.

–Unas probabilidades bastante malas –murmuró Xio.

–Sí –coincidió Niya. Pero luego esbozó una sonrisa y le dio una palmada en la espalda–.

No tienen oportunidad contra nosotros.

–Tiene razón –añadió Teo, sonriéndole a le chique–. Somos unos revoltosos, ¿verdad?

Así que creemos un maldito alboroto.

Teo y Aurelio avanzaron con cuidado por los escalones altos que llevaban a la sala del trono, pues muchos estaban rotos y, si alguien los pisaba mal, provocaría una avalancha de rocas. El templo por poco se desmoronaba bajo sus pies.

Tenían que ser silenciosos, así que debían ir despacio.

Subieron y subieron escalones, hasta llegar al nivel del dosel del bosque. Los árboles se extendían alrededor de Teo en todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista en la oscuridad de la noche.

De repente, Teo escuchó ruidos, como susurros, y se detuvo.

–¿Oíste eso? –susurró, jalando el brazo de Aurelio para detenerlo.

Aurelio prestó atención por un momento.

El ruido de susurros volvió a sonar.

–¿Los árboles?

–No, no eso. –Teo frunció el ceño.

– *Teo.*

Él saltó del susto.

–¡Eso! –Giró la cabeza para averiguar de dónde había llegado la voz.

–No oigo nada –dijo Aurelio, con una expresión preocupada en su rostro.

– *¡Psst, Teo!* –dijo la voz un poco más alto–. *¡Aquí!*

De repente, dos *cosas* salieron volando de los árboles.

Al principio, Teo sintió pánico. Pero luego, dos caiques aterrizaron en los escalones sobre ellos, con latas de pintura en aerosol en sus picos.

– *¡Hola, Hijo de Quetzal!* –saludó uno de ellos, con lo que dejó caer su lata sobre los escalones de piedra con un estruendo metálico.

–¡Pico! ¡Peri! –Teo estaba tan feliz de verlos que se olvidó de que tenía que ser silencioso hasta que Aurelio lo reprendió y miró a los caiques con confusión–. Son amigos míos de casa –susurró Teo. La sonrisa en su rostro era tan grande que le dolían las mejillas–.

¿Qué hacen aquí?

– *¡Hemos venido a ayudar!* –canturreó Pico.

– *¡Shh, Pico!* –chistó Peri, picoteando el ala de su mejor amigo.

– *¡Ah, sí!* –Pico agachó la cabeza con timidez y añadió en un tono mucho más bajo–: *¡Se me olvidó!*

– *La noticia de lo que tú y tus amigos humanos tienen que hacer llegó hasta Quetzlan* –explicó Peri–. ¡Tu madre nos pidió que te cuidáramos!

– *Sí, y no podíamos dejar que enfrentaras a esos grandes y feos dioses solo* –agregó Pico, agitando sus plumas–. ¡Trajimos armas! –señaló con un golpe en la boquilla de su lata, que liberó un spray de pintura verde jade.

–Ah, eh, gracias –respondió Teo. No quería sonar grosero, pero no sabía cuánto podían ayudar dos caiques contra tres dioses Obsidianos–. Eso es… muy amable de su parte, pero…

– *¡Y refuerzos*! –exclamó Peri antes de que pudiera terminar.

El sonido de hojas agitándose atrajo la atención de Teo. Cientos de aves de todos los colores y formas asomaron desde sus escondites en el follaje. Se movían alrededor en las ramas, piando saludos para Teo.

– *¡Hola, Hijo de Quetzal!*

– *¡Estamos aquí para ayudar!*

– *¡Cuidaremos tu espalda!* –dijo Macho, el compañero de Chavo.

Teo reconoció a más de ellos. Había quetzales y loros del templo de su

madre. Estaban los tucanes que lo habían ayudado a burlarse de Ocelo durante las Pruebas, el tordo de pico curvado que habían conocido en el desierto, e incluso el colibrí que los había ayudado en el camino.

Era como si todas las aves que Teo hubiera conocido se hubieran presentado para ayudarlo, cada una con diez de sus amigos.

–Vaya –murmuró Aurelio a su lado, más sorprendido de lo que Teo había visto jamás.

–Santo cielo –rio él en voz baja.

Las aves estallaron en un murmullo animado, así que tuvo que apresurarse a silenciarlas otra vez.

–¡Tenemos que hacer silencio! Si los Obsidianos nos atrapan antes de que podamos adelantarnos, estamos jodidos –explicó.

Todos hicieron su mejor esfuerzo por callarse después de canturrear disculpas.

– *¿Cómo podemos ayudar?* –preguntó Peri.

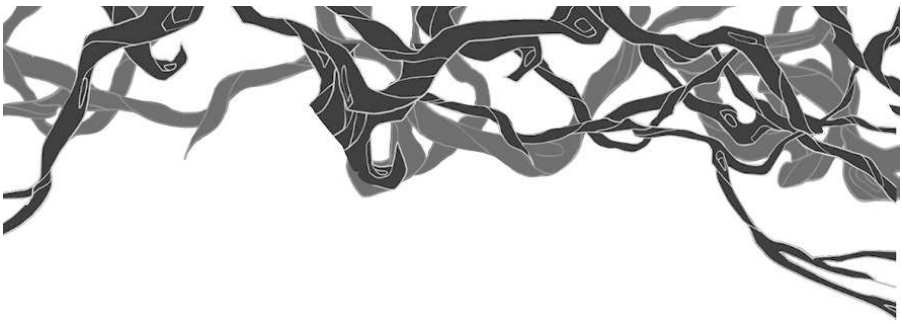
– *¡Sí, estamos listos para enfrentarnos a los villanos!* –pio Macho.

– *¿Dónde nos necesitan?* –dijo Pico, inflando su pecho emplumado.

Una idea cobró vida en la cabeza de Teo.

–¿Qué dicen? –preguntó Aurelio. Teo no podía imaginar cuán extraño debía parecerle todo eso, en especial cuando no podía entender a los pájaros.

–Tenemos refuerzos –respondió con una sonrisa.



CAPÍTULO 27

TEO

Después de que Chupacabra, por sí sola, les pateara el trasero a todos, Teo comprendió que no tendrían oportunidad contra los tres dioses Obsidianos. Para vivir lo suficiente hasta que llegaran los refuerzos, debían ser astutos.

Se aseguró de que su traje y el de Aurelio estuvieran apagados antes de llegar a la cima de las escaleras, luego se acercó con cuidado a la hendija abierta de las puertas amplias, escondido en las sombras. Con Aurelio a su lado, se asomó para espiar. El lugar era tal como Xio lo había descrito: grande, frío y oscuro. Las sombras danzaban por las paredes de piedra y sobre las enormes estatuas de obsidiana de Venganza, Caos y Chupacabra, que montaban guardia como centinelas.

Al fondo de la habitación, Caos y Chupacabra se encontraban de pie frente a Venganza, que estaba sentado en su trono elevado. Aunque estaban lejos para entender lo que murmuraban…

–¡Mira! –susurró Teo con un codazo para Aurelio. Venganza, relajado en su trono, acariciaba la Piedra Solar acunada en su brazo.

Necesitarían mucha suerte para arrebatársela, pero al menos ya sabían dónde estaba.

Con cuidado, Teo abrió la puerta un poco más para poder entrar y ocultarse con Aurelio detrás de la estatua más cercana, asistidos por la oscuridad. Era una representación de Venganza bastante llamativa, con una túnica oscura amplia, los brazos extendidos a los lados y una sonrisa maliciosa en el rostro.

–¿Listo? –le preguntó a Aurelio, que asintió con sus ojos cobrizos en llamas.

Teo tomó aire para emitir un silbido largo y agudo.

Hubo un momento de confusión, en el que los Obsidianos se miraron unos a otros, hasta que Venganza se puso de pie.

–¿Qué…? –Antes de que pudiera terminar de hablar, la puerta se abrió de golpe para dar paso a una bandada de aves.

– *¡POR QUETZAL!* –proclamó Peri, al frente del escuadrón.

Pico la siguió con un grito de batalla y golpeando la lata de pintura en sus garras con el pico, con la que iba dejando un rastro verde jade a su paso.

El templo se convirtió en un escándalo de cantos de las aves que atacaban a los Obsidianos. Agitando las plumas de colores vibrantes; los guacamayos pintaban el aire en tonos de escarlata, amarillo, azul y verde. Teo tuvo que taparse los oídos ante sus gritos ensordecedores y enloquecedores.

Los tucanes hostigaban a Caos, chasqueando sus picos verde lima y rojo rubí, mientras usaban sus garras para tirar y desgarrar las ropas de los dioses. Caos protegía su capucha para evitar que los tucanes se la quitaran, pero las aves picaban sus dedos.

Los agresivos cuicacoches pico curvos volaban por el aire maldiciendo para arrancar mechones del pelaje de Chupacabra. Ella gritaba y lanzaba zarpazos salvajes, pero las aves eran demasiado pequeñas y rápidas como para que pudiera atraparlas.

Pequeños colibríes de colores bajaban velozmente hacia Venganza para atacarlo en la cabeza con sus picos afilados como agujas. Incluso los majestuosos quetzales, que solían ser pacíficos, golpeaban a los dioses sin piedad con picos y garras, les arañaban los rostros y desgarraban la carne, agitando las colas largas tras ellos.

Mientras Venganza gruñía y se defendía de sus atacantes, Pico y Peri entraron en acción. Pico, que no dejaba de piar incoherencias, le rociaba pintura en el rostro al dios,

que rugía confundido y daba manotazos frenéticos para intentar limpiarse la pintura verde jade de los ojos.

– *¡Esto es por el Hijo de Quetzal!* –gritó Peri al arañar el rostro de Venganza, antes de volar fuera de su alcance. Luego, los dos amigos emplumados volaron en círculo.

– *¡Excelente trabajo, Pico!* –dijo Peri.

– *¡Gracias, Peri!* –respondió Pico antes de repetir su grito de batalla y lanzarse de nuevo a la refriega.

Por sí solas, las aves eran pequeñas y frágiles; sin duda, no eran rivales para un dios.

Pero eran feroces, determinadas y protectoras con Teo. Y juntas estaban poniendo a los Obsidianos de rodillas.

Teo estaba tan orgulloso de ellas que sentía que su corazón iba a estallar.

–¡Rápido! –le dijo Teo a Aurelio–. ¡Mientras están distraídos!

Tomó a Aurelio por las axilas, despegó y voló hacia la Piedra Solar abandonada en el trono. Se esforzó por ir más rápido, esquivando aves y batiendo las alas tan rápido como podía; estaban acercándose a la Piedra Solar, ya casi…

¡PUM!

Una descarga eléctrica negra impactó a los dos semidioses con un estallido, el cuerpo de Teo se contrajo y los dos cayeron apilados en el suelo. Teo gemía por el dolor, mil veces peor que el de un rayo de Atzi. Era agudo, persistente y penetraba hasta sus huesos.

– *¡Hijo de Quetzal!* –Los gritos de pánico de las aves se entremezclaban. Todas dudaron y giraron hacia él, distraídas.

–SUFICIENTE –exclamó Venganza con furia y lanzó una poderosa explosión que sacudió la sala y arrojó a varias aves contra las paredes y al suelo.

–¡NO! –Teo soltó un grito que le desgarró la garganta.

Pico y Peri volaron hacia él.

– *¡¿Estás bien?!*

– *¡¿Estás herido?!*

–¡Salgan de aquí! –les advirtió Teo mientras se levantaba de rodillas.

– *¡Nosotros te protegeremos!*

– *¡No dejaremos que enfrentes esto solo!*

Al mismo tiempo, los Obsidianos se acercaban desde el otro lado de la sala. No había tiempo para ser educado.

–Soy el Hijo de Quetzal, ¡y les ordeno a todos que se vayan ahora! –les ordenó. Pico y Peri parecían heridos y confundidos, pero Teo estaba preso del pánico. No podía soportar la idea de que todos fueran masacrados por su culpa–. Solo ¡manténganse fuera del camino! Si alguno de ustedes muere, yo… ¡se lo diré a mi madre! –dijo, porque no podía pensar con claridad.

Peri jadeó. Pico dejó caer su pintura en spray.

– *¡Por favor!* –suplicó Teo, con la voz quebrada.

Eso pareció llegarles a sus amiguitos voladores, porque los dos despegaron otra vez.

– *¡Escucharon al Hijo de Quetzal!*

– *¡Maniobras evasivas!*

Antes de que Teo pudiera siquiera suspirar aliviado, Aurelio estaba a su lado para ayudarlo a levantarse.

–¿Estás bien? –exigió mientras lo aferraba con manos firmes y temblorosas.

–Casi me hago encima, pero sí –respondió Teo.

No había tiempo para decir nada más. Los Obsidianos habían llegado.

–Deben estar deseando morir, diositos –se burló Chupacabra. Le faltaban parches de pelaje y estaba cubierta de pintura.

Por su parte, Venganza sonreía y los miraba con los ojos inyectados en sangre y el rostro teñido de verde.

–¿Dónde están los demás? ¿Xio ya los ha traicionado, *otra vez*? –Su voz era como grava, áspera e implacable–. Ese cobarde de seguro ya escapó.

Si el dios creía que Xio no estaba con ellos, podrían usar eso a su favor. Cuanto menos supiera Venganza, mejor.

Teo puso los ojos en blanco e intentó ignorar el dolor en todo su cuerpo.

–Ay, por favor –jadeó–. No necesitamos la ayuda de un traidor con traumas con su papi.

Una risa estridente escapó de la boca de Venganza, cuyos labios delgados se torcieron en una mueca.

–Eres un niño arrogante –siseó, mirándolo con desprecio puro–. Eres solo un Jade insignificante. No tienes talento ni habilidades. Ni siquiera posees poder.

–Y también reprobaré matemáticas –escupió Teo.

Venganza volvió a reír, entretenido por su descaro.

–Pero desafiaste a los Dorados, algo que nadie ha tenido el coraje de hacer en miles de años. El mundo que conocían ya no existe, gracias a *tus* acciones. –Hizo una pausa para acariciarse el pelaje de la barbilla, pensativo–. Y aun así te niegas a rendirte, aunque sea en vano. Debo admitir que tu determinación es impresionante, una cualidad que valoraría en uno de mis propios hijos…

Teo fingió tener arcadas, y el rostro de Venganza se contorsionó de rabia.

–No tienes idea de a qué te estás enfrentando –rugió–. ¿Qué oportunidad tienen un Hijo de Quetzal, la inútil diosa de los pájaros, y el hijo sin talento de Lumbre contra nosotros?

La ira bulló bajo la piel de Teo, y podía sentir el calor enardecido que emanaba de Aurelio.

–Ustedes ni siquiera pudieron vencer a los Dorados la última vez –respondió Aurelio.

Venganza hizo una pausa y entornó los ojos mientras consideraba las palabras de Aurelio.

–Si conoces la historia, entonces sabes que no hay nada que puedan hacer para detenernos. Deberían haber sabido que era mejor cruzarse conmigo, diositos. –El aire crepitaba a su alrededor con un aura negra–. Pero ya es demasiado tarde. Y no tendremos misericordia.

–Nosotros tampoco. –Teo fijó la mirada en él.

Caos avanzó hacia ellos y, cuando habló, su voz hizo eco por las paredes.

–Puede que tengan valor, pequeños mortales –dijo en un barítono profundo–, pero no piensen que la valentía será suficiente para

salvarlos.

–Los detendremos –afirmó Aurelio, con los puños envueltos en llamas.

–¡Ja! –se mofó Venganza, con una risa que resonó en la sala–. No son más que insectos luchando por salir de mi telaraña. –Siguió avanzando hacia Teo y Aurelio con pasos depredadores hasta imponerse sobre ellos–. Los devoraré poco a poco hasta que no quede nada.

–¡Disfruto jugar con mi comida antes de devorarla! –canturreó Chupacabra con alegría y les dedicó una sonrisa maliciosa, llena de dientes afilados. Sus ojos venenosos brillaban, salvajes y hambrientos.

Teo miró a Aurelio, y él asintió, listo para pelear.

–Envíenle mis saludos a Muerte cuando la encuentren –gruñó Venganza.

–Tendrás que atraparnos primero –respondió Teo antes de sujetar a Aurelio por debajo de los brazos. Con un aleteo poderoso, despegó sobre los dioses Obsidianos y voló sobre sus cabezas–. ¡Quizás quieras que te arreglen ese pelaje! –gritó mientras se elevaba–. ¡Comienzas a parecer un perro sarnoso!

Chupacabra rugió de ira y lanzó zarpazos con sus garras afiladas como cuchillas, pero el vuelo ágil de Teo los mantenía fuera de su alcance. Utilizó todo lo que había aprendido desde que había aceptado sus alas para descender sobre los Obsidianos y que Aurelio lanzara bolas de fuego contra ellos antes de volver a salir de su alcance. Los dos continuaron su asedio hasta que Venganza se adelantó y conjuró lajas de obsidiana para crear un muro de cristal negro pulido entre ellos.

–¡Caos, haz algo con estas plagas! –gruñó.

–Con gusto –exclamó Caos, con una voz que siseó como una serpiente por el aire y erizó la piel de Teo. Los colores de la habitación comenzaron a cambiar y a girar hasta convertir el lugar en un escenario irreconocible, que le provocaba vértigo por la imposibilidad de distinguir dónde estaba el piso y dónde el techo. Los dos semidioses lucharon contra el despliegue de poder que distorsionaba la realidad a su alrededor.

–Teo, ¿qué está pasando? –exclamó Aurelio.

–Caos está jugando con nosotros. –Teo presionó los dientes y se esforzó por mantenerse centrado mientras el mundo daba vueltas

frente a sus ojos–. ¡Tenemos que movernos! –

Avanzar por la habitación envuelta en caos era como intentar mantenerse en pie en un barco durante una tormenta. Teo batalló contra la desorientación para volar en la dirección correcta–. ¡Tenemos que detener a Caos!

–¡Ahí está! –Aurelio señaló la figura de le diose, rodeada por fragmentos de su reflejo como si estuviera dentro de un caleidoscopio de terror.

Teo viró a la izquierda, pero Chupacabra estaba esperándolos, con la mirada enardecida, y lanzó un zarpazo poderoso que desgarró el uniforme de Teo y le arañó las costillas. Él gritó de dolor cuando la sangre verde jade comenzó a brotar. Aurelio colgó de sus manos debilitadas para lanzar un ataque de fuego a la cabeza de Caos. El impacto sacudió el aire e interrumpió la ilusión por un momento mientras le diose se aferraba la cabeza.

–¡Buen tiro! –gritó Teo, antes de que los dos aterrizaran con fuerza, pero no suficiente para derribarlos. A pesar del dolor que le atravesaba el cuerpo, Teo se rehusaba a dejar que eso lo detuviera.

Si se rendían, estarían muertos.

Aurelio asestó una patada en la sien de Chupacabra, que la hizo tambalearse hacia atrás.

–¡Tienes que dejar de perseguirte la cola! –dijo Teo, mientras esquivaba por poco las garras de la diosa para tomar a Aurelio otra vez–. ¡Te hace ver desesperada!

–Búrlate todo lo que quieras –replicó Chupacabra con otro ataque–. ¡Su tiempo se acaba!

El corazón de Teo latía a toda velocidad, pero se rehusaba a ceder ante el miedo. Con un aleteo poderoso, elevó más a Aurelio.

–¡Ahora, Relio!

El chico lanzó una sucesión de bolas de fuego, con las que apenas logró mantener controlados a los Obsidianos mientras Teo lo trasladaba por la habitación, esquivando los ataques con destreza acrobática. Golpeaban los muros de obsidiana, que se astillaban con facilidad, y abrían huecos que hacían temblar al templo.

No podían seguir así para siempre, pues los ataques incesantes de los dioses estaban drenando sus energías. Aurelio estaba cubierto de sudor, y sus llamas eran cada vez más pequeñas.

De repente, antes de que Teo pudiera esquivarla, Chupacabra aferró la pierna de Aurelio en el aire y los arrastró a ambos con una fuerza descomunal. Ambos impactaron contra el suelo de piedra otra vez, sin aliento.

–¿Estás bien, Teo? –preguntó Aurelio, con los dientes apretados por el dolor.

–Mejor que nunca –gruñó Teo mientras se esforzaba por ponerse de pie. Él y Aurelio adoptaron una posición defensiva, espalda con espalda, apoyándose frente al avance Obsidiano.

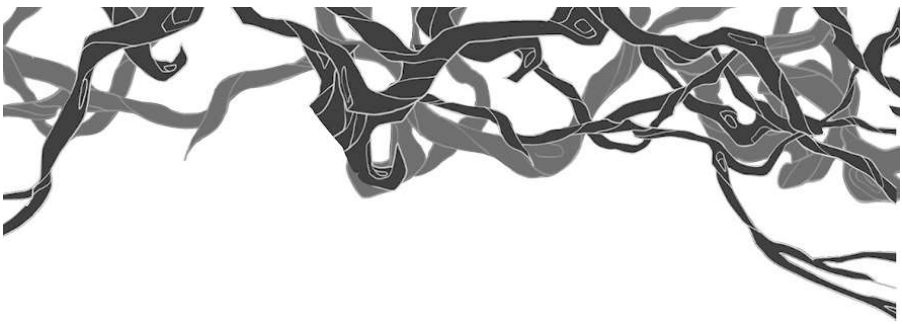
–¡¿A dónde está su valor ahora?! –rugió Venganza, rodeado por sus chispas de energía negra.

–¡Sigue aquí! –replicó Teo, a pesar de saber que pendían de un hilo, y le suplicó a Sol que Xio y Niya se apresuraran.

–Teo, no sé cuánto más podré con esto –jadeó Aurelio, con la voz teñida de pánico.

–¡Se les acabó el tiempo, diositos! –anunció Venganza, con una risa oscura.

Aurelio tenía razón, necesitaban ayuda.



CAPÍTULO 28

XIO

Xio no podía negar la emoción que recorría su cuerpo mientras guiaba a Niya a través del laberinto de corredores deteriorados y oscuros, hacia abajo, abajo, abajo. Avanzaban por los túneles inferiores, usando el resplandor del traje de Niya para orientarse. Las sombras inquietantes que proyectaba la luz hacían que los antiguos grabados parecieran cobrar vida.

–Mantente cerca –susurró Xio.

Niya asintió y le siguió de cerca. Debía admitir que era reconfortante hacer equipo con ella, pues había visto de lo que era capaz durante las Pruebas, le había dedicado horas de investigación y sabía cuán talentosa era. Teo y Aurelio eran brillantes, pero Niya era *fuerte*.

A medida que se adentraban más en el templo, la guiaba a través de pasadizos intrincados y túneles ocultos que solo alguien que hubiera pasado un tiempo considerable allí podría navegar.

–Por aquí –dijo antes de atravesar una hendija estrecha en la pared, apenas visible bajo un velo de raíces enredadas. El túnel, inquietantemente estrecho, estaba húmedo y mohoso.

Por fin llegaron al arco que daba paso a la prisión de los semidioses Dorados. Xio entró con Niya justo detrás de elle, y la luz atrajo la atención de los prisioneros. Notó cómo se movían en sus celdas para ver mejor, pero no había tiempo que perder.

–Todos, aléjense –advirtió. Concentró su poder hasta sentir el zumbido familiar de la energía de venganza que fluía en su interior y soltó una explosión negra y morada que destruyó el cristal de la primera celda.

Atzi saltó hacia afuera, con sus poderes de relámpago crepitando a su alrededor.

–¡Traidor! –gritó, con los ojos llameantes, y lanzó un rayo como látigo hacia Xio, que tuvo que arrojarse al suelo de tierra para evitar el ataque por poco. Desde allí, no pudo más que mirar boquiabierte

cómo Atzi avanzaba, con rayos de color blanco ardiente envolviendo sus manos.

–¡Espera! –gritó Niya y se interpuso entre ellos–. ¡La pequeña basura está de nuestro lado! ¡Nos guio aquí para sacarlos a todos!

Atzi se detuvo, con la mano levantada sobre su cabeza.

–¿De verdad? –preguntó escéptica; sus rayos chispeaban mientras miraba entre Niya y Xio.

–Sé que lo arruiné, pero he terminado con los Obsidianos –explicó Xio con voz débil al levantarse despacio–. Quiero ayudar.

–Vaya, a veces el acoso funciona. –La postura de Atzi se relajó; bajó la mano y desplegó una sonrisa engreída en su bonito rostro.

–Yo-yo pensé que… –tartamudeó Xio. El rescate de Atzi estaba resultando muy diferente a como lo había imaginado–. Pensé que nosotros… que tú…

–¿Que yo qué? –demandó Atzi, con una ceja levantada–. ¿Me desmayaría a tus pies porque me sacaste de la celda? ¡Tú fuiste quien me metió aquí en primer lugar!

–Sí, es un buen punto. –Las mejillas de Xio se sonrojaron de vergüenza.

Atzi suspiró, y la tensión en sus hombros se alivió ligeramente.

–Perdón por intentar matarte –dijo con una pequeña sonrisa irónica.

El corazón de Xio retumbaba en su pecho cuando se arriesgó a lanzarle una mirada. Tal vez las cosas podrían ser diferentes entre ellos después de todo.

Ocelo y Xochi presionaron los rostros contra sus barreras para intentar ver qué estaba pasando.

–¿Quién está ahí? –preguntó Ocelo.

–¿Qué está pasando? –exigió Xochi.

–Atzi, ¡¿estás bien?!

–¡Sí! –respondió Atzi–. ¡El equipo de rescate por fin decidió aparecer!

Xio procedió a volar el cristal de la celda de Xochi, seguido por los de Marino y Dezi.

Xochi y Atzi se envolvieron en un abrazo apretado.

–¡Gracias a Sol! –exclamó Xochi, casi llorando.

El sonido de pies arrastrándose atrajo la atención hacia Dezi, quien salió de su celda con aspecto desorientado. Cuando vio a Marino al otro lado, débil e incapaz de moverse debido al calor sofocante de su celda, corrió hacia él de inmediato.

–¡Bebe esto! –ordenó Niya al unirse a él para sacar a Marino de la celda y llevarlo al túnel, donde estaba más fresco.

Luego destapó el Decantador de Agua Infinita, lo que reveló la Gema de Regeneración en su interior. Dezi apoyó la cabeza de Marino en su regazo, desde donde el chico más fornido lo observaba con mirada desorientada, como si no pudiera creer lo que veía.

Niya inclinó el decantador contra los labios secos y agrietados de Marino y dejó que el agua entrara en su boca. Cuando la primera gota tocó la lengua de Marino, sus ojos se abrieron y despertó de repente. Luego se sentó y se bebió el decantador de un trago, y su piel cenicienta recuperó su habitual brillo ocre, saludable y radiante.

–Gracias –dijo Marino entre jadeos. Dezi le dio un abrazo apretado y lo llenó de besos.

Él lo abrazó con fuerza, con una sonrisa amplia iluminando su rostro, y le frotó la espalda.

El corazón de Xio se calentó al presenciar el reencuentro.

–¡Todos beban! –indicó Niya al pasarle el agua a Xochi, quien jadeó sorprendida al aceptarlo.

–¡Esa es la gema de mi madre! –dijo, mirando la piedra brillante.

–¿Qué es? –preguntó Atzi, con la nariz arrugada mientras Xochi tomaba un largo sorbo.

–¡La Gema de Regeneración! –anunció Niya–. ¡Tu madre nos la dio!

–¡Está deliciosa! –Xochi suspiró y sonrió.

Xio notó cómo iban recuperando el color a medida que se pasaban el

decantador unos a otros.

– *¿Qué demonios está pasando allá afuera?* –La voz de Auristela resonó por la mazmorra y captó la atención de todos. Su aliento empañó el cristal cuando fijó la mirada enfurecida en Xio–. ¿Qué haces aquí?

–Ayudando –respondió Xio antes de hacer volar la barrera.

Auristela apenas alcanzó a mirarle desconcertada antes de que rompiera el bloque de hielo en el que estaba atrapada. Volaron trozos de hielo por la celda y la semidiosa cayó al suelo, pero las llamas rugieron en sus manos de inmediato. Estaba furiosa, con los ojos cargados de fuego.

–Te *mataré*…

Xio se echó hacia atrás, con un grito ahogado en la garganta, pero antes de que Auristela pudiera convertirle en un montón de cenizas, Niya intervino y desvió el brazo de la chica con el borde del escudo. El fuego estalló contra una pared del túnel.

Xio se quedó allí, congelade en el lugar, respirando agitado.

– *Mierda.*

Auristela avanzó hacia Xio y, otra vez, Niya se interpuso en su camino.

–¡DÉJAME PASAR! –rugió Auristela.

–¡No! –gritó la otra.

–¿¡POR QUÉ!? –gruñó Auristela entre dientes.

–¡PORQUE XIO ES UNA BASURA! –respondió Niya. Xio se estremeció, pero lo comprendió–. ¡Pero también es gracias a él que no se pudrirán en estas celdas apestosas!

–¡Fue quién nos metió aquí en primer lugar! –replicó Auristela, señalando a Xio con un dedo acusador.

–¡Sí! –coincidió Ocelo e imitó la postura de su amiga.

–Sí, Xio es una *basura* –aclaró Niya–. Pero si no fuera por elle, ¡estaríamos todos jodidos!

–enfatizó y miró furiosa al resto de los dorados. Auristela abrió la boca

para argumentar, pero ella la interrumpió–. ¡Hablo en serio! ¡Xio nos encontró en Los Restos y nos dijo dónde estaban! ¡Nos ayudó a luchar contra esa aterradora bruja lechuza y Chupacabra! ¡Puede lanzar unos ataques de venganza increíbles y conoce el camino por este templo apestoso! ¡Solo tenemos oportunidad contra los Obsidianos con la ayuda *de Xio*!

Xio estaba muy conmovide. Aunque Niya gritaba enfadada y la mayoría de sus cumplidos eran insultos a medias, le conmovió que estuviera defendiéndole y alabando su trabajo.

–Así que, ¿podemos olvidarnos de esto por ahora y discutirlo más tarde? –demandó, mirando a los Dorados uno a uno–. Si no nos damos prisa, Teo y Aurelio…

Los ojos de Auristela se abrieron de par en par.

–¿¡Relio!? ¿Dónde está?

Niya resopló.

–¡Es lo que intento decirles! Él y Teo están distrayendo a los Obsidianos mientras Xio y yo los sacamos de aquí…

– *¿¡Dónde!?* –repitió Auristela.

–¡En la cima del templo, en la estúpida sala del trono de Venganza!

Auristela salió disparada por el túnel antes de que Niya terminara la oración.

–¿A dónde vas? –llamó Atzi tras ella.

–¡A buscar a mi hermano!

–¿Siquiera sabes a dónde vas? –preguntó Marino.

–¡No!

–Por el *amor* de Sol –se quejó Xochi.

–Vamos, Xio, antes de que haga algo estúpido –dijo Atzi y le jaló el brazo para seguir a Auristela.

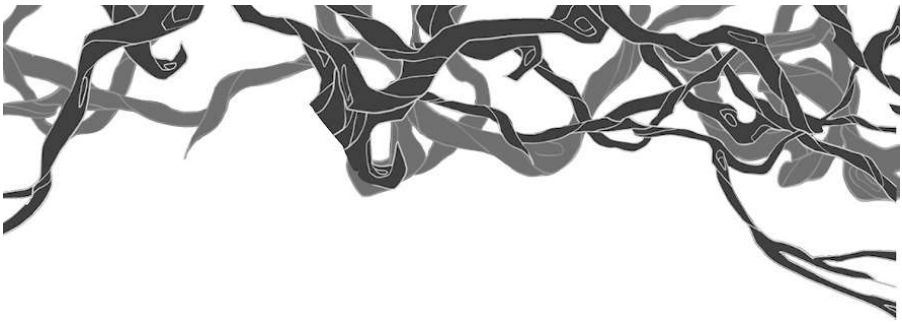
Xio asintió y tropezó con sus propios pies para seguirle el ritmo. Ocelo se adelantó a su lado por un momento mientras corrían.

–Entonces, ¿ahora eres bueno? –preguntó, con los músculos hinchados y un brillo amenazante en sus ojos de jaguar.

–Eh, sí, bueno… intento serlo –respondió Xio con una risa nerviosa.

Ocelo le miró un instante con los ojos amarillos entornados antes de asentir con aprobación.

–Bien.



CAPÍTULO 29

TEO

Teo sentía que perdía las fuerzas, pero se negaba a rendirse. A pesar de sus órdenes, las aves estaban luchando lo mejor que podían, pero sus números estaban disminuyendo.

Con un rugido victorioso, Venganza lanzó una inmensa explosión de energía negra directamente hacia Aurelio. En ese instante, todo pareció ralentizarse. Aurelio, que aún le lanzaba fuego a Chupacabra, ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar, pero Teo, impulsado por la determinación inquebrantable de protegerlo, reunió las fuerzas que le quedaban. Se lanzó hacia adelante, con las alas extendidas e hizo de escudo justo antes de que la explosión lo alcanzara.

– *¡Teo!* –Un grito desgarrador salió de la garganta de Aurelio.

La fuerza de la explosión los estrelló contra el suelo, jadeando y débiles, con sangre dorada y jade goteando de diversas heridas.

–¡No debiste hacer eso! –dijo Aurelio–. ¡Se supone que yo debo protegerte!

–Sí –respondió Teo con una risa débil–. Niya te matará.

Aurelio se rio a pesar de sí mismo, aunque parecía a punto de llorar, y Teo forzó una sonrisa débil a pesar del dolor.

–Estamos en esto juntos, ¿recuerdas? Eso significa que nos cuidamos mutuamente.

–Patético –se burló Venganza, acercándose a ellos con un aire cruel de triunfo–.

¿Pensaron que podían enfrentarse a los Obsidianos? Nosotros somos la encarnación del poder, mientras que ustedes no son más que niños asustados jugando a ser Héroes.

Mientras el dios se inclinaba sobre ellos, Teo sentía cómo la sangre corría por su rostro, y el dolor de sus alas maltrechas se volvía más

persistente con cada segundo que pasaba. Miró a Aurelio, quien miraba al dios con desdén, también tenía el cuerpo magullado y herido, pero su espíritu aún era desafiante. Teo supo que estaban en graves problemas.

Justo cuando Venganza levantó la mano para dar el golpe final, las puertas de la sala del trono se abrieron con un impacto estruendoso.

–¡Perdón por el retraso! –La voz de Xio sonó clara y confiada, y el corazón de Teo dio un vuelco.

– *Xio* –siseó Venganza–. Tú…

–AY, POR LOS DIOSES, ¡CÁLLATE!

Cuando Teo giró, vio a Niya sosteniendo la cabeza tallada de obsidiana de una de las estatuas de Venganza. Tenía el cabello desordenado, con mechones sueltos de sus trenzas, y una mueca de desprecio en su rostro. Antes de que Venganza pudiera reaccionar, plantó sus pies descalzos en el suelo, levantó la enorme obsidiana por encima de su cabeza y la lanzó hacia arriba. Todos observaron cómo la cabeza volaba por el aire y se estrellaba contra el techo.

La obsidiana explotó al impacto. Teo y Aurelio se apartaron del camino mientras pequeños pedazos afilados de cristal quebradizo llovían sobre ellos. Venganza, Chupacabra y Caos se agacharon para protegerse cuando el techo se rompía y colapsaba hasta dejarlos enterrados en trozos de cristal ahumado.

Niya permaneció allí parada por un momento, con la piel brillando de sudor y el pecho agitado, pero luego se volvió hacia Teo, con una gran sonrisa en su rostro magullado y sucio.

–¡Eso fue increíble!

Una risa aliviada rompió la tensión en el pecho de Teo. A su lado, un gemido quedó atrapado en la garganta de Aurelio.

–¿Stela?

Los ojos de Auristela se abrieron de par en par.

–¿Relio? –dijo, como si no pudiera creerlo, como si fuera una trampa. Y la forma en la que su rostro se desmoronó estrujó el corazón de Teo–. ¡Relio! –exclamó y se echó a correr hacia él. Se lanzó a sus brazos, y Aurelio la abrazó con fuerza, con el rostro bañado en

lágrimas.

–Gracias a los dioses estás a salvo –dijo con la voz áspera quebrada.

Auristela, que sonreía entre sollozos, se alejó un poco para mirarlo.

–¡Por supuesto que sí! –afirmó, obstinada, mientras se limpiaba las lágrimas de las mejillas con enojo–. ¡Sabía que vendrías por mí! –Y volvieron a abrazarse con fuerza.

Niya levantó a Teo con facilidad en una sola mano.

–¡Bebe! –le ordenó, acercándole la botella. Él bebió un trago largo, y un escalofrío recorrió su piel y lo llenó de energía renovada.

–De acuerdo… –comenzó Teo mientras le pasaba la botella a Aurelio para que también pudiera beber–. Solo tenemos una oportunidad, así que aprovechémosla al máximo –

dijo y posó la mirada en cada uno de los rostros determinados–. Tenemos la oportunidad de detener a los Obsidianos… –Cuando Aurelio levantó una ceja, detalló–: Es decir, a Venganza, Caos y Chupacabra, no a Xio.

–Gracias, amigo –dijo Xio a su lado.

–Cuenta conmigo –afirmó Xochi, con los ojos brillantes por la emoción. Atzi, Ocelo, Marino y Dezi asintieron.

–Lo que sea –suspiró Auristela.

–Tenemos que trabajar juntos para conseguir la Piedra Solar a como dé lugar –les dijo Teo.

–Luego, Teo llamará a los dioses –dijo Aurelio, también en señas para Dezi–. Y, mientras todos nosotros luchamos contra los Obsidianos, Tierra resucitará a Sol.

–¿ *Resucitar a Sol*? –preguntó Marino, sorprendido.

Dezi no parecía para nada convencido mientras hacía señas. Ocelo asintió de acuerdo con él.

–¿Siquiera es posible? –preguntó.

–Esperemos que sí –respondió Teo–. Es el único plan que tenemos.

Xochi se frotaba las sienes, pero Auristela estaba sorprendentemente inafectada.

–Dezi, Marino, ¿están dentro? –preguntó Teo, luego observó cómo Marino le transmitía la pregunta a Dezi, quien asintió con vigor.

–Por supuesto –respondió Marino con confianza–. No los defraudaremos.

A continuación, Teo miró a Xochi, Atzi y Ocelo.

–¿Y ustedes tres? ¿Listos para mostrarles a esos dioses quién manda?

–¡Más que listos! –exclamó Xochi–. ¡Haremos que se arrepientan de haberse metido con nosotros!

–Estoy acuerdo –dijo Atzi, con electricidad crepitando entre sus dedos–. No sabrán qué los golpeó.

–Qué suerte que vinieran a buscarnos –afirmó Auristela mientras recogía su cabello en su moño, con los pómulos afilados como el vidrio–. No hay manera de que lo lograran sin nosotros.

–Entonces, ¿están listos? –preguntó Teo.

–Absolutamente –gruñó Ocelo–. Hagamos que esos idiotas deseen no haber vuelto nunca a Reino del Sol.

–Exacto –coincidió Auristela, con una voz feroz y la mirada en la de Teo.

De repente, el montón de obsidiana estalló en pedazos diminutos, que volaron por el aire como arena, y los Obsidianos reaparecieron, con la piel rasgada y la ropa rota. El rostro de Venganza, cubierto de varias heridas que brillaban con sangre negra, se retorció de furia.

Los semidioses se colocaron en formación, cada uno listo para atacar. El pulso de Teo se aceleró.

–Trabajen juntos –les dijo a los demás, con las alas extendidas y listas para el vuelo–.

Tenemos que ser inteligentes. Usen sus poderes de manera estratégica.

Xio estaba determinade y vibraba con electricidad púrpura. Atzi, con los dedos chispeantes, mientras danzaban rayos a su alrededor. Aurelio y Auristela, con llamas flameando de sus manos. Niya,

agachada, con la espada y el escudo listos. Ocelo, con los ojos amarillos brillando con la ferocidad de un jaguar. Marino, con cintas de agua girando a su alrededor. Y Dezi, fuerte y concentrado.

–Es hora de una masacre –se burló Venganza.

Teo se elevó en el aire, y la verdadera batalla comenzó; semidioses y Obsidianos enfrentados en medio del caos.

–¡Háganlos retroceder! –gritó Xio, enviando una explosión de energía hacia Venganza.

Niya siguió con una pared de piedra, mientras Dezi lanzaba puñetazos con una velocidad que desafiaba la de Chupacabra.

Venganza se rio y desestimó su ataque como si no fuera nada.

–Esto es un juego de niños.

–¡Cállate! –rugió Auristela, con sus bolas de fuego ardiendo como soles en miniatura.

Marino lanzó una ola de agua contra los dioses Obsidianos que los obligó a dispersarse por un momento.

–¡Sigan así! –los animó Ocelo, con sus garras de jaguar extendidas y los músculos abultados mientras se lanzaba a la refriega.

Los Obsidianos parecían volverse más poderosos con cada momento que pasaba, rodeados de una energía oscura. Aunque los semidioses luchaban con valentía, estaba claro que estaban abrumados. Teo estaba perdiendo el aliento por el esfuerzo de seguir el ritmo implacable de la batalla.

La situación se estaba saliendo de control. Teo podía ver la nube de venganza que amenazaba con consumir a sus amigos. La sentía dentro de él, cómo crecía y se expandía, afectando su capacidad de concentración. Habían comenzado como un equipo, pero la unión se estaba desmoronando. Los semidioses comenzaban a actuar llevados por la rabia, en lugar de mantener sus mentes claras y ser estratégicos.

–¡Manténganse concentrados! –les recordó Teo, aunque él mismo estaba luchando por controlar su propia ira.

–¡Venganza está usando sus poderes contra ustedes! –gritó Xio, lo que confirmó las sospechas de Teo. El sudor corría por el rostro de le más

joven, y el pánico se alzaba en su voz–. ¡Tenemos que resistirlo!

–¡Retrocedan! –gritó Teo con la voz tensa sobre el bullicio.

Con un esfuerzo, Niya arrancó losas del suelo de piedra y las elevó para formar una enorme pared. Xochi colaboró con una red de enredaderas para fortalecer la barrera temporal.

–¿Están todos bien? –jadeó Ocelo, escaneando al grupo con los ojos felinos.

–Más o menos –gruñó Atzi frotando su brazo dolorido.

–Escuchen –dijo Teo. Se esforzó por ocultar el temor en su voz y miró a sus compañeros semidioses, que, a pesar de estar golpeados y magullados, seguían decididos. Respiró hondo y continuó–. Sé que las cosas se ven mal ahora, pero no podemos perder la esperanza. Y no podemos ceder ante nuestra rabia. Si somos inteligentes, juntos podremos lograrlo.

–Tiene razón –dijo Dezi en señas–. Somos más fuertes juntos. Déjenme ayudar.

Se adelantó y, con los brazos extendidos, los atrajo a un abrazo apretado. Teo no entendía lo que estaba sucediendo, pero rodeó a Xio y a Aurelio con los brazos mientras todos se agrupaban.

A medida que la calidez de Dezi los envolvía, Teo sintió que una oleada de determinación inundaba sus venas. La magia del semidiós renovó la energía del grupo, lo llenó de amor, unidad y fortaleza. La fatiga y el miedo desaparecieron y, uno a uno, los semidioses se dejaron envolver por el abrazo de Dezi para absorber la inspiración y fortaleza que fluía a través de ellos como una marea.

–Vaya –suspiró Niya–. ¡Eso fue algo poderoso, Dezi!

–¡Me siento como si pudiera matar a un dios! –Ocelo flexionó los músculos.

–Bien –dijo Auristela, con una voz mortal y una sonrisa cruel y aterradora. Todos dieron un salto hacia atrás cuando encendió llamas en su brazo desnudo–. Porque eso es exactamente lo que haremos.

–Vamos por esa Piedra Solar –instó Teo con una sonrisa.

Con vigor renovado, los semidioses cargaron nuevamente contra los

Obsidianos, creando un espectáculo deslumbrante de destreza elemental con sus habilidades combinadas. Los Obsidianos flaquearon ante la potente embestida, pero Teo sabía que no duraría. Tenía que apresurarse.

Aurelio lanzó una llamarada hacia Venganza y Chupacabra, con la que logró distraerlos por un momento, pero luego Caos chasqueó los dedos. El chico despegó del suelo y, de repente, se encontró colgado boca abajo en el aire, como si una mano invisible lo sujetara del tobillo.

Atzi y Xochi avanzaron a continuación, Atzi con rayos chisporroteando en las manos, Xochi con enredaderas que crecían y se retorcían. Pero, cuando se acercaron demasiado, Chupacabra cargó hacia ellas como un toro, las embistió y las hizo volar.

–¡Sigan luchando! –gritó Teo–. ¡Podemos hacerlo!

La batalla continuó, una tormenta de fuego y furia.

–¡Vamos! –gritó Auristela e invocó una pared de fuego para contener el avance implacable de Chupacabra. Caos conjuró una ola que extinguió las llamas, al mismo tiempo, Chupacabra saltó hacia adelante, pateó a Auristela en el medio del pecho y la hizo volar y estrellarse contra la pared.

Marino tomó control del agua, la atrajo hacia él en forma de cintas arremolinadas alrededor de sus brazos, y él y Ocelo se movieron en sincronía. Tomaban turnos, primero, Marino lanzaba latigazos de agua contra Venganza y luego Ocelo saltaba hacia él para atacarlo con sus garras antes de retroceder para que Marino lanzara otro latigazo.

–¡Teo, ahora! –gritó Xio, antes de lanzar otra explosión de energía emocional hacia Caos.

Teo descendió, equilibrándose con sus alas, rumbo a la Piedra Solar. Pero Venganza fue más rápido, se deshizo de Marino y de Ocelo y fijó su atención a Teo.

–¡Buen intento! –se burló al impactarlo con una explosión de energía oscura.

A Teo le dolió como el infierno, pero recuperó el equilibrio a tiempo. Su mente corría a toda velocidad en busca de una forma de inclinar la balanza a su favor.

–¿Esto es lo que quieres? –se burló Venganza, sosteniendo la Piedra Solar mientras esquivaba los poderosos golpes de Dezi con facilidad–. ¡Sol no puede ayudarlos ahora!

Pero, entonces, Dezi fingió ir hacia la izquierda, Venganza viró hacia la derecha y Dezi sonrió, se adelantó y tocó al dios en el pecho.

El dios se detuvo de golpe y miró alrededor, confundido y parpadeando rápido. Teo contuvo la respiración.

Los ojos de Venganza se desenfocaron, se volvió hacia Dezi y…

Sonrió.

No fue una sonrisa malvada y llena de dientes, sino una genuina, tan fuera de lugar y *mal* en el temible rostro de Venganza, que hizo que la piel de Teo se erizara.

Dezi le devolvió la sonrisa, le sostuvo la mirada y le dio una palmadita en el pecho monstruoso. En respuesta, los hombros de Venganza se hundieron y dejó escapar un suspiro largo y profundo.

–Mierda –susurró Teo. Todos tenían razón: Dezi era increíblemente poderoso.

Teo vio su oportunidad. Con Venganza distraído con Dezi, se lanzó hacia adelante, con los dedos extendidos hacia la Piedra Solar. Pero cuando sus yemas tocaron la superficie cálida, Venganza volvió en sí, golpeó a Dezi y lo sacó del camino. Luego, con una velocidad descomunal, movió un brazo y estrelló a Teo contra el suelo.

Un dolor agudo sacudió el cuerpo de Teo y le dio un latigazo en el cuello.

Venganza gruñó, imponente sobre él, mientras que los otros semidioses yacían esparcidos a su alrededor, magullados y exhaustos.

–Para ti solo hay oscuridad, y muerte para tu gente. Nuestros monstruos son solo el comienzo. Las montañas temblarán. Las ciudades se desplomarán. Los cielos se abrirán.

Arrasaremos este mundo hasta apagar cada rastro de luz. Tu voluntad es fuerte, niño, pero yo estoy más allá de la fuerza. Soy el fin, y he venido por ti. Estás solo.

Teo miró hacia arriba, con el estómago revuelto por el miedo.

–¡No, no está solo! –Xio apareció en ese momento para interponerse entre Teo y Venganza.

–¡ *No lo hagas*! –Teo intentó hacerle a un lado, pero apenas podía moverse.

–Y no nos rendiremos –rugió le niñe entre dientes. Teo vio cómo le temblaban las rodillas y las manos, pero no cedía. Los ojos de Venganza brillaron con furia cuando alzó la mano para desatar su ira sobre Xio, pero, en un movimiento audaz, elle extendió las manos. Desde el suelo, Teo vio cómo la energía negra fluía desde el dios hacia Xio, que jadeaba, rodeado por remolinos de energía púrpura.

–Gran error –siseó Venganza, esperando que Xio se desplomara bajo el peso de su poder.

En cambio, los ojos de Xio brillaron con determinación, y su aura púrpura y negra estalló a su alrededor, crepitando y retorciéndose.

–Soy Hije de Suerte –dijo, al tiempo que una esfera brillante de energía violeta crecía en su pecho–. Y a ti se te ha terminado –agregó, con las manos brillantes–. No dejaré que lastimes a nadie más.

–¡Imposible! –rugió Venganza e intensificó la ola de oscuridad. Pero Xio se mantuvo firme, absorbió el ataque y, con un grito de batalla feroz, devolvió el poder a su fuente.

El torrente de energía que desató impactó contra Venganza y los demás Obsidianos y los estrelló contra el muro del templo–. ¡NO! –gritó el dios cuando la Piedra Solar cayó de sus manos y rodó por el suelo.

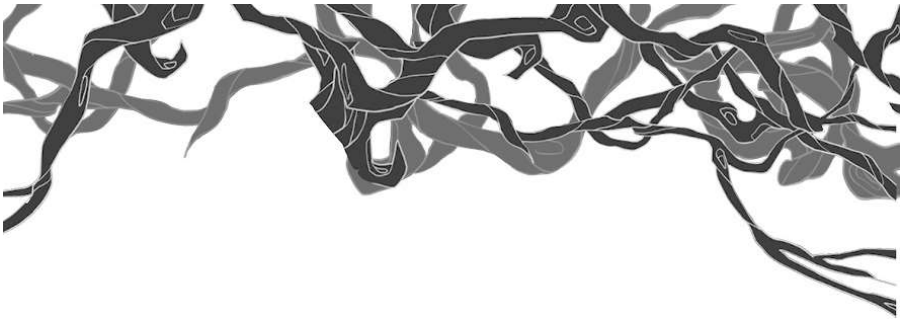
Aurelio se zambulló hacia la piedra de inmediato.

–¡AHORA, TEO! –gritó.

Teo, con el sudor perlándole la frente, sacó la pluma de su oreja y la sostuvo en alto.

Por favor, que funcione, pensó con desesperación.

La pluma comenzó a vibrar en su mano.



CAPÍTULO 30

TEO

La pluma emitió una luz suave, que creció cada vez más hasta envolver toda la sala. Y, de repente, se abrió un portal brillante, por el que emergió una ráfaga de fuego, seguida por la Diosa Lumbre.

Con los ojos ardientes, la diosa cargó contra los Obsidianos sin pausa. Ellos retrocedieron, luchando por defenderse del infierno despiadado de Lumbre mientras los otros dioses se apresuraban a entrar. Como si respondieran a las plegarias de Teo, los dioses se materializaron ante ellos, radiantes y poderosos, portando las Piedras Solares de cada uno de sus templos.

Dios Tierra fue el último en atravesar el portal, con un manojo de Piedras Solares.

–¡PAPI! –exclamó Niya antes de abalanzarse sobre su padre, que dejó caer las piedras para esforzarse por atraparla y abrazarla fuerte–. ¡Hice que se derrumbara todo el techo!

–dijo ella, con saltitos emocionados mientras miraba a su padre con una gran sonrisa–.

¿Viste qué paliza les di? ¿Lo viste?

–Ya era hora de que aparecieran –comentó Teo entre risas temblorosas.

–Estoy muy orgullosa de todos ustedes –dijo Diosa Amor, también en señas, su cálida voz rebosante de orgullo. Las lágrimas brillaban en sus ojos cuando abrazó a Dezi contra su pecho.

–Deja que me encargue de eso –dijo Tierra desde detrás de su máscara dorada al tomar la Piedra Solar de Aurelio con cuidado.

–Gracias –dijo él antes de ponerse de pie. Teo se dejó caer al sentirse libre del peso de la responsabilidad por un momento.

–¡Teo!

Su madre apareció por el portal, con su hermoso vestido y las alas replegadas tras ella.

Lo recibió entre sus brazos de inmediato, envuelto entre sus alas suaves, y Teo se dejó llevar, abrazándola con fuerza.

–Eres muy valiente, *mijo* –murmuró ella, alejándose un poco para mirarlo a la cara. Sus ojos estaban cargados de lágrimas, y a Teo le sorprendió percatarse de que algunas también se deslizaban por sus propias mejillas.

Los camaradas voladores de Teo se agolparon alrededor de Quetzal, volando y girando por el aire mientras cantaban para su diosa. Ella rio y les sonrió a medida que aterrizaban en sus hombros, trinando y acicalando sus plumas.

Pico y Peri aterrizaron sobre la cabeza de Teo.

–¡Ay! –exclamó él cuando le clavaron las garras en el cuero cabelludo.

– *¡Protegimos a tu cría, Diosa Quetzal!* –dijo Peri, con un aleteo alegre.

– *¡Les pateamos el culo!* –agregó Pico.

–*¡Pico!* –lo regañó Peri con un picotazo.

–*¡Perdón, Diosa! ¡No quise decir palabrotas!* –Pico chilló y agachó la cabeza, avergonzado.

Quetzal soltó una risa melódica.

–Mis queridos amigos –canturreó–. Han luchado muy duro y les debo mi más profundo agradecimiento. –Se inclinó y les rascó las cabezas con suavidad. Las alas de Pico se agitaron y sus párpados cayeron, al borde del desmayo–. Pero ahora, necesito que se

vayan –dijo la diosa en un tono solemne–. Han hecho más que suficiente, y nunca me perdonaría si les ocurriera algo.

Teo esperaba que se quejaran o hicieran preguntas, como siempre hacían con él, pero en su lugar, escucharon sin cuestionar.

–*¡Sí, Diosa!*

–*¡Llámanos si nos necesitas!*

–*¡No nos iremos lejos!*

–*¡Estamos a tu servicio!* –chirrió Peri antes de hacer una profunda reverencia hacia Quetzal.

– *¡LA OYERON!* –chilló Pico, despegando en el aire–. *¡RETIRADA!*

Las aves salieron en bandada por los agujeros abiertos en la sala del trono y se adentraron en la noche.

Quetzal se enderezó y alisó sus manos sobre su vestido.

–Es nuestro turno de luchar –anunció, volviéndose hacia los dioses reunidos–. Por nuestro pueblo, nuestros hijos y nuestro hogar.

–¡HORA DE LA BATALLA! –gritó Diose Guerrero, con lo que Teo solo podía describir como una alegría desenfrenada, y saltó por encima del fuego de Lumbre hacia la espalda de Chupacabra.

Con renovado vigor, las deidades comenzaron a luchar contra los Obsidianos junto a sus hijos.

Teo apenas podía creer lo que veía al observar a Ocelo luchar junto a Guerrero, quien parecía un jaguar feroz listo para la guerra. Los rayos de Atzi chisporroteaban por el aire mientras combatía junto a su padre, Tormentoso. Dezi se comunicaba con su madre, Amor, a través del lenguaje de señas, y su amor y unidad se convertían en una fuerza formidable contra sus enemigos. Xochi y Primavera tejían una maraña de plantas y enredaderas letal, que enredaban e inmovilizaban a los Obsidianos, mientras que Marino y Agua creaban olas gigantescas para golpearlos. Auristela y Aurelio luchaban codo a codo con su madre, y su fuego combinado brillaba con más intensidad que cualquier cosa que Teo hubiera visto.

Mientras tanto, Tierra estaba concentrado en fundir las Piedras Solares y el cráneo del Templo de Sol, que comenzaban a tomar forma en su estado fundido. Pero algo faltaba.

–¡Necesitamos un sacrificio para completar el ritual! –llamó Tierra con urgencia. El corazón de Teo se detuvo.

–¡No! –No aceptaría haberlo arriesgado *todo*, haber pasado por *todo eso*, solo para tener que sacrificar a un semidiós al final…

–¡Auristela! –bramó Diosa Lumbre hacia su hija. Cuando chasqueó los dedos, la daga ceremonial apareció en su mano, y se acercó para depositarla en las manos de Auristela–. ¡Hazlo!

Dioses y semidioses por igual miraron a Lumbre, sorprendidos por su desconsideración.

Auristela se quedó paralizada mirando la daga antes de parpadear hacia su madre. Era evidente que estaba aterrorizada, y Teo no supo por qué –por lealtad ciega o por el sentido del deber que le había sido impuesto Lumbre toda su vida–, pero Auristela asintió.

–¡NO LO HAGAS, Stela! –rugió Aurelio desde el otro lado de la sala. Sus ojos estaban desorbitados, desesperados–. ¡No deberían forzarnos a entregar nuestras vidas!

Eso la sacó de su trance.

–¡Si no lo hago, todos en Reino del Sol sufrirán! –Los ojos de Auristela ardían con determinación mientras sostenía la daga contra su pecho, como si temiera que Aurelio la tomara–. ¡No dejaré que eso pase!

Era lo más desinteresado que Teo había escuchado salir de sus labios. Estaba sorprendido, pero tal vez no debería haberlo estado. Quizás ese siempre había sido el carácter de Auristela, pero él no lo veía a través de su arrogancia y enojo.

–¡Es mi responsabilidad, lo haré! –dijo, su voz elevada por encima del ruido de la batalla.

–¡Espera! –gritó Teo, pero sus palabras se perdieron en el repentino alboroto cuando los otros semidioses comenzaron a discutir, todos ofreciéndose a tomar el lugar de Auristela. La sala resonaba con sus argumentos, que casi llegaban a ahogar el caos de la batalla contra los Obsidianos.

–¡Déjame hacerlo! –solicitó Ocelo, con ojos enardecidos–. ¡Quiero ser yo quien salve al mundo!

Teo sintió que la frustración lo invadía. Se elevó en el aire lo más rápido que pudo, se apoderó de la daga y la alejó de todos ellos.

–¡Ya basta! –gritó con la voz ronca–. ¡Nadie será sacrificado! ¡¿Pueden dejar de intentar quitarse la vida por *cinco malditos minutos*?!

Los semidioses se quedaron callados, mirándolo con una combinación de sorpresa y confusión. Pero, de repente, la daga cayó de su mano. Cuando miró hacia abajo, Xio se encontraba en el medio de la sala, con la mano extendida para recibir la daga que flotaba hacia elle, gracias a su poder de controlar la obsidiana, sin dudas. La expresión

en su rostro llenó a Teo de terror.

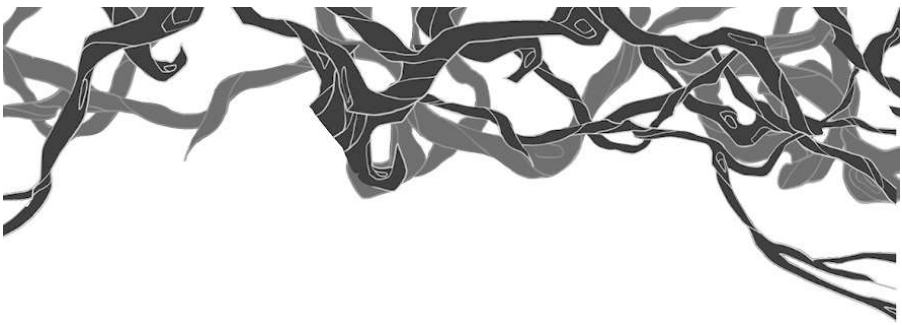
Ya no era le Xio que había conocido. Era diferente, más fuerte.

–Teo. –Toda la habitación oyó su voz suave–. Lo siento, pero debo hacerlo.

–No… –Teo sintió que el corazón se le hacía pedazos.

Xio negó con la cabeza y, tras una última mirada hacia Teo, se dirigió a Tierra, con la daga en la mano.

–Enmendaré las cosas.



CAPÍTULO 31

XIO

La daga de obsidiana brillaba maliciosa en la mano de Xio, cargada con el peso de su decisión.

Tierra le observaba con aprensión.

Elle dudó por un momento, su corazón latía con fuerza. Había traicionado a todos, liberando a los dioses Obsidianos, y esa era la única forma que conocía para enmendarlo.

–Este es un sacrificio que yo debo hacer –dijo con determinación grabada en su rostro.

Desde el otro lado de la sala, Venganza rugió con furia, cargó como una bestia salvaje y cubrió la distancia entre él y Xio en segundos, listo para desgarrarle, con energía oscura vibrando a su alrededor.

Al mirar hacia atrás, Xio supo que no habría misericordia.

Venganza levantó la mano bien arriba de su cabeza. Xio abrazó la daga de obsidiana contra su pecho y levantó el brazo libre para protegerse.

–¡NO! –escuchó gritar a Teo.

La mano de Venganza descendió con fuerza, pero, de repente, hubo una repentina explosión de luz y el dios voló hacia atrás por la fuerza de la explosión.

Con los ojos entornados por el brillo, Xio notó que su brazalete de azabache había creado un escudo a su alrededor. Era una barrera de energía pura y reluciente. El amuleto que Suerte le había dado de niño le estaba protegiendo, tal como el dios había prometido.

Suerte apareció entre Xio y Venganza, vestido de blanco radiante.

–¡ALÉJATE DE MI HIJE! –rugió, con una voz que retumbó con la fuerza de mil tormentas.

Xio miraba a Suerte con el corazón latiendo a toda velocidad.

–¿Papá? –dijo con voz áspera, desbordade por un torrente de emociones; alivio, gratitud, confusión. Había estado segure de que Suerte no aparecería, de que le odiaba y nunca querría volver a verle.

Su mirada alternaba entre Venganza, que lo observaba con incredulidad, y la figura firme de Suerte. En ese momento, la diferencia entre los dos dioses no podía ser más notoria. Venganza era caos y destrucción. Suerte, amor y protección.

Él se volvió hacia Xio y se arrodilló.

–Xio, hije míe –dijo con suavidad, su voz teñida de tristeza y orgullo–. Lo siento mucho.

Xio sacudió la cabeza y tragó con dificultad el nudo repentino en su garganta.

–No, yo lo siento. Me escapé. Hice cosas terribles. Liberé a los Obsidianos…

–Eso ya no importa –respondió Suerte, su mirada fija en el rostro de Xio, llena de un amor inquebrantable–. Estamos aquí, juntos, y podemos arreglar las cosas. Lo único que importa es que estés a salvo.

Xio sintió que le envolvía una sensación de tranquilidad extraña. Por primera vez en su vida, comprendió de verdad lo que significaba el amor incondicional. La presencia de Suerte era como un faro de esperanza, que atravesaba la oscuridad en la que había estado atrapade durante mucho tiempo.

Todo ese tiempo, se había sentido como une extrañe, como si no perteneciera a ningún lugar y no tuviera una familia real. Pero la sangre tenía poco que ver con eso. Suerte era su padre. Teo, Niya y Aurelio eran su familia.

–Xio –murmuró Suerte, con el rostro de su hije acunado entre sus manos. Se veía mayor, más cansado y triste de lo que Xio lo hubiera visto jamás–. Lo siento. Creí estar haciendo lo correcto. Lo único que quería era mantenerte a salvo.

–Lo sé –respondió Xio entre sollozos.

–Ahora es momento de que acabe con todo esto. –La expresión de Suerte se ensombreció, llena de determinación.

Xio parpadeó con confusión hasta que notó la daga de obsidiana en manos de Suerte y el temor le inmovilizó.

–¡NO! –aulló Venganza desde el otro lado de la sala. Intentó cargar hacia Suerte, pero los demás dioses bloquearon su paso.

Suerte elevó la daga sobre su cabeza. Los ojos de Xio se abrieron, llenos de terror, al comprender lo que estaba por hacer.

–¡No! –gritó y se abalanzó para detenerlo.

Pero ya era demasiado tarde.

La daga de obsidiana penetró el pecho del dios con facilidad.

Comenzó a brotar sangre jade de la herida, al tiempo que el rostro de Suerte se desfiguraba de dolor. Cuando sus piernas cedieron, Fantasma apareció tras él y le sostuvo la cabeza para que descendiera despacio sobre su falda.

– *¡Papá!* –lamentó Xio, con la voz quebrada, y cayó de rodillas junto a Suerte. Le tomó la mano fornida entre sus manos temblorosas–. *¿Por qué lo hiciste?* –gritó, bañado por lágrimas de rabia.

– *Xio* –suspiró Suerte, con la misma voz aterciopelada con la que lo consolaba después de un mal sueño. Le sonrió con debilidad y llevó una mano a su rostro para secarle las lágrimas–. Mi hije valiente y testarude –dijo con una risita.

–No me dejes aquí sole, por favor –logró decir Xio–. Te necesito.

–Xio –susurró Suerte. Su respiración se volvía débil y superficial–. No estás sole –afirmó con la mirada más allá de elle, y Xio la siguió.

Teo, Niya y Aurelio estaban detrás de elle, formando un semicírculo cerrado a su alrededor.

Niya, con escudo y espada aún en mano, tenía los hombros caídos, la cabeza gacha y los labios temblorosos. Aurelio estaba erguido, pero muy rígido, con una mirada firme que resultaba reconfortante. Teo se encontraba entre los dos, con los puños apretados a los lados y el cuerpo rígido. Aunque su expresión era determinada, su mirada errática, que iba de Xio a su padre, lo traicionaba.

Aún quería idear un plan, pero Xio sabía que eso ya no tenía solución.

–Eso no cambiará cuando me haya ido –jadeó su padre.

Fantasma le ofreció una sonrisa triste y un gesto de ánimos.

–Mi amor por ti es eterno –le aseguró Suerte–. Y *siempre* estaré cuidándote.

Xio se abalanzó hacia él para abrazarlo con fuerza, sollozar en su hombro e intentar memorizar la sensación de sus brazos, la aspereza de su voz, el escozor de su barba incipiente en la mejilla.

Mientras se abrazaban, el cuerpo de Suerte comenzó a desaparecer, convertido en una nube de polvo jade, que brilló arremolinado y desapareció en el cielo nocturno.

Fantasma desapareció con él, y dejó a Xio abrazando el aire.

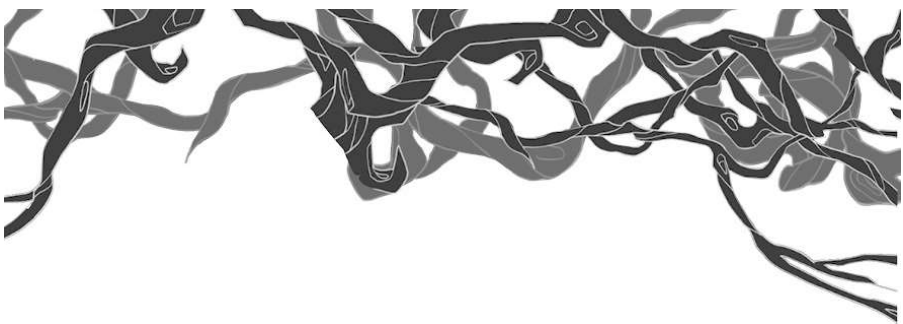
Quetzal apareció a su lado con los ojos cargados de pena, le colocó una mano en los rizos y lo envolvió en un abrazo con sus alas. Apoyó la frente en la de elle, la piel cálida contra su rostro adormecido.

El corazón de Xio era un abismo, que amenazaba con succionarle por completo.

–Xio –murmuró una voz gentil.

Teo se filtró entre las alas de su madre para abrazar a Xio por detrás. Luego, Niya se unió a ellos, con un abrazo fuerte y protector, y las manos firmes de Aurelio la siguieron en los hombros de Xio. Atzi le tomó la mano con gentileza y lo miró con ojos comprensivos y empáticos.

Mientras que el dolor amenazaba con consumirle, Xio encontró consuelo en el amor de sus amigos y se aferró a la esperanza de que, desde algún lugar, Suerte seguiría protegiéndole, como había prometido.



CAPÍTULO 32

TEO

Teo permanecía allí, respirando con dificultad, desesperado intentando pensar en una forma de solucionar todo eso, pero no había nada que hacer. Ninguna cantidad de ingenio o astucia podría hacer regresar a Suerte.

El dios de la fortuna se había ido.

La ira y el dolor libraban una batalla en el pecho de Teo. Todo lo que había hecho no había sido solo para proteger a las personas que le importaban; sino para protegerlos a *todos*. No había querido que Auristela muriera. No había querido que Aurelio tomara su lugar. No había querido que Xio sufriera. Y no había querido perder a Suerte.

Los dioses habían permitido que las Pruebas del Sol continuaran, habían puesto el destino del mundo sobre los hombros de sus hijos, cuando, todo ese tiempo, cualquiera de ellos podría haber hecho el mismo sacrificio que Suerte.

Tierra recogió un puñado de los últimos vestigios de polvo de jade del dios que permanecían en el suelo, con los ojos fijos en el esqueleto dorado de Sol, y luego vertió el polvo de estrellas en la mandíbula abierta del cráneo.

Por un momento, no ocurrió nada. Luego, como una chispa que enciende una llama, una luz dorada corrió a través de los huesos, se expandió e intensificó hasta explotar en un haz radiante. El repentino resplandor deslumbrante obligó a Teo a cubrirse los ojos mientras el cuerpo de Sol comenzaba a tomar forma.

El rostro de Venganza se desfiguró con terror; la luz de Sol cegó sus ojos abiertos. Caos y Chupacabra, acobardados, se refugiaron detrás de él.

A medida que la luz comenzaba a asentarse, Sol se levantó, su forma radiante como el astro, demasiado brillante para mirarlo de frente.

Sol se volvió para enfrentar a los dioses Obsidianos.

–¡No! –gritó Venganza, pero el miedo en sus ojos y la desesperación ahogada en su voz traicionaban el gruñido desafiante.

La aterradora Chupacabra, antes tan temible, se dio la vuelta, exponiendo su vientre.

Sus ojos eran salvajes y frenéticos mientras jadeaba y gimoteaba. Caos se sumergió en los pliegues de su túnica, convertido en un tembloroso montón de telas.

Con un simple movimiento de la mano, Sol les lanzó un torrente de luz brillante y abrasadora. Venganza, Caos y Chupacabra gritaron y aullaron al quedar incinerados ante los ojos de Teo, hasta convertirse en polvo de estrellas.

Las partículas se agitaron antes de elevarse, elevarse, elevarse hacia la noche. Y, con un parpadeo, sus constelaciones reaparecieron entre las estrellas.

A Teo le temblaban las rodillas al ver las marcas negras que dejaron atrás, nada más que manchas de ceniza en el suelo de piedra. Sol permaneció en el centro de la sala, un cuerpo de luz ondulante. Aunque tenía la misma altura que los otros dioses, estar cerca de elle era como estar a la sombra de un rascacielos: abrumador y vertiginoso.

–¿Se han ido? –preguntó Teo, esforzándose por mantener la voz firme.

Su madre asintió.

–Sol los ha desterrado de vuelta a las estrellas –confirmó Quetzal, con una mano en el brazo de Teo–. Los Obsidianos se han ido.

–Excepto uno.

Diosa Lumbre avanzó, miró a Xio con desdén y el labio retorcido en una mueca, una expresión que Teo había visto en el rostro de Auristela más veces de las que podía contar. Xio retrocedió hasta chocar con él, quien sintió que una rabia intensa, más fuerte que cualquiera que hubiera sentido antes, le recorrió las venas. Sin pensar, se lanzó hacia la diosa.

– *Si piensas…*

Antes de que hiciera algo increíblemente estúpido, como enfrentarse a una diosa, su madre se interpuso entre ellos con las alas extendidas

para bloquearle el paso a Lumbre.

–Hemos matado a suficientes de nuestros hijos –dijo, en un tono bajo pero firme.

La furia ardía en la mirada llameante de Lumbre.

–Ese *no* es uno de nuestros hijos –murmuró con rabia a través de sus dientes perfectos, señalando a Xio con una uña con manicura–. Eso es una *monstruosidad*. Si esto nos ha enseñado algo, es que los Obsidianos seguirán volviendo a menos que los exterminemos a *todos* como las alimañas que son…

Sol estalló con luz como una llamarada solar, y un zumbido llenó el aire, tan fuerte que Teo tuvo que taparse los oídos. Dioses y semidioses retrocedieron ante el avance de Sol, pero Quetzal no se movió.

A Teo se le heló la sangre mientras Sol miraba a su madre. Por un momento, ambos se observaron en silencio, y el zumbido comenzó de nuevo, pero esta vez, suave y cálido.

Cuando se desvaneció, las cejas de su madre se fruncieron.

Entonces, bajó las alas y se apartó.

Lentamente, Sol se acercó a Xio.

Teo se apresuró hacia adelante, y Niya apareció a su lado de inmediato, con las armas desenfundadas, pero con una expresión aterrorizada mientras miraba a Sol.

– *Espera*… –Teo comenzó a suplicar, con el terror denso en su garganta; aunque no sabía qué hacer ni qué decir, no podía permitir que Sol desterrara a Xio. Dio un paso adelante, pero su madre lo sujetó del brazo. Su pánico se intensificó e intentó apartarse, pero el agarre de Quetzal no cedió. Sol, imponente, se elevó frente a Xio, que le miraba con ojos oscuros y brillantes. Ya no tenía fuerzas para luchar; era tan pequeñe y estaba muy cansade, abatide por el dolor.

Teo apenas podía respirar mientras observaba la escena, cada fibra de su ser le gritaba que *hiciera algo*…

Pero, entonces, Sol se arrodilló. Le diose del sol y Xio eran espejos de le otre, con sus miradas fijas en la de le otre. Poco a poco, Sol inclinó la cabeza, hasta apoyar la frente en la de Xio, y los párpados de le

pequeñe cayeron hasta cerrarse.

Luego se elevó un zumbido melódico, y el resplandor de Sol se intensificó, cálido, y les envolvió en una luz brillante.

Teo tuvo que apartar la vista hasta que la luz se desvaneció. Cuando volvió a mirar, Xio se había desplomado, con el rostro oculto en el pecho de Sol, y su cuerpo se agitaba con pequeños sollozos. Los brazos luminosos de Sol le rodeaban, una mano sobre sus rizos negros.

Las piernas de Teo casi colapsaron debajo de él.

El zumbido se desvaneció, y Sol se levantó. Y Teo, Niya y Aurelio estuvieron junto a Xio de inmediato.

–¿Estás bien? –preguntó Teo, con un apretón en los hombros de Xio. Era una pregunta estúpida, por supuesto que no están bien, pero estaba demasiado aturdido por el alivio de que Xio no hubiera quedado convertido en polvo de estrellas como para pensar en algo mejor.

Xio solo asintió y se pasó el puño por las pestañas húmedas.

Sol atravesó la habitación hacia Tierra, cuyos ojos brillaban detrás de su máscara dorada. Luego, Sol le tomó el rostro con suavidad y, cuando los dos se abrazaron, reunidos después de tanto tiempo, la luz danzó y el zumbido melódico llenó el aire a su alrededor.

Niya los miraba con una sonrisa arrugada, conteniendo las lágrimas.

Con Tierra a su lado, Sol se volvió hacia los demás.

–Estas guerras entre los dioses han durado suficiente. –Su voz reverberó en el aire.

La sala estalló en murmullos, pero la voz de Lumbre se elevó por encima del resto.

–¿Lo ven? ¡Es lo que dice Sol! ¡Debemos deshacernos de la última amenaza Obsidiana!

–Debemos hacer lo que dice Sol –concordó Guerrero, al tiempo que asentía con solemnidad con su cabeza de jaguar.

–Nini –dijo Ocelo, jalando de la capa roja de su padre. Una mueca profunda se dibujó en sus rasgos fuertes–. No estoy segure de que eso sea lo que Sol quiso decir. Perdonó a Xio.

Guerrero inclinó la cabeza hacia un lado, lo que delató su confusión.

–La guerra ha sido entre *nosotros*, los dioses –dijo Quetzal–. *Nuestra* intromisión, *nuestras* peleas y *nuestro* ego.

–Nuestros hijos se vieron arrastrados a ella después de que se desatara –concordó Amor–. Deberíamos protegerlos, no…

Lumbre rugió.

–¡ *Ese* niñe liberó a los Obsidianos de su prisión de mil años! ¡La sangre Obsidiana corre por sus venas y nos traicionará de nuevo! ¡Necesitamos orden y castigo para que nuestro mundo sobreviva!

–Quizás es hora de que demos un paso atrás –dijo Tormentoso, pensativo–. Dejemos que Reino del Sol se recupere de la destrucción que hemos causado…

–Y que *seguimos* causando –agregó Quetzal, señalando alrededor.

–¡Reino del Sol no puede funcionar sin la guía de los dioses! Los humanos son *humanos*

–rugió Lumbre con desdén–. Son imperfectos y estúpidos. ¡Sin nosotros, caerían en su propia ruina! No saben lo que es mejor para ellos.

–¡Lo saben mejor que tú! –interrumpió Teo. Los dioses se volvieron hacia él, atónitos; excepto por Quetzal, quien le sonrió–. ¡Ese es el problema! –gritó, mirando a los dioses reunidos–. Todos piensan que saben qué es lo mejor para todos en Reino del Sol,

¡cuando no saben nada! –Las palabras irritadas brotaron de su boca–. ¡Solo crean reglas para el mundo, interpretando las intenciones de Sol de la manera más jodida posible!

¡Han pasado siglos dejando que sus propios hijos fueran asesinados, cuando cualquiera de ustedes podría haber puesto fin a esto en cualquier momento! –los acusó.

La mayoría de los dioses al menos tuvieron la decencia de parecer avergonzados.

Excepto Lumbre.

–¿Crees que *tú* sabes más que los dioses, niño? –gruñó.

–¡Sí, de hecho, sí! –respondió él, escupiendo las palabras–. ¡Están demasiado ocupados pavoneándose en sus templos! ¡La mayoría de ustedes ni siquiera entrega sus propias bendiciones, dejan que sus sacerdotes lo hagan, como si fuera un trámite!

Los dioses intercambiaron miradas culpables.

–¿Cuándo fue la última vez que alguno de ustedes siquiera habló con un humano? –

exigió. Ninguno de ellos respondió, y Teo levantó las manos–. ¡Exactamente! ¡No saben nada sobre ellos, ni siquiera lo que necesitan! –Pensó en Yucca, en Paz y los otros aldeanos. Ellos habían visto cuán irresponsables y peligrosos eran los dioses y habían creado su propio refugio–. Deberían acudir a los miembros de sus comunidades para averiguar qué necesitan los habitantes de Reino del Sol y cómo proporcionárselos –

continuó–. ¡No tomar todas estas decisiones sin pensar ni un momento en cómo podrían afectarlos! ¡La vista desde sus templos dorados nunca será la misma que desde las calles de sus ciudades! –rabió. Hizo una pausa, respiró hondo y dejó caer los brazos a los costados–. *Suerte* entendía eso.

Sol se volvió hacia Tierra, quien suspiró profundamente y le ofreció su mano. Chispas de luz surgieron donde sus dedos se encontraron, y dedicaron un tiempo a comunicarse.

Teo notó que los dioses miraban sorprendidos cómo Sol tarareaba para su compañero.

Recordó cómo muchos de los Dorados miraban a Tierra con desprecio, convencidos de que la pérdida de Sol había sido culpa del dios desde el comienzo.

La luz se desvaneció y el zumbido del Sol se apagó; Tierra asintió y le diose miró a la multitud.

–Nos uniremos a Luna –dijo, su voz vibrante resonó en la sala destruida.

Los murmullos de los dioses reiniciaron de inmediato.

Teo frunció el ceño y miró a su madre. ¿Qué significaba eso?

Los ojos de Quetzal se abrieron de sorpresa, pero luego soltó un

suspiro suave y resignado, que hizo que el pecho de Teo se apretara.

–¿Mamá? –preguntó.

Ella le ofreció una sonrisa sombría y le apartó el cabello de los ojos.

–Está bien, Pajarito –dijo. Un terror helado se asentó en el estómago de Teo.

–Sol ha hablado –dijo Tierra, su voz áspera más fuerte de lo que Teo la había escuchado antes. Esperó a que los dioses se callaran–. Nos uniremos a Luna del otro lado. Todos nosotros.

– *¿Qué?* –preguntó Teo, pero nadie lo oyó.

–¿El otro lado?

–¿Quieres decir irse?

–¡No podemos irnos!

–¿Papi? –Niya dio un paso adelante, con la respiración entrecortada–. ¿Qué quieres decir? No te irás *de verdad*, ¿cierto?

Tierra suspiró y, distraído, acomodó una de las trenzas detrás de la oreja de Niya.

–Les hemos fallado a quienes fuimos creados para proteger –dijo, como si fueran los únicos dos en la sala.

–¡No! –exclamó Xochi, aferrándose a Primavera.

–¡Acabamos de recuperarlos! –dijo Atzi, enojada, mirando a Tormentoso en busca de apoyo.

–¡No es justo! –dijo Ocelo y corrió junto a Guerrero. Le diose con cabeza de jaguar le colocó las manos sobre los hombros.

–Eres une Hije de Guerrero –le recordó, mirándole con una expresión seria–. Eres une guerrere, y une buene guerrere sigue las órdenes de su líder. ¿No es así?

Ocelo asintió, con el rostro fruncido por el esfuerzo de contener sus propias lágrimas.

–S-sí, Nini.

Guerrero le ofreció una sonrisa con sus dientes afilados.

–Ocelo –ronroneó antes de aplastarle en un abrazo que le hizo crujir los huesos.

El corazón de Teo latía con fuerza en sus oídos. Tomó la mano de su madre y escaneó su rostro, intentando formar una frase.

–¡Pero no hicieron nada! –exclamó. ¿Por qué tenían que ser castigados *todos* los dioses?

–No hice nada –concordó Quetzal, con su mayor esfuerzo por sonreír–. Pero tampoco hablé ni lo detuve.

Teo estaba furioso con ella por estar tan tranquila.

–¡Pero tienes que quedarte y cuidarme! –insistió Niya, con las mejillas bañadas en lágrimas.

Detrás de la máscara, los ojos de Tierra estaban llenos de dolor.

–Lo siento mucho, *mija* –dijo con suavidad–. Pero el dominio de los dioses ha terminado. –Miró a los demás–. Es hora de que los humanos decidan por sí mismos.

Niya se volvió hacia Teo, sus ojos frenéticos y desesperados. Después de todo, él era el de los planes. Pero los pensamientos de Teo giraban en espiral mientras intentaba pensar en una solución. Pensó en el sacrificio de Suerte, el dios de la fortuna que dio su vida para salvarlos a todos. Era una carga pesada saber que él había muerto por ellos, y Teo sabía que no podían dejar que ese sacrificio fuera en vano.

Pensó en la valiente Paloma, de pie en la mesa de sacrificios en aquel viejo video.

Xio ya había perdido a su padre, y él no quería que nadie más sufriera el mismo destino. Incluyéndose a sí mismo.

–¿No podemos negociar? –soltó.

Sol y Tierra se volvieron hacia él, sorprendidos.

–¿Negociar? –repitió Tierra, como si no estuviera seguro de si era una broma o no.

–¿Podemos tenerlos los fines de semana y noches? –preguntó, pasando la mirada entre los dos dioses creadores.

Sol lo miró en silencio, así que Teo se apresuró a continuar.

–O… o… –balbuceó, mientras su corazón martillaba en su pecho–. ¿Una vez al mes?

Sol emitió un zumbido bajo, que podría haber sido una risa, tarareó, y Tierra asintió.

–Nos reuniremos en el Templo del Sol cada diez años para conmemorar los sacrificios hechos para proteger Reino del Sol –anunció.

Los dedos de Teo se movieron a sus lados. Era un buen comienzo, pero podrían hacerlo mejor.

–¿Podrían añadir días festivos? –preguntó, con una elevación esperanzada de las cejas.

Esta vez, fue Tierra quien se rio. Sol tarareó, y él asintió.

–Los dioses podrán regresar cada año en su día sagrado –acordó.

Teo suspiró aliviado. Aunque su corazón seguía acongojado, al menos encontraba consuelo en la promesa de no perder a su madre por completo. Los semidioses murmuraron entre ellos y fueron perdiendo el miedo al aferrarse a la idea de reunirse con sus padres.

–¿Mi papá también? –preguntó Xio en un tono bajo y esperanzado.

Tierra negó con la cabeza.

–Lo siento mucho, Xio –le dijo–. Pero Suerte está con Muerte ahora.

Los ojos de Xio cayeron al suelo.

–No puede regresar físicamente, pero aún está contigo, cuidándote desde lejos, tal como prometió –le aseguró Tierra–. Podrás comulgar con él en su altar, como con todos los dioses. Y tienes a otros que se preocupan por ti también –añadió al señalar a Teo y Niya con la cabeza.

Como si fuera una señal, Fantasma apareció junto a Xio en una lluvia de pétalos de caléndula y mariposas doradas.

Tierra rio.

–Incluyendo a la señorita –dijo mientras Fantasma abrazaba a Xio.

Cuando lo soltó, una mano esquelética emergió del suelo, sosteniendo un Chupa Chups de uva, que Fantasma le entregó a Xio.

Elle lo tomó e hizo su mejor esfuerzo por sonreír.

–Fantasma seguirá viajando entre ambos mundos –explicó Tierra–. Ella cuidará de todos ustedes y de los humanos. Aún tiene un trabajo muy importante que hacer aquí.

Fantasma asintió con expresión solemne y sus ojos se encontraron con los de Teo con una promesa no dicha. Sol inclinó la cabeza hacia ella y, mientras lo hacía, la apariencia de la diosa cambió. Su piel adquirió la suavidad de la piedra, blanca lechosa y translúcida, que reveló un esqueleto dorado debajo. Su vestido se tornó blanco, esponjado como una nube a su alrededor, y una corona de caléndulas adornó su cabello oscuro. Sus ojos se convirtieron en oro fundido, que reflejaba la luz de Sol que los bañaba a todos.

–Increíble –le susurró Niya a Teo. A pesar de todo, él no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa.

El aire se tornó pesado con el dolor de las despedidas. Los dioses y sus hijos se abrazaron y dejaron fluir sus lágrimas con libertad al intercambiar despedidas de corazón.

Teo se aferró a su madre y, cuando miró hacia arriba, los ojos de Quetzal estaban llenos de una tristeza que nunca había visto antes.

–Es tiempo de que los semidioses y el pueblo de Reino del Sol tomen el control y tomen sus decisiones sin que los dioses se interpongan –dijo ella entre sollozos y sonrió hacia Teo–. No puedo esperar a ver lo que harán a continuación.

Con un destello de luz solar, Sol y los demás dioses ascendieron al cielo, dejando atrás a los semidioses y a Fantasma en el templo destruido.

El sol por fin volvió a elevarse. El calor se esparció por cada rincón de la habitación y ahuyentó el frío que había anidado profundamente en los huesos de Teo hacía apenas dos semanas. Sus rayos se derramaron sobre la selva interminable, la luz dorada se filtró a través de las hojas, danzó por el suelo y calentó las mejillas de Teo.

A lo lejos, Luna volvió a adornar el horizonte en forma de sonrisa.

Mientras el sol continuaba su ascenso y los envolvía a todos en un

abrazo cálido, Teo no podía evitar sentir una victoria agridulce en su pecho.

–Vaya, no puedo creer que lo logramos –dijo con voz temblorosa–. En verdad detuvimos el apocalipsis.

Aurelio se volvió hacia él, y su expresión seria se suavizó.

–No lo hubiéramos logrado sin ti.

–Podrían haberlo hecho, pero les hubiera salido muy mal –resopló Teo.

–Bueno, para ser justos –intervino Niya–, ¡fuiste tú quién desató esto por empezar!

Teo chocó el hombro de Xio con el suyo y sonrió con malicia.

–En realidad, ese fue Xio. –En ese momento, Xio pareció consternado, pero la sonrisa de Teo se ensanchó–. Y gracias a Sol que lo hizo.

Luego, Teo abrazó a Aurelio por la cintura y dibujó patrones con los dedos sobre la piel cálida debajo de la tela de la camiseta del chico más alto.

–¿Podemos hacer algo normal cuando volvamos, como tener una cita? –preguntó.

El rostro de Aurelio adquirió un hermoso tono rojo. Acarició con cuidado las plumas justo debajo de los omóplatos de Teo.

–Eso suena… –Hizo una pausa, en busca de la palabra indicada.

–¿Bonito? –adivinó Teo.

–Normal –terminó Aurelio. Teo rio y lo atrajo a él para besarlo.

–¡Puaj! –interrumpió Auristela, mientras se secaba las lágrimas con irritación–. Te dejo solo por, como, dos semanas y ya estás saliendo con un *Jade*.

Niya puso los ojos en blanco, tomó la mano de Auristela y entrelazó sus dedos.

–Ah, cállate. Eres irritante.

Auristela frunció el ceño hacia ella, pero dejó su mano donde estaba.

El grupo unido de semidioses se encontraba en medio de las ruinas del templo, rodeado por las secuelas de su batalla. Pero, de algún modo, el aire se sentía más ligero.

Permanecieron juntos bajo la luz creciente, sus corazones llenos de esperanza y sueños para el futuro. Eran los arquitectos de una nueva era, los que ayudarían a moldear Reino del Sol en una tierra de paz y prosperidad, con la guía y ayuda de todos los demás. Y, mientras el sol alcanzaba su cenit en el cielo, sabían que, sin importar qué desafíos se presentaran, los enfrentarían sin dudar, unidos como uno.

–Tengo una pregunta –dijo Atzi, para romper el silencio–. ¿Cómo volveremos a casa exactamente?

Los semidioses miraron alrededor.

Teo parpadeó.

–Eh… no lo había pensado.

–Fue un poco grosero dejarnos aquí –coincidió Marino.

Una idea repentina surgió en la mente de Teo.

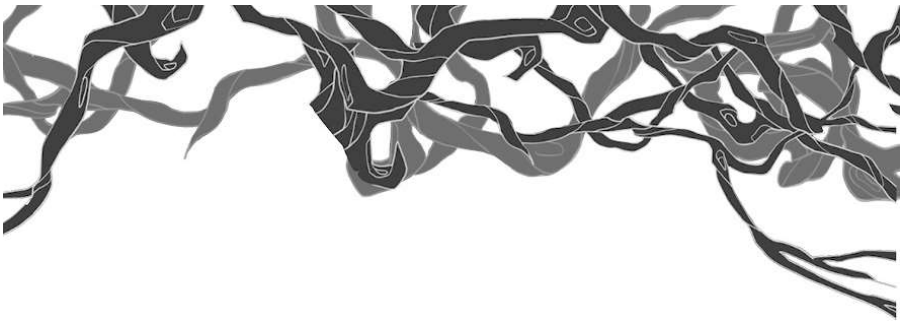
–Creo que tenemos algunos amigos cerca que podrían ayudar.

–Yucca estará furiosa cuando aparezcamos todos –rio Niya.

–¿De quién están hablando, Relio? –preguntó Auristela.

Aurelio suspiró y la abrazó por los hombros.

–Es una larga historia.



EPÍLOGO

Faltaba apenas una semana para el espectáculo de aves de Quetzlan y aún quedaba mucho por hacer. Teo había estado quedándose hasta tarde en la escuela para ayudar a organizar cada detalle, desde las coreografías hasta el diseño de los disfraces elaborados.

–¿Qué opinas de usar estos hilos dorados para acentuar las plumas de la cola? –

preguntó Chela, una de sus compañeras que se había ofrecido como voluntaria para ayudar con el evento. Habían montado un taller de trabajo en el auditorio, donde se celebraba el espectáculo de aves cada año.

–¡Perfecto! –respondió Teo, examinando los hilos brillantes en la mano de Chela–. ¡Eso hará que resalten aún más bajo la luz del sol! – Mientras hablaba, miró hacia la ventana y notó que el sol ya comenzaba a descender hacia el horizonte. Sus rayos dorados atravesaban el cristal y proyectaban largas sombras por la sala–. ¡Maldición! –exclamó y se levantó de un salto–. ¡Es tarde, tengo que irme!

–¿Tarde? –preguntó Chela mientras él corría hacia la puerta–. ¡Oye, ¿a dónde vas?

–¡Tengo una cita! –gritó Teo rumbo a la salida–. ¡Gracias por toda tu ayuda hoy, Chela!

–¡Diviértete! –le deseó ella antes de que saliera.

Teo corrió por el pasillo, atravesó el patio y, en cuanto salió, extendió las alas y emprendió el vuelo. A medida que avanzaba por la bulliciosa ciudad de Quetzlan, podía sentir la anticipación que había estado creciendo desde hace seis meses, cuando los Obsidianos habían sido desterrados y los dioses se habían marchado. Los Dorados trabajaban codo a codo con los Jade y los mortales para reconstruir su mundo después del reciente caos y destrucción.

Teo batía las alas con fuerza contra el cálido aire vespertino para ganarle a la puesta del sol; iba zigzagueando por calles coloridas y viendo rostros familiares.

–¡Teo! ¿Tienes un minuto? –Un sacerdote le hizo señas desde la calle. En ausencia de los dioses, los sacerdotes se habían convertido en sus

voces, encargados de guiar al pueblo y mantener el orden. Teo había sido fundamental en esta transición, en la que había trabajado junto a Huemac para que todo siguiera funcionando.

–¡Lo siento, no puedo detenerme ahora! –respondió de prisa, en un tono apenado y un tanto frustrado. Sabía que sus responsabilidades eran importantes, pero, en ese momento, solo podía pensar en que Aurelio lo esperaba.

Reino del Sol estaba siendo reconstruido y, después de que su fe en los dioses recibiera un fuerte golpe, los humanos querían tener tanta voz en sus destinos como fuera posible. Muchas personas ya no creían en sus sacerdotes y el temor de retroceder a las viejas costumbres estaba siempre presente, por lo que la vida en Reino del Sol tenía que cambiar.

Entre los funcionarios recién elegidos había sacerdotes de confianza, semidioses que usaban sus poderes para luchar contra los Celestiales y humanos que se organizaban para defender a otros cuando el mundo estaba al borde del colapso. La gente se cuestionaba a sí misma y cómo existir en un mundo no gobernado por los dioses; su determinación a hacer que las cosas funcionaran ya era un acto de rebelión contra la sociedad previa y nadie estaba dispuesto a rendirse.

Los semidioses, como Teo, tenían una libertad sin precedentes para moldear sus propios destinos. Aunque cualquier semidiós era bienvenido a unirse a la Academia y comenzar su camino para convertirse en Héroe, Teo había elegido una ruta diferente.

En ausencia de su madre, decidió aprender el funcionamiento de Quetzlan bajo la tutela de Huemac, quien había sido electo para formar parte el consejo de la ciudad, junto con otros ciudadanos humanos.

El sol bañaba las calles de dorado cálido. Teo no podía evitar sonreír al ver los adornos de azabache en las muñecas de las personas que pasaban, un pequeño pero conmovedor tributo a Suerte, para honrar al dios que había hecho el sacrificio supremo para salvarlos a todos en Reino del Sol.

–¿Teo, tienes un minuto? –preguntó Yami, que sostenía una pila de papeles.

–¿Puede esperar hasta mañana? –respondió Teo desde arriba–. ¡Estoy algo apurado!

Ella vaciló, pero luego asintió.

–¡Está bien, será mañana! ¡Que tengas una buena noche, Teo!

–¡Gracias! –gritó él y siguió volando, con el viento azotando su cabello y agitando sus plumas. Debía reunirse con Aurelio antes de que el sol se ocultara en el horizonte por completo; habían estado planeando ese encuentro durante semanas, y no quería perderse ni un segundo.

Con cada batir de sus poderosas alas, se impulsaba más rápido, decidido a no dejar que nada se interpusiera en su camino, hasta que por fin aterrizó en la entrada del templo.

–Ya casi –se dijo ansioso en voz baja al ver la luz que se desvanecía–. Solo un poco más…

Al acercarse al templo, el flagelo de Teo se hizo visible: una colosal estatua dorada de él, de Pico y de Peri, que se alzaba sobre la entrada. Él miraba hacia el pueblo, y Pico y Peri estaban a sus lados, en pleno vuelo.

Sus mejillas se acaloraron por la vergüenza al contemplar el monumento dedicado a sus esfuerzos. Era halagador, sí, pero, por los dioses, odiaba esas estatuas escandalosas.

Huemac lo esperaba en la entrada, con las cejas levantadas.

–Te perdiste la reunión del consejo –dijo, aunque había un atisbo de diversión en su tono.

Teo agachó la cabeza con timidez.

–Lo sé, lo sé –dijo, apresurándose a pasar junto a él–. Lo siento, ¡no volverá a pasar!

Los labios de Huemac se curvaron en una ligera sonrisa.

–Estoy seguro de que sí pasará –dijo, aunque su tono no era de reproche en realidad–.

Tu novio te está esperando en el patio –agregó, con expresión un poco más suave–. No lo hagas esperar más.

–¡Claro, gracias! –respondió Teo, que ya estaba girando sobre sus talones para correr hacia el patio. Su corazón latía con fuerza al pensar en ver a Aurelio otra vez; hacía mucho que no pasaban tiempo juntos, y estaba ansioso por recuperar los momentos perdidos.

Cuando por fin llegó al patio, estaba lleno de los colores vibrantes de las aves que revoloteaban, cuyas plumas iridiscentes brillaban al sol. El aroma de las plantas en flor llenó sus sentidos, acompañado por el susurro de las hojas que bailaban con la brisa suave.

Pero todo el banquete sensorial palidecía en comparación con lo que buscaba en realidad.

Allí, agachado junto al estanque donde jugaban las aves, estaba Aurelio. Su cabello negro sedoso caía por su espalda como una cascada y capturaba la luz del sol. Se lo veía pacífico, radiante y absolutamente cautivador.

–¡Hola! –saludó Teo al acercarse–. ¡Perdón por llegar tarde!

Aurelio levantó la vista y una sonrisa iluminó su rostro y arrugó las esquinas de sus ojos.

–Está bien –dijo al levantarse–. Sé que has estado ocupado ayudando a Huemac y a los demás.

Teo no pudo contener más la emoción, se echó a correr y cubrió la distancia entre ellos en cuestión de segundos. Al llegar a Aurelio, lo envolvió en un abrazo y le plantó un beso en los labios.

–¡Estuve muriendo por verte todo el maldito día!

Cuando Aurelio se alejó, con una sonrisa satisfecha en los labios, sus mejillas tenían un tono rosado intenso.

–¿En serio? –preguntó.

Teo también le sonrió, lleno de alegría burbujeante como champán. Le encantaba ver a Aurelio así, más abierto, más emotivo y, definitivamente, más hablador.

–¡Por supuesto! Quiero decir, ¿quién no querría pasar tiempo con su semidiós favorito que controla el fuego? –bromeó y le dio un apretón juguetón en la mano.

–¿Cómo va la planificación? –preguntó Aurelio.

Teo resopló y apoyó la frente contra el pecho de su chico.

–Será una pesadilla –bufó–. Tenemos el doble de aves que el año pasado, y el aviario ya está a punto de explotar.

–Estoy seguro de que lo resolverás. Siempre lo haces –respondió Aurelio, con una palmadita en el hombro–. Y ahora estoy aquí para ayudar.

–¡Un fin de semana entero contigo para mí solo! –celebró Teo–. Si puedo sobrevivir al estrés, claro.

Aurelio lo atrajo hacia él y le dio un beso en la cabeza.

–Será genial. No puedo esperar para verlo.

–¿Listo para nuestra cita? –Teo le sonrió con picardía.

Aurelio inclinó la cabeza, y sus ojos brillaron con diversión.

–He estado listo desde hace una hora.

–Está bien, está bien –rio Teo–. Vamos antes de que alguien me pida que haga algo más.

–Antes, tengo algo para ti. –Aurelio metió la mano en la bolsa que colgaba de su hombro y sacó un paquete de papel–. Hice esto para Paloma –dijo, su voz suave pero orgullosa–. Es un pan de semillas. Pensé que podríamos ponerlo en su altar.

El corazón de Teo se llenó de calidez al ver el obsequio, y no pudo evitar sonreír cuando el aroma a pan recién horneado llenó el aire. Pero antes de que pudiera decir algo, las aves a su alrededor debieron captar el aroma tentador, pues fijaron sus ojitos en el pan que Aurelio sostenía.

–¡Oigan, aléjense! –gruñó Teo y agitó los brazos para ahuyentar a las aves emocionadas.

Todas chillaron en protesta, pero batieron sus alas y se retiraron a regañadientes–. Sí que son criaturas persistentes –murmuró Teo, divertido, mientras sacudía la cabeza al ver cómo las aves se agrupaban a una distancia segura.

Aurelio se rio, con sus ojos cargados de ternura.

–Es que saben reconocer la buena comida cuando la huelen.

Teo tomó una inhalación profunda, y el aroma del pan llenó sus pulmones.

–¡Huele increíble! –exclamó, pero Aurelio miró el pan con el ceño

fruncido.

–Lo arruiné –admitió, con un tono de decepción–. La corteza debería estar más crujiente. Debo haberlo sacado demasiado pronto o no haber amasado lo suficiente.

–¿Estás bromeando? –Teo le dio un choque juguetón en el hombro–. ¡Está perfecto!

¡Incluso los pájaros lo piensan!

Como si les hubiera dado una señal, una bandada de pájaros coloridos descendió de los árboles cercanos, llenando el aire con sus cantos emocionados. Revoloteaban alrededor de la pareja, observando el pan de semillas con deseo. Teo no pudo evitar reír al intentar espantar a las criaturas persistentes sin soltar la mano de Aurelio.

Cuando lo miró, notó el atisbo de una sonrisa en las comisuras de sus labios y la forma en que sus ojos cobrizos brillaban con felicidad. Los momentos como ese le recordaban lo lejos que habían llegado, cómo habían encontrado estabilidad y comodidad el uno en el otro después del caos y la destrucción.

–Gracias, Aurelio –dijo, con la voz llena de gratitud–. A Paloma le encantará.

Aurelio solo asintió, con una expresión serena mientras sostenía el pan de manera protectora. Sabía cuánto significaba Paloma para él, y Teo no podía evitar la inmensa gratitud por su apoyo constante, incluso en los gestos más pequeños.

–¡Apresúrate! –dijo, lo tomó del brazo y lo arrastró hacia las escaleras–. ¡Antes de que nos perdamos el atardecer!

Avanzaron uno junto al otro escaleras arriba, rumbo al observa torio del templo.

–¿Cómo va la escuela de pastelería? –preguntó Teo.

–Bien. Es divertida, pero desafiante –respondió Aurelio–. Estoy feliz allí. No tengo que ser un Héroe, ni siquiera Aurelio, Hijo de Lumbre, solo existir y hornear. –Su voz era suave, complacida.

–Bueno –respondió Teo, con una sonrisa cálida genuina en su rostro–. El mundo necesita pasteleros tanto como Héroes.

Luego escuchó cómo Aurelio le contaba sobre las clases que estaba tomando en el instituto culinario de la ciudad de Pan Dulce. Hacía preguntas cuando era pertinente, pero, en mayor parte, estaba feliz de escuchar y disfrutar del entusiasmo de Aurelio.

Cuando le preguntó cómo estaban los demás, Aurelio navegó en su teléfono y se detuvo en una fotografía de Marino y Dezi, abrazados en la escalinata de un templo. Sus sonrisas parecían iluminar la pantalla con la felicidad de sus nuevos roles. Habían decidido seguir el camino de Teo y servir a sus propias ciudades.

Aurelio pasó a la siguiente imagen, en la que Xochi estaba de pie frente a un impresionante vestido de quinceañera, con capas de tela brillante y flores frescas que caían como una cascada colorida. El intrincado bordado floral que adornaba el cuerpo del vestido era, sin dudas, su marca personal.

–Vaya, ¿puedes creer que Xochi hizo esto? –preguntó Teo, sin poder ocultar la admiración en su voz.

–¿Creerlo? Todavía intento procesar cómo consiguió convertirse en la diseñadora de vestidos de quinceañera más destacada en Reino del Sol tan rápido –respondió Aurelio con ternura–. Es increíble.

–He estado recibiendo quejas de Niya sobre tu hermana y Ocelo.

–No me sorprende –respondió Aurelio.

Niya había decidido regresar a la Academia y, junto con Auristela y Ocelo, era una nueva Heroína en formación. Los tres estaban entrenando juntos, algo que Niya decía odiar, pero Teo estaba bastante seguro de que, en secreto, ambos le agradaban.

–Niya mencionó algo sobre La Cumbre y dioses primordiales –recordó y se encogió de hombros–. No sé, estaba demasiado emocionada y hablaba demasiado rápido para entenderla.

–¿Vendrán al espectáculo de aves? –preguntó Aurelio.

–¡Los ocho! –afirmó Teo con una sonrisa.

Atzi estaba en la Academia, donde ascendía a toda velocidad como una de las semidiosas más prometedoras de su tiempo. Según Xio, que hablaba con ella con regularidad, incluso había tomado bajo su ala a algunos de los Jades que habían sido admitidos.

–Me sorprende que hayas convencido a Xio –admitió Aurelio.

Xio había estado aprendiendo sobre las ciudades Obsidianas, sobre su familia y las personas que una vez habían vivido en Los Restos. Había reclutado a arqueólogos profesionales para que le acompañaran allí y excavaran en las ciudades destruidas para aprender más sobre quién era. Le había contado a Teo que quería que la gente supiera sobre los mortales Obsidianos –quiénes eran, qué amaban, en qué creían antes de ser borrados del mundo–, para que no fueran olvidados con el tiempo y ya no fueran recordados como los malvados.

–Sí, bueno, me lo debía –respondió Teo con una risa.

Guio a Aurelio por los últimos escalones del observatorio y, al llegar, no pudo contener la sensación de asombro ante la escena que los recibió.

El templo estaba bañado por el cálido resplandor del sol poniente, que proyectaba sombras elongadas sobre los pisos pulidos. El glifo de jade de su madre permanecía en el altar central, pero se encontraba rodeado por una serie de altares, todos detallados y adornados con ofrendas.

Los ojos de Teo recorrieron las filas de ofrendas, cada una dedicada a un semidiós caído, cuyos nombres y fotografías destacaban para recordar los sacrificios que habían hecho durante las Pruebas del Sol. El aroma del incienso llenaba el aire, mezclándose con las fragancias de flores frescas que adornaban los altares.

–Vaya –murmuró Aurelio, siguiendo la mirada de Teo–. No me había percatado de que habría tantos.

–Yo tampoco –admitió Teo, su voz apenas un susurro–. Y ni siquiera son todos. Hubo muchos sacrificios a lo largo de miles de años, así que las ciudades comparten la responsabilidad de honrar a cada uno de ellos.

Podía sentir el peso de sus sacrificios sobre él cada vez que iba al observatorio, un recordatorio tangible de las vidas que se habían perdido en las Pruebas del Sol, pero respiró hondo y se forzó a concentrarse en la tarea en cuestión.

–Vamos, rindamos nuestros respetos.

A medida que se acercaban a los altares, notó cómo cada uno parecía tener su propia personalidad. Algunos estaban cubiertos de velas y

flores, mientras que otros tenían objetos personales, recuerdos de amor y pérdida transmitidos en sus familias por generaciones. Sentía dolor al ver cuántas personas se habían visto afectadas por las Pruebas, pero también una feroz determinación a asegurarse de que sus muertes no fueran en vano.

Condujo a Aurelio de la mano hacia el altar de Paloma. No podía evitar pensar en cómo habían cambiado sus vidas desde la ausencia de los dioses y en cómo él y Aurelio se habían convertido en parte de su propio mito, uno que estaban escribiendo con sus propias manos.

–Este es el de Paloma –anunció al señalar un altar cubierto de plumas dispuestas con cuidado, con una fotografía antigua de Paloma en el centro, rodeada de velas. Ella y Teo tenían el mismo cabello ondulado, los mismos ojos grandes y oscuros y hasta los mismos hoyuelos.

–Es hermoso –dijo Aurelio.

–Lo es –concordó Teo, con un nudo en la garganta. Luego extendió la mano para tocar una de las plumas y trazar el contorno delicado con las yemas de los dedos–. Merecen ser recordados así. Todos ellos.

Aurelio asintió con un gesto solemne antes de colocar el pan de semillas en el altar de Paloma.

–Nos aseguraremos de eso.

Teo lo miró y notó la calidez que suavizaba sus ojos. Con una sonrisa, levantó sus manos unidas para besarle los nudillos.

–Gracias por esto –dijo en voz baja.

Un ligero rubor tiñó las mejillas de Aurelio, pero mantuvo la mirada firme en la de Teo.

–Por nada –respondió, también en voz baja.

Teo sintió cómo su propio rostro se acaloraba con las palabras de Aurelio, así que agachó la cabeza, avergonzado por ser sorprendido en un momento de sentimentalismo, pero complacido al mismo tiempo. Cuando levantó la vista otra vez, Aurelio lo estaba observando con una sonrisita íntima, la que siempre hacía que el corazón de Teo se acelerara. Al verla, se inclinó para un beso rápido, incapaz de resistirse.

–¡Vamos, antes de que nos lo perdamos! –anunció, jaló la mano de

Aurelio y lo llevó fuera del observatorio, hacia el aire libre.

Una vez allí, se detuvo por un momento para permitir que su chico contemplara la escena frente a ellos. Arriba, el cielo estaba pintado por llamas brillantes en tonos rosados, anaranjados y púrpuras, y el sol se acercaba al horizonte. Abajo, los mismos colores vibrantes se reflejaban en la superficie del océano, creando una danza de luz hipnótica sobre el agua.

Cuando miró a Aurelio, notó cómo la luz del sol poniente resaltaba el dorado de sus ojos.

–Vaya –murmuró Aurelio, con los ojos abiertos de asombro–. Esto es realmente increíble.

–¿Lo ves? –bromeó Teo, con un empujoncito juguetón–. Te lo dije.

–Está bien, tú ganas esta vez –concedió el otro con una sonrisa ligera, la mirada aún fija en el cielo vibrante.

De pie en el borde de la plataforma, Teo desplegó sus alas para sentir la brisa cálida soplar a través de sus plumas.

–También traje algo para ti –dijo Aurelio de pronto, con la mano en su bolsa otra vez.

–Ah, ¿me trajiste un regalo? –preguntó Teo.

–Tal vez –bromeó Aurelio, con un brillo entretenido en los ojos. Sacó un trozo perfecto de mazapán casero envuelto en celofán rojo–. Ten. Lo hice para ti –dijo al entregarle el dulce.

–¿De verdad? –La voz de Teo se elevó por la sorpresa y deleite al aceptar el regalo. El aroma a almendras y azúcar llenó sus sentidos y colmó su corazón de afecto por el joven tranquilo y considerado a su lado. Mientras abría el envoltorio rojo con cuidado, se maravilló por la habilidad y el cuidado que se habían puesto en hacerlo.

Así era Aurelio: sutil, pero dulce, y todo corazón.

–Gracias. ¡Es perfecto!

Antes de que Aurelio pudiera objetar y señalar todo lo que no había salido perfecto, Teo lo silenció con un beso.

Juntos y con los dedos entrelazados, se sentaron en una banca para disfrutar del mazapán y de ver el sol descender por el horizonte,

pintando el cielo en tonos imponentes de naranja y rosa. Los sonidos de Quetzlan llegaban hasta ellos: risas y charlas de quienes se habían reunido para reconstruir y hacer crecer la ciudad después de los peligros que alguna vez amenazaron su mundo.

Los dos observaron cómo el sol descendía cada vez más y proyectaba patrones cambiantes de luz y sombra sobre el paisaje inferior.

–Gracias por traerme aquí –dijo Aurelio con suavidad, al tiempo que giraba para mirar a Teo.

–Es mi lugar favorito con mi persona favorita –respondió Teo, con un apretón ligero en su mano–. Hemos pasado por mucho juntos, y quería compartir esto contigo.

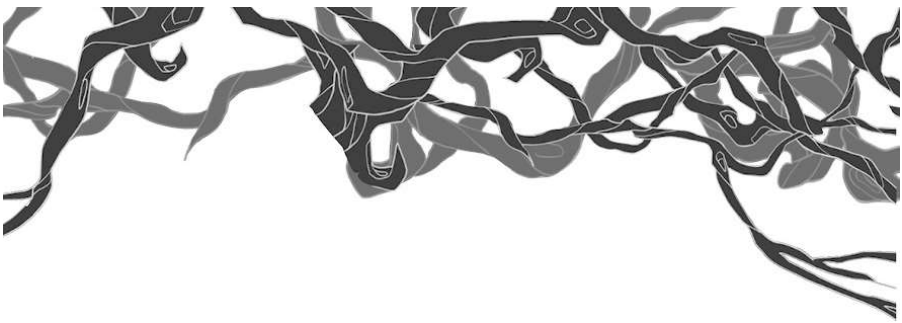
Todavía había belleza en el mundo, incluso después de todo lo que habían visto.

Aurelio asintió con la cabeza. Sus ojos permanecieron en los de Teo, ambos sentados al borde del mundo, con el sol hundiéndose en el mar frente ellos. En ese momento, el peso del pasado pareció desaparecer, al menos por un instante, alivianado por el consuelo de su compañía y de la escena conmovedora que se desplegaba frente a ellos.

–Prométeme que tendremos muchos momentos como este –murmuró Teo, con la voz apenas audible sobre la brisa suave que silbaba a través de los árboles.

–Siempre –prometió Aurelio y se inclinó para darle un beso en la cabeza.

Allí, bañados por los último rayos de sol del día, Teo supo que podía confiar en esa promesa con cada fibra de su ser.



AGRADECIMIENTOS

Con el cierre de la bilogía de *Las Pruebas del Sol*, hay varias personas a las que me gustaría agradecerles por haber hecho posible esta historia.

La primera es mi querido amigo, Alex Abraham. Me ayudaste a crear esta y me sacaste adelante con risas por montones. Tu voz, tu humor y tu talento resuenan a lo largo de este libro, en especial en Xio. No creo poder expresar lo mucho que significó tu ayuda para mí, no solo como autor en desarrollo, sino como amigo. Este libro literalmente no existiría sin ti.

La segunda es mi increíble editora, Holly West. Estoy agradecido de tenerte. He recorrido todo este viaje como autor contigo, como mi guía, mi compañera narrativa y amiga. ¡Me encantan nuestras tormentas de ideas! Haces que sea un mejor escritor y estoy *muy orgulloso* de todo lo que hemos logrado juntos.

¡Un agradecimiento ENORME a mi increíble agente, Jennifer March Soloway! ¡No puedo creer lo afortunado que soy de tenerte en mi vida y guiando mi carrera! Gracias por tu apoyo constante, por tu aliento y por tranquilizarme cuando soy duro conmigo mismo. Siempre sabes cómo hacerme sentir mejor y no deja de sorprenderme la increíble defensora que eres para mí. ¡Gracias por ser mi compañera en este viaje de locos!

¡No sería la persona –ni el escritor– que soy hoy sin mis amigos increíblemente talentosos! Max, gracias por todo lo que haces para apoyarme y cuidarme, en especial cuando estoy en mi peor momento. A riesgo de repetirlo sin parar, ¡estaría perdido sin ti!

Mis amores y musas –Anda, Katie, Mik, Ezrael, Bird y Raviv: ¡Gracias por todo el amor, las risas y el apoyo! Su amistad ha cambiado mi vida. Gracias a mi querido amigo, Teddy Adelberg, por ayudar a darle forma al bueno y dulce Aurelio. ¡Eres el mejor! Un agradecimiento enorme a Matthew Colston, quien ayudó a imaginar Reino del Sol después de esta historia.

Debo mencionar a mi INCREÍBLE equipo editorial: la editora Jean Feiwel; la directora editorial Dawn Ryan; el gerente de producción Raymond Ernesto Colón; Kristin Delaney y Kaitlin Loss en derechos subsidiarios; la diseñadora L. Whitt; las publicistas Kelsey Marrujo y Sara Elroubi, Elysse Villalobos; Teresa Ferraiolo en marketing, y todo el equipo de ventas. ¡Los presumo con todo el mundo, sin parar!

Cuando digo que no puedo imaginar trabajar con un mejor equipo, ¡lo digo en serio! La mayoría de nosotros hemos estado juntos durante todo mi recorrido editorial, y su apoyo y cuidado me han hecho sentir tan seguro y feliz en Feiwel & Friends, ¡LOS ADORO MUCHÍSIMO!

Obviamente, tengo que agradecerle a Mars Lauderbaugh, mi amigo supertalentoso.

¡MÍRANOS! ¡MIRA CUÁNTO HEMOS AVANZADO!

A mi correctora, Melanie Sanders, y mi editora de producción, Starr Baer. No saben cuánto trabajo hacen para que mi escritura sea legible y descifrar mis errores, ¡muchas gracias a ambas!

Agradecimientos especiales para Madaz Di Pinza por la brillante idea de que las cicatrices de la cirugía de pecho de Teo fueran verde jade, y a Clara M.G., Alexander, Karma y Jeimy por acuñar el término "Quetzaldeanos" para las personas que viven en Quetzlan. ¡Son increíbles!

Me gustaría agradecer a mi familia: De Anna, Christine, Chris y abuelo. Siempre han estado ahí para mí, en las buenas y en las malas. Gracias por siempre creer en mí.

Y abuela, ¡te extraño mucho!

Por último, pero para nada menos importante, me gustaría agradecerte a ti, mi querido lector. ¡Gracias por acompañarme en este viaje! Estoy muy emocionado por las aventuras que nos esperan.